



SERIE PROMETHEUS 2

La DEBILIDAD *del* DEMONIO

SCARLETT O'CONNOR



La DEBILIDAD del EMONIO

SERIE PROMETHEUS 2

©Lune Noir, 2024

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Imagen de portada: freepik; shutterstock.

Siempre hay un poco de locura en el amor. Pero siempre hay algo de razón en la locura.
Friedrich Nietzsche

ÍNDICE

[Preludio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Serie Prometheus](#)

[Síguenos en las redes sociales](#)

[Cuenta oficial de Scarlett O'Connor](#)

[Cuentas de Lune Noir](#)

[Otras obras de Scarlett O'Connor](#)

[Serie Señoritas de Shakespeare](#)

[Tú, mi deuda pendiente](#)

[Serie Señoritas Americanas](#)

[Serie Señoritas británicas](#)

[Serie Familia Evans](#)

[Serie Floreros y Canallas](#)

[Serie Caballeros desdeñados](#)

[Serie Corazones de Escocia](#)

[Contemporáneo](#)

[Serie Shell Island](#)

[Contemporáneo](#)

[Otras obras de La editorial Lune Noir](#)

PRELUDIO



Inglaterra, 1876.

Se acudilló frente a la liebre muerta. Extendió su pequeña mano y acarició el suave pelaje. Era un animal hermoso, carnosos y joven. Resultaría un buen estofado y quizá, su piel serviría para decorar el cuello de un abrigo de lady Teresa Cavendish, su madre.

—Eras tú o yo... —le dijo el niño al animal muerto. El *lo siento* no escapó de sus labios, no lo sentía. Esas eran las reglas.

Lord Alfie Cavendish, su padre, se acercó a él con un perro pointer cogido de la correa. El can olfateó la presa y se sentó, obediente, sobre sus patas traseras. Eso era lo que se esperaba de él, lord Marcus Cavendish. O eso creía. Ya no sabía qué pensar; si era sumiso, lo golpeaban por su falta de carácter. Si era contestatario, el golpe era por su osadía. Si no hacía nada, por parecer idiota. Se puso de pie junto a la liebre y esperó el veredicto de su padre.

Alfie rio.

—No es la gran cosa, eres pésimo cazador, Marcus. —De nada valía resaltar que tenía seis años—. Pero al parecer no tan malo como Oscar. ¡Oscar, ven aquí! Observa cómo tu hermano al menos pudo acertar el disparo. Inútil —masculló lo último, mientras un desgarrado adolescente caminaba hacia ellos. Oscar escupió la liebre muerta, miró a Marcus, esperando una respuesta. Pateó al animal, lo cogió con la mano y lo lanzó lejos. Alfie no dejaba de reír.

—¿No piensas hacer nada, enano?, ¿no piensas hacer valer tus derechos? Puedes acertar un disparo, pero sigues siendo un pusilánime. —Oscar escupió junto a la diminuta bota del niño. Marcus, por supuesto, no respondió. Esa era la única estrategia que, cada tanto, le funcionaba. Callar y esperar a que su hermano o su padre se cansaran.

Lo odiaban, eso era evidente. Sin embargo, no era personal. Alfie odiaba a todos por igual. A su esposa Teresa, a sus dos hijos, a los sirvientes, a los que llamaba amigos... Cada uno de ellos era

merecedor del odio del conde de Salisbury. Oscar imitaba a su padre, detestaba a todos salvo a su progenitor, a quien admiraba profundamente. Su objetivo en la vida era ser un día tan terrible como el conde o incluso más. Marcus... él lo único que ansiaba era que lo dejaran en paz. Había oído en las caballerizas al jefe de cuadra usar la expresión «no me toques los cojones» y cada tanto la repetía, fingía juntar el valor de responder eso a su hermano. Por supuesto, no lo hacía. No era una cuestión de coraje, sino de inteligencia. Solo conseguiría que *le tocaran más los cojones* a él.

Se cruzó de brazos a la altura del pecho. Una posición extraña en un niño de seis años. Su atuendo no ayudaba, pantalones *breeches*, abultados a la altura de su pequeña cadera y estrechos en las rodillas, con botas altas, camisa almidonada, chaleco y chaqueta de caza. Era un adulto atrapado en un cuerpo de niño. La pistola en su mano tampoco lo ayudaba a lucir su edad, ¿dónde quedaban los juguetes de madera que simulaban ser espadas o pistolas? En su vida no había espacio para la infancia.

Ante la falta de respuesta de Marcus, la frustración de Oscar fue mayor. No importaba que le llevara nueve años, veía en su hermano el objeto que lo hacía reemplazable ante los ojos de su padre. ¡Debía mostrar que él era el más fuerte!, ¡el heredero! Lo empujó y Marcus cayó sobre su trasero. Se descruzó de brazos solo para amortiguar el golpe, la pistola de caza escapó de sus manos y Oscar la pateó lejos. Siguió sin responder, lo que le granjeó el enojo de su padre.

—¿Acaso eres idiota? No me sorprendería, con lo estúpida que es tu madre. ¡Ponte de pie! —ordenó. Marcus acató—. Ve a por la jodida liebre que has cazado, porquería de premio de caza, pero al menos recuperaremos el valor de la bala. Malditos inservibles los dos —gruñó. Se marchó sin más.

El pequeño acató el mandato, no existía el espacio para el desafío. A su padre le gustaban los castigos, y no siempre eran palizas. Lo peor era adivinar qué elegiría. Encerrarlo en la oscuridad sin comida ni agua, hacerlo limpiar las chimeneas y reírse del miedo del niño a quedarse atorado, obligarlo a escribir una disculpa tantas veces que se le acalabraba la mano hasta el llanto, rezar arrodillado en granos de maíz... Y en caso de que la opción fuera la paliza, también podía ponerse creativo: fusta, cinturón, vara, tabla de madera...

Requisó los pastizales hasta dar con la liebre muerta. La cogió de las orejas y lo asaltó una extraña sensación, la envidia. Al menos la liebre no sufría más, al menos él había sido gentil con el animal y lo había matado de un solo disparo.

Oscar lo alcanzó, intentó quitarle la liebre.

—No me toques los cojones —se atrevió a decir Marcus. Al fin dejaba el mutismo. Claro que, de su boca de seis años, esa expresión sonó tan graciosa que su hermano soltó una carcajada.

—Tú ni cojones tienes, Marcus. Has nacido sin ellos. Estoy seguro de que allí debajo tienes un coño... —Lo cogió en brazos e intentó bajarle los pantalones. El niño pataleó y le pegó en los testículos a su hermano.

—Tú sí tienes cojones, aunque no te sirvan de nada. —Elevó una plegaria al cielo para no ser oído, no solo él se llevaría el escarmiento, sino también los empleados de la casa de donde había sacado tantos juramentos. Era la ventaja de ser tan callado, acostumbrado a pasar desapercibido para que no se metieran con él, las personas olvidaban siquiera su presencia. Eso lo había hecho un buen observador, conocía los pormenores de la casa y tenía información de cada uno de los integrantes. Sabía que el mayordomo era amante de la doncella de lady Teresa, que la cocinera quería renunciar para irse a vivir con su hermana a Escocia, que el chofer de su padre prefería la compañía del empleado de cuadras que el de las damas... Por desgracia, lo que aún no sabía era cómo manejar esa información, incluso entender las implicancias de lo que sus infantiles ojos contemplaban, sus inocentes oídos escuchaban y su aniñada boca callaba.

Por ejemplo, no sabía que la alusión a la masculinidad de su hermano era un desafío, no

magnificaba la importancia que le daba un matón a sus malditos cojones.

—¿Te crees muy listo? —Oscar le pateó la parte trasera de las rodillas, haciendo que se doblasen y Marcus cayera sobre ellas. El mayor cogió el revólver en lugar de la pistola de caza, sacó todas las balas excepto una. El pequeño abrazó la liebre muerta sobre su pecho, estaba fría y comenzaba a ponerse tiesa. Ya no le daba consuelo ni le parecía bonita, la muerte nunca es bonita. Lamentó haberla envidiado. Oscar giró el tambor y lo cerró. Martilló y le puso el cañón en la sien a Marcus—. ¿Te sigues creyendo listo?

¿Qué debía responder? No era la primera vez que Oscar jugaba *ese juego* con él.

Debía soportar, era una vez echado a la suerte. Una vez...

Clic.

El corazón le salió disparado. De tanto apretar a la liebre, la sangre del animal le había manchado la chaqueta. Intentó ponerse de pie, pero Oscar se lo impidió.

—No. No he terminado contigo, pequeño idiota mudo. ¿Responderás?, ¿te crees más listo que yo?

Fue un impulso, años después alguien le explicaría que esa emoción era conocida como *el llamado del abismo*.

—Soy más listo que tú, es un hecho —respondió.

Oscar martilló y disparó de nuevo.

Clic.

Una vez más, Marcus intentó ponerse de pie. Pero Oscar se lo impidió. Volvió a martillar y el pequeño fue invadido por el miedo. Las matemáticas eran el fuerte de Marcus. Las prefería, tenían sentido, no como las inentendibles lógicas humanas, como, por ejemplo, ¿por qué los hermanos no siempre se quieren?, ¿o dónde demonios estaba su madre?, ¿o por qué su padre detestaba su propio legado? Los números eran leales, los números no mentían, eran los únicos que decían la verdad. Y la verdad era que se enfrentaba a un cincuenta por ciento de posibilidades de morir.

Quiso rogar, las palabras no le salieron. Tal vez sí era un idiota mudo.

Clic.

Ese sonido seco fue acompañado de otro, inesperado. El de su propio orín escapando de su cuerpo sin control de su mente. Oscar se echó a reír y, peor aún, Alfie se sumó a las risas. El conde había observado el intercambio en las sombras.

—Cuando casi me convences de que tienes un poco de agallas, Marcus, te meas en los pantalones. —Sus carcajadas fueron lacerantes—. Por suerte, sé qué debo hacer contigo.

Marcus se puso de pie, las piernas le temblaban. En sus manos tenía la sangre de la liebre. Se atrevió a preguntar.

—¿Qué hará conmigo, padre?

No recibió respuesta.

Una semana después, un hombre joven aunque canoso, de tupida barba gris, se bajó de un carruaje elegante y negro. Estrechó la mano del conde, mas no hizo reverencia alguna. Marcus observó al recién llegado con una dosis de curiosidad y temor, era la primera persona a la que su padre no mostraba aversión, sino más bien, admiración. Oyó, como siempre, a hurtadillas. Perdiéndose en las sombras.

—Haré una excepción por usted, lord Cavendish. Sabe que se requiere empezar de muy pequeños para ver resultados y los niños mimados no son buenos candidatos.

—No he malcriado a mi hijo, doctor Schwarz —se defendió Alfie.

—¿Ha tenido comida...techo...? Eso lo hace un mimado en el mundo Prometheus.

—Haga lo que le plazca. Oscar será un buen heredero, tiene el material. Marcus, en cambio, es débil. O lo haces uno de tus *casos de éxito* o lo deshechas. Lo mismo da, ya es un desecho para el condado.

El doctor Schwarz asintió, no se lo veía entusiasmado.

—Al menos me servirá para completar los grupos de control —murmuró. Alfie llamó a su esposa, lady Teresa se acercó a él, callada, sumisa, con la vista puesta en el suelo.

—Trae a Marcus.

—¿Qué harás con él? —preguntó.

—¡Trae a Marcus! —gritó el conde. Y la mujer acató. Los ojos del doctor Schwarz se posaron en su nuevo objeto de estudio, el pequeño intentó esconderse tras la falda de la condesa, en vano. La mujer aprovechó que no la requerían más para alejarse de su esposo, a quien le tenía terror.

—Vaya...No esperaba esto... —dijo el doctor.

—¿Qué? —preguntó Alfie.

—Me servirá —respondió el hombre sin ser muy claro. Se agachó frente al niño, le cogió la barbilla entre el pulgar y el índice y lo observó—. Tienes algo que llamo ventaja estética —le dijo a Marcus—. Las personas suelen asociar la belleza a la bondad y la fealdad a la maldad, veremos si los niños Prometheus se pueden despojar de esa apreciación y eliminarte sin contemplaciones o, si como dicen, la moral tiene valores estéticos.

Lo cogió de la mano y tiró de él. Marcus se volvió solo una vez, articuló una súplica apenas audible...

—¿Mamá?

El silencio fue el inicio de su condena.

CAPÍTULO I



Londres, 1897.

La reunión tuvo lugar en el despacho de Franz Cooper. Tobías Krage y lord Marcus Cavendish miraron las absurdas butacas y decidieron estar de pie.

—Si no cambias tu mobiliario, cambiaremos de sitio de reunión —se quejó Marcus. Posó su espalda sobre la madera de la puerta cerrada. Tobías se sentó en el suelo, apoyó sus antebrazos en las rodillas flexionadas y la nuca en el estante de la biblioteca a sus espaldas.

—¿Realmente encuentras el suelo más cómodo que las sillas? —Franz rodó los ojos.

—Encuentro más cómodo no darte el gusto, maldito obsesivo del control.

—No lo halagues —intervino Marcus, irónico. La observación de Tobías no pretendía ser un cumplido, aunque Franz Cooper lo tomara de ese modo—, sabes que es un engréido.

Los tres eran los casos *de éxito* del proyecto Prometheus. Un proyecto científico y filosófico que buscaba crear superhombres de la mano del doctor Viktor Schwarz. Claro que cuando Viktor inició su plan el concepto de *superhombre* de Nietzsche no era popular, aunque sí algunas de las ideas que lo nutrieron. Max Stirner, otro filósofo alemán ya había publicado su obra y, como era de esperarse, fue censurado. No así Darwin, ni William James, ni el recientemente célebre, y también a veces censurado, Sigmund Freud. El doctor Schwarz era de la idea de que el problema con sus colegas radicaba en que esperaban la aprobación pública y el entendimiento de la plebe inculta, más aún, ¡ansiaban el reconocimiento científico! Vaya panda de imbéciles.

Viktor estaba convencido de que justamente eso era lo que limitaba a la ciencia, quedar a la espera de que el común de la gente lo entendiera y aprobara con sus diminutas cabecitas sometidas a algo tan absurdo como la moral. No. La ciencia para el doctor Schwarz debía llevarse a cabo en las sombras, en proyectos secretos que espantarían a los biempensantes, pero que luego los haría babear con los resultados. Debía ahorrarle a la gente el horror y solo compartir con ellos la gloria, las mieles

de la ciencia del futuro.

Por desgracia, no era el único en pensar así, y gracias a ello consiguió financiación para su ambicioso proyecto: Prometheus. Un experimento científico que cogía niños y los sometía a tratamientos físicos y psicológicos con el fin de despojarlos de toda moral limitante, hacerlos individuos fuertes que se rigieran por sus propias normas y no por las ajenas, y cuya voluntad de poder los hiciera adueñarse del mundo para conducirlo hacia el siguiente estadio de la evolución.

No había contado con algo, con que esas tres jóvenes promesas de futuro en lugar de optar por el camino del absoluto individualismo se aliaran, trabajasen en ¿equipo?

Pactaron dividirse el mundo en tres, como los dioses griegos Zeus, Hades y Poseidón. Aquí eran dinero, política, milicia. Franz Cooper manejaba los negocios, todo Londres, centro del Imperio Británico, le pertenecía directa o indirectamente. Lord Marcus Cavendish manejaba los hilos de la política y lo hacía mediante el tráfico de información, el mundo no reservaba secretos para él. Tobías Krage se encargaba del trabajo de fuerza, en las sombras, pocos le habían visto el rostro y, quienes lo habían hecho, no vivieron para contarlo. Manejaba milicias paramilitares, ejércitos de mercenarios, que hacían el trabajo que los gobiernos no podían ejecutar sin conducir al mundo a una guerra interminable.

Pero se parecían en algo más a esos dioses griegos. También querían cargarse al maldito padre que los creó y se los devoró. A su Cronos personal, Viktor Schwarz.

—Nos reunimos aquí, porque es a mí a quien necesitan, ¿verdad? —dijo Franz. Se sentó en su alta y cómoda silla verde y observó desde allí su dominio. Marcus casi suelta una carcajada cuando la comisura de Cooper se alzó en una leve sonrisa. ¡Ahora sonreía el muy maldito!

—Tienes razón, es un engreído —dijo Tobías—, pero está en lo cierto. Y lo envidio tanto, joder. Quería ser yo. —Hizo crujir los dedos de sus manos.

—Todos queríamos que fueras tú, Tobby... —respondió Marcus.

—No me llares así, *Little lord*. —Lo llamó *pequeño Lord*, como le decían en los pasillos del hospicio Prometheus. Marcus se rio, siempre reía cuando se burlaban de él, había aprendido que así le quitabas el poder a los matones. Ríete de tus defectos y los dejarás a los demás sin herramientas. Los tres allí pensaban que ser un *lord* era un defecto. Un privilegio también. Y posiblemente la razón por la que los tres estaban aún vivos.

—Dejen de pelear como niños. —Franz apoyó sus lustrados zapatos en el escritorio—. Por supuesto que queríamos que fueras tú, Tobías, el que se cargara al doctorcito. Ya sabes que yo solo le meteré una bala entre ceja y ceja. No lo haré sufrir.

—Eficacia por sobre placer —completó Marcus con voz monótona—, esperaba que lady Georgiana te hubiera curado de ser el desgraciado más aburrido del planeta. Pero al parecer sigues intacto.

—Mi esposa tiene la absurda idea de que así estoy perfecto y de que así debo mantenerme. Algo de conservar el pedazo de alma que me queda.

La idea de que Franz Cooper aún tuviese un poco de alma hizo a los otros dos carcajear.

—Pues le daremos el gusto a lady Georgiana —Marcus caminó hasta el escritorio y se sentó allí, apartó las piernas de Franz que cayeron con un ruido seco sobre la madera del piso—, ella se convirtió en una pieza fundamental. Gracias a ella no tienes el *condicionante*.

El doctor Schwarz se lo vio venir luego de que Hanna, una de las jóvenes del grupo de control de Franz, intentara matarlo con un lápiz. Allí entendió que, al igual que a Frankenstein, su monstruosa creación podría revelársele. Decidió implementar en ellos un mecanismo de condicionamiento que no se había probado en hombres y que, de hecho, para cuando decidió emplearlo, ni siquiera se habían

publicado sus resultados en perros. Un mecanismo que, ante un estímulo, los hacía actuar de determinada manera. En el caso del experimento original, unos perros babeaban ante el sonido de una campana. La *adaptación* del doctor Schwarz fue paralizar a sus cachorros usando las melodías de unas cajitas musicales.

Franz había logrado romper el condicionamiento gracias a su esposa, lady Georgiana, y gracias a...

—¿Qué cojones creen que planea el doctor Amberg? —Tobías manifestó la pregunta que se convertía, minuto a minuto en el elefante dentro de la habitación. Sí, el doctor Serge Amberg le había ayudado a Franz a usar su obsesión por Georgiana como camino para salir de su parálisis inducida por el condicionamiento.

—No confío en él. —Franz se puso de pie, dio una vuelta por el despacho como león enjaulado.

—Nadie confía en él, es un jodido médico de Prometheus —respondió Tobías—, por eso me pregunto por sus planes.

—Aquí, *Little Lord* sí cree en el doctor Amberg.

Marcus rio ante la absurda acusación.

—No creó en el doctor, confío en sus métodos, solo eso. He leído toda esa porquería del psicoanálisis y es muy poderosa, muchachos. Desestimarla sería un error.

—Exactamente porque esa porquería es muy peligrosa es que me preocupa. —Tobías también se puso de pie. Pese a que eran aliados, Marcus fue consciente de la presencia amenazante de los otros Prometheus. Incluso los leones se atacaban entre sí, y allí había tres, encerrados en un despacho—. El doctor Amberg lo está usando contra nosotros, no es nuestro amigo, es un nuevo titiritero.

—¿Creen que le quiera robar el proyecto al doctor Schwarz? —La presunción hecha por Franz era lógica.

—Más parece que quiere hacerla volar por los aires. —Marcus llevaba semanas devanándose los sesos con el asunto, más precisamente desde que supo que Franz no tenía el condicionante.

—Si eso le apetece, tengo dinamita. —Tobías era el más reacio a la parte científica del asunto. También era el que peor parte se había llevado. El doctor Schwarz era de ideas firmes. Si había odiado a Marcus por ser lord y creerlo un privilegiado, nada se comparaba con lo mucho que despreciaba a Tobías por ser mestizo, mitad blanco mitad asiático. Se suponía que tanto Cavendish como Krage debían fracasar, uno probarle que la nobleza era débil y no estaba destinada a gobernar por sus defectos de carácter y el otro probarle que los arios eran naturalmente superiores. Dos hermosos fracasos que se cobrarían el error con sangre.

—Tal vez la use, si te sirve de consuelo —comentó Franz.

—Sí, joder. Me consuela y mucho. —Volvió a hacer crujir sus dedos—. Pero no me consuela que Marcus no haya averiguado nada de nuestro doctorcito Amberg ni de dónde demonios está Viktor.

—Ya, ya... tengo un plan. Y espero que me lo agradezcan, porque probablemente muera en el proceso y sigan solos. —Se tocó un sombrero imaginario, como si hiciera un saludo militar. Su sonrisa desentonaba con el tono serio de sus palabras, con la realidad de su sacrificio. ¿Acaso...?, ¿acaso lord Marcus Cavendish empezaba a sentir el llamado del abismo?, ¿la pulsión de lanzarse y terminar con todo?

Tobías y Franz se miraron preocupados. Había un temor latente en ellos. No todos los Prometheus lo lograban, la mayoría perecía en el camino de dos formas: la locura o el suicidio. Ellos habían alcanzado la edad adulta sin desarrollar paranoia ni alucinaciones y sin haberse puesto una soga al cuello. Pero la amenaza siempre estaba y la caída de uno era el recuerdo de que nunca serían

libres del pasado.

—¿Qué demonios planeas?

—Infiltrarme en el centro mismo de la confabulación y —Se encogió de hombros—, si uno desea un buen trabajo, no debe delegarlo a otros, ¿verdad? Así que lo haré en persona.

El silencio fue pesado. La tensión era tal que el aire parecía cargado de estática, como antes de una tormenta.

—Dime que has descubierto que Prometheus llega a la misma reina Victoria y que cuando dices que te vas a infiltrar te refieres al palacio de Buckingham —rogó Franz—, es que no me gustan las misiones suicidas.

—Mira lo que has hecho, Marcus, le has pegado tu sarcasmo a nuestro amigo Cooper —se lamentó Tobías—. Deja de bromas y dínos qué pretendes.

—Regresaré a casa, seré el hijo pródigo. Mi padre financia Prometheus, así llegué yo al proyecto. Seguiré la ruta del dinero, encontraré dónde demonios se esconde Viktor, te daré la localización y tú podrás usar tu dinamita —dijo en dirección a Tobías, luego miró a Franz— y tú podrás ponerle una bala entre ceja y ceja.

—¿Y tú? —preguntaron los dos a coro.

—Muchachos, cualquiera diría que se están poniendo sentimentales... ¿preocupados por mí? —Pestañeó con exageración, sus ojos azul zafiro relampaguearon, pero no consiguió cubrir el vacío que habitaba detrás de sus iris.

Los tres lo sabían, hurgar en el pasado para ellos era más peligroso que enfrentar el futuro. Era navegar en un mar de oscuridad y rogar que las olas te llevaran a buen puerto.

Los demonios pertenecían al infierno y era allí a donde Marcus se dirigía.

Desde el mismo instante en que Prometheus le abrió las puertas al exterior y le permitió dejar las sombras, lord Marcus Cavendish se convenció de que se lanzaba al mar porque los puertos conectaban el mundo. El Imperio Británico era lo que era porque había abandonado su pequeña y oscura isla en busca de nuevos horizontes. Esa fue también su estrategia y la excusa racional que le permitió estar años lejos de Inglaterra, lejos del malnacido de su padre biológico, de su madre que por cobardía no lo protegió y de su cruel hermano.

Residió en Estados Unidos, donde tejó su red de información hasta poder instalar sus empresas entre las pujantes compañías americanas. Petróleo, maquinaria a vapor, construcción... Luego viajó al sur, donde Inglaterra buscaba reemplazar la influencia española por la suya en nombre de una supuesta libertad. Allí, además de dinero, tensó los hilos políticos, a veces a favor de unos, a veces de otro. Un Prometheus no tiene patria, la nación es un limitante. Además de ganar poder y ampliar los negocios de minería, consiguió un saludable bronceado que le resaltaba sus ojos azules zafiro. Luego fue el turno de África, allí fue más difícil, porque los negocios ejecutados se comandaban desde la misma isla que él había abandonado o desde la capital de Francia. Después fue el turno de Turquía, coqueteó con los rusos, observó las consecuencias de la guerra del opio en China...

Por desgracia, no era Penélope, y la tarea de tejer terminó un día. El mismo día en que empezó a utilizar su confección. El no creía en Dios, le habían erradicado cualquier creencia o, como Viktor decía, superstición, a golpes o torturas, aun así, le gustaba la frase de Dios está en todas partes, pero su principal sede se halla en Londres. Era hora de regresar, de enfrentar no solo al mundo que, se suponía, debía gobernar, sino también al pasado del que deseaba escapar. Franz Cooper no dudaba en

plantear su ambivalencia, solía decir que no había forma de escapar del doctor Schwarz, si triunfaban, le daban la razón a su cruel proyecto, si fracasaban... entonces, ¿cuál había sido el sentido de tanto sufrimiento?

Lord Marcus podía recorrer el mundo palmo a palmo, aprender tantos idiomas que se le mezclaran al pensar, probar tantos manjares y tantos pesares que la existencia le pareciera pequeña, pero no era capaz de escapar de sí mismo. Del miedo a enfrentarse al hombre en el que se había convertido. Porque podía culpar a Viktor, a su padre, a su hermano y a su madre... ¡Joder, si podía!, pero de nada le valdría no reconocer su parte de responsabilidad. Lo que él había hecho con lo que hicieron de él. No optó quedarse en la India, convertirse en un monje, ayunar y buscar el sentido del universo. No, había elegido el camino del poder, de dominar y someter.

Y como bien decía el doctor Amberg, el inconsciente gobierna nuestra vida. Marcus antes de poner un pie en el primer barco dio la primera puntada de su tejido, sin admitir abiertamente, pero sí en su interior, que ese día llegaría. Que regresaría a casa. Ese primer hilo era el señor Ferdinand Salman.

Dio un rodeo con su montura por mera precaución, dudaba que alguien lo reconociera. ¿Lord Marcus Cavendish, de regreso en las tierras del condado de Salisbury? Imposible. Aunque, para ser precisos, no estaba en las tierras del condado, sino en la carretera que separaba las tierras de Lord Alfie de las de su vecino, Lord Gustav Bernays. Lord Gustav no visitaba su casa desde que Alfie heredó las tierras lindantes, se detestaban mutuamente, lo que hablaba muy bien de su vecino. El anciano, que aún vivía a sus ochenta años en Escocia, lo vio a Marcus una vez. Con eso le bastó para sentenciar: *no eres como tu padre, el tiempo dirá si eres mejor o peor*. El tiempo o la ciencia, pensó Marcus, al amarrar las riendas de su caballo junto al bebedero de los de Bernays y llamar a la puerta de servicio.

—Si eres el niño de Joseph, dile a tu padre que no me dará pena, no le perdonaré la deuda ni... —La puerta se abrió, el mayordomo de cabello cano y temperamento agrio se paralizó al ver a su invitado—. Milord..., lo siento, no lo esperaba.

—Entonces estoy haciendo bien las cosas. —Sonrió Marcus, se quitó el sombrero y el poco sol que asomaba de detrás de las nubes de lluvia hizo relucir su cabello rubio oscuro. Nadie debía saber que estaba allí, ni qué planeaba. Ferdinand se alisó las arrugas de su traje negro y lo invitó a pasar a la cocina.

La casa estaba limpia, olía a pan recién horneado y a café. Ferdinand vivía allí solo, su esposa había muerto al dar a luz a su tercer hijo. El primero de ellos ocupaba el rol de mayordomo en la casa escocesa de Bernays y la segunda hija se había casado, gracias a Marcus, muy por encima de sus posibilidades con un comerciante veneciano, apuesto, amable y rico como un creso. Desde entonces, Ferdinand se daba la buena vida. La verdadera buena vida, no la que pensaban los codiciosos. La mitad de la casa estaba cerrada, pues nadie la usaba, y él empleaba la sala con el hogar, la cocina y la biblioteca, además de uno de los aposentos de invitados condicionado para él. Las criadas venían a hacer la colada y se marchaban, dejándolo a sus anchas. Así se dedicaba a leer y cotillear, ¡y como si eso no fuese la mejor de las vidas, lord Marcus le pagaba por lo segundo! Ese hombre tenía su completa lealtad.

—Estaba preparando el informe semanal —se excusó, pese a no haber hecho nada malo. Siempre lo enviaba en el correo de los martes. No estaban en Londres, sino en las afueras, al norte, y allí el correo se demoraba un poco más.

—Mejor me lo comentas verbalmente. —Sacó un sobre con varias libras y lo dejó en la mesa de trabajo de la cocina. Ferdinand se sonrojó, no era de caballeros manejar dinero de esa manera. No lo contó, confió en el honor del hijo del conde.

—Permítame ofrecerle café y...¿pan? Lo siento, no lo esperaba —se disculpó una vez más.

—Café estará bien. —Pero mientras era conducido a la sala, sus ojos se posaron con gula en el pan. Contuvo el impulso de coger una rebanada, no era apetito real, sino el recuerdo de años de estómago vacío y castigos a base de ayunos. No se quebraría por un jodido bocado.

Ferdinand sirvió el café y, por supuesto, compartió su pan. Marcus se negó a tocarlo ya como una cruzada personal.

—¿Cuáles son las novedades? —fue al grano. Desde que se había marchado, contrató al ocioso señor Salman como su informante. El primero de muchos. El mayordomo se encargaba de recopilar datos, cotillear con los empleados del condado de Salisbury y mantenerlo al tanto de cada ínfimo detalle. El diablo estaba en los detalles decían por allí y Marcus había comprobado que lo que aparentaba ser una nimiedad podía convertirse en el timón de una operación política. Una hija enferma, un esposo infiel, una criada embarazada...

—Lord Alfie Cavendish cambió de jabón de afeitar, ahora se deja perilla, patillas largas y un bigote que peina hacia los costados. —Cualquiera diría que Marcus hallaría esos datos irrelevantes, pero escuchaba con gran atención. De hecho, pensó en qué fácil sería envenenar el jabón y provocarle una enfermedad en la piel que no lo matara, pero que lo hiciera sufrir largo tiempo—. Lord Oscar ha conseguido con envidiable destreza evitar ocuparse de una nueva tarea del condado. Ha hecho de la ociosidad un arte y mientras más tiempo libre tiene, más se dedica a atormentar a quien se le cruce por el camino. Ha... —Ferdinand cerró la boca, no sabía cómo contar lo siguiente. Siempre era más sencillo escribirlo, además, lord Marcus no era adepto al lenguaje metafórico. Ese lo usaba para el sarcasmo. Cuando de negocios se trataba, disfrutaba de la claridad y simpleza.

—Por favor, hable, no me horrorizaré.

—Pues, ¿recuerda que en el informe de hace un mes le comenté que tenía un affaire con una criada? Pues la citó a oscuras en los establos y obligó a un lacayo a...a...hacerse pasar por él y...

—A follarla. —Ferdinand casi escupe el café, Marcus bebió como si estuvieran hablando del clima—. Mejor dicho, violarla. Aunque dudo que el consentimiento previo de la criada fuera tal y no coacción de parte de Oscar.

—Pues sí, pero el lacayo al que obligó a hacer eso era el esposo de la hermana de la criada. Lo amenazó con mandar a su hijo a un orfanato, de modo que el hombre accedió. Claro que lord Oscar se aseguró de encender una lámpara tras el encuentro para que ambos supieran con quien habían... ehem...tenido relaciones realmente.

—Supongo que, no conforme con el dolor infringido a esos dos, le fue con el cuento a la esposa *engañada*. —Cómo detestaba al maldito de Oscar.

—No llegó a hacerlo, decidió atormentar a la criada con la amenaza de delatarla...

—Por supuesto. —Marcus apretó la mandíbula, no por la impotencia ante la crueldad de su hermano, cosa que no le sorprendía en lo absoluto, sino por no adivinar el límite de su tortura psicológica. Debía prepararse para ello, adelantarse al obrar de Oscar, entender su mente perversa para usarla a su favor.

—La criada se suicidó ayer a la noche, dejó una carta con su confesión, de modo que ahora la nueva víctima es la hermana de esta. Lord Oscar se asegura de hacerle pensar que la muchacha se suicidó porque la creía incapaz de perdón. Esperemos que se aburra pronto.

De más estaba preguntar qué pensaba su padre del asunto, probablemente solo lamentara tener que buscar un reemplazo.

—¿Algo más?

—Fue el cumpleaños número siete del pequeño, lord Gunnar, el hijo de Oscar. No lo han

celebrado, aunque... —Marcus pidió que prosiguiera—. Es que no lo he confirmado, en general me aseguro de mi fuente antes de informarle, milord.

—Comparta el cotilleo, lo aceptaré a sabiendas de que puede ser falso.

—Raissa, la doncella de la esposa de su hermano, lady Irina, ha ido al mercado fuera de los días pautados. Los empleados Cavendish van al mercado los martes y viernes. Cuando regresaba, simulé estar podando los arbustos del frente y la saludé. Le pregunté a qué se debía su ida al mercado un jueves, que si le faltaba algo de urgencia podía tranquilamente pedirme, ya sabe, para disimular mi interés por asuntos que me son ajenos. La mujer dijo que se habían quedado sin jengibre y que lady Irina le solicitó que fuese a por más sin demora. Pero... —Bajó la voz en confidencia— dos cosas. Una, yo vi a lady Irina arrojar una raíz de jengibre en su paseo matutino, y dos, estoy seguro de que Raissa escondía en su canasto una porción de pastel. Ya le digo, no me consta, ni que lo que haya arrojado lady Irina fuera jengibre ni que la doncella trajera pastel, pero...

Marcus asintió. Era evidente que para Ferdinand lady Irina no merecía estar entre los Cavendish. Debía mantener la cabeza en frío, sacar sus propias conclusiones, no dejarse influenciar por las impresiones de otro. Al fin de cuentas, Viktor le había enseñado bien, la apariencia engaña. Él era prueba de ello, era endemoniadamente apuesto, las mujeres se lanzaban a sus pies y los hombres confiaban en sus ojos azules y en su sonrisa que, aunque sardónica, elegían creer sincera. Las brujas en los cuentos siempre tenían verrugas y los príncipes eran guapos, la realidad era muy distinta. ¿Era su cuñada por dentro como lo era por fuera?, había escuchado rumores de la belleza de la dama, sin jamás haberlos confirmado. Lady Irina estaba confinada a la casa del condado, lejos de los placeres de Londres y de las amistades que pudieran darle socorro si un día decidía huir.

—Gracias, si es tan amable... —Cortesía innecesaria, porque le pagaba para ello—, ¿podría llevarme a su punto de observación?

—Claro, acompáñeme. —Ferdinand se puso de pie y se disculpó durante el camino por el estado de la casa. Los muebles estaban cubiertos por sábanas blancas, los pasillos permanecían a oscuras, sin desperdiciar ni velas ni aceite. Allí no había electricidad ni necesidad de instalarla. La escalera hacia la buhardilla estaba impecable, señal del tiempo que pasaba allí el mayordomo observando las idas y venidas de sus vecinos.

Junto a la pequeña ventana inclinada con forma de ojo de buey se hallaba un telescopio terrestre. Una butaca cómoda le dio la bienvenida. Ferdinand lo invitó a sentarse.

—Está calibrado y direccionado a los jardines traseros de la casa de su padre...

—De lord Alfie —lo corrigió. Apretó los dientes, había hablado sin pensar. Dejó entrever su desprecio.

—De lord Alfie —repitió el mayordomo.

Marcus apoyó su ojo derecho en el mirador, el telescopio era de excelente calidad. Él mismo se lo había entregado a Ferdinand para que llevara a cabo su trabajo. La imagen que capturó fue nítida, el paisaje no había cambiado demasiado desde que abandonó el hogar.

Los robles altos, el césped verde, pocas flores y un diseño de cuidado salvajismo campestre. Flores silvestres, algunos rosales, una fuente de piedra sin ornamento. La casa era enorme, de estilo reina Ana, ladrillo rojo y detalles en blanco. La puerta se abrió y por ella asomó una silla de ruedas. Su madre. Detrás de ella, una mujer la empujaba con firmeza, por un momento pensó que se trataría de Rose, la doncella de lady Teresa, pero un vistazo al atuendo de la dama le bastó para arribar a la conclusión lógica.

Lady Irina Cavendish.

Sus manos enguantadas se aferraban a los asideros de la silla de ruedas. Tenía el rostro

vuelto hacia atrás, hablaba con alguien a sus espaldas. Miró al frente y Marcus tuvo una visión completa de su cuñada.

Joder.

Los rumores se habían quedado cortos. Lady Irina era dueña de una belleza arrolladora, de la clase de belleza que, en lugar de ser un don, un privilegio, era una maldición. Despertaría la lujuria de los hombres y la envidia de las mujeres. Y, sobre todo, la ira contenida de Marcus Cavendish.

—Por supuesto —gruñó y necesitó separar su ojo del telescopio un segundo. Ferdinand estaba a sus espaldas, en silencio, compartió con él su apreciación—. Ahora entiendo por qué mi hermano se encaprichó con una mujer que no era noble.

Lady Irina provenía de una familia sueca bien relacionada, pero carente de títulos. La muchacha viajó a Londres a visitar a su tía y a hallar un marido rico, cosa que había conseguido. Los Cavendish eran asquerosamente ricos. Mas dudaba que hubiese sido un trato justo para la muchacha. Irina era joven cuando se casó, inexperta, apenas tenía dieciocho años cuando se unió a lord Oscar. Casi sintió pena por ella. Casi. Porque era incapaz de tal emoción.

Regresó la vista al telescopio. Lady Teresa se hallaba al sol, con una manta sobre sus piernas y la mirada perdida en los bosques. Se la veía tan delgada y consumida que parecía estar más cerca del mundo de los muertos que del de los vivos. Lady Irina sonreía, desde esa distancia era difícil percibir el matiz de esa sonrisa. Llegaba a divisar su cuerpo esbelto, enfundado en un vestido de tarde verde agua; su cabello rubio, casi blanco de tan claro. En contraste con su piel marfil, el rosado de sus labios parecía casi rojo. Y sus ojos eran tan claros que desde la perspectiva de Marcus apenas tenían color. La boca se movió, decía algo en dirección al interior de la casa.

Otra figura se sumó al encuentro. En cuanto lo vio, la sensación en su pecho fue comparable a recibir la coza de un caballo. Un niño se hizo presente. Serio. Vestido como un adulto.

—Mierda.

—¿Milord? —Ferdinand le recordó que no estaba a solas.

—Lo siento, es que este telescopio es bueno, mas no excelente. —No conseguía captar los matices de las expresiones, de los gestos. Podía jurar que lo que acontecía ante él era una puesta en escena, una obra de teatro como esas que observaba desde el palco. Lady Irina dijo algo, el niño se encogió de hombros.

Gunnar, así se llamaba su sobrino, se dirigió hacia la pared más cercana, dio la espalda a los jardines y escondió la cabeza en su brazo. Lo primero que Marcus pensó fue que su madre lo había castigado, que la muy maldita había reprendido a su hijo con una sonrisa sádica en sus labios, como haría el condenado de su esposo. La sorpresa fue más que impactante, su cuñada se alzó apenas la falda y se dio a la carrera en dirección al bosque. Quedó fuera de su línea de visión, de modo que se concentró en el pequeño. Tras unos segundos que le resultaron eternos, el niño se dio la vuelta.

Estaban jugando. Marcus observó el intercambio como lo haría un científico, puesto que él nunca había *jugado* en su vida. El recuerdo que más se asemejaba a eso era el de actuar en su habitación a que apuñalaba a su hermano y a su padre. Luego, en Prometheus, no hubo tiempo ni para esos simulacros.

Ante él, ese niño serio escrutaba el paisaje buscando a su madre. Él hizo lo mismo con mayor ansiedad de la que mostraba Gunnar. Su sobrino se le parecía tanto a su edad que sintió una mezcla extraña de simpatía y aversión, no siempre nos gusta lo que vemos cuando nos observamos en el espejo, ¿verdad? Había algo en ese gesto adulto, en su atuendo, en la falta de reacción del niño que le revolvió las tripas. Algo estaba jodidamente mal con lord Gunnar Cavendish. Algo que se asemejaba demasiado al mal que habitaba dentro de su tío.

Al fin pudo encontrar a lady Irina con la lente. La mujer estaba detrás de un roble, asomó la cabeza para constatar dónde estaba su hijo, si la seguía en ese absurdo juego. ¿Qué sacaba de eso?, ¿de esconderse y buscarse? Gunnar fue directo hacia ella, Marcus se dio cuenta de que el pequeño había percibido las huellas de los zapatos de su madre.

—Es usted pésima jugando, milady —murmuró. Ferdinand no lo oyó. Era imposible para Cavendish entender que la finalidad del juego no era buscar pistas, esconder huellas, ser un superviviente en el bosque como los experimentos de Viktor. No le entraba en la cabeza que se dedicara a hacer eso solo por...¿diversión?

Peor aun cuando se dio cuenta de que nadie allí se divertía. Gunnar la buscaba metódicamente, tampoco sabía jugar. Como él.

Lady Teresa estaba enajenada, en su mundo, sin ser capaz de advertir si madre e hijo se perdían entre los árboles y eran comidos por lobos.

Y lady Irina...Ella apoyó la espalda sobre la corteza del árbol y se dejó caer, lentamente, hasta quedar acudillada. Se cubrió el rostro con las manos. Marcus se preguntó si era parte de las reglas, si debía taparte cuando fueras descubierta, porque era evidente que Gunnar ya sabía dónde estaba. Sin embargo, percibió el movimiento de sus hombros, la forma en que se abría su plexo solar y entendió que la mujer contenía el llanto aspirando por la boca grandes bocanadas de aire.

No necesitó ver bien para entender que de los labios de su sobrino salió un *¿madre?* La mujer retiró las manos, sonrió y se incorporó. Chilló jovial, feliz, como si no hubiera estado hasta recién conteniendo todas las penas del mundo y le hizo cosquillas a su hijo. El niño no rio, no supo cómo reaccionar al contacto afectivo de lady Irina. Él, a la distancia, tampoco supo. ¿Qué demonios se hacía en esas circunstancias? Aun así, lo embargó una extraña sensación a la altura de sus costillas, como si los dedos de la mujer se hubieran clavado allí y fuera a él a quien le hacía cosquillas. Fuera a él a quien lo felicitaba por la sencilla tarea de hallarla detrás de un puñetero árbol luego de que ella hubiera dejado evidentes huellas en su camino.

—Suficiente. —Apartó el telescopio, incómodo ante su reacción—. Ya tengo suficiente.

—¿Escribo igual un informe?

—No será necesario, de ahora en más nos comunicaremos así, presencialmente...

—¿Milord?

—Desde mañana volveremos a ser vecinos —sentenció. Se marchó con premura, necesitaba serenarse, entender qué demonios le había sucedido al observar ese intercambio. Algún libro contendría la respuesta, porque estaba seguro, jamás había experimentado algo así en su vida.

CAPÍTULO 2



No tenía deseos de rememorar el pasado. La melancolía no era propia de él. Además, nada de lo que pudiese recordar sería un suceso que entrara en la categoría de memorable. La mansión Cavendish y lo que ocurría dentro de esta era una gran puesta en escena que contemplaba desde la distancia. Ser espectador resultaba más interesante. La obra teatral familiar le parecía un grotesco melodrama, uno del que no formaba parte desde hacía años, primero por obligación y luego por elección. Hasta ese día, regresaría como el hijo *no* pródigo, por supuesto, aunque su padre pensara lo contrario. Retornaba al hogar que le dio la vida en pos de un bien mayor: el propio. Se sumaría como un protagonista inesperado, asumiría su rol heredado y, cuando la historia culminara en el momento perfecto para él, bajaría el telón. Sin importar que este hiciera rodar un par de cabezas.

—Cada día vivido es un paso más dado hacia la muerte, ¿verdad, Percy? —le habló a su caballo—. No te asustes, no me refiero a nosotros. —Disminuyó la tensión en las riendas—. Lo digo porque a veces creo que soy la mano derecha del Creador... —El caballo bufó, parecía que le estaba dando la razón como a los locos. Avanzaban a paso lento, tanto jinete como montura disfrutaban del paisaje. Era una bella tarde—. ¿Qué? —Tiró de las riendas para frenar el trote, lo hizo con suavidad—. No te andes con rodeos, di lo que tengas para decir. —El caballo se detuvo, unos mil metros los separaban del ingreso a las tierras Cavendish, desde esa distancia podía verse el escudo familiar en la reja principal—. Oh, entiendo... —Le permitió el descanso al animal y también se brindó el propio, soltó las riendas y apoyó los antebrazos en sus piernas—, ¿cuándo fue la última vez que estuvimos aquí? —Percy agitó sus crines cuando el viento sopló con fuerza—. Tienes razón, cuando Oscar se fue de viaje de bodas ¡Qué pena para nosotros no haber coincidido con ellos y perdernos la fiesta que consagró la ventajosa unión matrimonial! —Hombre y animal resoplaron a la par—. No te preocupes por la nueva lady Cavendish —acarició su pelaje para tranquilizarlo, lo notaba inquieto. Se resistía a su inminente destino, las caballerizas del condado Salisbury—, parece inofensiva. —Lo presenciado la tarde anterior

le fue suficiente para elaborar un veredicto sobre la muchacha, débil y quebradiza como una hoja. El último espécimen de la cadena evolutiva. Alimento para las fieras—. No la consideres un peligro. En cuanto a los demás, ya has tenido el gusto de conocerlos, mantente alerta, considéralos enemigos, no comas de lo que te den. En especial, de la más novedosa adquisición familiar, el crío de Oscar. —Una extraña sensación le recorrió la espina dorsal, como cuando te sumerges en una laguna helada. Elevó su rostro al cielo, se quitó el sombrero y dejó que el sol lo bañara con su cálida luz. Cerró los ojos—. Las manzanas no caen muy lejos del árbol —murmuró. Finalizó la pausa el descanso y volvió a coger las riendas. Lo instó a avanzar—. Me ocuparé del jefe de cuadras, sé cómo hacer para que coma de mi mano... y tú de la suya.

—¿Es usted, milord? —Petrificado, así podría definirse al estado del mayordomo. El más fiel de los esbirros de Lord Alfie Cavendish. La función que este cumplía para con su padre superaba con creces a la que llevaba a cabo Ferdinand Salman para él. El hombre era tan traicionero y meticuloso que, de convertirse en asesino, pondría en jaque a todos los oficiales de Scotland Yard. No era tonto, se comportaba de esa manera porque conocía de punta a punta su territorio y cada una de las especies que lo habitaban. Por eso tenía todo bajo control, según los deseos de su señor. El regreso de Marcus hacía temblar los cimientos de su estrategia, pues no era cualquiera, era un Prometheus. Aunque este nunca hubiese comprobado en persona qué significaba ser eso. Como fuera, tragó saliva cuando el joven lord se colocó el sombrero bajo del brazo y le sonrió.

—La última vez que lo comprobé en el espejo, sí, continuaba siendo yo —Dio un paso al frente, lo empujó con sutileza—, lo que me sorprende es que usted continúe siendo usted. —Lo miró de pies a cabeza. El hombre era alto, pero su altura se había visto reducida por la curvatura en su espalda propia de la edad avanzada. Arrugas y canas, pocas. Porque su cabello era apenas un recuerdo—. ¿Pensé que habías pasado a mejor vida para estas alturas?

Por supuesto que sabía que no era así, conocía cada uno de los movimientos de la casa, los informes de Salman databan de años. Eso no le quitó el privilegio de bromear a costa del mayordomo y, de paso, seguir manteniendo la fachada: *regreso a casa sin saber lo que ha sucedido bajo este techo en mi ausencia*.

—Lamento decepcionarlo, milord, mi tiempo aún no ha llegado —carraspeó el hombre cuando recuperó el control de su cuerpo y dejó atrás el estado de sorpresa.

—No te preocupes, Thormund, ya te llegará —Le palmeó el hombro y allí dejó su mano. Hizo presión hasta oír crujir su articulación—, al fin de cuentas, a todos nos llega. —Lo liberó de la presión de su mano—. Contrario a lo que los apasionados de la vida dicen, no vivimos cada día. Morimos más y más a diario.

—Interesante diatriba, milord. —Inspiró profundamente. Avanzó unos pasos y se le adelantó en el corredor. El joven Lord parecía dispuesto a prescindir de la presentación formal. Eso sucedería solo sobre su cadáver—. Si es tan amable, dígame su plan de visita... —Lo instó a avanzar detrás de él.

—Vaya, ¿desde cuándo formo parte de la categoría de visita? Pensé que era un Cavendish —dijo más que nada para sí. Al pasar junto al guardarropas, se quitó la chaqueta, la colgó. Depositó sombrero y guantes sobre la mesa del recibidor.

—¿Desea que convoque a la familia en el salón principal? —El señor Thormund volvió el rostro al decir eso. La actitud relajada del lord lo puso de malhumor. Frunció el ceño, a lord Alfie no le agradan las visitas inesperadas. Su hijo era la menos esperada de todas.

—No, por favor, un espectáculo a la vez, señor Thormund.

—¿Y a quién quiere impresionar con su acto de regreso en primera instancia, milord? —El viejo comenzaba a retomar sus habituales costumbres, estas incluían el sentirse por sobre todos debido al beneplácito del conde.

—Cualquiera diría que su pregunta es absurda, pero como no soy cualquiera, me reservo la absurda respuesta. Mi padre se encuentra en su despacho, ¿no es así? —Hablando de animales de costumbre, lord Alfie era el máximo exponente. Se adelantó en pasos, con un par de zancadas dejó al viejo mayordomo muy atrás. Conocía el camino a la que era la habitación de poder de su padre, allí había recibido más de una lección a voz y mano de él.

Una vez ante la puerta, hurgó en su bolsillo hasta dar con su reloj cadena, comprobó la hora. Faltaban veintiocho minutos para que las agujas se juntaran para darle la bienvenida a las once de la mañana. Pasada esa hora, la calma comenzaría a transformarse en vorágine en torno a las preparaciones para el almuerzo y su presencia sería una noticia que recorrería la casa en un abrir y cerrar de labios. No deseaba la participación de Oscar en esa conversación. Golpeó a la puerta.

—No se supone que tú no pides permiso. —La risa de Alfie le hizo bullir la sangre a Marcus.

Cuando pusiera sus manos sobre Viktor, le estrujaría el cuello con una dosis más de fuerza en compensación de ese momento. En pos de un buen mayor y propio, se recordó. Abrió la puerta con premura y se adentró al despacho. Tomó asiento frente a su padre. Demostrar superioridad ante él era una jugada que no merecía la pena. A los siervos que se creen reyes hay que mantenerlos a la sombra de su creencia, pues cuando descubren su verdadero lugar, la caída es mucho mayor. Dolorosa. Eterna.

—Respeto mi legado, padre.

—Una vez más, compruebo que has aprendido bien. —Estaba redactando un escrito que enviaría a la cámara de lores. Regresó la pluma al tintero y se quitó los lentes de lectura. Alzó el rostro a su hijo recién llegado—. Schwarz ha hecho un buen trabajo contigo.

—Si crees que Schwarz me ha inculcado el peso del legado familiar, estás muy errado de conceptos, padre. Creo que Viktor estaría decepcionado si me viera ahora... —Cogió la botella de coñac que estaba en el escritorio. Su padre acompañaba sus horas de trabajo con una buena bebida, nada de té ni café. Alcohol de la mejor calidad. A falta de un vaso extra para él, se tomó el atrevimiento de rellenar el de su padre. Sirvió una medida de coñac, acercó el vaso a su nariz, lo olfateó y bebió un sorbo. Una extraña forma de marcar territorio.

—Y yo estaría de acuerdo con él, en vez de beber de mi coñac, tendrías que cortarme la jodida cabeza y reclamar mi lugar.

—¿Quieres que corte tu jodida cabeza, padre? —Jugó con el vaso en sus manos. Observó el rostro sonriente de su padre a través del cristal y la bebida color ámbar.

—No, no estaba en mis planes del día perder la cabeza. —Le quitó el vaso de la mano y lo regresó a su lugar. Le permitiría un sorbo y nada más que un sorbo—. De todas maneras, me encantaría saber cómo lo harías —Se reclinó sobre la silla, extendió los brazos a los lados—, me intriga verte en acción, ser un espectador de tu creatividad. Me pregunto si utilizarías el abrecartas. —Lo cogió y lo hizo danzar entre sus dedos.

—No, eso sería un maldito cliché... además, ese abrecartas es más viejo que esta casa, dudo que tenga filo siquiera. —Imitó a su padre en posición, se reclinó contra el respaldo de la silla y se cruzó de brazos. Evaluó el entorno con un rápido vistazo. Paredes con estantería de roble repletas de libros. La cabeza de un ciervo decorando una de las paredes y en la opuesta, un hogar apagado que estaba decorado en su parte alta con un cuadro del escudo familiar—. Utilizar el atizador sería otro cliché y, siendo sincero, si mi propósito fuese colocar tu cabeza en el escritorio, me sería muy poco práctico. —Alfie Cavendish rio. La conversación le estaba resultando por demás entretenida.

—¿Entonces? —lo motivó conteniendo la carcajada. Quien contemplara al hombre, podría decir que estaba orgulloso ante las palabras de su hijo. Se miraron, Marcus le sonrió.

—Primero utilizaría la pluma...

—Me agrada tu elección, es una buena pluma —coincidió con su hijo.

—La clavaría en tu yugular... dos, tres veces —dijo sin apartar su mirada de la de él. Había un desagradable brillo de placer en los ojos del conde. En los de Marcus no había rastro alguno de emoción. Solo la mirada de alguien que exponía un procedimiento rutinario en su vida. Cómo si cortar cabezas fuese su profesión—, para realizar un buen corte siempre es mejor facilitar el desangramiento en primera instancia. Continuaría con la pluma hasta que esta dejara de servirme...

—Perdería su filo... —concluyó Alfie. Cogió el vaso y bebió coñac. Disfrutaba de la escena mental.

—Exacto, lo que me haría recurrir a lo que tienes en tu mano y —señaló la botella— a su compañera. El vidrio suele ser una de mis armas de preferencia —Se incorporó, cogió la botella, la hizo danzar entre sus manos, la lanzó en el aire de un lado al otro—, si quieres, puedo demostrártelo, padre. —Tuvo que usar toda la fuerza de voluntad almacenada en su cuerpo para decir ese condenado sustantivo.

—No, no dudo de tu habilidad. He invertido una gran parte de mi fortuna familiar en ti y me consta que ha valido cada maldita libra. —Había recibido informes semestrales por parte de Viktor Schwarz, estaba al tanto de todo lo que su hijo era capaz de hacer. Contra todos los pronósticos, Marcus se había convertido en un caso de éxito. Sí, él, lord Alfie Cavendish, era el padre de un Prometheus. Gracias a Marcus, los lores más importantes de Londres intentaban llegar al doctor para que éste incluyera a sus hijos en los proyectos futuros—. La única duda que albergo en este momento es la razón de tu presencia. Dime, ¿qué quieres Marcus?

—¡Vaya, vaya! ¿Acaso no soy bien recibido en esta casa? —rio a la fuerza. Regresó la botella a su lugar y deambuló por el despacho. Se entretuvo analizando los libros de su padre.

—No se trata de eso, has dejado muy bien en claro estos últimos diez años que no consideras esta casa como tu hogar.

—Y no lo es, soy un Prometheus, ¿te olvidas, padre? —dijo cogiendo un libro: Sobre la libertad de la voluntad de Arthur Schopenhauer. No recordaba haber visto ese libro en su niñez. Frunció el ceño, miró de soslayo a su padre. Abrió el libro, estaba impecable por dentro, parecía que jamás había sido leído. Carcajeó—. No tenemos hogar, no pertenecemos a ningún lado. Sin embargo, poco a poco, todo nos pertenece. —Regresó el libro a su lugar—. Por eso te diré lo que quiero... —Volvio a tomar asiento frente a él—. Quiero tus contactos de negocios.

—Sé más específico si quieres mi ayuda. —Lo apuró, al conde se le acababa la paciencia rápido y no estaba acostumbrado a tener conversaciones extensas con sus hijos.

—Acabas de decir que has invertido una gran parte de la fortuna familiar en mí, y te lo agradezco. Por eso tengo la intención de devolver cada centavo invertido.

—Me parece justo —convino Alfie con él—, según he oído, has amasado una fortuna interesante estos últimos años.

—Cierto, una fortuna interesante... una fortuna que quiero triplicar, no —se corrigió—, quintuplicar.

—Voy comprendiendo —Alfie sonrió de par en par—, y para eso me necesitas a mí, ¿verdad? —Todo se reducía a él. Exhaló satisfecho y luego el pecho se le hinchó a base de ego.

—No me gusta mezclar negocios con familia, por eso voy a limitarme a pedirte que seas el intermediario entre tus amigos inversionistas y yo. Tengo un plan de negocios para ofrecerles.

—¿Qué clase de negocios? —indagó el conde con una sonrisa lobuna. Empezaba a reconocer que la presencia de su hijo le resultaba estimulante. Cada tanto, abandonar la rutina, era necesario.

—La clase de negocios que se llevan a cabo a espaldas de la sociedad londinense. La clase de negocios que hace que el dinero se reproduzca como una maldita plaga. —Se desafiaron con las miradas. Los dos conocían muy bien el terreno al que se aventurarían con esa «clase de negocios».

Las arcas del condado estaban cada vez más vacías, los números contables iban cuesta abajo y, en breve, los libros se teñirían de rojo con saldo negativo. El bueno para nada de Oscar no hacía más que despilfarrar la fortuna familiar y el conde ya no tenía cabeza para los negocios. ¡Bienaventurado sea el destino que, con su ráfaga a favor, trajo consigo a Marcus como un emisario de ventajosas noticias!

—Puedo conseguir inversores para esos negocios —dijo por lo bajo el conde, casi en confidencia.

—Lo sé, por eso estoy aquí.

—Pero hay un inconveniente...

—¿Cuál?

—No creo que se fíen de ti... menos que menos, de tus otros socios. —La realidad era que nadie tenía intenciones de meterse en el camino de los Prometheus; para estos, los que en algún momento fueron amigos se transforman en prescindibles con tan solo un chasquido de dedos.

—¿Te refieres a Cooper y a Krage? —El conde asintió—. Pues ellos tienen sus negocios y yo los míos. No nos gusta pisarnos la sombra los unos a los otros.

—Decirlo es una cosa, creerlo es otra muy diferente.

—Lo sé, por eso pido tu ayuda, para que les recuerdes quién soy.

El conde se incorporó, utilizó el borde del escritorio como apoyo para hacerlo. Le dolían los huesos, no podía disimularlo, la juventud era una anécdota pasada. Rodeó el escritorio, fue junto a Marcus.

—¿Quién eres? —Se agachó y acercó su rostro al de él. Como si mirarlo de cerca hiciera que los secretos más íntimos de Marcus pudiesen ser develados. Así lo había mirado de pequeño, de cerca, respirando sobre su rostro, instaurando el temor con su mirada. Marcus siempre había temblado en esa circunstancia.

—Soy un Cavendish... —dijo sin siquiera pestañear. Es más, ni un solo músculo se le movió. Quizás, hasta el corazón se le detuvo por un segundo. Imperturbable, en un estado de pausa absoluta.

—Repito, decirlo es una cosa, creerlo es otra. Lucas como un Cavendish, eso es indudable —dijo retrayéndose. ¡Joder! Le dolía la maldita espalda—. Tendrás que recordárselo al mundo —dijo con orgullo. Sí, ese malnacido que podía degollarte con una pluma y una botella de coñac era su hijo. Él era el progenitor de un Prometheus.

—Lo sé... —Extrajo el reloj de cadena del bolsillo de su chaleco. Miró la hora una vez más. Faltaban doce minutos para las once—. En una hora llegará mi equipaje... —El conde frunció el ceño—. Si quiero demostrarle al mundo quién soy, nada mejor que hacerlo bajo el techo Cavendish, ¿no lo crees así, padre?

—Haz lo que te plazca —sentenció sin darle más vueltas al asunto. Volvió sobre sus pasos al recordar que no había finalizado con su misiva para la cámara de lores—, tu habitación se encuentra vacía desde el día que te fuiste —Cogió la pluma y con un movimiento de mano le indicó que se marchara. Marcus se incorporó, había contado los minutos destinados a la charla. ¡Suficiente! Él también tenía deseos de marcharse—, Teresa me prohibió destinarla a otra función —dijo justo en el instante en el que Marcus abrió la puerta. Esta quedó a medio abrir, oír el nombre de su madre hizo

que su cuerpo se paralizara por unos segundos—, aunque si ahora le preguntas por qué lo hizo, ni lo recordará... —rio Alfie, el estado de su esposa resultaba siempre gracioso para el hombre. Lo más parecido a un pez de estanque que solo sale a flote para respirar y comer. Lady Teresa respiraba y comía porque la alimentaban, sino ni eso haría—. Dile al señor Thormund que le indique a la señora Holy que, de ahora en adelante, requerimos un plato más en la mesa.

—Lo haré... —dijo apretando con todas sus fuerzas el picaporte de la puerta. Los nudillos se le pusieron blancos. Exhaló con lentitud y abandonó el despacho. El primer acto acababa de finalizar, el segundo incluiría al resto de los protagonistas. Teresa, Oscar, su esposa e hijo... ¡Vaya elenco! Tendría que dar todo de sí en su actuación. Y no, no podría cortar ninguna cabeza ¡Maldición!

Lo sentía en el aire. Casi podía saborear el gusto rancio de la jugarreta de Oscar. Su hermano siempre sería un maldito hijo de perra, eso era indiscutible, lo criticable era su proceder. Uno que no rozaba el límite de lo infantil, sino el de lo idiota. El paso de los años no le quitó las mañas sádicas, lo que sí le arrebató fue el poco ingenio que tenía y la última dosis de creatividad que albergaba dentro de su hueca cabeza.

El señor Thormund le informó la hora pactada para el almuerzo. Por supuesto, este comenzó antes de que él se hiciera presente. Esa fue la estrategia de recibimiento de su hermano, recordarle que no era bienvenido. Lo veía en su rostro, pese a su imbecilidad, el instinto de supervivencia prevalecía en Oscar. No estaba ante el Marcus que atosigó y bastardeó de pequeño. Reconocía para sí que estaba ante un nuevo ejemplar.

—Es una pena, la trucha asada no debe de comerse fría... pero, bueno, dadas las circunstancias... —Oscar le indicó a uno de los sirvientes que cogiera la bandeja con el pescado para que le sirviera al recién llegado.

En el que podría considerarse su almuerzo de bienvenida, solo se encontraban presentes el conde, Oscar y su esposa. Las presentaciones formales quedaron de lado. Lady Irina intentó brindarle una reverencia a modo de cordial saludo y esta fue impedida por su esposo; la cogió de la muñeca y regresó su trasero a la silla con un movimiento brusco y evidente. Las formalidades no son necesarias, le masculló entre dientes. Detestaba cuando se comportaba de manera gentil, lucía angelical. Demasiado para su gusto.

—¿Cuáles circunstancias? —Con un gesto de mano, detuvo al sirviente antes de que éste colocara la trucha en su plato. Detestaba el pescado. De pequeño se había ahogado con una espina que Oscar metió a la fuerza en su boca.

—Te esperábamos antes —fue Alfie el que respondió. Masticaba con furia el brócoli que tenía en su boca como si este fuese un trozo de res mal cocido.

—No, padre, creo que lo correcto sería decir que no me esperaban. —Cogió la pinza de servir y colocó patatas horneadas en su plato. No tenía apetito, no las comería, las ponía a modo decorativo. También llenó su copa con vino. Fue una mera formalidad. No bebería.

—Nuestras más sinceras disculpas —Oscar se llevó las manos al pecho—, hemos perdido la costumbre de tu presencia. Es más, si no fuese por tus rasgos tan característicos de los Cavendish, te consideraríamos un completo extraño. ¿No es así, padre?

—Habla por ti, Oscar —dijo sorbiendo vino de su copa. Se limpió la boca con una servilleta y se incorporó. Se dirigió al mayordomo que atestiguaba el encuentro desde una de las esquinas del salón—. Thormund, dile a la señora Holy que prepare mi infusión de hierbas digestivas y la lleve a mi despacho. —Sin siquiera despedirse o esperar que el resto de los comensales terminen de comer, se

marchó.

La partida del conde dejó un incómodo silencio en el ambiente. Marcus y Oscar coincidieron en miradas. Se desafiaron a un contacto sin pestañeos ni gestos. Cuando el mayor de los Cavendish no pudo seguirle el juego de provocación al menor, rio a carcajadas. Codeó a su esposa, y el movimiento fue tan repentino y certero que, cuando este dio de lleno en las costillas de la lady, esta se sobresaltó y el tenedor que estaba a punto de ingresar en su boca con un bocado, se resbaló de sus dedos y golpeó contra el plato. Lady Irina se esforzaba por mantenerse ajena al intercambio familiar, comía solo para mantener la puesta en escena y justificar su silencio.

—¿No es así, cariño? Dime, míralo... —Le alzó la barbilla, la obligó a mirar en dirección a Marcus—. ¿Te resulta un extraño, verdad?

—Sí, porque lo es. —Evitó la mirada directa de su cuñado. Dirigía su atención a lo que parecía ser un punto imaginario al costado de la oreja de Marcus. Este no pudo evitar sonreír, la joven lady ponía mucho esmero en su comportamiento comedido—. Nunca lo he visto, nunca antes he oído hablar de él. —Parpadeó, tragó saliva. Sus labios se tensaron por unos segundos.

¡Atrapada!, pensó Marcus. Era indiscutible su primer punto, nunca se habían visto en persona. Pero... mentía en lo segundo. Sí había oído hablar de él. Y no de la boca de Oscar. Confesarlo la pondría en un aprieto marital.

—¿Sabes lo que dicen de él, cariño?, ¿cómo lo llaman? —Ella negó con la cabeza. Oscar le acarició el cabello como si se tratara de un pequeño animalito necesitado de cariño—. Lo llaman Prometheus...

—No me llaman Prometheus, lo soy. —Marcus se encogió de hombros como quién revela una verdad pública y bien sabida.

—Oh, y por eso mismo es que él se cree un... —Oscar siseó, fingía buscar la palabra perfecta para definirlo—, un jodido dios. ¿Te parece que luce como un jodido dios? —susurró al oído de su esposa.

—Las apariencias suelen ser engañosas —respondió ella con el mismo tono susurrante que Oscar.

Marcus rio. Podría jurar que la mujer contuvo las ganas de mirar de soslayo a su marido al decir eso.

—Veo que conoce muy bien de apariencias engañosas, milady. De todas maneras, aprovecho la oportunidad para defenderme del alegato de mi hermano... No me creo un jodido dios. —Se incorporó, fue hasta la mesa aladaña a la central y cogió de la frutera una manzana—. Según he oído o leído, los dioses suelen tener un grado de misericordia. —Mordió la manzana—. Yo... bueno, yo no como trucha —hizo una reverencia—, disfruten del resto de la velada a solas. —Giró sobre sus talones y se marchó.

No obtendría información relevante en ese encuentro. Le interesaba más conocer los pormenores detrás de las ausencias. Nada era casual bajo el techo Cavendish. Todos debían ser considerados enemigos sin importar género ni edad, el pequeño lord Gunnar no estaba exento de ser considerado un posible adversario, peor aún, un maldito obstáculo. Él conocía sobre demonios, y los mejores, se gestaban en la más tierna infancia.

CAPÍTULO 3



Había adecuado su habitación de niño y la aledaña para uso personal. La más pequeña le bastaba para dormir y asearse, la amplía la utilizaba a modo de oficina. Extrañaba su casa en la ciudad, con las instalaciones modernas y la sensación de libertad. Allí se sentía aprisionado, como en sus años en el hospicio de Prometheus. Consigo había llevado solo a dos personas, no quería alertar a su padre de las verdaderas intenciones. Ernest, su ayudante de cámara, tenía la tarea de infiltrarse entre los empleados de la casa Cavendish. May, su secretaria, era su conexión con los informes que aún llegaban, sin parar, al centro del imperio. Ambos lucían inocuos, Ernest sufría de una pequeña cojera y de estrabismo en el ojo derecho. May era una mujer de unos cincuenta años, entrada en carnes, de rostro redondo y cabello blanquecino. Sus ojos chocolate le daban el aspecto de abuelita bonachona. Cualquiera que confiara en ellos cometía el mayor error de su vida. Ernest además de saber cómo funcionaba un hogar, era experto en el arte de sonsacar información empleando la dosis justa y constante de dolor. May podía matar a un elefante con tan solo servirle un té. Y ambos eran leales a Marcus Cavendish.

—Si vuelve a salir vestido de sus aposentos, milord, los criados sospecharán. —Ernest lo retuvo antes de que Marcus se aventurara al corredor. Cerró la puerta tras de sí y se dispuso a... a nada. Su señor había ordenado metódicamente los utensilios de higiene masculina, doblado su ropa de noche, anudado su corbata y lustrado sus zapatos. Era maniático con el control, no le gustaba delegar las tareas que lo tenían a él como centro. El hecho de tener que dejar que cocinasen para él lo irritaba y parte de los informes que solicitaba estaban relacionados al menú y los ingredientes empleados.

—Adelántame los hechos, Ernest, así no perdemos tiempo. —Marcus se sentó en la silla junto al espejo. Su ayudante de cámara se acomodó contra la pared entre ventanas. Ni siquiera la cama debía ser hecha por alguien que no fuese Marcus y le daba pena arrugar la manta, tan extendida que de lanzar un penique brincaría.

—¿Por dónde desea que comience?

—Por lady Irina —solicitó. La esposa de su hermano lo intrigaba, le costaba bajar las defensas con ella. Sabía que mentía, mentía todo el jodido tiempo. Cada una de sus sonrisas era falsa, en cada gesto escondía sus sentimientos. Y si bien había vislumbrado su disfraz, desconocía qué escondía detrás.

—Raissa es su doncella y le tiene afecto, asegura que su señora es buena.

—Tú aseguras que yo soy bueno —comentó, poniendo en tela de juicio la fuente—. ¿Verdad?

—Pero ella parece creerlo —respondió Ernest. Marcus rio.

—Prosigue, por favor.

—Lord Oscar ya no visita los aposentos de su esposa, se ha aburrido de ella. —Marcus no pudo evitar que sus cejas se arqueen, un incómodo pensamiento se apoderó de él: *jamás me cansaría de follar con ella*. Se aflojó la corbata—. Al parecer tal resultado fue el logro de la astucia de lady Irina.

—Vaya... ¿cómo ha logrado tal cosa?

—Mostrándose enamorada de su marido. Raissa jura que es mentira, pero Rose, la doncella de su madre, milord, asegura que la lady alberga sentimientos genuinos por lord Oscar. Como sea, su *enamoramiento* ha aburrido a su hermano y lo mantiene lejos de ella.

Marcus entornó los ojos, intentó analizar la situación. La había visto contener el llanto, ¿se debía a un corazón roto? ¡Demonios!, prefería las confabulaciones políticas, esas seguían lógicas claras. Las intrigas de amor le resultaban tan ajenas como esos idiomas africanos que nunca fue capaz de hablar.

—Raissa conoce más a su señora que Rose, Rose solo ve lo que ella muestra en público y he notado que lady Irina es una excelente actriz.

—Sé que no ha pedido mi opinión, milord, pero coincido con su punto de vista. Porque cuando hablé con John, el muchacho que se encarga de limpiar las armas de caza de su padre, me ha dicho que lady Irina le solicitó a lord Alfie si podía regresar a Suecia con el joven lord Gunnar. Si estuviese de verdad enamorada de lord Oscar, ¿no desearía permanecer a su lado, recuperar su amor?

—Mi padre se ha negado, ¿verdad?

—Le dijo que podía irse ella, pero que Gunnar le pertenecía a los Cavendish por ser el heredero. Debía educarse como un futuro conde.

Marcus jamás había conseguido el control de sí mismo que caracterizaba a Franz Cooper; por el contrario, cada tanto se permitía sentir. Incluso, en ocasiones, se atrevía a experimentar las emociones hasta el extremo, como un famélico que se embute de comida hasta vomitar. Lo hacía con el afán de entender a los demás, a los que sentían, a los normales. Franz se resguardaba en la apatía porque, de abrirse, de hacerlo de verdad, sentiría dolor, amor, miedo, anhelo... Lady Georgiana, su esposa, era prueba de ello. La apatía era un escudo.

En él no.

Marcus no necesitaba ser apático; adivinaba cuándo debía reír, cuándo se esperaba de él una lágrima, cuándo debía mostrarse furioso para infundir miedo. Imitaba a los normales, se camuflaba entre ellos, y así se ganaba su confianza. Pero no era como ellos, se limitaba a actuar, y como un buen actor necesitaba ser capaz de ponerse en los zapatos del otro. Era un ejercicio complejo y agotador.

Sin embargo, cuando escuchó a Ernest decir que el pequeño lord Gunnar debía educarse como un futuro conde, el sentimiento que lo embargó fue genuino. La ira bulló dentro suyo y notó que apretaba los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

En Prometheus le habían enseñado a dominar las respuestas físicas, a ralentizar el corazón, a impedir que las pupilas se dilaten o la sangre coloree las mejillas. Jamás había necesitado recurrir a

esos ejercicios, hasta ahora.

—¿Golpea a Gunnar? —No debió preguntar quién; por más que estaban hablando de lady Irina, Ernest supo que se refería al conde.

—Sí, milord. Se encarga de disciplinario él mismo.

—¿Y lord Oscar lo permite, no prefiere hacerlo él?

—Lord Oscar se limita a insultar al pequeño luego de los castigos, a recordarle la debilidad de carácter y que a él lo castigaban con más severidad para que se convirtiera en un buen heredero.

Marcus cerró los ojos y contó diez respiraciones antes de abrir los párpados. Joder, estaba furioso de verdad. Ansiaba vengarse del doctor Schwarz y de todos los malnacidos del proyecto, y, sin embargo, no era preso de la ira. Su revancha era un plato frío, racional, comedido. Incluso no le molestaba morir antes y perderse la acción, no vivir para ver su fin. Pero lo que experimentaba en esos momentos ante la idea de Gunnar recibiendo castigos físicos y su hermano burlándose de ellos lo llevaba a un límite desconocido.

—¿Cuál es la actitud de lady Irina? —La voz le sonó ronca, apenas audible porque sus labios no se movían al hablar.

—Según el señor Wiggins, el profesor y tutor del niño, la madre lo apaña y lo hace débil de carácter. En sus palabras, *cada vez que le evita un castigo, solo consigue uno peor en el futuro. Como la hierba mala, es mejor quitarla cuando aún es un brote y no esperar a que solo una guadaña pueda con ella.*

El fuego se apagó de inmediato. La frialdad de Marcus regresó, sus sonrisas sardónicas, su mirada vacía, su gesto de hedonista al que nada le importaba. No fue el jodido ejercicio de Prometheus el que consiguió dominar al demonio, sino la actitud de lady Irina.

—Ya podemos salir de la habitación. May debe estar esperando por nosotros —dijo, se puso de pie e invitó al ayudante de cámara a seguirlos. Ernest no se había percatado de la batalla interior de Marcus, pero su señor no estaba tranquilo. El hombre no era un experto en emociones, no como Viktor Schwarz o como el doctor Serge Amberg. A ellos no le podría esconder la respuesta física, se darían cuenta de que algo lo alteraba y lo utilizarían en su contra.

¿Tenía acaso una debilidad?

Debía descubrir qué demonios le había sucedido respecto a Gunnar e Irina antes de su encuentro habitual con el psicoanalista o podría poner en riesgo el plan. Una vez que consiguiera la ubicación de Viktor y se la entregase a sus hermanos Prometheus, lo que pasase con él lo tenía sin cuidado. Tal vez así sonaba el llamado del abismo, no como el canto de una sirena, sino como la promesa de silencio eterno. Y él quería acallar su mente cruel.

Estaba en lo cierto, May aguardaba a por ellos con café y panecillos. Los preferidos de Marcus. La mujer poseía una información que valdría oro en el mercado del espionaje, la preferencia de su señor por los dulces. Pocas personas conocían su flaqueza, desde hacía años mantenía a raya la gula para no delatarse ante quien pudiera usar ese nimio detalle en su contra.

—Yo ya entregué mi informe —comentó Ernest y, perdiendo las formas, se sirvió café y cogió un panecillo. Marcus hizo lo mismo y se sentó en uno de los sillones dispuestos en su improvisado despacho.

—En tal caso, iré al grano. —Llevaba consigo varias hojas pasadas a máquina de escribir, se le daba muy bien la técnica de mecanografiar. Pero más aún la de codificar y decodificar. Con el fin de que nadie pudiera coger siquiera el rodillo de la máquina y adivinar una palabra suelta, May se

encargaba de escribir sus informes en un código que solo Marcus y ella conocían. Un método sencillo y eficiente que conseguía oraciones sin sentido ante los ojos de un incauto. Le extendió la carpeta con la transcripción detallada y se dispuso a hacer un resumen de los puntos importantes—. Se hacen llamar los siete elementos, lo cual me sorprende, ¿no eran cinco los elementos de la ciencia? —preguntó la mujer.

—Interesante... Sí, tienes razón, para la ciencia tradicional son cinco los elementos: tierra, fuego, aire, agua y éter. Pero para los Prometheus, los elementos son tierra, fuego, aire, agua, sonido, luz y pensamiento. Los primeros representan el mundo material y los últimos tres, el de las ideas, el que es poseedor de la potencia creadora. Iluminamos una verdad, la entendemos con el intelecto o pensamiento, la transmitimos a través de la palabra.

—¿Saben lo espeluznante que suenan, verdad?

—Su pasatiempo es asustar. Entonces, son siete los inversores del proyecto.

—Los principales sí, conforman siete pirámides, pero sin ellos, el dinero no llega a destino. Si uno muere o decide marcharse...

—Sinónimos. —Nadie salía de Prometheus con vida.

—Debe elegir a su reemplazo, el cual debe ser aceptado por los otros seis en una ceremonia. Entienda, milord, que esta información puede mezclar misticismo con verdad, es una especie de leyenda urbana, aunque he constatado que tiene algo de cierto.

—Prometheus se caracteriza por mezclar misticismo con verdad, sigue esa línea de investigación, May. Buen trabajo. Buen trabajo el de ambos —extendió su agradecimiento a Ernest. Una vez más se percató de su forma de actuar; lo cierto era que no sentía agradecimiento, consideraba que, si pagaba por ello, era lógico esperar un trabajo bien hecho. Así se manejaban Franz y Tobías. Sin embargo, él se afanaba en su rol de *humano*, en esconder que era anormal. Del mismo modo que Ernest, al ser cojo, intentaba disimular, mientras que uno con las dos piernas sanas caminaba sin más, sin pensar en su andar...él hacía lo mismo. Consciente de su deficiencia, escondía sus falencias tras comportamientos estándares.

En la selva no vencían las fieras por su fuerza, sino por su capacidad de camuflaje. La casa Cavendish era la selva y, no lo sabían, pero entre ellos se escondía el depredador.

—¡Diantres! —Lady Irina maldijo al clima, la llovizna era constante y el frío húmedo parecía colarse hasta los huesos. Ansiaba salir, dar su paseo matutino, alejarse de esa casa con Gunnar un par de horas y fingir que habitaban una aburrida, monótona, desapasionada realidad. Las personas no sabían lo que tenían hasta que lo perdían. Ella era una prueba de ello.

Pegó su frente sobre el cristal y se estremeció. Inglaterra le resultaba más helado que Suecia y nada tenía que ver con las condiciones climáticas. Extrañaba su hogar, a su madre bordado tulipanes siempre iguales, a su padre releer los mismos libros una y otra vez, las conversaciones repetidas, los vestidos opacos, los peinados sin esmero... Todo lo que antaño detestaba ahora se convertía en un tesoro que anhelaba recuperar.

—Tonta, tonta, tonta... —Movié la cabeza contra el cristal. Cada mañana la asaltaba el recuerdo de sus malas decisiones. *Sí, madre, sí, padre, quiero ir a visitar a tía Elisa. ¡Quiero ir a Londres!* Las fantasías inundaron su cabeza, imaginaba el Hyde Park, los caballeros elegantes, los bailes y los cortejos con flores y bombones. Por un tiempo los tuvo, y fue tan dichosa en su burbuja de cristal que no adivinó que el príncipe era en realidad un monstruo. Lord Oscar y su gentileza escondían una crueldad que la mente de Irina era incapaz siquiera entonces, luego de ocho años, de

magnificar. De comprender. Siempre la sorprendía. Aún no se reponía del suicidio de la criada, Nancy, provocado por las maquinaciones sádicas de Oscar. ¡Y ahora había un Cavendish más bajo el mismo techo!

Abrió la boca y soltó un grito ahogado, ni siquiera era capaz de chillar como ansiaba. Llamaron a la puerta poniendo fin a su rutina matutina.

—¿Milady? —Raissa ingresó a la habitación, cerró la puerta tras de sí al tiempo que Irina se alejaba de la ventana e iba al tocador, dispuesta a permitirle a la doncella que hiciera de ella una Cavendish.

La mujer puso manos a la obra, cepilló los cabellos rubios claros de la dama, deshaciendo los rizos con cada pasar. Comenzó a realizar pequeñas trenzas, porque de lo contrario el rizado ganaría y su cabello revelaría su raíz indómita, vikinga.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Irina.

—Ernest ha dicho que su señor es bueno.

Las dos mujeres arquearon las cejas, hicieron contacto visual en el espejo y se echaron a reír.

—Sí, cómo no. Y yo soy morena... —Soltaron más carcajadas.

—Claro que no le creí, milady —dijo Raissa, continuando con la labor—, pero sí socavé información de valor. —Irina se irguió en la silla, ansiosa por saber algo de su cuñado. Necesitaba salir de allí, más aún, necesitaba sacar a Gunnar de esa casa, y se valdría de las disputas familiares de ser necesario para hacerlo. Sabía que Oscar jamás enfrentaría a su padre, era un cobarde y un maldito trastornado; sin embargo, lord Marcus sí era capaz de contradecir a Alfie. El problema era que no sabía cuán peligroso podía ser hacer pactos con el demonio—. Primero, Ernest no piensa que su amo sea bueno, pero tampoco malo. No compartió esa información conmigo cargado de temor, sino que lo hizo porque es lo que se espera. Porque le pagan para ello. Y eso, milady, es más de lo que podemos decir de los demás criados Cavendish.

—Interesante. —Raissa tenía un punto, los criados Cavendish vivían con terror. Su doncella era su fuente de sabiduría y jamás despreciaba una de sus observaciones. Cuando llegó, era una niña, y la mujer fue su guía en los turbios mares del condado. Le explicó a qué se enfrentaba con su marido, le enseñó a usar su belleza como un arma y a ocultar su astucia. Gracias a ella los Cavendish la subestimaban y no la consideraban una amenaza. Era apenas un objeto hermoso más, un decorado de lujo para el condado. Desde entonces, consultaba con ella sus estrategias, como la de fingir estar enamorada de Oscar. ¡Había dado resultado!, al hombre lo excitaba su miedo, no su adoración. Por lo que, mientras más melosa se mostraba con él, más lejos se mantenía Oscar de ella. ¡Perfecto! Pero no lo suficiente para enfrentar a su padre y deshacerse de ella y de Gunnar, mandarlos de regreso a Estocolmo—. Si hay un primero, hay un segundo —dijo, le pidió que compartiera las demás apreciaciones.

—Me dio la impresión, milady, aunque no estoy segura, de que Ernest indagaba a su vez por usted. Su cuñado está interesado en usted.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Raissa lo notó, intentó animarla.

—Eso es bueno, milady. Lord Marcus es un Prometheus, él no se someterá a su padre. Usted podrá...

—Usar mi cuerpo como moneda de cambio —completó. Negó con la cabeza—. No funcionará, no con él. Necesito más información, debo hallar una debilidad en lord Marcus.

—Imposible.

—Todos tenemos una debilidad.

—No los Prometheus —sentenció la doncella. Irina cerró sus ojos, inspiró profundo para

serenarse. Sabía quiénes eran los Prometheus, conocía los detalles de ese experimento al que lord Alfie había sometido a... ¡a su propio hijo! Apoyó los codos sobre el tocador y se cubrió el rostro con las manos. Quiso llorar, gritar, patear, prender fuego el maldito condado. Tenía que ser fuerte, astuta, taimada de ser necesario... Lo que fuese para evitar que Gunnar terminase como su padre, convertido en un sádico, o como su tío... en un Prometheus—. Haremos que él no pueda resistirse a usted y que por tenerla le dé algo a cambio.

—Sí podrá resistirse. Hay algo en él... algo roto... algo que... —No pudo hallar la expresión adecuada—. No puedo subestimarle, es quizá mi última posibilidad de salir de aquí con Gunnar. Debo ser cautelosa, él no es Oscar, lord Marcus tiene sesos. Para desgracia de mi hijo y de mí.

—Pero también tiene sed de sangre, de lo contrario, no hubiese venido.

—¡No sabemos a qué ha venido, Raissa! Necesitamos averiguarlo. —La doncella sabía que su señora tenía razón, pero no entendía por qué se negaba a ir por el camino sencillo. Raissa estaba segura de que lord Marcus desearía a Irina. La dama era dueña de una belleza exótica. Su piel era tan blanca como el marfil, traslucía las venas en los sitios indicados, como en el revés de las muñecas o una delicada, en el cuello, que hacía a los hombres clavar sus ojos hambrientos en ese punto. Sus ojos celestes eran tan claros que parecían transparentes y en el medio, sus pupilas negras resaltaban, hipnóticas. El cabello rubio no era dorado ni mucho menos trigo, eso sería común en Inglaterra. El tono era casi blanquecino. Lady Irina parecía ser mitad humana, mitad hija de la luna. Sin contar con su altura, que sobrepasaba a la mayoría de los hombres, aunque no a los Cavendish. Irradiaba energía femenina, sensual e indómita. Podrían haber convertido a lord Marcus en un demonio, pero hasta los demonios pecaban frente a una dama como lady Irina.

La dama aceptó vestir con uno de los atuendos que mejor le sentaban, pero no lo hizo por coincidir con la estrategia de Raissa. Su doncella conocía muy bien a los Cavendish, sin embargo, Marcus hacía tiempo que no era uno de ellos. Era un Prometheus. Debía guiarse por su instinto y por algo más...

Irina dejó la habitación y fue a la fuente de información, la única persona que conocía a su cuñado más allá de las fachadas: Lady Teresa. De camino hacia la alcoba de su suegra, puso en orden sus pensamientos. La razón por la cual de ahora en más usaría sus vestidos más osados, aun cuando sabía que no conseguiría su cometido. Porque sí, prefería que lord Marcus la mirase con el deseo contenido ardiendo en sus ojos azul zafiro, antes de que lo hiciera de aquel otro modo. Del vacío de toda emoción. Del sin vida. Del que le recordaba a los ojos de Gunnar.

No podía confesarse ni siquiera con Raissa al respecto, ni a ella podía decirle que lo que le aterraba de su cuñado no eran los rumores sobre su pasado en Prometheus ni cómo se forjó su poder lejos del condado. No temía que el hombre intentara ultrajarla, ni tan siquiera para vengarse de su hermano. No. Lo que la aterraba era la semejanza que lo unía con su hijo. Ambos... un nudo se le formó en la garganta al pensarlo... ambos estaban rotos. Eran incapaz de sentir como los demás, observaban el mundo de una manera lógica, carente de emociones. Imitaban sonrisas, gestos... leían los momentos, sabían cuándo reír, cuándo hacer una broma, cuándo callar, pero no les surgía naturalmente. Imitaban.

Gunnar no siempre era así. Había ocasiones en las que la ira bullía, estallaba como un volcán, y entonces las emociones se desbordaban de manera violenta. Ella intentaba enseñarle a su hijo a que no hiciera eso, a que fuese soltando esa energía de a poco. Que no acumulara, y acumulara, y acumulara hasta que no pudiese controlar la reacción. Pero de momento había fracasado.

Y veía a su cuñado hacer lo mismo. Sonreír sardónicamente, medir sus movimientos en la mesa, vestir pulcro, mantener conversaciones educadas, e Irina solo podía pensar en cuánto magma

corría por sus venas, en cuánto tiempo llevaba conteniendo el fuego de sus estallidos y el desastre natural que desataría cuando ya no pudiese más.

Debía salvar a Gunnar de ese destino. Averiguar si existía un modo de que la furia de su cuñado pudiese ser dirigida a sus enemigos en común.

Llamó a la puerta de la habitación de su suegra y le atendió Rose. La hizo pasar. El olor dulzón de la morfina le revolvió el estómago.

—¿Cómo se encuentra hoy lady Teresa?

—Adolorida —mintió Rose. O, mejor dicho, repitió la mentira de su señora. Lady Teresa siempre acusaba dolores fuertes para que le dieran opioides. Era adicta, era el modo que había hallado de escapar de la casa Cavendish. Lady Irina se recordó que salvando a Gunnar se salvaba ella misma de ese destino compartido con su suegra.

—¿Crees que le haga bien ir a la biblioteca?

—¿Irás Gunnar? —preguntó lady Teresa, con voz apenas audible.

—Haremos que vaya, se alegrará de interrumpir sus lecciones con el señor Wiggins.

La mención del profesor hizo a lady Teresa sacar fuerzas de donde no tenía. Ese era el motivo por el cual lady Irina no se rendía con la dama, detrás de la nebulosa de droga, del pasado de dolor y de desidia, su suegra quería a Gunnar. Irina masticó el rencor e intentó ser justa con la mujer, más ahora que comprendía que el cariño de Teresa por su nieto se debía al parecido de este con Marcus. Intentaba hacer por el niño lo que no había hecho por su hijo. Y, para sorpresa de nadie, fracasaba también. Irina había rogado a su suegra que interviniera con Alfie a su favor, que lo convenciera de que los dejase ir a Suecia. Se había negado, le temía a su esposo demasiado.

En lugar de apretar los dientes por la bronca ante la cobardía de la mujer o llorar por la impotencia de estar sola en la titánica tarea de salvar a su hijo, sonrió. Ayudó a lady Teresa a ocupar el sitio en su silla de ruedas y se ofreció a empujar ella misma de esta en dirección a la biblioteca.

—Rose, por favor, ve a por Gunnar. Dile al profesor que Oscar ha dado la orden. —Una gran mentira. Oscar no solo no había dado la orden, sino que dormía hasta tarde producto de las andanzas nocturnas. Había montado una orgía la noche anterior, asegurándose de que ella lo viera. Claro que le dio el gusto de no solo mirar, sino también de cubrirse la boca con espanto y hasta le obsequió un par de lágrimas de despechada. Debía recordarse esa mañana mostrarse avergonzada y dolida, así su esposo hallaría la satisfacción de creer que sufría. Por lo pronto, usaría su ausencia a su favor, pues el profesor Wiggins se mostraba reacio a cortar sus lecciones por pedido de un ser tan insignificante como era una mujer.

Abrió la biblioteca y empujó la silla dentro, acostumbrada a su rutina, la presencia de lord Marcus la tomó desprevenida. Tanto así que se le escapó la maldición de los labios.

—¡Demonios!

—Tan solo uno, milady —respondió él y le obsequió una de sus imitaciones de sonrisas. Ella amplió la suya en respuesta, no supo por qué, pero sintió el impulso irrefrenable de tentarlo.

—Veo que ha decidido venir a leer esta hermosa mañana.

Y ahí estaba, ese leve microsegundo en el que lord Marcus Cavendish analizaba qué se esperaba de él en la intervención social. Era imperceptible, mas no para Irina. No para una mujer que había dado a luz a un ser igual.

Marcus soltó al fin la carcajada, lo que correspondía ante la ironía de su cuñada. Puesto que la mañana no tenía nada de hermosa. Un trueno resonó a las espaldas del hombre y proyectó su tétrica imagen. Lady Teresa se estremeció de miedo ante su propio hijo y fue el turno de Irina de revelar parte de su verdadera esencia.

Miró a su suegra con desprecio, ¿cómo podía mostrar miedo ante su propio hijo?, ¿ante el hombre en que se había convertido a base de maltrato paterno y cobardía materna? Fue apenas un lapso, un momento de debilidad, pero Marcus lo capturó. Lo cogió como si fuese un tesoro, el más valioso de los trofeos. Cuando volvió la vista a su cuñada, en sus ojos de zafiro refulgía el deseo, la lujuria. Un anhelo de conquista, de hacer a esa mujer suya como todo lo que tenía valor en el mundo.

—Estaba por irme —respondió en cambio y el trueno resonó con sus palabras—, el día amerita un paseo. Sería un desperdicio permanecer encerrados con este bello clima.

Gunnar entró en la biblioteca justo en ese instante, tío y niño se miraron. Los dos con cabello color trigo, demasiado corto para que se formaran los rizos. Los dos con ojos enormes, azules, aunque en el niño aún lucían desproporcionadamente grandes, como los de un muñeco de porcelana. Los dos tan semejantes que uno podría jurar que eran padre e hijo y no tío y sobrino.

Marcus dio un rodeo, se detuvo apenas un minuto junto al niño. Alzó la mano, Irina se olvidó de actuar, la fiera que habitaba en ella exigió rugir. Contuvo el aliento y lo soltó en un:

—¡No! No lo toque.

Marcus le miró primero sorprendido por la suposición de su cuñada de que iba a golpear al pequeño, luego resignado por la obviedad de esa presunción. ¿Qué se podía esperar de un Cavendish más que un golpe a traición? Pero no fue el clamor de una madre lo que le hizo revivir esa extraña sensación, cada vez más habitual desde que estaba allí, de sentir una coz en su pecho. No. Fue la falta de respuesta de Gunnar. El niño no se apartó, ni se cubrió, ni siquiera mostró temor. Solo se mantuvo allí, esperando el golpe, concentrado en no dejar que alguien supiera qué sentía, qué pensaba. Marcus bajó la mano, Irina corrió hacia él. La palma alcanzó la cabeza del niño y lo único que hizo fue imitar algo que había observado hacer a otros hombres, a esos que él estudiaba como experimentos científicos para luego imitar, le removió el cabello a su sobrino.

Niño y adulto se miraron igual de incómodos por el intercambio *normal*. Tan ajeno a su naturaleza. Irina le apartó la mano con la suya temblorosa.

—Dije que no —repitió con todo el valor que pudo juntar.

—No le he hecho daño.

—Pero yo soy su madre y di una orden.

—¿Y siempre consigue que acaten sus órdenes, milady? —Marcus arqueó las cejas.

—No, nunca lo consigo.

—Aun así sigue intentando —murmuró Marcus.

—Hasta el fin de mis días, milord. Que tenga un agradable paseo.

Marcus abandonó la biblioteca y solo cuando recorrió varios metros del corredor soltó una carcajada. Una risa honesta que lo tomó por sorpresa. Lady Irina lo había echado de su propia casa. La situación le resultó tan graciosa que, de hecho, sí fue a dar un paseo bajo la lluvia y a *disfrutar* del clima. Se detuvo frente a la ventana de la biblioteca, empapado, hasta que su cuñada lo vio. Le brindó un saludo tocándose el ala del sombrero y pudo jurar que la mujer le correspondió con una sonrisa sincera. La primera que atestiguaba desde que había llegado allí.

CAPÍTULO 4



¿Por qué demonios se sometía a esa tortura? Esa era la pregunta que resonaba en la cabeza de Marcus mientras caminaba por el corredor en dirección al salón principal. Su misión era averiguar hacia dónde viajaba el dinero de los *siete elementos*, seguir el rastro, encontrar a Viktor y permitirle a Franz Cooper ponerle una bala entre ceja y ceja. Nada más. Las conspiraciones familiares le importaban poco y nada. La vejez de su padre menos que menos. La imbecilidad de su hermano lo tenía sin cuidado y el destino de Gunnar e Irina...

¡También, joder! Su maldita cabeza parecía llegar a un punto en el que no se atrevía a ahondar más cuando el nombre de su cuñada y su sobrino afloraba.

Podía mentirse, de hecho, era una estrategia psicológica válida. Serge Amberg diría que no, pero su predecesor, el doctor Chamberland sí era partícipe de la mentira condicionante. Claro que el doctor Chamberland era defensor de muchas otras teorías cuestionables, como la tortura física, el uso de bobinas eléctricas para producir descargas en el sistema nervioso, el uso de drogas estimulantes y alucinógenas, entre otras. Como fuera, antes de que el doctor Amberg se sumara al equipo, cosa que hizo en los últimos años de Prometheus, Chamberland les había enseñado a construir escudos mentales. Consistía ni más ni menos que en mentirse hasta creer la mentira. Cosas sencillas, como *no tengo hambre*, o *no estoy encerrado*. Claro que, con el tiempo, Marcus había coincidido con su sucesor, las mentiras eran otra forma de tortura, porque o bien te pierdes en ellas —algo común en los casos fallidos de Prometheus, quienes sufrían de delirios— o despertabas ante la cruda verdad y el dolor se magnificaba.

Él había abandonado esa técnica años atrás, aún en el hospicio, cuando casi se pierde en el mundo imaginario. Soñaba con que su madre lo rescataba, le decía que había tenido que dejar que se lo llevaran para poder ganar tiempo, idear el plan de fuga, pero que ya podían marcharse, lejos de todo, a vivir felices en un páramo escondido.

Tan hondo había sido ese sueño generado por sí mismo que empezó a violentarse cuando lo despertaban, cuando le hacían enfrentar la realidad. Incluso había golpeado a Viktor en una ocasión porque este le obligó a mirar los barrotes y la soledad de su celda. Fueron sus palabras, el goce ante la certeza de que Marcus Cavendish era un caso fallido, lo que le hizo abrazar la realidad por cruda que fuera y salir de su mundo de bellas alucinaciones.

Por eso ahora se negaba a mentirse respecto a su cuñada y su sobrino. Algo jodidamente mal le sucedía con ellos, aunque todavía no hubiese averiguado qué. Necesitaba comprenderlo, porque él sí creía en el palabrerío del psicoanálisis. Él sí creía que había una razón soterrada en lo que consideraba irracional y, si no lo sacaba a la luz, ese inconsciente dominaría las acciones de su vida sin que él tuviera real control.

Al menos, pensó mientras ingresaba al horrible salón, tenía una respuesta. Estaba allí para hallar las demás respuestas, necesitaba exponerse a la presencia de su cuñada si quería descubrir por qué esa mujer lo alteraba tanto. El problema... que los demás estímulos también lo alteraban.

Las cabezas disecadas de los premios de caza de su padre parecían seguirlo con sus ojos muertos. Los muebles oscuros, las paredes recubiertas de madera, las cortinas verdes... Era tan lúgubre el lugar que Marcus prefería caminar por un cementerio que permanecer allí por mucho tiempo. Su padre no estaba presente, había acusado una migraña. Él sabía que no era así, apenas soportaba a Oscar. Ernest le había informado que la relación padre e hijo había empeorado mucho en los últimos años y dado un último salto al vacío tras el regreso del hijo pródigo. Si bien Alfie siempre alardeó de la crueldad de su hijo mayor, de lo que consideraba firmeza para hacerse valer, no podía negar que su heredero era un imbécil. La crueldad sin sesos llevaba a la ruina, esperaba que el menor, ese que había catalogado de pusilánime a los seis años, los salvase.

Mala suerte para él. A Marcus el condado le importaba un pimiento.

—Veo que has decidido salir de la madriguera, conejita —le dijo Oscar, soltó una risotada. Ocupaba el sitio junto al hogar, en un sillón de piel marrón que contaba con un apoyapié a juego. Tenía un whisky en la mano y la mirada vidriosa por el alcohol y el aburrimiento.

—Ansiaba tu grata compañía, hermano. —El sillón enfrente al de Oscar estaba vacío. Un tablero de ajedrez hacía las veces de mesa, pues el heredero del condado detestaba ese juego. Lady Irina se encontraba leyendo, lejos del hogar y lo más cerca de la ventana que era capaz. Las cortinas estaban cerradas y era evidente que se estaba dejando los ojos en el proceso. Los ojos y la salud, porque el salón estaba helado. La madera había absorbido con los años la humedad y el lugar mantenía el frescor de una caverna. Junto a ella, ni muy pegado ni muy alejado, se hallaba Gunnar. Estaba afanado en la tarea de armar una maqueta de trenes, la tarea no parecía entretenerlo, sino más bien, desafiar su paciencia—. Lady Irina, ¿por qué no se acerca al fuego? —la invitó—. Se debe estar helando.

La dama alzó sus ojos hacia él, en su rostro se traslució la sorpresa de que le hablaran. Más aún, de que le mostraran amabilidad. Marcus se aferró al respaldo del sillón libre y lo arrastró un par de centímetros, a modo de invitación. El agarre se hizo más fuerte cuando los ojos de ella se clavaron en él, sus pupilas estaban dilatadas por la oscuridad y una dosis de espanto, era la mirada más bella que hubiese contemplado jamás.

—Gracias. Aquí estoy bien.

Marcus asintió y ocupó el lugar vacío. Había actuado como se esperaba de él, ¿verdad?, casi un caballero. Se sirvió una dosis de whisky y se mantuvo en silencio. ¿Cuánto tiempo debía permanecer allí para descubrir por qué le afectaban Irina y Gunnar?, ¿podía hacerlo sin conversar?

—Padre me ha dicho que has venido por negocios —interrumpió Oscar. Le patinaban las palabras en la punta de la lengua.

—Sí.

El silencio era pesado.

—¿No dirás nada más?

—A ti no —decretó Marcus y regresó a su estoicismo. Sintió los ojos de Gunnar en él, se volvió a observar al niño. Había temido que fuera parecido a su hermano, pero ahora le aterraba la certeza de comprobar que se asemejaba a él. Eso era mucho peor, porque los Oscar del mundo estaban para hacer miserables a los demás, los Marcus... para ser miserables ellos mismos.

El niño no apartaba la mirada, sus ojos azules, enormes, también con las pupilas dilatadas por la oscuridad, estaban clavados en su tío. Lo estudiaba como solo podía hacerlo una criatura que se creía única en el mundo al hallar a su igual.

—¿Qué haces, Gunnar? —le preguntó, intentó imprimir en su voz un tono humano, incluso cariñoso, como el que usan habitualmente los adultos con los niños. Fracasó. Su pregunta sonó a interrogatorio.

El niño arqueó las cejas, bajó la mirada hacia el tren y la volvió a subir, como quien rebaja a otra persona con un gesto. Marcus pegó labio con labio para no soltar una carcajada. No necesitó demasiado esfuerzo, porque su hermano intervino:

—¿Te divierte saber que mi hijo es retardado?

Gunnar no mostró siquiera ofensa ante las palabras de su padre, simplemente regresó a la evidente labor de armar la maqueta del tren, con sus estaciones, sus rieles y los muñequitos en miniatura. Irina, en cambio, dio un respingo.

—En realidad, nada de ti me divierte, Oscar. Eres la persona más jodidamente aburrida del mundo. Tu hijo no parece retardado, parece igual de aburrido que yo ante tu presencia.

—¿Estás aburrido, Gunnar? —El niño siguió en lo suyo—. Venga, dílo. ¿Te aburre tu padre, Gunnar? ¡¿Por qué no hablas, maldito mudo?! —Marcus observó que el pequeño cerraba el puño alrededor de un muñequito de madera, lo apretaba con tanta fuerza que era capaz de astillarlo—. Demuéstrale a tu tío lo idiota que eres...

—Por favor, Oscar. De verdad, ¿con un niño?, ¿es que ya has llegado a ese nivel de cobardía? —Chasquéó la lengua, bebió un sorbo de su whisky y se relajó contra el respaldar—. El niño ha aprendido bien, has sido un buen ejemplo para Gunnar, deberías sentirte satisfecho.

¿Acaso Marcus acababa de halagarlo? El heredero del condado miró a su hermano con incredulidad; sin poder contener la curiosidad, preguntó:

—¿He sido un buen ejemplo para Gunnar?

Marcus permitió que la sonrisa aflorara, aunque el intercambio no le divertía en lo absoluto.

—Claro. Le has enseñado que es mejor permanecer callado y parecer un idiota, que abrir la boca y despejar la duda. —De soslayo percibió la calidez de Irina, recurrió a toda su fuerza de voluntad para no removerse en su asiento, incómodo. La única gratitud que había sentido en vida era cuando les brindaba una muerte rápida e indolora a sus enemigos. Oscar abrió la boca, buscaba una réplica a la altura. No le permitiría seguir—. Venga —lo instó, aplicando psicología inversa—, suelta alguna prueba más.

El hombre ahogó la respuesta bebiendo su vaso completo de un trago. El silencio que siguió le crispó los nervios. Gunnar seguía con su jodido tren, solo que ahora había hecho algo tétrico, había depositado el muñequito de madera sobre las vías. Su madre se puso de pie, fue junto a él, e intentó convencerlo de que mejor era poner a los hombres en la estación, en lugar de sobre los rieles. El niño se frustró y empezó a acomodar a todos los muñequitos en el camino de la locomotora, Marcus sintió el grito mudo de furia resonar en su cabeza, claro y fuerte. ¡Muéranse todos!

Lo más extraño fue el impulso de responderle al pequeño: yo puedo cargármelos a todos. ¿Eso quieres para Navidad? Intentó serenarse, no alimentar su ira con la de su sobrino, o sería un estallido difícil de contener. Cerró los ojos unos segundos, respiró hondo y, al abrirlos, su cuñada lo observaba como si le hubiera leído la mente.

Agotado de tantos agujijones que lo estaban desquiciando, se puso de pie y fue a la ventana. Abrió las cortinas y se giró hacia Irina.

—Ya puedes leer como corresponde. —Una orden de dejar al niño martirizar muñecos en paz; una recomendación de que agradezca que, de momento, se contentaba con esas miniaturas de madera, porque en unos años sería lo suficientemente fuerte para atar a sus enemigos de carne y hueso sobre los rieles de un ferrocarril.

—¡Joder! —se quejó Oscar, cubriéndose los ojos como si fuese un vampiro—. Cierra esa puñetera cosa.

—Hazlo tú. —Marcus regresó a su silla. Oscar se puso de pie y volvió a cerrar las cortinas, sumiéndolos a todos en las penumbras. Trastabilló al perder la visión por el cambio de luz y soltó un millar de juramentos.

—Apenas llevas unos días en la casa y ya no te soporto, debí matarte cuando tuve oportunidad.

—Sí, los errores se pagan.

Irina no regresó a la lectura, tampoco a intentar convencer a su hijo de apartar sus instintos asesinos. Prefirió emplear una nueva estrategia, el piano.

—Ven, Gunnar, vamos a practicar con el piano.

—¿Quieres matarme, mujer? —se quejó Oscar.

—No, quiere evitar tu muerte —masculló Marcus—. Deberías agradecerle.

Pero el agradecimiento fue de Irina hacia él, hasta le brindó una de sus sonrisas sinceras. El hombre Prometheus no pudo creer la idiotez supina de su familia, ¿cómo no notaban la penosa actuación de Irina? Era muy evidente cuando sus gestos eran honestos, y esa tarde había compartido con él un par de ellos. También podía oler su miedo, le temía. Hacía bien en ser cautelosa, Marcus la usaría sin dudar si con ella podía conseguir lo que anhelaba. De momento, no tenía intenciones de dañarla. De hecho, le nacía una extraña necesidad de cuidarla, como si fuese algo bello y valioso que requería de un experto para conservarla por el bien de la humanidad. Al igual que los cuadros que coleccionaba y que había reemplazado por falsificaciones en los museos. Estaban mejor protegidos bajo su tutela que en el mundo lleno de imbéciles. Ese mismo impulso lo embargaba al estar ante Irina.

Secuestrarla, encerrarla en una torre de cristal y convertirse en el dragón que la custodiaba.

Y que cada tanto la follaba. Vale.

Porque en cuanto los dedos de la dama danzaron sobre las teclas de marfil del piano lo asaltó un deseo más hondo, primitivo y humano que el anterior. Quiso arrancarle esa falda azul noche con puntillas blancas, abrirle la camisa de seda, desnudar sus turgentes senos y follarla sobre el piano. Ansió que su hermano viese cómo él se perdía en el interior del cuerpo de su esposa y la hacía correrse, alcanzar el placer que, estaba seguro, Oscar nunca logró brindarle.

Había dicho que no le interesaba tomar nada del condado. Mentía. Una de las propiedades de Salisbury sí nutría su voluntad de dominio: la futura condesa.

Se abandonó a la sensación, no le importó mostrarse sincero. Que Oscar lo supiera, de todos modos, no podría hacer nada al respecto. Jugaría con su psiquis como tanto le gustaba hacer al heredero, dejaría en claro que la única razón por la cual su esposa no le era infiel era por la decisión de Marcus. Sonrió, su sonrisa fue de expectación mientras observaba la perfecta espalda de su cuñada, la

cintura estrecha que podía rodear con sus manos. Se imaginó cómo sería tomarla por detrás, Irina desnuda en todo su esplendor, con su cabello platinado desperdigado sobre la superficie oscura del piano, su piel marfil a juego con las teclas y la boca de Marcus recorriendo cada uno de los puntos rosados del cuerpo femenino. Sus labios, sus pezones, su vulva. Lamiendo, haciéndola gemir... gritar... correrse hasta que sus piernas no la sostuvieran.

Un golpe sobre el tablero de ajedrez hizo volar la botella de whisky y estrellarse contra el suelo, junto al hogar.

—¿Te pone mi esposa, Marcus? —gruñó Oscar entre dientes. Irina dejó de tocar el piano de inmediato, se volvió hacia ellos. Marcus no había apartado los ojos de ella, ni se inmutó por el escándalo que hacía su hermano.

—Sí, es jodidamente hermosa, Oscar.

El mayor no esperaba esa respuesta, sino la actitud defensiva de quien es atrapado con las manos en la masa.

—¿Disculpa?

—No tengo nada que disculpar, al contrario —Los ojos azules de Marcus refulgieron de deseo, dejó que la franqueza de esa emoción lo embargara, se permitió proceder sin las pátinas de la educación social—, si no te hubieses casado con ella quizá no la hubiera conocido. Pero ahora que la tengo frente a mí...

Irina se puso de pie, dispuesta a marcharse. No permitiría que hablasen así de ella, que su cuñado la mirase de ese modo tan íntimo. Sentir la forma en que los ojos masculinos la recorrían la hizo estremecer. Se le secó la boca, un fuego extraño le recorrió cada rincón del cuerpo para depositarse luego en la boca de su estómago.

—Gunnar —dijo, aún presa de la mirada de su cuñado. No podía apartar los ojos de los de Marcus, la tenía cautiva, hipnotizada. ¿Sería alguna técnica de Prometheus?, ¿o era la fuerza de la atracción? Porque debía reconocer que una parte de ella anhelaba que Marcus nunca la dejase de mirar así. Temblaba, le temía, su razón clamaba que se echara a correr, pero su cuerpo demandaba más. Y una parte de su interior también, algo en el centro mismo de Irina, en las emociones soterradas, le decía que así...justo así...merecía ser venerada—, ve a la sala de juegos, hijo.

—No seas aguafiestas, tiene edad de entender que él vino al mundo porque su madre ha follado —se rio Oscar—. Porque yo te he follado, he sido el primero y el único. Para envidia de mi hermanito.

—Gunnar —insistió Irina. El niño asió la butaca del piano hasta que se le pusieron los nudillos en blanco.

—Haz caso a tu madre, Gunnar —dijo Marcus, con voz serena—, tú sabes que ella es la más lista de tus progenitores, sabes que es la única que puede darte órdenes. Los demás se imponen, porque son más grandes, más fuertes. No obstante, un día los alcanzarás, serás más grande, más fuerte. Pero a tu madre le seguirás haciendo caso, no por su violencia, sino por su sabiduría.

El niño soltó suavemente el agarre, se puso de pie y echó un último vistazo antes de marcharse. Irina tembló, el discurso de Marcus había sido dado con sus orbes azules clavadas en las celestes de ellas. La mujer no se perdió ni un movimiento de esos labios firmes, del danzar de su lengua al emitir cada palabra, de la certeza con la que lo decía.

—Gracias, milord —respondió, su voz sonó a un suspiro, casi a un gemido. Fue el turno de Oscar de asir su butaca con furia.

—Lláname Marcus, por favor. Somos familia. —Sonrió.

Irina creyó que se desmayaría, la única razón por la que no huía era porque las piernas no le

respondían. Hasta entonces, no se había permitido pensar en su cuñado como un hombre apuesto. Lo era, por supuesto, pero ella podía resistirse. Se asemejaba demasiado a los demás Cavendish. Rubio, ojos claros, alto. Solo que en Marcus esos atributos eran más proporcionados, más perfectos. El azul de sus ojos era del color de los zafiros. Su cabello, a diferencia de Oscar, era espeso y abundante. Su altura venía acompañada de una fuerte musculatura. Y su rostro no era redondo, de mejillas llenas con hoyuelos, como las de Alfie, sino que era dueño de una mandíbula cuadrada, de pómulos altos y nariz recta.

—¡Deja ya el espectáculo, Marcus!

—No era un espectáculo, Oscar. De hecho, sobras.

Irina salió de su estupor. Se recordó que era un juego entre hermanos, una disputa de poder. Podía anhelar ser mirada de ese modo, incluso, si era honesta consigo misma, le gustaría saborear la venganza de Marcus, que cumpliera la promesa muda que gritaban sus ojos, la de hacerla suya y enseñarle a su hermano cómo debía ser tratada una esposa. Pero su cuñado tenía razón en algo más, ella era la que tenía sesos allí y era mejor no meterse en esa discordia si no podía sacar algo de provecho, por ejemplo, conseguir que Marcus le permitiera irse con Gunnar a Suecia.

—No te vayas, Irina, o me harás creer que no puedes rehusarte a los avances de mi hermano —la detuvo Oscar.

—Claro que puede rehusarse, tonto. —Marcus soltó una carcajada—. No es un animal en celo, es una mujer. Una hermosa mujer, joven, con apetitos naturales. Es capaz de resistirse, de negarse. —Se pasó la lengua por los labios suavemente, apenas la punta—. Lo que teme y tú también es que no quiera hacerlo.

—¿A qué juega, milord? —se atrevió a preguntar lady Irina—. Usted no me desea, usted solo quiere molestar a su hermano.

—¿Eso cree, milady?

No, no lo creía. Oscar se había aburrido de ella, Irina había conseguido su cometido. Si quería hacer cabrear al heredero, la mejor estrategia era ganarse la admiración del conde, no los favores de la futura condesa.

—Exacto, tú solo quieres lo que es mío, Marcus. La pregunta que importa aquí eres tú, Irina. ¿Eres una dama o eres una cualquiera?, ¿eres capaz de mantener la decencia frente a mi hermano?

—Sí, soy capaz —respondió con firmeza. Aunque dudó, porque hasta entonces no había mirado a su esposo ni una vez, seguía cautiva del hechizo de Marcus, de su mirada con la que la mantenía enlazada—. He hecho una promesa ante Dios, milord, de amarlo y respetarlo hasta la muerte. Y yo cumplo mis promesas.

—Admiro la responsabilidad ante las decisiones tomadas —reconoció Marcus—. No puedo evitar preguntarme si es lealtad o terquedad a estas alturas, pero sin duda es usted admirable, milady.

—No es ni lo uno ni lo otro, son puras patrañas —dijo Oscar—. Lo pondremos a prueba. Hasta la muerte, ¿eh? Veremos.

Irina tragó saliva, el más joven de los Cavendish no mostró emoción, había conseguido su cometido. Oscar siempre era un imbécil, pero cuando se ponía furioso era gobernado por la ira. Marcus tenía más claro lo que había ido a buscar a ese frío salón, quería a Irina en su equipo, necesitaba a su cuñada en su fracción del ejército. Por su astucia, por el poder que ella podía ejercer sobre Oscar y Alfie... por el embrujo que ella ejercía sobre él. No podía permitir que se convirtiera en una debilidad, la debía domar, poseer, controlar, antes de que ella pudiera volverse contra él o ser usada en su contra.

—Dejaré que sigan peleando como niños, es evidente que no entiendo esta dinámica porque

soy hija única —dijo Irina, encaminándose hacia la puerta.

Oscar la detuvo. Aferró su muñeca y tiró de ella hasta posicionarla en el medio de los dos hombres.

—No temas, estoy seguro de que pasarás la prueba, cariño. ¿Tu honor o tu vida?

—¿Oscar?

El hombre cogió una brasa con el atizador y la lanzó sobre la parte trasera de la falda de Irina. Hasta Marcus se sorprendió y abandonó su papel.

—¡Qué cojones haces, maldito desquiciado! —exclamó. Se puso de pie, dispuesto a pisar la llama. Pero Oscar había derramado el whisky más temprano, con su exabrupto, y la falda hizo contacto con el alcohol, haciendo la llama imposible de apagar con simples pisotones. Marcus fue a por el jarrón con agua, pero Irina no podía esperar. El fuego avanzaba sobre su cuerpo.

—¡*Skit!* —La maldición escapó en su lengua madre, fue seguida de varios juramentos más en sueco al tiempo que hizo lo único que fue capaz. Quitarse la falda. La tela en llamas cayó hecha un manojo a su alrededor y ella huyó de la pira. Parte de su enagua también era presa del fuego, desató los nudos de su polsón y el alambre le permitió mantener la distancia entre las piernas y la llama. La última enagua, la que protegía su piel del armazón metálico, empezaba a arder también. Antes de perecer en la desesperación, Marcus llegó con el agua y le apagó el fuego. La tela húmeda se pegó a sus piernas y ella, aliviada, se alejó del inicio del incendio. Marcus fue y vino con más agua, hasta apagar el resto. Se volvió hacia su cuñada, la camisa de seda le llegaba hasta la cadera, debajo, la enagua se pegaba a sus piernas, revelaba la ropa interior, los lazos de las ligas y las medias de seda.

Oscar rio.

—Vemos que la vida le gana al honor, Irina, has mostrado tu verdadera esencia. No tienes ningún reparo en mostrarte desnuda ante mi hermano.

Marcus se quitó la chaqueta y se la extendió a su cuñada. Ella dudó un segundo, él había empezado ese maldito juego de desafío con Oscar, él era el que lo había provocado. Pero el malnacido que la quiso incendiar en vida fue su esposo. Cogió la chaqueta y se envolvió con esta, dejó que el perfume de un hombre que no era su esposo se impregnara en su piel. La invadió una profunda satisfacción al percibir el enojo del desgraciado con el que se había casado.

—¡Devuélvele la chaqueta!, eres mi esposa, joder. ¿Acaso ustedes están complotando en mi contra?

Sí, pensó Irina con satisfacción. Sí, sí, sí. Lo había conseguido, se había aliado con el demonio, ahora solo debía valerse de esa alianza. Marcus enfrentaría a Oscar y a Alfie. Marcus no les temía.

Se quitó la chaqueta lentamente, revelando su cuerpo ante su cuñado. El hombre la devoró con la mirada, provocó otra clase de incendio en su piel. Irina le respondió con el mismo escrutinio, lo recorrió con los ojos hasta fijarse en la prueba del deseo masculino pujando sobre la tela de los pantalones de Marcus.

Le tendió la chaqueta y los dos se aseguraron de que sus manos se tocaran. No iban a follar, esa lujuria respondía al poder. Recordó la frase de Oscar Wilde, «*Todo en el mundo es sobre sexo excepto el sexo. El sexo es poder*».

Se marchó tras una sutil reverencia, como si nada extraño hubiera pasado. Oscar no tenía por qué saber que Marcus no tocaría a Irina, jamás delataría que lo odiaba por haberla tenido primero, por condenarlo a desearla en silencio o conformarse con comer de las sobras del plato de su hermano, lo que ya le había aburrido y había deshecho.

Por eso lanzó un último desafío vacío:

—Desde que llegué que deseo a tu esposa, Oscar, pero no es hasta ahora que me he decidido a

tenerla. Yo que tú, empiezo a cuidar mis espaldas. —Cogió el vaso de whisky, lo bebió de un sorbo, y abandonó el salón sin mirar atrás.

CAPÍTULO 5



—Su padre no le ha dado los nombres de los siete —informó May. Ernest ya había terminado su reporte, Oscar había intentado castigar a su esposa sin éxito, ella le juró que había intentado darle celos y que, al fin, gracias a ello, él había regresado a su lado. Al sentirse engatusado, adorado por su esposa en lugar de temido, montó otra de sus orgías. En esa ocasión sumó a la hermana de Nancy, la mujer a la que empujó al suicidio. Incluso para él, que era un Prometheus y no se guiaba por la moralidad, el obrar de su hermano le resultaba incomprensible.

Razón de más para enfocarse en lo que importaba y alejarse de allí lo antes posible. La idea le generó un extraño malestar físico, las personas lo llamaban aprensión, pero se negó a aceptarlo. Él no experimentaba pena, lástima ni se lamentaba por el futuro de los demás. Solo el suyo, el individuo ante el colectivo. Ese era el lema con el que había crecido y, pese a odiar a Viktor, reconocía que daba resultado, ¿verdad?

—Me lo imaginé, pero sin dudas ha hablado con ellos, aunque solo sea para ponerlos en aviso.

—En efecto. —May rebuscó entre sus informes codificados, en esa ocasión eran variados y estaban numerados, prueba de que sus espías estuvieron en acción. La red era amplia, lord Marcus Cavendish tenía infiltrados en cada casa importante, en cada oficina pública, incluso en el palacio de Buckingham. Al parecer, todos sabían algo y a la vez no sabían nada. Era necesario rearmar el rompecabezas, conformar la figura completa para hallar a los siete y una vez conseguido, desandar su camino del dinero hasta llegar a Prometheus. May le tendió las hojas, Marcus las leyó decodificándolas a la vez—. El salón de caballeros Gilded es de Franz Cooper y ellos lo saben —dijo, descartando uno de los informes—, no es ahí donde se reúnen.

—Pero todos coinciden en que el punto de encuentro es un salón de caballeros. —May apartó una lista sin codificar, la de todos los salones de Londres.

—El White también lo descartaremos, saben que allí espía la mismísima reina.

—El *Blue and rot* —intervino Ernest— tampoco puede ser, su padre lo odia porque le negaron el ingreso cuando era joven.

—¿Aún guarda rencor por eso? —Marcus rio—. May, ¿tienes una lista de sus integrantes actuales y de los pasados?

—Sí, milord. —La mujer rebuscó con destreza entre las carpetas hasta extenderle la correspondiente con dicho club de caballeros. El diablo estaba en los detalles era el lema del Prometheus, ese simple rencor podía ser la pista para hallar la aguja en el pajar.

—El Tower es vulgar para los gustos de mi padre. De modo que solo nos quedan el *Scotland Brotherhood*, el *Hunted Fox* y el *Gold year*. —Caviló las posibilidades, no eran demasiados clubes, podían constatar los tres en apenas una o dos semanas, pero a él le gustaba la eficiencia. Además de que le agradaba apostar, no ligando su suerte al azar, sino a la razón. Era la única clase de juego que se le daba bien, desarrollar una hipótesis y ponerla a prueba a cambio de un premio. De hecho, su colección de joyas tenía un rubí sangre de paloma más gracias a ello, había desafiado a Franz Cooper a que las técnicas de psicoanálisis le quitarían el condicionamiento. Había acertado. Sonrió. Aquí no ganaría una piedra preciosa, sino tiempo y la satisfacción de saberse más listo que su padre—. El Scotland lo descartamos justamente por ser escocés, aunque podría por eso ser justamente el lugar indicado para esconderse, los hombres que buscamos alardean de superioridad y sus egos son demasiado grandes. Las viejas disputas con los *Highlanders* pesarán más que el sentido común. El *Hunted Fox* es el club predilecto de mi padre, y por eso, por no mezclar placer con negocios, no será allí. —Se puso de pie—. Ernest, ordena un carruaje con el escudo del condado, hoy me toca pretender que soy un Cavendish. Iremos al *Gold Year* a conseguir los nombres de esos desgraciados.

—Sí, milord.

May, sin que se lo ordenara siquiera, dio con la carpeta de ese club y se la extendió. Ya tenía lectura interesante para el viaje a Londres.

El viaje a Londres en carruaje llevaba una hora hasta la ciudad y otra hora para atravesar el tránsito citadino. Reconocía que añoraba su casa londinense, pero bien podía prescindir del ruido urbano, el gentío y el humo de las fábricas que se mezclaba con la niebla. Necesitó encender la lámpara de aceite dentro del carruaje para poder seguir con su lectura. Hizo una preselección de nombres, si su padre aún odiaba al *Blue and rot* por el desprecio del pasado, no permitiría que sus socios pertenecieran a él.

—El orgullo es una debilidad, padre. La primera que nos quita tu querido doctor Schwartz. — A su cabeza acudieron los recuerdos de las humillaciones a las que sometían a los Prometheus. Desde la desnudez, la comparación de los cuerpos y atributos, hasta las pruebas más escatológicas. *Hasta que no sientan pudor de sus mierdas* era el lema que alcanzaba la literalidad. Debían ser capaces de hacer alianzas con quienes los habían denigrado y luego ser capaces de traicionarlos sin parpadear. Una y otra y otra vez. Si se guiara por el orgullo, como su padre, jamás hubiese podido conformar la alianza con Franz Cooper y Tobías Krage. Cooper lo había obligado a volver desnudo del bosque, helado. Él, en otra situación, había colgado a Franz de los tobillos hasta que se desmayara por la sangre en la cabeza. Tobías le había dado una paliza que lo tuvo vomitando sangre unos días y le ordenó que se comiera su vómito. Marcus había encerrado a Krage y había hecho que otros lo orinen. Y todas esas atrocidades atestiguadas y estudiadas por los médicos como si fueran unos jodidos animales. No, él había superado el orgullo y estaba por encima de los rencores mundanos. Él no le guardaba inquina a Viktor Schwarz, matarlo simplemente era el llamado de su naturaleza. Del mismo modo que uno no odia a los mosquitos por picar, pero los aplasta en su palma, así pensaba lord Marcus Cavendish al monstruo que

lo creó.

Por su padre, de ser capaz, experimentaría pena. Solo que ni lord Alfie la merecía ni lord Marcus era capaz de tal sentimiento. Lo único que restaba era entender su esencia para adelantarse a sus pasos. Como ese, el de descartar a los miembros en común del *Blue and rot* y del *Gold Year*. Finalizó la tarea pocos minutos antes de arribar al club de caballeros. En lugar de ingresar por la gran puerta principal con el escudo del club, el lacayo en la puerta y el guardarropa esperando por él, dio un rodeo y se introdujo, sin más, por la puerta de servicio.

—Milord... —un joven lo detuvo, aterrado ante la presencia en el sitio equivocado. Siempre que los lores se *equivocaban* de puerta era para problemas. O buscaban peleas, o se divertían martirizando criados o ansiaban meterse bajo las faldas de una muchacha. Ese hombre, para colmo de males, era alto y temible—. L-la puerta pr-principal...

—Lo sé. Busco a la señora Sharman.

—S-sí, milord. En-enseguida.

Los ojos de Marcus viajaron en dirección a los *licorcitos*. Unas bolas de chocolate rellenas de crema irlandesa que le hacían babear. Era más fácil resistirse a un harén que a esas delicias.

—Salvo que en el harén esté mi cuñada —masculló y se robó un bocado. Al demonio con el control, ¿no era él quien le decía a Cooper que debía inclinarse más hacia Dionisio, el dios de los placeres?

—Milord —la señora Sharman hizo una reverencia. A su alrededor, los criados iban y venían sin quitarle la vista de encima y, a la vez, sin desatender sus tareas—, ¿en qué puedo ayudarlo?

Marcus la llamó aparte, se alejaron por el callejón lateral, lejos de los oídos indiscretos.

—Necesito los libros de visita del último mes. —Redujo el tiempo de búsqueda a los sucesos de Cooper y lady Georgiana, estaba seguro de que Viktor debió implementar cambios ante la amenaza y estos necesitaban dinero. No era lo único, rebuscó en su bolsillo y le extendió a la mujer una diminuta bolsa de terciopelo negro. En su interior, dos diminutos diamantes que valían más de lo que la dama ganaba en cinco años.

—Enseguida, milord. ¿Qué debo decir para los demás?

—Que he dejado embarazada a una de las criadas del club y quiero que aborte. Dejo a su criterio el nombre de mi supuesta víctima. —Siempre era bueno dar un cotilleo jugoso, las personas deseaban creer en lo que hallaban tórrido y, a la vez, demasiado común.

—Sí, milord. Vuelvo enseguida. —Hizo una reverencia y regresó al interior del club. Se aseguró de que un lacayo la oyera cuando le decía a la cocinera lo que lord Marcus le había solicitado falsamente y dejó el rumor correr. Tras lo cual, fue a la oficina administrativa del club, cogió el libro sin aspavientos, la mejor forma de disimular era lucir segura, y regresó junto con su jefe temporal.

Marcus se valió de un barril de cerveza como mesa, abrió el libro y lo constató con la lista que había confeccionado anteriormente. Le llevó más de una hora de labor minuciosa, tiempo en que la señora Sharman se marchó para no levantar sospechas. La tarea en manos era la de hallar patrones, algo que a Marcus se le daba bien desde pequeño. El único don que admitía tener desde antes de Prometheus, su privilegio frente a sus socios. A diferencia de Cooper y Krage, Marcus había conocido la vida fuera del hospicio, le era más fácil diferenciar quién era él de lo que habían hecho con él. Al menos, la mayor parte del tiempo. Las matemáticas eran cosa suya, no el resultado de experimentos mentales. Los patrones, las estadísticas, las probabilidades.

Así fue enlazando esos nombres, unos con otros, hasta encontrar la repetición y los huecos en blanco. Se aseguraban de que los encuentros parecieran casuales, no llegaban a la misma hora ni se marchaban juntos. Sin embargo, allí estaban los siete. La fecha fue la última evidencia, justo la noche

en que Franz Cooper mató a los Keighley. Sonrió. Cogió la pluma mecánica, un retazo de papel y anotó:

Lord Herbert Russel.
Lord George Butterfield.
El honorable señor David Haldane.
Lord Philip Toulmin.
Sir Roger Copleston.
Lord Colin Wrinch.

—¡Los tengo! —Antes de guardar el papel, anotó el último nombre, aquel que supo desde el principio: Lord Alfie Cavendish—. Enhorabuena, caballeros, han sido recibidos en un nuevo club. El *Blacklist*, espero que disfruten de su participación. Mientras dure.

Dejó el libro sobre el barril y se marchó, ansioso por empezar a jugar. Tal vez sí sabía cómo divertirse después de todo.

Era necesario mantener al monstruo entretenido, alimentado, para que no se esperara el ataque. El modo de hacerlo era aceptando la intromisión del doctor Serge Amberg, el psicoanalista de Prometheus. El médico del proyecto fue informado del cambio de domicilio de su paciente, Marcus decidió tener la sesión de rutina en casa de su padre, nutrir el mito que Alfie tenía de Viktor y su caso exitoso.

—Vaya, conquie usted es el famoso médico austríaco —dijo Alfie, deteniendo al doctor Amberg camino a la biblioteca. Marcus se mantuvo a un palmo de distancia, evaluando la situación. Aún no habían determinado con sus socios si debían confiar o no en Serge. Ni siquiera Franz, que había sido ayudado por este, bajaba las defensas. Y tenía razón en mantenerse cauteloso, al fin de cuentas, lo que el psicólogo hizo fue empujarlo al abismo y ver si se estrellaba o desplegaba sus alas demoníacas. Cooper hizo lo segundo, pero el doctor no podía haberlo previsto. De hecho, muchas cosas podrían haber salido mal y Franz en lugar de perder su condicionante hubiese perdido la vida.

Serge jugaba con ellos, los manipulaba, Marcus ya no tenía dudas. Desconocían con qué fin, y eso era lo más peligroso. Era muy difícil mentirle, porque incluso en la mentira hay algo de verdad, y el muy malnacido era experto en hallarla. Además, sabía que Viktor les tenía y, por lo tanto, lo necesitaba. Alguien tenía que controlar el proyecto en su etapa final, en el mundo real. Los tres habían advertido ya que Amberg se valía de eso para mentirle a su jefe o contarle la verdad a medias, y nadie mejor que un psicólogo para mentir. De algo sí estaba seguro Marcus, jamás jugaría al póker contra Serge.

—El famoso médico austríaco es otro, milord, yo disfruto de mi merecido anonimato —respondió Serge.

—Fracasar en silencio es una buena estrategia —se mofó el conde. Serge rio, las risas del doctor eran medidas, siempre buscaban un efecto. En este caso tomar por broma lo que Alfie había dicho en serio.

—¿Fracasar? En la ciencia no existe tal cosa, milord. Equivocarse es parte del camino correcto.

—Pero usted no hace ciencia, *doctor* —ironizó el conde—, usted hace charlatanería. ¿En qué consiste su ciencia?, ¿en escuchar los sueños de mi hijo? —Alfie carcajeó.

Serge miró a Marcus, negó con la cabeza, como si compartieran un secreto. Un lenguaje mudo. Por supuesto, eso enfadó al conde. El joven Prometheus sonrió, ¿de verdad su padre creía que

podía vencer las manipulaciones del psicólogo? Joder, si ni ellos conseguían develarlo. El intercambio lo entretuvo, se posó en la pared, porque esperaba que durase lo suficiente.

—La mayoría de los hombres se burlan de lo que temen, no se preocupe —dijo Amberg—, es una reacción normal a lo desconocido.

—¡Yo no temo..! —Alfie se puso rojo de la ira.

—¿Qué lo enfada, milord?

—¡No estoy enfadado!

Serge ladeó la cabeza, lo miró con condescendencia. En sus ojos de hielo se transmitía una honda pena. Marcus se rascó cerca de la boca, intentó contener la sonrisa que pujaba de sus comisuras.

—No, claro que no está enfadado. Tampoco teme. Dígame un color...

—¿Qué?

—Dígame un color, el que le venga a la mente.

—¡No pienso prestarme a estas sandeces! Haga lo que deba hacer con mi hijo y márchese. No puedo creer que le pague el salario, al fin de cuentas, su paga sale de mis arcas.

—Tiene usted toda la razón. Marcus... —Lo llamó. El hijo del conde despegó su espalda de la pared y siguió al médico a la biblioteca. El doctor agregó para él—: El ser humano siempre alimenta lo que lo terminará por destruir.

—¿El psicoanálisis no cura?

—No a quien no quiere la sanación. ¿Cómo has estado, Marcus?, ¿cómo te trata el regreso a casa?

El hombre Prometheus señaló un sillón vacío para que el médico se sentara, él ocupó el sofá. Su cuñada había dejado allí su última lectura, *Grandes Esperanzas* de Charles Dickens. Curioso, ¿necesitaba Irina creer en la humanidad incluso en los momentos más oscuros? Apartó el libro y regresó su atención a Amberg. El hombre ya tenía su cuaderno de cuero en mano y su lápiz. Se trataba de un doctor de la última etapa del proyecto, le llevaría apenas unos diez años a Marcus. Lucía su cabello rubio peinado hacia atrás, descubriendo sus facciones duras. A diferencia de Cavendish, que era portador de aquello que Viktor llamaba *ventaja estética*, la belleza natural que hace a la gente confiar, Serge era dueño de una imagen pulcra y aterradora. No era la clase de hombre al que uno le compartía sus pensamientos más íntimos. Mala elección de profesión. Sin embargo, si querían mantener a Viktor contento, debían someterse a su escrutinio.

—He estado bien, el regreso a casa me trata como esperaba —respondió. Su estrategia con el psicólogo era distinta a las de sus compañeros, no batallaba contra el médico, prefería compartir mentiras y verdades, y ver a dónde lo conducía.

—¿Y cómo lo esperabas?

—Tal y como lo dejé.

—Entiendo. —Serge tomó notas.

—¿Qué entiende?

—Tú has cambiado, ellos no, y eso hace a la situación extraña. Nos expone a la subjetividad, a los hechos interpretados.

—Ahí vamos... —Marcus rodó los ojos. Serge rio.

—¿Cómo podemos estar seguros de la realidad si la percibimos con unos sentidos que nos engañan?, ¿más aún, con una psiquis que muta? Probablemente de niño pensabas esta biblioteca como una habitación inmensa, con una cantidad de libros infinitos, ahora la percibes normal, quizá incluso pequeña, y sus libros completamente mesurables. Lo mismo nos sucede con las emociones, con los rencores. ¿Alguno de tus sentires, en lugar de disminuir, creció? En eso debes enfocarte.

Marcus lo pensó. Por eso se prestaba a ese juego psicológico, el muy maldito siempre conseguía encaminarlo, el problema era adivinar en qué dirección.

—No —mintió, a la defensiva. Porque sí había una emoción que se había magnificado, la de querer terminar con todo. No era el llamado del abismo, como pensó, el inexplicable impulso humano de poner fin a su propia vida, sino la del cambio. Los psicólogos utilizaban muchos simbolismos, el de la muerte no siempre era literal, en el constante devenir significaba el final de un ciclo y el inicio del otro. También la reencarnación.

Serge asintió, no porque le creyera, sino porque era la respuesta esperada.

—Marcus, ¿por qué no me dices lo que quieres?, ¿qué te detiene? Los dos sabemos que no es la amabilidad, tampoco el temor. ¿Qué te impide indagar en lo que deseas saber?

—Que lo use en mi contra.

—No, tú no tienes miedo. Ese es tu padre, ¿has disfrutado de su temor?, ¿te has deleitado ante su debilidad mental?

Marcus soltó el aire.

—No —dijo, resignado. Serge coincidió con esa resignación.

—Creíste que esto sería más divertido, ¿verdad? Lo cierto es que mientras más conocemos la naturaleza humana, menos interesante nos hallamos. Por eso es peligroso el nihilismo, es el obstáculo por saltar para arribar al verdadero sentido de la existencia: el que le damos nosotros mismos. Así que dime, ¿por qué no me dices lo que deseas saber?

—Quiero saber por qué has ayudado a Franz, quiero saber si me puedes quitar el condicionante.

—Soy un científico, Marcus, hago ciencia. Hice un experimento con Cooper que me salió bien. ¿Puedo repetirlo contigo?, no lo sé. Quizá. Para eso debes abrirte a mí.

—Entonces, no.

Serge rio.

—No es tan grave. Pese al experimento de Viktor, el condicionante es algo que ya sabía Aristóteles. Es algo que la psicología viene estudiando desde que el mundo es mundo y desde antes de que le llamáramos psicología al estudio de la mente. Hay una asociación que hacemos de estímulos y respuestas, desde algo tan simple como oler un alimento y sentir hambre, hasta cosas más complejas, como sobrevivir a un incendio y temerle al fuego. Hay en tu mente infinidad de condicionantes además del implementado mediante un trauma por Viktor. Pero para eso debo indagar. Franz asegura que fue el perfume de lady Georgiana —Se rio—, la mente no es tan sencilla. Es la asociación del perfume con un acto de bondad, la bondad conocida por ustedes no de manera positiva, sino negativa, para los Prometheus la bondad es la no-maldad. ¿Me sigues? —Marcus asintió—. Lo sé, has leído demasiado. Ese es uno de los grandes problemas del psicoanálisis, Marcus, no podemos analizarnos a nosotros mismos. Necesitamos de otros. ¿No es aterrador? —Alzó las cejas, compartiendo con su paciente el espanto.

—Por eso tú estás tan jodido.

Serge soltó una carcajada.

—Nada peor que un médico enfermo, ¿verdad?, bueno... ahora imagina un psicólogo trastornado.

—No es necesario, lo tengo frente a mí.

—Como sea, fue la no-maldad el condicionante de Franz. El agua que apaga el fuego, la simple anulación. Si quieres que encuentre algo así en ti, debes compartir conmigo. Y... —Alzó la mano, deteniendo cualquier intervención—, nada de inventos. Sé que me cuentas sueños falsos, puedo sacar

de ahí mucha información, pero lleva demasiado tiempo.

—Otra pregunta —fue su forma de acceder al experimento—, ¿es lady Georgiana una *debilidad* para Franz?

—¿En términos de Viktor?, sí.

—¿En términos tuyos? —Marcus clavó sus ojos en el doctor, ¿podía el médico usar esa debilidad a favor o en contra del paciente? No quería darle ese poder.

—Pensar las cosas en términos de buenos o malos es problemático para mí. Lady Georgiana es ambas cosas, una debilidad y una fortaleza. Del mismo modo que el agua no es mala ni buena, para un pez es su hábitat, pero nosotros nos ahogáramos si viviéramos en el océano. ¿Y bien?

Marcus se relajó en el sofá. Pasó la mano por el libro que había dejado Irina y se atrevió a compartir eso con el doctor. ¿Sería su cuñada su *debilidad*?

—Quiero follarme a mi cuñada —confesó. Serge no se horrorizó.

—¿Porque es tu cuñada o por quien es ella en realidad?

—Eso es lo que no sé. Igualmente, no lo haré.

—¿Porque ella no quiere o porque tú no quieres?

—Joder, cómo odio el psicoanálisis. Si sueltas un por qué más, te estrangulo.

—Vale, iremos por partes. En tu fantasía, ella goza o es una agente pasiva de la acción. — Marcus compuso una expresión de asco, por esas cosas prefería leer de psicología y analizarse solo.

—Goza. —Serge lo instó a seguir—. Me imagino que me la tiro sobre los sesos de mi hermano. ¿Contento?

Hasta a él le espantaba lo oscuro de su fantasía.

—Interesante, primero matas a tu hermano y luego te follas a su esposa. No le haces ver, no lo haces partícipe de tu fantasía. Es solo lady Irina, solo ella, gozando.

—¿Sirve?

—Debes trabajar la ansiedad, Marcus —respondió Serge, evasivo. Cerró sus notas y guardó el cuaderno en su maletín de piel—. No, no sirve. He visto a tu cuñada, entiendo la atracción. Dado el comportamiento de tu hermano, la parte de asesinarlo no responde a ella, sino a ti, a tu deseo. Has mezclado en una fantasía dos deseos, como quien anhela untar nata dulce en el cuerpo de una mujer y comerla de allí, mezcla la gula con la lujuria, dos cosas que le dan placer. Solo que en ti todo es un poco más retorcido.

—Podría untarle nata... —reconoció.

—Se mezclarían con los sesos de tu hermano.

Marcus rio. ¡Vaya psicólogo el de Prometheus!

—Pero no asocio a mi cuñada a la no-maldad o algo similar... —murmuró, decepcionado.

—¿Realmente estás dispuesto a esto, Marcus? Sabes que con Franz pudo salir mal. —Marcus asintió—. Bien, presta atención a lo que te empuja más allá del control. No te has follado a tu cuñada, ¿verdad?, ni le has volado los sesos a tu hermano. ¿Lo deseas hacer?, sí. ¿Lo has hecho?, no. Cuando te embargue un impulso irrefrenable, irracional, que parezca poner en jaque todas tus creencias, presta atención al detonante. Allí tendrás un condicionante *natural*, uno nacido de tu propio inconsciente y no impuesto, uno mucho más hondo, profundo, de donde puede llegar Viktor. Cuando lo descubras, podré ponerme a buscar su significado y quizá, solo quizá, halle el modo de usarlo.

—Sabes que has delatado tu intención de usarlo, ¿verdad?

—¿Eso hice? ¡Vaya!, qué traicionero es el inconsciente.

—Vete a la mierda.

Serge se puso de pie, cogió su maletín e hizo una reverencia.

—En la mierda es donde vivo —murmuró, sin que Marcus lo oyera.

—¿Qué?

—Que folles con tu cuñada, la represión nunca es buena.

—¿Pasé la prueba, doctor?, ¿sigo siendo un caso de éxito? —Cavendish sonrió—. Claro que la pasé —se respondió—, no me entregarás a Viktor, porque me necesitas. Aunque no sepa para qué, me necesitas.

Serge no respondió, pero sus labios se curvaron imitando una sonrisa.

CAPÍTULO 6



Los Cavendish tenían sus tradiciones. Toda familia de bien debía de tenerlas. Más si ostentabas un título nobiliario; de ser así, era considerado una obligación social.

El condado de Salisbury contaba con unos bosques a los alrededores para paseos en la naturaleza y, por supuesto, practicar caza. Menor y de pluma. Si pretendías entrar en la categoría de experto en caza mayor, debías adentrarte en lo profundo del bosque, algo que no sucedía desde que Alfie Cavendish se había resignado a la contemplación en lugar de la práctica. Solía expresar que deseaba darle los frutos del éxito a su descendencia y no opacarlos con su habilidad. Nadie creía esa mentira, su especialidad era comparar su grandeza con la flaqueza de los demás. La razón de su «generoso» e inesperado comportamiento se debía al debilitamiento que su cuerpo manifestaba con el pasar de los años. Jamás lo confesaría, pero su visión de lejos había disminuido más de un cincuenta por ciento y sus manos y brazos no tenían la fuerza suficiente para sostener y gatillar una escopeta.

La novedad de ese día era el nuevo participante de la expedición, la actividad familiar se llevaba a cabo sin su presencia desde hacía más de dos décadas. Desde que Marcus partió rumbo a las instalaciones de Prometheus, la dinámica de caza se daba de a dos. En los últimos años, Gunnar fue obligado a participar e Irina, coaccionada a ceder ante tanta estupidez. El terreno de caza no era un lugar para un niño de siete años, ni de seis ni cinco, menos que menos, a los cuatro años de edad, que fue cuando el más pequeño de la familia se vio obligado a participar del bárbaro evento. Así lo consideraba lady Irina, cazar por el simple hecho de placer le parecía despreciable. Cazar con el único propósito de decorar las paredes con las cabezas de las presas le resultaba nauseabundo. Por suerte, gracias a las últimas ausencias del conde, la caza se veía reducida a la categoría de pluma. Con suerte, Oscar le atinaba a alguna que otra perdiz, y Spencer, el perro pointer entrenado para el rastreo y captura, finalizaba el trabajo a medio hacer. Lord Gunnar había aprendido la dinámica de supervivencia establecida por su madre; la premisa principal era mantenerse siempre a la sombra de

su padre, tras su espalda, lejos del posible blanco. Más lejos aún de la boca de fuego. Luego de las indicaciones, encomendaba el cuidado de su hijo a cualquier posible entidad que rigiera los cielos.

Esa mañana no alcanzarían las plegarias. Ni las estrategias preestablecidas. Un nuevo factor alteraba el resultado del juego, lord Marcus Cavendish. El pequeño Gunnar estaba acostumbrado a las reacciones intempestivas de su padre, una caricia brusca, una burla o un golpe en su nuca a modo de escarmiento. Se anticipaba a cada una de estas y reaccionaba de la forma en la que un niño debía de hacerlo, con sumisión y silencio. Tanto madre e hijo se encontraban al límite del jaque mate, pues eran conscientes de que la estrategia de juego dejaba de ser funcional.

—¿Qué demonios te sucede, mujer?, ¿tanto te excita la presencia de mi hermano que quieres sumarte a nosotros?

Oírlos discutir desde la distancia resultó placentero para Marcus. La situación matrimonial era crítica, lo confirmaba a diario. Lo que sumaba puntos a favor de lady Irina, primero porque con su comportamiento y su sutil, pero eficaz, uso de la manipulación, lograba mantener a Oscar lejos de su alcoba. Segundo porque ponía todo de sí para quebrantar algo aún más poderoso que las leyes de la física: las costumbres de la familia. En especial aquellas destinadas a la formación de los herederos del condado. Cada tanto, cuando veía a lady Irina acarrear la silla de ruedas de su madre, apretaba los labios para evitar compartir su apreciación personal con ella: tiene dos alternativas, milady, una la conduce al mismo camino que lady Teresa. ¿La otra?... ni él conocía la respuesta, porque esta quedaba reducida a su decisión. ¿Qué haría con ella? Mmm...todavía no había decidido si la mujer era merecedora de una sentencia suave o condenatoria. De momento, solo podía contemplar que sus esfuerzos no daban frutos. Lord Gunnar era un Cavendish desde el momento en que tomó su primera bocanada de aire por fuera del cobijo del vientre de su madre, desde ese instante en adelante, se convirtió en un objeto de adoctrinamiento y entretenimiento paterno.

—No, solo me preocupa la presencia de un desconocido armado junto a mi hijo, eso es todo.

Marcus se ajustó el cinturón de cuero a su cintura, en este calzó su pistolón de cañón corto. Le temes a la persona equivocada, pensó.

Mientras marido y mujer discutían a la sombra del pórtico del jardín trasero, tío y sobrino se preparaban para la excursión ante la atenta evaluación del conde que, desde la comodidad de su sillón campestre, bebía coñac al resguardo del sol gracias a la sombrilla que sostenía sobre su cabeza el señor Thormund.

—¡Hereje y traidor! —carcajeó Alfie Cavendish luego de ver el equipo de caza de Marcus—. ¡Y te haces llamar inglés, hipócrita! —Acarició la cabeza de Spencer, el perro estaba echado a su lado a la espera de órdenes.

—En eso te equivocas, padre, me he convertido en un hombre sin una nacionalidad, y eso me ha permitido un criterio sin sentimentalismos —dijo accionando la palanca de su fusil Winchester modelo 95 de manufacturación americana. Lo último en producción armamentística—. Tu abuelo habla desde la envidia —le susurró a Gunnar, el niño estaba atento a cada uno de sus movimientos, miraba como calibraba las armas y las cargaba—. Sabes, este es el primer fusil de palanca con depósito vertical en vez de uno tubular —señaló el rifle de Oscar que reposaba contra un árbol. Hasta ahí hubiese llegado su exposición considerando que el intercambio con el niño se reducía siempre a miradas.

—No sé cuál es la diferencia —murmuró sin apartar su mirada del arma de Marcus, su tono fue serio, como quién indaga por verdadero interés y no como una manifestación vergonzosa de desconocimiento.

—En este caso en particular, permite calibrar el arma para el uso de balas puntiagudas. —La

mirada de Gunnar se apartó del arma de su padre e hizo contacto directo con la de Marcus. ¡Joder, las olas de esos dos océanos helados que teñían a sus iris chocaron contra el mismo risco! Su primera conversación resultaba catastrófica. A los dos los tomó por sorpresa, la ausencia de palabras caracterizaba sus encuentros. Fue tal el impacto que el común silencio forzado entre ellos regresó por unos cuantos segundos. Sí, así como se medían los proyectiles antes de ser colocados en la recámara de carga, ellos estaban midiendo sus palabras—. Supongo que nunca has visto una bala puntiaguda —Gunnar alzó una ceja, el gesto hablaba por sí solo. ¡Por supuesto que no!—, me da gusto saberlo —rio entre dientes—, no deberías de conocerlas, son de uso militar. El imperio ruso utiliza estos rifles, y desde hace unos meses, las fuerzas armadas del Reino Unido también lo hacen... —No existía una razón de peso para lo que estaba a punto de hacer, pero igual lo hizo, alardeó ante el pequeño lord—. Ahora, ¿te preguntarás cómo este armamento de élite americano llegó a manos de los ingleses, verdad?

—No, porque debería de preguntármelo. —Existían varias preguntas en la cabeza de Gunnar, pero esa carecía de importancia.

—Tienes razón, a tu edad deberías preguntar sobre el menú del almuerzo. —Bajó el rifle con la boca de fuego en dirección al suelo, apoyó el codo en la culata de madera.

—No, tampoco, si pregunto sobre el menú sería considerado un cuestionamiento de niño malcriado y, en castigo, me privarían de la comida.

—Veo, entonces supongo que cuestionas a diario sobre el menú, ¿no? —dijo haciendo cuentas mentales. ¿Cuántas veces compartió una comida con el niño? Ni una sola desde su llegada.

—No, a veces, no hacer cuestionamientos termina siendo uno también.

Marcus hizo un rápido análisis del entorno. Alfie Cavendish luchaba con el reflejo del sol en los ojos y le daba nuevas indicaciones a Thormund. Oscar maldecía a su esposa en un idioma inentendible, la empujó para que se apartará de su camino.

—¿Según quién?, ¿tu padre o tu abuelo? —indagó antes de que fuesen interrumpidos.

—Mi padre y el conde —dijo por lo bajo y puso fin a la conversación, su mirada regresó a contemplar la nada.

—¿Qué idiotez le estás diciendo a mi hijo? —lo increpó Oscar a modo de provocación ni bien los alcanzó en los límites del jardín. Silbó capturando la atención del perro—. ¡Spencer, ven a hacer tu trabajo! —El can salió a la carrera en su dirección.

—Solo compartía con él las buenas noticias de las fuerzas armadas de la corona —cogió su rifle, lo apoyó en su hombro y se adelantó a ellos.

—Oh, ¿te refieres a tus importaciones ilegales?

—Legales, desde que el monarca las adquirió —lo corrigió.

—Poco me importa —Utilizó a Gunnar como guía, apoyó la mano en su hombro y lo hizo caminar al mismo ritmo que él—, aquí somos fieles a nuestros orígenes. Agarra la escopeta, Gunnar —le ordenó a su hijo cuando pasaron junto al árbol en el que ésta reposaba. Era el arma de caza que se utilizaba desde hacía décadas en la familia. Pesaba demasiado para el niño. A la vez, Oscar desenfundó su revólver, uno que había heredado de su abuelo, Otis Cavendish, el anterior conde. Giró el dedo en torno al guardamonte del arma como si este fuese una pieza de utilería—. Yo soy de la vieja escuela... —exclamó satisfecho con la escasa educación armamentística que cargaba a cuestas.

—Eso es evidente. —Marcus se detuvo e inmovilizó la mano de Oscar llevando el arma a lo alto. El muy idiota no había colocado el seguro, un movimiento de más y podría dispararse. Se la quitó, colocó el cerrojo y se le regresó.

—Uppss... —bromeó Oscar—. Podría haberte volado la cabeza... —rio a carcajadas—, como en

los viejos tiempos.

—Sí, como en los viejos tiempos —resopló Marcus. Fue su estrategia para contener los deseos de devolver el favor del pasado. La última vez que se había adentrado a ese bosque lo hizo sin saber que no regresaría con vida. Simbólicamente hablando, no lo hizo; murió décadas atrás, cuando se orinó en los pantalones y su flaqueza lo condenó. Lo asesinaron sin piedad, lo convirtieron en otro. Uno que no debería ser tentado a salir a flote. Pues no sería él quién suplicara, se arrodillara o se orinara en los pantalones. Cogió la escopeta que Gunnar cargaba y se la calzó en el otro hombro, giró sobre sus talones y enfrentó a su hermano antes de que este emitiera una queja—, como en los viejos tiempos, ¿verdad? —sonrió. Eso era lo que debía de hacer, se recordó. Sonrió como nunca en su vida.

—Verdad... —carcajeó Oscar. De pequeño solían obligarlo a que llevara todas las armas de caza. Esa vez no sería la excepción. Hurgó en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una petaca metálica que contenía whisky. La abrió y sorbió haciendo un brindis a la nada—. ¡Benditos viejos tiempos!

—¡Es una maldita ardilla, Gunnar! Tienes dos alternativas, ella o tú —le dijo pateando su trasero para que avanzara en dirección a la presa. La escopeta apenas era sostenida por el pequeño—. ¿Acaso has dejado las agallas escondidas bajo la falda de tu madre? —tosió, se había ahogado con la saliva. Escupió.

—No creo que se trate de una cuestión de agallas —Marcus intervino, desde que se adentraron al bosque se llamó al silencio, lo hizo por una cuestión de supervivencia. De Oscar, no propia, por supuesto. Uno podría llegar a pensar que lejos del entorno cotidiano, sin el ojo evaluador del conde, sin sus críticas y demandas, su hermano podría manifestar una faceta de padre con un matiz diferente. Quería sorprenderse, esperaba con ansias sorprenderse—, se trata de tu pésima decisión. —Se acercó al niño y lo ayudó a sostener la escopeta, colocó su mano por debajo de esta para que se mantuviera firme. Oyó como Gunnar exhalaba al sentir el alivio.

—¿Disculpa?, ¿quién te crees que eres para juzgar mis decisiones? —Le dio el último sorbo a su whisky. La petaca estaba vacía. La lanzó al suelo.

—No me creo nada en particular, solo hago uso del sentido común y el criterio, algo que a ti te falta. —Sus palabras recibieron una mirada réproba por parte del pequeño. Lo miró de soslayo con una expresión de como quién dice: ¿tú estás jodidamente loco, verdad?—. Esta escopeta del siglo pasado pesa más que tu hijo, Oscar. —Se la quitó de las manos, no solo le era imposible sostenerla, sino que también, cuando disparara, el impacto en su hombro sería demasiado fuerte. Podría lesionarse, incluso, caerse de trasero y lastimarse aún más. Lo depositó en el suelo y desenfundó su pistolón de cañón corto—. Ten, sostenla con ambas manos, es más conveniente para ti.

Gunnar cogió el arma, la evaluó con detenimiento. Era mucho más liviana, doble caño, doble gatillo. Su empuñadura resultaba mucho más cómoda para el agarre. Extendió los brazos. Lo pensó, sí, podía disparar. Quizás, por primera vez, daba en el blanco y su padre no se burlaría de él. Colocó el dedo en uno de los gatillos. Cerró un ojo para reducir el campo visual. Marcus lo ayudó, movió el arma a la altura correcta.

—¿Quién eres tú para decidir qué es lo más conveniente para mi hijo? —Intentó quitar el arma de su mano en el preciso instante en el que Gunnar disparó. La bala se perdió entre la copa de un árbol, bien lejos de la ardilla, una lluvia de hojas cayó sobre sus cabezas.

—¡Joder contigo, Oscar! —gruñó Marcus. Las armas de fuego continuaban siendo un condenado juego para su hermano. Pensar que cuando se mencionaba a los Prometheus siempre se

hacía como un sinónimo de peligro. No, el peligro real se encontraba en las mentes débiles, y él estaba ante una que demostraba ser el mejor ejemplo—. Por lo visto, lo único que has hecho todos estos años ha sido perfeccionar tu imbecilidad.

Oscar rio a carcajadas, cogió su arma y la colocó en manos de su hijo. Se ubicó tras su espalda.

—¿Te crees superior a mí, verdad? —Ladeó la cabeza fastidiado. La ardilla huyó tras el disparo fallido. Instó a Gunnar a caminar tomándolo por el cuello, este debió esquivar piedras y raíces que sobresalían del suelo para evitar caerse pues su padre no prestaba la más mínima atención al sendero elegido. Lo hacía avanzar a la fuerza como si el cuerpo del pequeño fuese un perro de rastreo. Spencer iba unos pasos más atrás, no entendía la dinámica de búsqueda. Ladraba marcando la dirección de las posibles presas, pero se encaminaban hacia lo opuesto—. Puede que desde tu perspectiva, lo seas... pero en esta, que incluye mi territorio, mi familia, mi casa —resaltó esto último estableciendo un claro mensaje: eres un invitado no deseado—, sigues siendo el mismo niño cobarde que debió marcharse para convertirse en un hombre. Los verdaderos hombres Cavendish nacen, crecen y se moldean en tierras Cavendish, por eso me aseguro de que mi hijo respete nuestras costumbres. —Se detuvo. Chasqueó los dedos para atraer la atención del perro—. Spencer, siéntate —le ordenó con un movimiento de mano. El animal estaba acostumbrado a las órdenes. Se sentó sobre sus patas traseras y esperó la indicación. Oscar le quitó el seguro al arma, empujó a su hijo por la espalda hasta que este quedó a medio metro del perro—. Dispárale...

Marcus pudo ver como la garganta del pequeño se hundió cuando intentó tragar saliva. La frente se le perló por el sudor. Solía jugar con el perro, cuando nadie lo veía iba hasta los establos en donde el animal dormía y juntos corrían rumbo a la laguna cercana. El perro era el único amigo que tenía y su padre lo sabía muy bien, aunque para este la amistad entre el niño y el animal era una completa tontería.

—¿Qué demonios haces, Oscar? —El sadismo de su hermano no tenía límites—. Es el perro de padre —le recordó. Era difícil hacerlo entrar en razón. Utilizar el as que significaba el conde solía ser el único elemento que lograba pausar sus absurdas acciones.

—Ha perdido el olfato y cada tanto cojea... ya no sirve, padre lo ha dicho, le hacemos un favor. ¡Dispárale!

El perro jadeaba, la lengua le colgaba a un lado de la boca. Estaba viejo, aun así, allí estaba, esperando. Una orden, una invitación a un paseo junto a la laguna, una caricia. Lo que fuese. Sí, había perdido el olfato, cojeaba cada tanto, y su visión no era la de antaño. Mas eso no lo convertía en algo desechable, ¿verdad?, pensaba Gunnar. Todavía vivía, y estar vivo era algo importante. La vida... la vida se supone que es algo valioso, ¿no?

—Si no quieres disparar, no lo hagas, Gunnar. —Al demonio Oscar, el conde, y la jodida doctrina familiar que lo único que lograba era romperte el alma. Él sabía muy bien lo que era vivir con un alma fragmentada y no se lo deseaba a nadie. Por eso estaba ahí, sumergido en el pozo negro de su pasado, para evitar que otros terminaran como él. No más juegos mentales, no más mentes trastornadas y manipuladas. Le pondría fin a todo, empezando ese día, empezando con ese pequeño que temblaba de la misma manera que él lo había hecho tiempo atrás.

—¡Dispárale, te he dicho! —Le dio otro empujón, lo acercó al punto de poder colocar el revólver sobre la frente del perro—. Pues mira que afortunado eres, tu altura ayuda... —rio, superaba al animal por medio cuerpo, lo que convertía al animal en el blanco perfecto—, imposible que falles.

—¡Gunnar! —Marcus alzó la voz, su nombre sonó a orden, a reprimenda, a futuro castigo. Cuando vio el estado de parálisis en el cuerpo del niño recordó el mecanismo de control que utilizaban

con él, esa jodida melodía que lo inmovilizaba en cuerpo y mente. Perdía el dominio de sí mismo y no podía evitar llevar a cabo la orden que le era comandada. Mata a tu compañero de grupo, córtale la garganta al becerro recién nacido... ¡dispárale al perro! Y él lo hizo. Lo haría.

Oscar manipuló las manos de su hijo y puso su pequeño dedo sobre el gatillo. Marcus se ubicó por detrás del perro. Pretendía hacer contacto visual con su sobrino, ser él quien pusiera fin a la melodía que resonaba en su cabeza. Porque dentro de esa cabecita, lo podía asegurar, barruntaban pensamientos que lo atormentaban y que lo perseguirían por el resto de su vida. Ese era el principio del fin. Uno que ningún niño de su edad debía de enfrentar. Si tenía que interponerse entre la bala y el can, lo haría. Recibir un disparo en la pierna era un buen precio que pagar.

—Seré complaciente contigo porque aún eres un crío... si quieres, puedes cerrar los ojos. — Ese privilegio le concedió Oscar. Sin importar cómo, ese día, su hijo derramaría sangre.

Los ojos de Gunnar, en vez de cerrarse, buscaron a los de Marcus; para él, los ojos de ese extraño hombre brillaban como faroles al final de su túnel oscuro. No importaba lo soleado del día. Otoño, invierno, primavera o verano, daba igual, para Gunnar solo existía oscuridad. Pese a que las agujas del reloj marcaran el mediodía, siempre era de noche, sobre su cabeza había un continuo y perpetuo cielo gris plomizo sin atisbo alguno de luz. No hubo súplica en su mirada, sino resignación. Sobrino y tío mantuvieron una repentina conversación silenciosa, los dos eran hábiles en el arte de callar y hablar con la mirada. Cerrar los ojos ante el abismo no lo hacía desaparecer, y si no puedes volver sobre tus pasos, estás destinado a caer. La herencia Cavendish era esa, tarde o temprano caías, y si te resistes...te empujan.

Hoy me libras del abismo... ¿y qué hay de mañana?, ¿de pasado mañana?, ¿la próxima semana?, ¿o el resto de mi vida? Alguien debe morir...

—Tienes razón, Gunnar, alguien debe morir —susurró por lo bajo, los labios de Marcus les dieron vida a los pensamientos del pequeño. Le quitó el seguro a la palanca de dedo de su rifle, apoyó la culata contra su hombro y dirigió la boca de fuego a la cabeza de su hermano.

—¡Oh, vaya, estás dispuesto a jugar de esa manera! —A Oscar el cambio de planes le resultó entretenido. Todo era un maldito juego para él.

—Veamos quién se orina primero, ¿qué opinas, hermano? —Este asintió entre risas—. Gunnar, devuélvele el arma a tu padre.

Antes de que pudiera regresarla a su dueño, este se la quitó de un tirón, al hacerlo, le retorció el dedo. Gunnar contuvo el dolor y metió su mano dentro del bolsillo de su pantalón.

—Vete a la casa, es tiempo de verdadera cacería.

No era novedad que no confiara en su marido. Lidiaba con la frustración de dudar de cada uno de sus actos, en especial, cuando estos tenían a su hijo de por medio. Lo único que la mantenía en falsa calma era recordar que Gunnar era la joya preciada de la familia. Alfie Cavendish reconocía que su primogénito era un idiota sin cura ni medida, por esto, consideraba al pequeño como el pilar fundamental que sostendría el peso del condado a futuro. Lo que la inquieta por demás en esa tarde era la presencia de una nueva variable, Marcus. No confiaba en él porque no conocía sus planes reales. Raissa le había contado sobre la supuesta «razón» de su presencia repentina en la casa: la búsqueda de inversores. Unos que serían brindados por su padre, por eso estaba haciendo las paces con este. ¡Patrañas! Por lo que oyó de los empleados, predispuestos al cotilleo siempre que les era posible, al lord le sobraba el dinero. Su fortuna personal superaba a las arcas del condado. ¿Entonces, para qué

demonios estaba allí? Porque los contactos también abundaban en sus relaciones sociales. Dinero y contactos se traducían en una sola palabra: Poder. En resumen, lo tenía todo. Irina no podía detener su mente, en esta germinaba una razón con mayor peso, el deseo de apropiarse del título y del legado. Para hacerlo, debía de quitar del camino al primogénito, Oscar... y para evitar reclamos o resentimientos, también a su descendencia.

¡Por los cielos!, debía poner en pausa sus maquinaciones si quería mantener la calma y la cordura. Pero para hacerlo, debía... Agggg, debía... Debía deshacerse de la presencia del conde. Si lord Cavendish regresaba al interior de la casa, ella podría seguir los pasos de la expedición de los hombres y constatar por sí misma que todo estaba bien. Que Gunnar no corría peligro. Porque más allá de que si su presunción con respecto a lord Marcus era incorrecta, bien era sabido que entre este y su esposo no existía un buen vínculo de hermandad. Más aún desde que este confesó abiertamente el deseo de follarla. Su hijo estaba en medio del campo de batalla familiar. Como fuese, su primer movimiento era despejar del tablero de juego a la pieza del rey, y tenía a los peones y a la dama perfecta para hacerlo.

—Teresa, estamos a mitad del mediodía, regresa a tu condenada cama, mujer. No tientes a tu suerte —carcajeó cuando Rose, la doncella de la condesa, la ayudó a tomar asiento en la silla contigua a la del conde—, mejor dicho, no tientes a la suerte de todos. —Desde hacía años que no compartían ni alcoba ni tiempo juntos. Eran lo más parecido a dos enemigos forzados a vivir en la misma prisión. Para ventaja de la condesa, el paso de los años y la vejez hacía que la predisposición a la batalla disminuyera.

—Una vez al mes me gusta salir a los jardines —ironizó la condesa. Había amanecido con el pensamiento despejado, algo muy poco habitual. Su cabeza, al igual que la de Gunnar, siempre estaba cubierta por un cielo nublado. En su caso, por propia elección. Elegía sobrevivir danzando a ciegas por esas nubes densas y opacas. ¡Benditos opioides!

—Has elegido el día menos propicio para hacerlo —gruñó Alfie. Le ordenó a Thormund que cerrara la sombrilla para que su esposa no gozara del privilegio de la sombra. Él tampoco, por supuesto, pero toleraría el malestar visual y el calor en la piel con tal de generar incomodidad en su esposa.

—Yo no elijo los días, milord, los días me eligen a mí —dijo rompiendo en una carcajada. Lord Cavendish se fastidió por su actitud desvergonzada, tan impropia de su rango.

—Deberían de regresar por el mismo camino por el cual vinieron —le reprochó a la doncella.

—Rose no recibe órdenes tuyas —masculló entre dientes mientras continuaba riendo con descaro. Deseaba llevar el fastidio del conde a su límite. Era fácil lograrlo.

—No, pero recibe su paga de mis bolsillos... —acusó el viejo conde—. Dime ahora, Rose, ¿qué te hace mover tus pies, sus órdenes o mi paga?

—Ambas, milord —respondió con rapidez la mujer. Estaba acostumbrada a los ataques verbales de su señor, era común que intentará someterla a sus intereses y órdenes con ese argumento. Uno que quedaba sin efecto en lo inmediato porque solo ella podía lidiar con las crisis emocionales de la condesa y con sus estados alterados producto del consumo excesivo de sustancias relajantes combinadas con otras estimulantes.

Irina se sumó a la improvisada fiesta trayendo consigo una bandeja con té y bocadillos.

—Lady Teresa, me tomé el atrevimiento de agregar unas flores de camomila a la infusión —comentó mientras apoyaba la bandeja sobre la mesa. Hizo a un lado el vaso de coñac del conde. ¡Vaya sutil invitación a marcharse!

—¡Camomila, mi trasero! —resopló él.

—Pues, si la quieres en tu trasero. —Lady Teresa extendió su mano decidida a coger la tetera

humeante. La falta de opio en su organismo le había infundido un valor extraño, suicida. Desafiar así al conde tendría sus consecuencias.

—Oh, milady, no se preocupe, yo me ocupo de servir... —intervino con gentileza Irina—. ¿Le apetece una taza, milord? —le sonrió.

Esas mujeres se traían algo entre manos y no le interesaba averiguarlo. El sol quemaba más con cada hora que pasaba, empezaba a sudar y a sentir urticaria como consecuencia del calor.

—¡Al demonio! —maldijo y se incorporó—. Thormund, dile a la señora Holy que me prepare el baño... —Se rascó el cuello con frenetismo. No tenía sentido perder su tiempo con esa compañía mediocre. Además, quizá sus oídos le fallaban, pero no había oído ni un maldito disparo. Pésima cacería. Se notaba su ausencia. Por lo visto, toda la descendencia masculina que paseaba por el bosque era igual de mediocre que los vientres que los habían concebido y cobijado—. Y se hace llamar un Prometheus —balbuceó antes de alejarse de ellas.

—No, no se hace llamar un Prometheus, tú lo obligaste a convertirse en uno —murmuró la condesa para sí. Cogió la taza con el té recién servido y lanzó la infusión al césped—. Ve a por tu hijo... —le dijo a Irina. Ese había sido el pacto. Su presencia momentánea con el propósito de incomodar al conde para que ella velara por el bienestar del niño—. ¡Ve! —le gritó. Irina se alzó la falda y siguió el sendero que las huellas de los hombres habían dejado sobre el césped crecido. Lady Teresa cogió el vaso de coñac que Alfie había dejado y sorbió el resto de bebida. Giró sobre sus pasos, trastabilló al primer paso que dio. Por suerte, Rose, la cogió a tiempo—. ¡Camomila, mi trasero! —repitió, y utilizó el cuerpo de su doncella como sostén para regresar a su «condenada cama».

A mitad de camino, perdió el rastro de las huellas y se tuvo que valer de su instinto. ¿Qué camino tomarían? Evaluó la frondosidad del bosque en derredor, sin duda, se adentrarían en la parte más salvaje. Avanzó un par de metros, pero se detuvo al percibir que alguien se acercaba, se escondió tras el tronco de un árbol, si Oscar la viera, estallaría en cólera. Solo quería comprobar el estado de su hijo. Y fue este el encargado de demostrárselo, la sorprendió por detrás.

—¡Cielo santo! —gimió ella ante la sorpresa. Luego lo abrazó, estaba pálido y temblaba como una hoja—. ¿Qué ha sucedido? —Lo hizo acudillarse a su par. Vio que el niño mantenía su mano dentro del bolsillo del pantalón. Spencer, que había sido el que le marcó a Gunnar la presencia de su madre, se acercó al niño. Este lo acarició con ambas manos. Al hacerlo, Irina notó la repentina hinchazón y la rojez en su dedo índice—. Gunnar, respóndeme, ¿qué ha sucedido?

—Alguien tiene que morir... —susurró sin dejar de acariciar al perro, con la mirada perdida en la nada.

—¿Qué has dicho? —Irina se llevó la mano al pecho para contener el espanto que golpeaba con furia contra su esternón. Luego, sacudió a su hijo para que regresara en sí, apenas parpadeaba—. Escúchame, ¿puedes regresar a la casa? —Nada, Gunnar no movió ni un solo músculo del rostro. Totalmente inexpresivo. ¡Qué demonios había ocurrido! Asesinaría a Oscar con sus propias manos si descubría que éste había provocado ese estado en su hijo—. Espérame aquí, ¿quieres? ¡Gunnar! —alzó su voz, él asintió sin dirigirle siquiera la mirada. Inhaló profundo, requería de una gran bocanada de aire puro y de valentía— ¡Maldito desquiciado! —dijo para sí, estaba furiosa—. ¡Te enterraré en este maldito bosque, grandísimo mal nacido! —Si hubiese sabido que sus palabras estaban por hacerse realidad, quizás, hubiese utilizado otras. Solo quizás...

—Alguien tiene que morir... —repitió Gunnar cuando se quedó en compañía del perro—. Pero no tú, Spencer, no tú.

Una repentina ráfaga de viento trajo consigo un agradable perfume a hierba húmeda junto con el eco

de una conversación no muy lejana. Guiándose por el olfato, siguió el sendero que la fragancia marcaba en el aire, y en cuestión de un par de metros, se convirtió en la espectadora silenciosa de una charla que poco tenía de noble y mucho de barbarie. Hombre frente a hombre, uno con rifle y otro con revólver en mano, apuntándose al centro de la cabeza. Si no gimió de espanto e hizo notoria su presencia fue porque presupuso que lo que ocurría era una mera provocación entre hermanos. Entre Cavendish. Sí, la imagen ante ella no sorprendería a nadie que conociera la dinámica familiar. Desafíos, hostigamiento y violencia tanto física como verbal los definía. Decidió que no intervenir era lo más acertado, pero no pudo contener las ganas de oír el intercambio entre ambos. Buscó un refugio entre los árboles y se acudilló manteniendo una distancia prudencial. Si Oscar la descubría, le haría pagar las consecuencias de su impertinencia de una manera grotesca y poco creativa.

—Sabes, solemos creer que son nuestras acciones lo que nos define... —la voz de Marcus sonaba calma, como quién disfruta de la partida de cartas pese a saber que no tiene la mano ganadora. Bajó el rifle y lo dejó caer en el suelo, solo el revólver de Oscar se mantuvo en lo alto, y a él no parecía incomodarle que su hermano continuara apuntándole en la cabeza—, pero lo que en verdad nos determina son nuestros pensamientos. Somos lo que pensamos, y lo paradójico de esto es que solo una parte de ellos se convierten en acciones reales.

—Puede que tengas razón, yo aún te pienso como un maldito cobarde, y aquí estoy, tratándote como tal... ¡No tienes los cojones para disparar, ¿verdad?! —rió, dio un paso, hizo presión con la punta del cañón en el entrecejo de Marcus.

—¿Tú vas a disparar?

—Podría hacerlo —Oscar amartilló el arma. Se mordió el labio inferior, parecía un animal hambriento esperando por su comida. Y su comida eran los sesos de su hermano. Dio un inesperado paso hacia atrás.

—¿Piensas hacerlo?, ¿alguna vez has pensado, realmente, en atravesarme la cabeza con una maldita bala? —Marcus avanzó. Por propia elección, volvió a sentir la presión de la punta de cañón en su frente.

—S...sí... —La afirmación estuvo plagada de duda. La mirada de su hermano no era la de antaño, no veía ni un atisbo de temor. No veía el reflejo de emoción alguna. ¡Joder! Tragó saliva. Rio para ocultar su repentina incomodidad.

—Sin embargo, no lo has hecho, ni lo harás...

—No, por lo menos, no hoy —se burló Oscar. Chasqueó la lengua, desvió su mirada de la de Marcus y bajó el arma.

—Tampoco lo harás en la siguiente ocasión, porque repito, solo un pequeño porcentaje de nuestros pensamientos se convierten en hechos —extendió su mano, le pedía amablemente que compartiera su revólver con él—, así vive padre, pensando en matarte porque eres un bueno para nada, pero manteniéndote con vida por respeto al legado. —Oscar volvió a reír, lo hizo a base de puro nerviosismo. La mirada fría de Marcus le había atravesado la piel, sentía frío en la sangre, en los huesos, en todo el jodido cuerpo—. Así vive también tu hijo, tu mujer... abriendo los ojos cada mañana con la esperanza de que tú no lo hagas, pero son incapaces de cubrírte el rostro con una almohada mientras duermes.

—Me imagino que tú también piensas igual, ¿no? —carcajeó, alzó el mentón, fue un fútil gesto de desafío—, ¿cuántas veces has pensado en matarme? —lo provocó.

—No muy frecuentemente, no mereces la pena. —Sonrió. Marcus llevaba toda una vida practicando esa sonrisa frente al espejo. La sonrisa de despedida para su hermano.

—Por eso tampoco lo harás —Oscar le entregó su revólver y lo instó a que lo colocara en su

frente—, aunque te permito el ligero disfrute de experimentar lo que puede ser... pero no será. Dime, ¿qué se siente? —Cerró los ojos—. Si quieres, puedo orinarme en los pantalones —dijo riendo a carcajadas.

—Eres libre de hacerlo, Oscar... orínate en los pantalones a modo de despedida. —La risa de Oscar se detuvo de un segundo a otro. Abrió los ojos. Palideció. También lo hizo Irina. No había ningún juego de provocación allí, estaba ante una sentencia inminente. Se cubrió la boca con las manos y, en esa ocasión, fue ella la que cerró los ojos—. Yo no soy padre, no soy tu hijo... no soy tu esposa.

—Eres mi hermano —susurró a modo de súplica.

—No, soy un Prometheus —dijo, gatilló, y le atravesó la cabeza con un disparo. Lanzó el revólver al suelo. Extrajo del bolsillo de su pantalón un pañuelo blanco, se limpió los rastros de sangre que le salpicaron el rostro. Luego se agachó y le cubrió el rostro con la tela. Cogió su rifle y se marchó en dirección a la casa.

Oh, fue un accidente... Tan solo un accidente de caza. ¡Qué en paz descanses, lord Oscar Cavendish!

CAPÍTULO 7



Llovía y hacía un frío de mil demonios. En vano eran los paraguas, el viento soplaba del norte y arrojaba las gotas heladas como diminutos cuchillos sobre los rostros de los presentes. No eran muchos. El conde de Salisbury y su esposa en silla de rueda; lord Marcus; la viuda de Oscar; su hijo, y el pastor. Un paso más atrás los no compungidos criados de alto rango. Nadie extrañaría a Oscar y la solemnidad del acto tenía más que ver con la tradición que con el dolor.

Lady Irina vestía de negro, lo que era una jodida maldición para Marcus. El color le sentaba de maravilla, al igual que la viudez. *De nada, milady*, dijo a la distancia mientras el féretro descendía con ayuda de poleas tierra abajo. El crespón y la falta de adornos en su cuñada resaltaban la belleza natural de la mujer. Su piel marmórea, sus ojos celestes, su cabello platinado... A su lado Gunnar tenía una expresión inefable, era mejor que su madre para esconder el alivio.

Marcus aguardó hasta que el primer montículo de tierra fuera arrojado para dar media vuelta y marcharse. El cabello se le pegaba a la frente y el abrigo empezaba a incordiarle porque no hacía más que absorber la jodida lluvia.

Y lo peor de todo, no soportaba la mirada de pánico de lady Irina. ¿Sabría ella lo que de verdad había ocurrido?, ¿o creía como los demás en la versión del accidente de caza? Nadie había visto el cuerpo, ni siquiera el conde, quien también aceptó la versión del médico de que la razón de muerte fue un disparo fortuito. Un médico, huelga decir, al que Marcus había pagado por su *discreción*. Eso no quitaba que los rumores lo alcanzaran, se dijera que el accidente de accidente poco tenía; sin embargo, no sospechaban que se hubiera tratado de una ejecución a sangre fría.

Las personas tienden a disfrazar la realidad cuando no es agradable, y los criados del condado no querían asumir que el nuevo heredero podía ser peor que el anterior.

Grave error.

Lady Irina sí asumía la realidad, porque en ella el error de subestimarle sería demasiado

costoso. Marcus emprendió el camino a la casa a pie, bajo la lluvia. El carruaje de su padre lo rebasó unos quince minutos después, no se detuvo a ofrecerle un aventón, aunque hubiese sido declinado. Lo que sí le permitió ver fue a su cuñada en el interior, y más aún, a su sobrino, que una vez lo dejaron atrás, abrió la ventanilla, asomó su rostro y lo observó en silencio hasta que se convirtió en un punto lejano.

Gunnar... Pensar en el pequeño le retorció las tripas. Serge Amberg le había dicho que pusiera atención en aquello que lo impulsaba más allá del límite de la razón.

No te has follado a tu cuñada, ¿verdad?, ni le has volado los sesos a tu hermano. ¿Lo deseas hacer?, sí. ¿Lo has hecho?, no. Cuando te embargue un impulso irrefrenable, irracional, que parezca poner en jaque todas tus creencias, presta atención al detonante.

Eso era exactamente lo que había sucedido. Había perdido la cabeza. Hasta que no entendiese qué demonios le pasaba, tendría que manejarse con cautela. No podía tener una debilidad, no ahora que estaba cerca de concretar su objetivo. Podía ser que fuera su camino para perder el condicionante, como fue con Franz, pero también podía ser el camino con el que su padre lo aplastara bajo su puño. Al fin de cuentas, tanto Irina como Gunnar eran propiedad del condado de Salisbury. Pretendía solucionar eso también.

Nunca le había importado la herencia ni el título... hasta ahora, hasta que Irina y Gunnar formaron parte del legado. Lord Alfie ya estaba muerto, por sus vínculos con Prometheus, pero más aún, por intervenir entre Marcus y su naturaleza. Que valorase sus últimos días, en cuanto consiguiera su cometido, el destino de su padre estaría sellado.

—Ni lo pienses, Irina. —Lord Alfie rompió el silencio del carruaje. La mujer viajaba de espaldas al camino, Gunnar estaba con el rostro asomado por la ventanilla, mirando a su tío y dejando que la lluvia le mojara las mejillas a falta de lágrimas.

—¿Disculpe, milord?

—No te llevarás a Gunnar a Suecia. Ahorrémonos la conversación, he perdido a mi heredero y no estoy de humor para tener que luchar por el siguiente.

Irina sintió que el estómago le daba un vuelco. Viajar de espaldas no le ayudaba, sentía que iba a vomitar. Aún tenía las tripas revueltas por lo que había visto. El mundo giraba vertiginoso a su alrededor, la necesidad de huir era apremiante. Tenía que salir de allí y tenía que sacar a su hijo. La tranquilidad del pequeño era pasmosa... y aterradora. Su única reacción era una extraña fascinación por el que, en realidad, fue el verdugo de su padre. No le había quitado de encima los ojos a lord Marcus desde entonces y podía jurar que en sus iris azules refulgía la admiración.

Ella amaría siempre a su hijo. No miraría con espanto a la sangre de su sangre como hacía lady Teresa. Sin embargo, no podía dejar de pensar en que los Cavendish estaban haciendo del niño un monstruo. Como lo eran todos ellos. Irina se convencía de que estaba a tiempo de salvarlo, de brindarle una vida *normal*, una vida sin violencia en la que Gunnar volviese a jugar como un niño común y corriente sin asesinar muñecos con un tren.

—No perdería a su heredero, milord —respondió, conteniendo la bilis en la garganta. El sabor amargo le inundó la boca—, seguirá siendo el próximo conde. La educación en Suecia podría ser benefi...

Una bofetada interrumpió su diatriba, un hilo de sangre emanó de su labio inferior. Se apresuró a buscar su pañuelo. Gunnar apartó su vista del camino y la regresó al carruaje. Miró a su abuelo con todo el odio de la humanidad brillando en sus ojos zafiros.

Siempre contenía las emociones, la furia. A Oscar le había molestado que su hijo apenas hablase, lo trataba de retardado por eso. Pero el motivo de su silencio era la impotencia y de pronto, parecía haberla perdido.

—Tío Marcus lo matará si toca a mi madre una vez más —dijo Gunnar. Irina miró a su hijo con espanto, no por la amenaza, sino por la certeza en sus palabras. Lo abrazó con fuerza y lo acunó sobre su seno; si hubiese podido, lo hubiera vuelto a su vientre, a su útero, a ese lugar de su carne en el que podía protegerlo con su propio cuerpo.

Temía a las represalias sobre él, le aterraba que confesara alguna suposición y que Marcus pudiera querer *eliminar testigos*. ¿Sería capaz de matar a su propio sobrino? Aunque la idea podía resultar inconcebible, en el mundo Cavendish era posible. Al fin de cuentas había matado a su hermano.

Alfie soltó una carcajada que le puso la piel de gallina. Estiró la mano hacia Gunnar y ella lo apretujó más contra sí.

—Deja de apañarlo, Irina. Haces de él un debilucho. —Tiró del niño hasta que lo mirase a la cara—. ¿Por qué no me matas tú? —Rio—. ¿Acaso eres una gallinita?

—¡Déjelo en paz!

—Me desharé de ti, Irina. Me tienes hasta los cojones. —El conde regresó la espalda contra el asiento, perdió la mirada en el camino—. Volverás a Suecia sin tu hijo y me dejarás educarlo. Con esa amenaza me demostró que es un Cavendish, tiene el material, solo necesita ser moldeado y tú te interpones. Haré de él un perfecto futuro conde.

La amenaza resonó en el carruaje, Irina no supo qué escenario se le presentaba más catastrófico, que el conde intentara hacer de Gunnar un Oscar o que...lo enviara a Prometheus. Hiciera otro Marcus de él.

El niño seguía con sus ojos furibundos clavados en su abuelo. Nunca se había amedrentado ante los hombres Cavendish, pero no era hasta ahora que mostraba algo más que mera resignación. Irina no supo si esa era una buena señal.

Observó por la ventana la llegada de su cuñado. Su paso firme, la humedad había rearmado sus tirabuzones. Lord Marcus era dueño de una belleza clásica, lucía como un ángel. Como el más bello de ellos: Lucifer. Su apariencia era una desgracia, porque nadie espera que la maldad provenga de un envase tan tentador.

Los ojos del hombre fueron directos hacia la ventana de Irina, la buscó sabiendo que la encontraría allí, con la frente pegada al cristal, esperando que el frío le aclarase las ideas. Su mirada no traslucía amenaza, sino una especie de entendimiento mutuo que era aún más escalofriante.

—Milady —la llamó Raissa—. Cogera una neumonía. Debe quitarse el vestido y secarse el cabello.

Irina se dejó conducir por la doncella sin oponer resistencia. Fue tras el biombo cuando llamaron a la puerta, era el mayordomo. Compartieron un par de palabras con la doncella y la mujer no tardó en regresar a su lado.

—¿Milady...?

—¿Qué ha dicho?, ¿que debo empacar?

—Sí. ¿El conde ha hablado con usted?

—En el carruaje... —Le señaló el labio partido—. Supongo que no me permitirá negociar una vez más.

Terminó de quitarse el vestido y las enaguas. Se puso un juego limpio, almidonado, y prescindió del polisón. Cogió un traje negro austero, de crespón, que contaba de falda y chaleco. Debajo, una camisa de algodón blanca completaba el atuendo de luto. Cogió ella misma el cepillo y se sentó junto al hogar, dejó que su cabello platinado lloviera cerca del fuego y comenzó la tarea de cepillarlo hasta que se secase con el calor de las llamas.

—¿Qué hará?

—Me instalaré en la vicaría, cogeré un empleo en las inmediaciones...no lo sé, lo que sea para estar cerca de él.

—Debería recurrir a su cuñado, milady.

Irina cerró los ojos con fuerza, era incapaz de llorar. En algún momento las lágrimas se le habían agotado o simplemente no había encontrado quién las mereciera, ni siquiera ella. No le había dicho a Raissa lo que atestiguó, de sus labios no salió palabra. Sin proponérselo, era cómplice de Marcus. Negó con la cabeza.

—Él no es tan fácil de manipular, Raissa. Oscar era un...maldito, pero también un imbécil. El conde es cruel y astuto. Lord Marcus es...Ni siquiera hallo las palabras para describirlo.

—Pero la desea, milady. La desea más de lo que lo hacía Oscar.

Eso no basta, quiso responder. Se tragó las palabras. El silencio era lúgubre, el verdadero funeral empezaba con la muerte en vida de Gunnar bajo el yugo de su abuelo. Había hecho lo posible por mantenerlo humano en esa casa de monstruos. Hasta que llegó el peor de ellos y desató el infierno, ahora solo restaba aprender a danzar con los demonios. Ya no existía la esperanza de un cielo. Se quedó con la mirada clavada en el fuego, no se rendiría. Intentaría con Marcus, claro que lo haría.

Por Gunnar haría lo que fuera necesario. No está muerto quien aún lucha, y solo muerta la separarían de su hijo.

—No debo inmiscuirme...no debo inmiscuirme...—repetía Raissa mientras se encaminaba a hacer todo lo contrario. Sentía cariño por su señora, pero la necesidad de ayudarla nacía de un deseo más egoísta. Lady Irina era el último vestigio de humanidad en el condado. Lady Teresa pasaba sus días alienada gracias al opio y, cuando no fue así, había sido una mujer débil. Nunca batalló como su sucesora, dejó que Oscar se convirtiera en un monstruo y que Marcus fuera arrancado de su lado.

La futura condesa se ocupaba del bienestar de los criados, intentaba remediar el daño que su difunto esposo solía hacer. Había cambiado varias piedras de sus joyas por imitaciones para juntar el dinero y socorrer a las familias afectadas por la crueldad de Oscar. Sin ella, Salisbury caería de manera definitiva en la oscuridad. Raissa se iría tras su señora, no permanecería en ese empleo ni un día más. Recordaba los tiempos antes de que Irina llegara y prefería morir de hambre en las calles o trabajar en una fábrica que padecer de nuevo ese martirio.

De modo que sí, intervendría, aunque su señora no lo quisiera. Apostaría a lord Marcus como un ludópata ponía sus últimas fichas al cero, esperando el premio mayor.

—Ernest —llamó al ayudante de cámara de Marcus—, tenemos que hablar.

Ese hombre le daba escalofríos. Su aspecto lisiado no conseguía hacerlo ver vulnerable y había algo en ese ojo estrábico que transmitía inteligencia, como si la razón de la condición fuera que en realidad veía más allá de lo que lo hacían las personas normales.

El hombre le hizo una seña de que no allí. Antes de que pudiera indagar por qué, ingresó el señor Thormund. ¿Cómo lo había sabido?

—Necesito agua fresca para lady Irina —dijo Raissa disimulando su presencia.

—Ocúpate de sus maletas, Raissa, lord Alfie la quiere fuera para mañana.

—Sí, señor. Eso no implica que no necesite agua para mi señora.

—La impertinencia se te pasará cuando vuelvas a ser una criada normal —soltó el mayordomo. Dio un par de órdenes a la cocinera y llamó a otro de los criados para demandarle explicaciones sobre la leña que había dispuesto en el salón principal.

Ernest terminó de preparar el té para su señor, aunque la tarea se le presentó falsa a Raissa. El hombre estaba allí para espiar, algo que había adivinado, porque ella solía hacer lo mismo para su señora. Probablemente él mismo se tomase la infusión mientras lord Marcus bebía un coñac y brindaba por la muerte de su hermano.

—Ya sabe lo que iba a decirle —le murmuró al hombre— e imagino que se lo contará a su amo.

—Mhmhm. —Acomodó las tazas sobre la bandeja de plata.

—El conde no se separará de su heredero, lo quiere educar él mismo.

—No sé por qué me cuenta todo esto... —respondió Ernest. Raissa se sumó al juego, por si alguien los oía.

—Porque estoy preocupada por mi empleo, claro. Ha oído al mayordomo. —El ayudante de cámara terminó con la tetera y cogió la bandeja—. Lady Irina haría lo que fuera por su hijo, ¿sabe?, por quedarse a su lado. Lo que fuera.

Ernest no respondió de inmediato. Se alejó de la cocina con su evidente cojera. Antes de perderse por el corredor, decidió brindarle la migaja de esperanza que Raissa ansiaba.

—Se lo haré saber a lord Marcus.

Cayó la noche temprano, se acercaban al solsticio de invierno y los días eran cada vez más breves y oscuros. A Irina ese día en particular se le hizo más corto que los demás y más agónico. Frente a ella se hallaban los baúles y las maletas con lo esencial, ropa interior, vestidos negros y productos de aseo personal. Lo demás viajaría después.

Iban a separarla de Gunnar.

Había pasado las horas con su hijo mientras Raissa armaba las maletas. Leyeron juntos, jugaron con los trenes... conversaron.

Gunnar desde la muerte de su padre se mostraba *¿normal?* Volvía a hablar y sus juegos eran un poco menos tétricos. Al menos no había vuelto a poner a los muñequitos de madera sobre los rieles del tren. Separarlos ahora sería un error, pero justamente ese era el objetivo del conde. No quería que Gunnar fuera normal, deseaba hacer de su heredero un hombre cruel y despiadado como los eran todos los Cavendish.

Uno se elevaba sobre los demás. Uno que había matado a su hermano.

No. No se rendiría. La tendrían que sacar del condado por la fuerza, ¡al menos eso le daría a su hijo!, no se convertiría en lady Teresa. La imagen que tendría Gunnar de su madre sería la de una jodida guerrera vikinga, quien luchase por él hasta la muerte. El conde podría ejercer su violencia, su poder, pero ella le recordaría a su hijo que lo amaba. Que lo amaría siempre. Incluso si se convertía en un Cavendish, en un monstruo despiadado. En su corazón siempre sería ese niño que intentaba sobrevivir con estoicismo a los embistes de crueldad.

Tenía que creer que el amor vencía al odio.

Con esa determinación final, con esa última bocanada antes de ahogarse, Irina se quitó el vestido de crespón. No era una dama inocente, Oscar le había quitado la inocencia de muchas maneras.

No solo al tomar su cuerpo con bastante brutalidad, sino también al exponerla a las orgías que organizaba. Por fortuna no la había obligado a participar, porque su útero debía ser solo portador de herederos legítimos, pero sí le había hecho mirar. Era el precio que pagar por hacerle creer que lo amaba, ansiaba infringirle dolor, y ella fingía sufrir a cambio de la paz que le otorgaba su distancia.

De esa experiencia había aprendido algunas cosas, como por ejemplo, que las mujeres podían experimentar placer, aunque a ella nunca le hubiese sucedido con un hombre. La única forma que su cuerpo hallaba alivio era si ella se lo proporcionaba y debía reconocer que no sucedía a menudo. También había descubierto que el acto no necesariamente se limitaba a la penetración; podía utilizarse la boca, las manos... Y fue iluminada a su vez sobre lo que significaba sodomizar.

Debía valerse de su saber adquirido. Por eso, en lugar de desnudarse por completo, se dejó la camisa que protegía su piel y el corsé. Desató las ligas que se unían a un cinturón bordado a su cintura, y sin quitarse las medias, se quitó solo el pololo, tras lo cual, volvió a anudarlas. Desató su trenza y dejó que el cabello cayera por su espalda hasta la cintura. Cogió una bata de seda de las que no estaban empacadas y cubrió su parcial desnudez. Antes de abandonar la habitación se paró junto al espejo y, decidida, con una determinación encomiable, se mordió los labios hasta enrojecerlos e inflamarlos. Fue hacia la ventana, abrió el cristal y cogió agua de la jofaina. Se humedeció los puntos sanguíneos: la yugular, la muñeca y sus muslos y dejó que la brisa helada le erizara la piel. Los pezones se irguieron sobre la tela de su camisa. Una vez lista, abandonó la habitación en dirección a la de lord Marcus Cavendish.

Le entregaría lo que quisiera pedirle a cambio de que le permitiese quedarse junto a su hijo.
De ser necesario, se convertiría en la esclava del demonio.

La necesidad de aclarar su mente condujo a lord Marcus a la sala de esgrima. Era el único deporte que el conde aprobaba y para el cual tenía equipamiento. Sin embargo, Marcus no entrenó esa disciplina, porque hubiera requerido un contrincante y no estaba del mejor humor para tratar con otros seres humanos. Sería peligroso para cualquiera atravesarse en su camino.

Lo que había empezado como una jornada memorable —su hermano convirtiéndose en alimento para gusanos— terminaba como un dolor de cabeza. El conde había echado a Irina y pretendía educar a Gunnar por su cuenta.

El fuego que lo consumía era descontrolado, como el de los incendios que había presenciado en Australia. Nada podía hacerse para domarlo, solo dejar que la naturaleza hiciera su trabajo. Pero Marcus había sido entrenado para dominar su naturaleza, en su interior se desataba una batalla campal entre la razón y la locura, entre el pensamiento y la pasión.

Iba a matar a su padre. Estaba decidido. Pero debía aguardar, necesitaba seguir la ruta del dinero, y mientras tanto, ¿qué haría?, ¿permitiría que hiciera de Gunnar lo que hizo con él? Más aún, ¿por qué cojones le importaba?

Si fuese otro hombre, la respuesta no le sorprendería. ¿Quién en su sano juicio permanecería impávido ante un niño maltratado? Pero él era un jodido Prometheus y, peor incluso, un Cavendish. A su padre no le importaba emplear la violencia en niños, su madre nunca tuvo la fuerza de impedirlo, entonces, ¿de dónde cojones nacía en él ese impulso de intervenir?

Lo que no podía negar era que lo tenía, y que esa pulsión lo estaba dominando a él y no él a la pulsión. Estaba perdiendo el control.

Tenía una debilidad.

¿Era Gunnar su talón de Aquiles o era Irina?

—Mierda.

Por eso en lugar de esgrima hizo calistenia. Una secuencia agotadora de ejercicios con su propio peso hasta dejar los músculos tan agarrotados que no pudiera pensar en otra cosa que en dormir. Pese al frío, se había quitado la camisa y apenas un pantalón suelto de lino le cubría las caderas. Abrió la puerta de su alcoba, encendió la lámpara de aceite y se detuvo justo antes de hacer sonar la campanilla. Todos sus instintos se pusieron en alerta, había detectado la presencia de un extraño en su habitación. Era el aroma de otro cuerpo, la sensación de que algo estaba fuera de lugar.

Antes de hallarla, reconoció de quien se trataba. Irina rara vez usaba perfume, era su piel la que olía así de bien. ¿Llevaría un revólver?, ¿sería ella quien ejecutara la venganza? Ernest lo había puesto en aviso de que la futura condesa quería *hacer negocios* con él, un pacto con el diablo. Pero tal vez había elegido otro camino para salvar a Gunnar. El definitivo. De pensarlo el miembro se le endureció.

La actitud aguerrida de su cuñada lo excitaba como nada...

Hasta entonces.

Se dio la vuelta lentamente y la halló sentada en la silla del tocador. La bata estaba entreabierta y mostraba más de lo que ocultaba. El corsé elevaba sus tangentes senos, los pezones enhiestos se traslucían por debajo de la fina tela de su camisola. Las medias de seda terminaban en sus muslos que podía ver casi completos. Apenas un par de centímetros de tela le impedían atisbar su coño.

Sonrió.

—Joder —su voz sonó ronca—, prefería la maldita bala.

El deseo por ella era tan ardiente que le hacía doler. Sintió el tirón en su ingle, al demonio con el ejercicio hecho. Su cuerpo clamaba un asalto más. O tres. O mil.

Irina tampoco se esperaba el impacto. Había creído que Marcus se presentaría con sus trajes habituales de tres piezas y no con ese maldito pantalón de lino que evidenciaba su enorme erección. El pecho del hombre era firme, sus pectorales estaban marcados y salpicados con una mata de vello rubio. Tenía heridas, muchas, algunas pequeñas y otras extensas. Algunas de cortes, otras de quemaduras. Y ninguna de ellas menguaba su atractivo.

Venía a despertar el deseo del demonio, pero era ella quien empezaba a arder en las llamas de su propio juego. Se puso de pie y se acercó a él. Marcus se relamió. Irina notó que a los lados de su cuerpo extendía los dedos y luego los cerraba en un puño.

—¿De esto hablaba Raissa cuando decía que *harías lo que fuera* por Gunnar? —Marcus detectó la sorpresa en la mirada de Irina—. Vaya, conque no la enviaste tú a darme el mensaje.

—No. Pero dijo la verdad... —Se humedeció la boca, él clavó sus ojos zafiros en esa lengua que danzó sobre los labios antes de soltar su nombre—, Marcus. Haría lo que fuera por Gunnar.

—Es peligroso emitir un cheque en blanco, *milady*. —El título sonó jugueteón en él.

—No cuando lo que está en juego es la vida de mi hijo. —Deslizó la bata y la dejó caer en el piso. Las respiraciones de los dos se alteraron con ese movimiento. Marcus estaba más tenso, cada músculo de su cuerpo resaltaba gracias a la fuerza que empleaba en resistirse. Estaba sudado por el ejercicio, su piel brillaba bajo la luz de la lámpara. Irina se percató de cada tendón, de las venas que se marcaban bajo la superficie dorada.

Joder, ¡cómo lo excitaba esa mujer! La ira se mezclaba con el deseo, la impotencia de saber que era *la mujer de su hermano*. Aunque hubiese mandado al malnacido al infierno, ella seguía siendo su viuda. Su identidad, maldita sea, estaba atada a la de Oscar.

Intentó recordarse que no era así, que eso era un puñetero mandato social, una de esas normas que él, como Prometheus, debía romper. Mas no podía, porque... joder... ¡porque estaba celoso!

—Mierda —masculló. ¿Adónde demonios se había ido su adoctrinamiento?, ¿la frialdad? Era un maldito caso fallido. La realidad lo arrolló y soltó una amarga carcajada. Irina se acercó a él al verlo batallar con esas emociones.

—¿Qué sucede, Marcus? —Extendió su mano hacia él, le acarició la mejilla, bajó con el contacto hasta su mandíbula. Su caricia se sintió como mil cristales rotos arañándole la piel y aun así, se refregó contra esa mano como un gatito. Giró el rostro, sacó la lengua y le lamió los dedos, hasta capturar el índice entre sus dientes. Hizo leve presión e Irina gimió.

Su caricia era falsa, pero su gemido fue real. Ella también lo deseaba. Ella también luchaba contra su adoctrinamiento, el de las damas victorianas. El de las mujeres que no podían someterse a la pasión, el de las damas que no debían querer follar con sus cuñados cuando el cuerpo de sus esposos aún estaba tibio.

Irina venía a entregar, no a recibir. Le sorprendía el placer, la tomaba desprevenida. Sin embargo, no se acobardaba. No mentía ni se andaba con medias tintas cuando decía que haría lo que fuera por Gunnar.

—Sucede que estás en peligro, Irina. —Volvió a introducirse su dedo en la boca, lo succionó—. Sucede que soy un caso fallido de Prometheus, pero los he engañado a todos. —Sonrió y abrió aún más los ojos, brindándole a sus facciones el acento demencial que recubría a sus palabras.

—Mejor así, nada de lo que he oído de ese maldito proyecto me gusta. —Bajó con su caricia por el cuello de Marcus. Era ancho y la piel, suave. Se rasuraba, pero tampoco era un hombre de mucho vello. La zona de su barba terminaba unos centímetros antes de su nuez de adán. Desde allí la piel dorada era lisa, carente de imperfecciones—. Dime qué quieres de mí y te lo daré. —Le cogió la mano y la llevó a su propio cuello. Al punto en el que latía su pulso—. Lo que sea si enfrentas a tu padre y me permites permanecer junto a Gunnar.

Marcus hizo presión en su delicado cuello. Clavó su pulgar justo en la tráquea y le hizo alzar la mirada hacia él. Esos ojos celestes, casi transparentes, se volvieron todo pupilas. Pero no había miedo en ellos. Solo desafío.

Mátame, es la única forma de alejarme de mi hijo.

Aflojó el agarre y lo llevó a la nuca de ella, la acercó a él, ansioso por besarla. Bajó su boca hasta que sus alientos se rozaron. Allí se mantuvo.

—Sí, quiero algo de ti. *Necesito* algo de ti, Irina.

Ella cerró los ojos, aliviada. Y a Marcus esa rendición lo alcanzó como un rayo. No solo su entereza para hacer lo que fuese por Gunnar lo volvía loco, ahora se sumaba su *¿confianza?* Irina confiaba en que él cumpliría su palabra y, más aún, en que vencería al conde. Estaba convencida de su supremacía a la vez que dejaba en claro su baja opinión sobre Prometheus. Entonces, acaso... ¿acaso simplemente creía en él?

La prueba a la que debía someterse era la más dura de su vida y eso era mucho decir teniendo en cuenta su pasado.

—¿Qué?, ¿qué quieres de mí, Marcus?

Que sigas diciendo mi nombre con tu acento sueco, joder.

—Que pongas a prueba mi control. —La respuesta la sorprendió—. Necesito saber si eres mi debilidad.

No podía decirle qué haría en tal caso o ella fallaría adrede. De ser su debilidad, Marcus...él la

eliminaría. Debía hacerlo, tenía que arrancar el problema de raíz. Ya estaba al límite, a un paso de perder la cordura. No había matado a Oscar por un fin, no había sacado ningún provecho de su muerte. Lo había hecho porque... Porque perdió la jodida cabeza. No podía disfrutar del privilegio de desmoronarse, no cuando él era el único que podía seguir la ruta del dinero, encontrar a Viktor.

Irina se humedeció los labios con la punta de la lengua. Asintió. Evaluó la situación, y comprendió que Marcus no era Oscar. No bastaría con darse la vuelta y brindarle su espalda. Inclinarle y dejarse penetrar como una yegua de cruza. Soportar el dolor y derramar un par de lágrimas como reemplazo de un orgasmo.

A él debía darle más. Algo que jamás había entregado y que no sabía cómo brindar, pero de su éxito dependía la vida de Gunnar. La humanidad de su hijo.

Le cogió la mano que aún la aferraba por la nuca y la condujo por su cuerpo. La llevó a su seno y trazó círculos con el pulgar masculino sobre su pezón hasta que se irguiera. Coló la mano por debajo de la camisola y repitió la acción, le permitió a Marcus sentir la rugosidad de ese punto rosado. Supo que daba resultado, los ojos de Marcus se habían oscurecido por el deseo y su erección, firme, pujaba la tela de su pantalón de lino.

El perfume de su piel sudada inundaba sus sentidos. Tendría que hallarlo desagradable, ¿verdad?, el salitre de su piel, el olor intenso de su esencia masculina. No lo hacía. Le embargaba un deseo inexplicable de lamerlo y así lo hizo. Agradeció su altura, que solía igualar la de un hombre promedio, porque no necesitó mucho esfuerzo para alcanzar el cuello de Marcus. Pasó la lengua por el punto de su pulso, allí donde la sangre calentaba la piel y hacía el aroma más intenso. Reparó en cómo tensaba la mandíbula, en cómo soltaba el aire por la nariz, cual toro embravecido.

—Marcus... —le dijo cerca de su oído—, podría decirte que me gusta tu sabor, pero no me creerías, ¿verdad?

Él sonrió, negó con la cabeza. Irina cogió la mano que aún estaba en su seno y la hizo descender por su vientre y más abajo, hasta el dobladillo de su camisola. Desde allí, posando la palma en la piel del muslo comenzó a hacerla ascender hasta el centro mismo de su ser. La humedad la había tomado por sorpresa, pero la aprovecharía para su fin.

—¿Y ahora? —susurró entrecortadamente—. ¿Ahora me crees, Marcus? —El índice masculino se abrió camino entre sus pliegues, deslizando la humedad y rozando el inflamado botón femenino.

—Mierda... —siseó entre dientes apretados. La arrastró hasta la cama, él se sentó sobre el colchón e hizo que ella se quedara de pie, abriera las piernas y las colocara en torno a las suyas. Volvió a deslizar la mano por la cara interna de sus muslos hasta alcanzar su vulva. Introdujo un dedo en su interior y con el pulgar estimuló su clítoris. Irina se arqueó. Lanzó la cabeza hacia atrás y su cabello cayó como una cascada de plata en su espalda. Marcus acercó su rostro, lo hundió en su vientre plano e inhaló el aroma del placer de Irina. Se embriagó con él.

Necesitaba resistir. Esa era su prueba. ¿Quería tomarla? Joder, sí. ¿Lo haría?, como que se llamaba Marcus Cavendish que no. Tenía que probarse que era un Prometheus, que no tenía debilidades.

Pero esa maldita mujer estaba dispuesta a todo por su hijo y esa puñetera determinación lo estaba volviendo loco. Más cuando le instó a abandonar su interior y se arrodilló ante él. Sus labios rojos se entreabrieron mostrando la punta de esa lengua de fuego. En los ojos de Irina, las pupilas eran hipnóticas. Cogió la cinturilla de sus pantalones y joder...

Resiste... Marcus cerró los ojos... Demonios, resiste...

El deseo de dejarla seguir era abrumador, la tentación de soltarse al placer. Irina sería su condena. Jamás había anhelado tanto a una mujer como a ella. Enredó sus dedos en sus cabellos

platinados y con más violencia de la que esperaba, aunque asegurándose de no hacerle daño, le alzó el rostro hacia él.

—Suficiente.

Ella asintió, sumisa. Se puso de pie y se tambaleó de manera casi imperceptible. Lo miró, Marcus no estaba preparado para el impacto de esa mirada. Había un anhelo genuino brillando en los ojos de Irina. ¡Lo deseaba! Lo detestaba, le temía, probablemente lo apuñalaría si la vida de su hijo dependiera de ello. Pero allí, ante él, se mostraba vulnerable.

Marcus tenía su prueba. Le dolía la entrepierna por el deseo desatendido, vendería su alma al diablo por hundirse en la carne de su cuñada y...resistía. Podía resistir. No era ella su debilidad.

No debía eliminarla.

Irina se alejó, había cumplido con su parte y, al parecer, había fallado. No pudo vencer la determinación de su cuñado. Se detuvo a recoger su bata y el pulso le tembló. Marcus se puso de pie, la rodeó por detrás desde la cintura y pegó su trasero femenino a la longitud de su erección.

—Soy yo el que debía ponerse a prueba, no tú.

—Yo no vine a buscar placer, sino una oportunidad para mi hijo —respondió ella, con la voz entrecortada—, y al parecer he fracasado, ¿verdad? No soy tu debilidad.

—No, no lo eres. —Le dijo al oído. Irina cerró los ojos, lo había intentado. Se odió cuando las piernas no le respondieron, cuando recostó su cuerpo rendido contra el pecho de Marcus. Quería ser abrazada, incluso por el demonio. Necesitaba que alguien la cogiera en brazos y le dijera que todo estaría bien. Se odió por ese lapso de debilidad, ella sí tenía puntos flacos. Ella no era ni cruel como una Cavendish ni invencible como una Prometheus. Era una maldita mujer de carne y hueso.

Sintió la mano de Marcus regresar a su entrepierna. Dejó caer la cabeza sobre su hombro y abrió la boca para respirar.

—¿Cómo lo quieres, Irina, duro o suave?

La respuesta era evidente. Lo quería suave, lento...delicado. Quería que Marcus Cavendish le hiciera el amor. Por eso respondió:

—Duro.

Él le dio la vuelta con rapidez, la cogió del cuello y la arrastró hasta que su espalda golpeó con la puerta de la habitación. Le levantó la camisola hasta desnudar su entrepierna y revelar su claro vello público. Aprisionó la tela con la ayuda del corsé para que no volviera a caer, para que no cubriese la desnudez de Irina. Introdujo el dedo medio en ella y con el pulgar trazó círculos sobre su botón inflamado. Mantuvo la presión con su mano izquierda sobre el cuello de la mujer, sin hacerle daño, pero impidiendo así que ella mirase a otro punto que no fueran los ojos zafiro de su verdugo.

Irina lo odió con la misma intensidad con la que lo deseaba. Por su culpa perdería a su hijo, por su jodida culpa Gunnar se convertiría en un maldito Cavendish. Y pese a ello lo único que podía pensar era en que quería tenerlo dentro, de que un dedo no bastaba...

Le clavó las uñas en el antebrazo con furia y desesperación. Lo hizo hasta sacarle sangre, mientras él seguía, implacable, conduciéndola al orgasmo. Rasgó su piel, se mordió los labios hasta abrirse la herida que le había hecho Alfie. Marcus se acercó a su boca, sacó la lengua y lamió su sangre.

Irina alcanzó el orgasmo. Un grito hondo, desgarrador, salió de su garganta aprisionada por la mano de Marcus. Los espasmos hicieron presión en torno al dedo del hombre que tocaba un punto secreto en su interior. Cuando él abandonó su canal, todo el cuerpo de Irina protestó.

—Has sido la prueba más jodidamente difícil a la que me he sometido —le dijo, soltándola. Llevó el dedo que había estado en su interior a la boca y saboreó el placer femenino. Cogió la bata que había quedado en el piso y la rodeó con ella—. Buenas noches, milady.

Irina observó el hilo de sangre que se derramaba por el antebrazo de Marcus, ese era todo el daño que le había infringido al demonio. Abrió la puerta de la habitación y se marchó, rendida en la batalla, pero no en la guerra. Encontraría otro modo de permanecer junto a Gunnar, incluso si no era en alianza con Marcus Cavendish.

Una vez a solas, Marcus se puso de rodillas, en posición de meditación, e intentó controlar esa maldita erección sin tocarse. Su habitación olía a ella, a su placer, y él deseaba ir tras Irina y follarla de una buena vez. Se observó las heridas infringidas por las uñas de la mujer y sonrió.

Joder...

Pero había resistido. Lo había logrado. Por lo tanto, no había razón para no tenerla a su lado. Ella no era su debilidad, podía controlarse.

Solicitó un baño por más que fuera medianoche. Porque ya estaba decidido. Irina se merecía su maldito triunfo y así lo haría saber.

—Milord —dijo Ernest, al terminar el baño de su señor—, ¿algo más por esta noche?

—Sí. Quiero que compongas un ramo de novia particular, con rosas blancas, que significan lealtad, y laurel, que significa triunfo.

—Se casará con ella. —No era una pregunta, sino una confirmación.

—Sí... —Salió desnudo de la tina—. Nadie separará a mi sobrino de su madre. Iré a por el pastor, tú encárgate del ramo y de despertar a mi padre, no veo la hora de comentarle las buenas nuevas. Estoy seguro de que lo hará inmensamente feliz —ironizó. Terminó de secarse y comenzó a vestirse—. A mi madre puedes dejarla descansar —completó su orden. Ante la presencia de Irina, la figura de su madre solo le recordaba lo que esa mujer no fue para él.

—¿Algo más?

—Con eso será suficiente. Gracias, Ernest. —Terminó de vestirse y fue a su caja fuerte. Eligió entre las joyas un anillo, era masculino, pero al menos no pertenecía al condado de Salisbury. No le daría a Irina una pieza que la ligara de nuevo a los Cavendish, sino algo que lo ligara a él. Solo a él. El anillo contaba con una musgravita pulida en forma cuadrada y engarzada en platino.

Lo invadió una extraña sensación de éxito, de conquista y de sorpresa ante el inesperado anhelo de que a Irina le gustase el condenado anillo.

—¡Milady! —Raissa la sacudió desde los hombros para traerla al mundo de los vivos. La noche anterior hubiese esperado ser presa del insomnio, que su mente la torturara con el rostro de Marcus cerca del suyo, con el sabor de su piel, con el deseo en su mirada y la rendición de ella. ¡Había tenido un maldito orgasmo! Se cubrió con la manta y Raissa tiró de ella con más fuerza—. ¡Milady!, ¡debe levantarse!

—No. Que venga el maldito conde en persona a sacarme de la cama si quiere. No me separaré de mi hijo.

—¡Exacto! Lo ha logrado, milady. Lo ha logrado.

—¿Qué? —Al fin la realidad se colaba en su mente nebulosa—. ¿De qué hablas, Raissa?

Su doncella sonreía.

—Ha hecho un pacto con el demonio.

Irina salió de la cama como impulsada por un resorte. ¿Cómo era posible?, si había fracasado. Marcus podía resistirse a ella, había sido ella quien no se pudo resistir a él. De recordarlo, un intenso calor le inundó el cuerpo hasta sonrojarse. Raissa no se espantó.

—Hizo bien, milady. Lo que sea que haya hecho —Le cogió el rostro entre las dos manos y

posó su frente sobre la de la dama, un gesto tan amigable como inaceptable entre lady y doncella— lo ha hecho por Gunnar y debe sentirse orgullosa de ello.

—Sí, pero... ¿qué ha sucedido? —Miró la hora, apenas había dormido tres horas. El sol ni siquiera asomaba por el horizonte, pues eran las seis de la mañana y se acercaban inexorablemente al día más corto del año.

—Esto ha sucedido. —Raissa fue a por el ramo—. Ernest me explicó lo que Lord Marcus especificó con la elección, al parecer el hombre les da fuerte peso a los simbolismos, pero peca de creer que todos los entienden.

Irina sí lo hizo.

—Laureles: triunfo.

—Y rosas blancas...

—Lealtad. No pide mi pasión, pide mi lealtad.

Por fin, en meses, años tal vez, la primera sonrisa genuina asomó en sus labios. ¡Esa era la prueba!, Marcus no quería ser sometido por la pasión, manipulado por ella. Por supuesto. Esperaba un pacto real. Las piernas le flaquearon por el alivio.

—¿Cuándo será la boda? —Fue hacia la bacinilla.

—Ahora mismo —respondió la criada.

—¡Qué!

—El pastor ya está aquí y el conde... —Raissa no pudo disimular su satisfacción—. El conde está que trina. ¡Milady! Tal vez lord Marcus sea peor, no lo sé, pero a estas alturas estamos tan mal que solo nos queda arriesgar.

Irina no le quiso confesar que ella tenía la certeza de que Marcus era peor, lo había visto matar a sangre fría. Cerró los labios, le brindó su primera prueba de lealtad a su... *futuro marido*. Ella necesitaba esa violencia para salvar a su hijo, al demonio con el bien y el mal, con lo moral e inmoral. Se trataba de vida o muerte.

—Debo vestir de negro de todos modos —se resignó—. Me pondré este de terciopelo.

—Excelente elección.

Estuvo lista en un santiamén. No se molestó por su apariencia, al fin de cuentas, sabía que no era por ella que Marcus accedía. Tampoco importaba, había extendido un cheque en blanco y estaba dispuesta a pagar el precio. Quizá lealtad implicaba cubrirlo en cada uno de sus crímenes, tal vez se trataba de mentir por él o espiar, o vaya uno a saber qué. Lo que fuera, lo haría. Por Gunnar, lo haría.

El improvisado moño se deshizo en parte camino al despacho del conde, varios mechones caían sueltos, enmarcándole el rostro, cuando arribó a su destino, ramo en mano. Marcus se volvió hacia ella, Irina pudo jurar que le brindó una sonrisa.

—¿Creen que pueden complotar contra mí? —soltó el conde, desde detrás de su escritorio—. No lo harán. Pueden casarse, follar hasta traer Cavendish al mundo como si fueran conejos. ¡Pero Gunnar es mi heredero y me pertenece! Eso no cambia, Marcus. Hasta tú tienes un poder limitado. ¡Yo soy el conde! —Golpeó el escritorio con fuerza.

El pastor observaba la escena con recelo, conocedor de la violencia Cavendish. Irina palideció, esa era la prueba de si se había aliado con la fuerza correcta o el conde vencería, como siempre.

—Eso puede solucionarse, padre —dijo Marcus, con frialdad. Rodeó el escritorio, Alfie retrocedió, pero no tenía escapatoria. Su hijo lo cogió de la nuca y lo acercó a él, le depositó un beso en la frente. El beso más tétrico de la historia. Tras lo cual, esa misma frente besada fue impulsada contra la madera del escritorio.

El pastor e Irina brincaron por la sorpresa. Marcus le ladeó la cabeza a su padre hasta que en

lugar de la frente quedó la sien apoyada, y posó la suya contra la superficie, dejando las miradas enfrentadas en esa anormal posición.

—¿Debo solucionarlo?, ¿o me dejarás ocuparme de Gunnar?

—¿Por qué?, ¿por qué demonios te importa tu sobrino?

Esa era la peor de las preguntas, era la única a la que no le había hallado respuesta. Sin embargo, sí había formulado una mentira:

—Porque la has cagado con Oscar, padre. Y a mí me ha educado otro hombre. No puedo permitir que arruines mi sangre.

Irina advirtió que mentía y la recorrió un profundo terror ante esa certeza. El demonio empezaba a mostrar su verdadera esencia y era mucho más compleja de la que había creído. A Marcus no lo motivaba la simple crueldad como a los demás, su proceder respondía a algo más profundo, lógico...tenía un fin. Y ahora ella formaba parte de ese desconocido plan.

Gunnar y ella.

—No lo haré.

—No...no lo harás. —Hizo más presión—. Yo me ocuparé de eso. Me casaré con Irina y tendré la tutela de Gunnar. —Cogió una pluma con su mano libre y la colocó con fuerza en la mano de su padre—. Firma el jodido papel de sesión tutelar o me haré con el niño por medio del testamento. Tú eliges.

Elegir era el eufemismo del siglo. Irina experimentó una extraña satisfacción, se detestó por ello, pero no pudo evitarlo. Oscar le había hecho lo mismo al hacerla elegir entre el fuego o su honor, cuando la vida está en juego, no hay dilema que valga.

El conde firmó el papel. Marcus le dio un último golpe a su padre, una gota de sangre emanó de la nariz del hombre. La hizo gotear sobre el contrato, la tinta no bastaba para pactar con el diablo. Los tratos se sellaban con sangre.

—Y ahora, milady, es su turno —dijo en dirección a ella. Irina dio un paso al frente, elevó el ramo hasta posicionarlo frente a su pecho como acto de aceptación.

El pastor pronunció las palabras sin vacilar, no sería él quien pusiera en tela de juicio los tiempos del duelo o la coacción en la firma de esas promesas contractuales. No sería tan imbécil de desafiar a lord Marcus luego de lo que había visto.

—Acepto... —respondió con voz firme y Marcus le quitó la alianza que ella llevaba por costumbre para reemplazarla por el extraño anillo masculino.

—Los declaro marido y mujer.

CAPÍTULO 8



—¿Dónde está lady Irina? —preguntó Marcus a Ernest mientras llevaban a cabo el espectáculo matutino. El lord ya estaba vestido, rasurado y su habitación impecable, y su ayudante de cámara pretendía que llevaba a cabo esas tareas en lugar de emitir un reporte de actividades diarias.

—Se ha mudado a las habitaciones de esta planta, milord, tal y como usted pidió. El niño también.

—Bien.

—Ya no puedo simular frente a Raissa que soy un simple ayudante de cámara, milord. La mujer insiste en...mmm...cómo decirlo, tratarme como un emisario.

—Era esperable. ¿Qué te ha dicho?

—Lady Irina quiere traer a la condesa a esta planta también, milord.

—¡No! —respondió tajante. Ernest asintió y se ahorró las preguntas. Lady Teresa era un tema delicado en su señor. A diferencia de Oscar, a quien había matado sin más, y a su padre, a quien pretendía matar, su madre le provocaba malestar. No había en la mujer maldad, sino desidia, y Marcus sabía cómo responder a la maldad, mas no a ese abandono—. ¿Por qué demonios Irina tiene empatía por mi madre? —gruñó la pregunta.

—Oh, milord. Eso es una condición muy común... —respondió Ernest—, muchos ciudadanos de a pie la tienen. Se llama...mmm...co...¡Ah, sí!, corazón.

—No te sienta el sarcasmo.

—Sí lo hace. Como a usted esa corbata azul, milord. Supongo que hoy será un día importante.

—Suelta lo que tienes que decir, pocas personas pueden contrariarme y a ti incluso te pago para ello.

—Debe recuperar su humor tan común, el de que nada le importa con su habitual toque sarcástico, milord, o alguien puede pensar que algo ha logrado atravesar su escudo.

El muy maldito tenía razón, llevaba varios días de un estado de ánimo oscuro, más precisamente desde su repentino matrimonio. Se había puesto a prueba y había vencido, ¿por qué demonios seguía con la sensación de que estaba al borde del abismo?, ¿de que tenía una debilidad que podía ser usada en su contra?

—Mi madre se quedará junto al conde, es donde merece estar —declaró—. Y yo sí, en efecto, tengo un día importante. ¿May?

—En su despacho.

Marcus dio por zanjado el asunto con Ernest. Todavía lo necesitaba espionando a los empleados, no confiaba en que el conde no intentara matarlo y volver a tomar el poder de su heredero. El desafío no le había sentado bien. El castillo de naipes de Alfie se desmoronaba y era peligroso un hombre al borde del acantilado. Para el conde, el condado era su identidad. A diferencia de Marcus no tenía otra forma de ejercer el poder que no fuese mediante su título y, hasta entonces, había gozado de las leyes de la propiedad que lo acompañaban. Ya no, y él solito se las había buscado. Había entregado a un hijo para hacer de él un Prometheus, y los Prometheus no se rigen por las leyes y normas sociales.

Marcus había pisado el dominio del conde, atravesado el límite. Oscar jamás lo hizo, aceptaba su vida parasitaria hasta la muerte de su progenitor, no había pensado desafiarlo. Alfie quería volver las cosas a como eran antes, convertir a Gunnar en el nuevo Oscar y deshacerse del incordio que representaba su hijo menor. Marcus debía irse con cuidado.

Eso no implicaba que Ernest no fuese un desperdicio de talento en ese lugar. Tranquilamente podía contratar a Raissa para que hiciera lo mismo y darle a su ayudante un empleo acorde a sus *habilidades*. Y de paso, ahorrarse sus pertinentes e impertinentes observaciones.

Abrió la puerta de su despacho temporal y la escena en el interior le hizo detenerse en seco.

—¿Estos? —preguntaba Gunnar.

—De nueces —respondió May, con su sonrisa de abuela bonachona—. ¿No eres alérgico a los frutos secos, verdad?

—¿Lo soy, mamá?

Marcus se volvió; en el sillón, en el que él se sentaba para recibir los reportes, estaba Irina, vestida de negro pero con un atuendo de cachemira en ese color. Nada de crespón, su hermano no merecía esa deferencia.

—No, Gunnar.

El niño cogió uno de *sus* bombones y se lo llevó a la boca sin morder. Su pequeña boca de siete años se infló y le costó mascar. La gula de su sobrino se asemejaba a la suya, a esa falta de control por los dulces que él... él había dominado a base de ayunos extremos y torturas.

—Milord —lo saludó May. Irina posó sus ojos en él y la muy maldita, la endemoniada bruja, le sonrió. Una sonrisa dulce, feliz.

—¡Qué demonios sucede aquí! —bramó. Hasta May y Ernest lucieron sorprendidos por su reacción, sus enojos siempre eran comedidos y fríos, buscaban transmitir un mensaje.

—Lo siento, milord —dijo Irina, poniéndose de pie y dejando el libro de los hermanos Grimm que había estado leyendo en voz alta sobre la mesa—. Pasamos por aquí y May le ofreció a Gunnar un dulce y él... Bueno, tiene una debilidad por ellos.

Marcus fulminó con la mirada a May, una advertencia de *ni se te ocurra abrir la boca*. Gunnar bajó la cabeza, sus ojos azules lanzaban chispas, pero no se atrevían a mirar a su tío.

—N-no sabía que eran suyos, tío —murmuró el niño, intentaba sonar humilde, sumiso, pero en su voz se colaba el enfado. ¡Se los habían ofrecido!, no había robado nada. Buscó derredor hasta encontrar un objeto que valiese, el único que encontró fue la tabla de madera que May utilizaba como

prensa de papeles cuando debía coser las carpetas de informes. La cogió y, sin alzar la mirada, la extendió a Marcus.

Irina se puso de pie, intentando intervenir. Marcus lució extrañado.

—¿Qué demonios tengo que hacer con esto? —preguntó, desconcertado, hasta que los recuerdos lo alcanzaron tan fuerte que por poco trastabilla. El niño debía elegir un objeto con el cual ser castigado, si no optaba por uno lo suficientemente fuerte, lo tratarían de débil y sería severamente golpeado.

—Milord, realmente pensamos que como May... —intentó defenderlo Irina. May le había ofrecido al pequeño los bombones, no había sido culpa de su hijo, era injusto.

Marcus cogió la tabla de las manos de Gunnar. El niño seguía con la mirada baja y la ira lo hacía sonrojar, también el miedo. Su abuelo era un viejo decrepito al lado de su tío, ¿cuánta fuerza podía emplear ese hombre?

Pues la verían.

Porque Marcus lanzó la tabla con tanta fuerza contra la pared que la astilló. Irina, May y Ernest dieron un salto por el exabrupto. Gunnar no. Él solo levantó su mirada de ojos azules y la clavó en la de su tío.

—¿No era lo suficientemente bueno, tío?

Marcus no pudo contestar, una mano invisible le estranguló las cuerdas vocales. Era la misma jodida ira que compartía con su sobrino, esa que había hecho al niño parecer mudo frente a su padre. Fue hacia la caja de bombones y regresó. Se la extendió al niño, Gunnar pensó que era una trampa y Marcus no supo cómo demonios actuar. Se la colocó en las manos con más fuerza de la que correspondía al tratar con un pequeño de siete años.

—Fuera de mi despacho —ordenó, asegurándose de que el niño se llevara los bombones. Irina lo miró con ¿pena?, ¿acaso había entendido su lucha interna? La idea de haber sido descubierto en un momento tan vulnerable lo hizo enfurecer por completo—. ¡Fuera de mi despacho! —gritó. Gunnar no se movió hasta que su madre lo hizo, decidido a quedarse para protegerla pese al miedo que sentía. Irina lo cogió de la mano libre y juntos abandonaron el despacho en segundos. May y Ernest permanecieron, hasta que él hizo extensiva su orden—. Ustedes también. Necesito estar solo.

—Milord...

Una vez a solas, tomó asiento y apoyó los codos sobre el escritorio. Dejó caer su cabeza entre las manos e intentó respirar. La había cagado por completo. Una risa histérica acompañó a su desesperación. Se había casado y había hecho que su padre firmara la tutela, ya no había vuelta atrás, él solo se había enredado, anudado a su debilidad.

Serge se burlaría por siempre, se lo había advertido, no podía analizarse sin ayuda externa. El inconsciente es traicionero, se esconde y nos hace obrar bajo el engaño de ser libres. No podía culpar a nadie, solo se había metido en la trampa de su mente, había respondido a los anhelos soterrados y no al obrar consciente. No quedaban dudas, el doctor Viktor Schwarz tenía razón, Marcus Cavendish estaba condenado a ser un caso fallido.

Al cabo de unos minutos, tomó la iniciativa de desterrar a la voz inquisitiva en su cabeza para darle lugar a la que orquestaba sus planes. Debía regresar al sendero establecido y no postergar los asuntos que, en primer lugar, lo habían regresado a la casa Cavendish. De salida, pasó por la nueva sala de juegos de Gunnar. Irina intentaba hacer que el niño dejara de apuñalar a un muñeco y empleara su creatividad en algo menos violento. Tarea difícil si tenía en cuenta que el único jodido mundo del niño

era la violencia.

Marcus hizo algo que jamás creyó ser capaz de llevar a cabo:

—Lo siento, Irina. —Su voz fue apenas audible—. Lo siento, Gunnar. —Dejó el libro de los hermanos Grimm sobre una silla—. Puedes comer todo lo que quieras —dijo en dirección al pequeño. El niño dejó de apuñalar al muñeco—. Me corrijo, no todo, o vomitarás.

—Gracias, milord —respondió Irina, le brindó una sonrisa. Marcus no supo qué demonios hacer con eso.

—Deberías leerle otros cuentos, los de los hermanos Grimm son un poco tétricos...

Irina se mordió el labio para contener la respuesta, pero fue incapaz de mantenerla en su boca por más tiempo.

—Claro, cómo no lo pensé antes, son los hermanos Grimm los que le meten ideas extrañas a Gunnar en la cabeza.

Los labios de Marcus se curvaron sin intervención de su cerebro. Bueno, lo había intentado, ¿verdad?, aunque no supiera por qué demonios lo había hecho, trató de remediar el daño. Se encogió de hombros y se alejó de allí. Cuando estaba por atravesar la puerta, se paralizó al oír la voz del niño:

—Gracias, tío.

Sin darse la vuelta, siguió su camino. Si hubiese sido un poco más cobarde, se hubiera echado a correr.

La casa de lord Herbert Russel se hallaba en el centro mismo de Londres, tan cerca del Big Ben que podía verlo desde su ventana. Así le gustaba al hombre, quien se creía el centro del universo. Marcus tenía intención de darle un interesante giro copernicano a su concepción. Descendió del carruaje con el escudo de los Cavendish y llamó a la puerta principal. Un estirado mayordomo le dio la bienvenida y efectuó una profunda reverencia que por poco hace tocar su nariz con los zapatos del invitado.

Sin embargo, fiel a su rol, preguntó:

—¿Tiene una cita con lord Herbert, milord?

—No, pero esperaba que hiciera una excepción. —Extendió su tarjeta de presentación.

El mayordomo le hizo pasar y aguardar en el vestíbulo. Marcus se quitó el sombrero y el abrigo. Apreció la decoración con aburrimiento. Tras haber visto el mundo, el estilo británico le resultaba tan insulso como la comida de su país. El complejo de superioridad de esos hombres les impedía enriquecerse de otras culturas: saqueaban, robaban, se apropiaban, pero nunca se enriquecían de verdad.

Retomar a la habitual línea de sus pensamientos lo serenó luego de lo sucedido esa mañana. No solo su exabrupto lo había tomado desprevenido, también ver a su sobrino actuar como se esperaba que lo hiciera un *niño*. Al menos hasta que él arruinó la jodida mañana. Gunnar había reído con May y engullido bombones como cualquier crío de su edad. Haber echado a perder el momento le generaba un extraño malestar, como el de tener una espinilla clavada en el talón. Sin embargo, allí, en el vestíbulo de lord Herbert Russel, el mundo volvía a estar en orden. Su adoctrinamiento florecía, observaba la realidad con el prisma de sus años de entrenamiento: Rompe lo establecido. Ve más allá de lo que crees que es la verdad. No sigas las normas que otros diseñaron en sus beneficios y crea nuevas a tu favor.

Entender que el vizconde era un hombre limitado por sus creencias le ayudaba a combatirlo y, a la vez, le devolvía cierta paz. Aún podía ser un Prometheus, todavía podía mantenerse de este lado

del abismo hasta terminar el jodido trabajo.

—Lord Herbert lo recibirá, acompáñeme, milord —dijo el mayordomo y lo condujo por los corredores hasta el despacho del hombre. Russel tenía la misma edad que su padre, aunque en él los años se manifestaban en forma de calvicie y una incipiente barriga.

—Lord Herbert —lo saludó. No efectuó una reverencia. Supo que eso irritaba al viejo.

—Lord Marcus. ¿A qué debo su visita? ¿Coñac?

—Es un poco temprano para beber.

—Nunca es demasiado temprano para beber.

—En tal caso, hágalo. Yo declino su invitación, milord. Y respecto al motivo de mi visita... — Avanzó por el despacho y se sentó en la silla frente al escritorio de su anfitrión—, negocios. Por supuesto.

—Algo he oído. Me alegro de que haya venido, milord, empezaba a pensar que el conde de Salisbury traicionaba nuestra amistad.

—Pensaba bien, lord Herbert. Mi padre no sabe que estoy aquí.

El viejo bebió su coñac de un sorbo, apretó el vaso en su mano hasta poner los dedos en blanco y se sirvió otra medida. El alcohol surtió efecto, sus mejillas se sonrojaron y sus pupilas se dilataron.

—Maldito viejo zorro —gruñó.

—Venga, milord, no se haga el sorprendido. Usted sabe de qué calaña es mi padre y justamente por eso hace negocios con él.

—Pero...

—¿Acaso no ha oído la fábula del alacrán y la rana?, el alacrán no puede ir contra su naturaleza y es en vano que uno se enfade por eso. —Cruzó sus piernas a la altura de los tobillos y se reclinó sobre el asiento—. No guardaremos rencor, lo que haremos es manejar nuestros negocios por encima de los deseos de Lord Alfie.

—Sí, eso haremos —siseó Herbert y se terminó el segundo vaso de coñac—. Es hora de que saque tajada de mi inversión, joder.

—Justamente de esa inversión quería hablar, antes de pasar a la siguiente. El negocio que le traigo... —Rebuscó en sus bolsillos y sacó una bolsa pequeña de terciopelo negro, en su interior había tres pequeños rubíes sangre de paloma— es con Franz Cooper. Sabe lo que esto implica, ¿verdad?

—Fortuna.

Marcus soltó una carcajada.

—Iba a decir: discreción e ilegalidad. Pero sí, también fortuna. Mi cara bonita se encarga de la parte política. Franz Cooper de la administración...

—Y el demonio de Krage de la ejecución.

—Me alegra que esté al tanto de nuestra dinámica de trabajo. El asunto, milord, es que, si quiero hacer negocios con usted, pudiendo hacerlo con cualquier otro... —Dejó que la verdad de esa frase resonara en el despacho—, es justamente por su famosa inversión inicial. Esa cuyas ganancias mi padre no quiere compartir.

—Usted.

—Nosotros —remarcó el plural—. Su inversión rindió por tres. —Se inclinó sobre el escritorio—. ¿No es maravilloso?

—No, porque hasta ahora no me ha redituado ni una libra, joder.

—Pues ahora tiene tres rubíes y habrá más. Lo que necesito, milord, es que me ayude con aquella inversión inicial. Verá, la extraña sociedad que hemos conformado con Cooper y Krage desea

invertir en el proyecto que nos formó. Tomar ciertas decisiones a futuro, ¿entiende?

Lord Herbert lo observó con cautela. Se suponía que no podía hablar de Prometheus con nadie que no fuesen los siete elementos. Sin embargo, el hombre que tenía frente a sí era *un Prometheus*. Ese dilema no estaba previsto. Para Marcus la existencia del proyecto no era un secreto, aunque se sorprendía al saber que estaba al tanto de los inversores.

—¿Por qué no habla con el doctor Schwarz?

—El doctor Schwarz...mmm...es un poco esquivo. Prefiere siempre tratar mediante terceros, en nuestro caso, con el doctor Amberg.

—¿Y el doctor Amberg no puede hacerle llegar su inquietud?

—Serge es un hombre de ciencia, milord. No sabe nada de negocios.

Russel chasqueó la lengua. Se sirvió un tercer vaso de coñac, su lengua se empezaba a aflojar y cometía el error de relajarse ante Marcus. La sonrisa del Prometheus más su apariencia angelical conseguía engañar a los incautos.

Salvo a Irina, pensó, a ella no la engañaba. Mantuvo la posición relajada y aguardó a que el vizconde analizara la situación como sabía que haría. Se sentiría engañado por Alfie, su orgullo herido por lo esquivo del doctor Schwarz y terminaría por tentarse con los rubíes de Franz. Una vez que sumara esos tres componentes, accedería a hacer negocios con Marcus, para lo cual, debería entregar información a cambio.

Por desgracia, ese proceso llevaba unos minutos, tiempo que Marcus empleó en pensar en Irina y, más aún, en Gunnar. La razón por la que Irina lo leía como un libro abierto no era porque él hubiese perdido parte del talento —aunque reconocía que estaba más descuidado desde que se asumió como un caso fallido y aceptaba que pronto lo eliminarían—, sino porque era la madre de un igual. Gunnar compartía demasiados rasgos con su tío a esa edad: la ira contenida, el mutismo antes de responder, el deseo de sangre... A Marcus se le habían sumado los años de Prometheus, pero Viktor siempre estuvo en lo cierto, los niños a esa edad no servían para el proyecto. Pues habían desarrollado un carácter, un temperamento, y los doctores solo podían sumar algunos rasgos a un lienzo a medio dibujar. La esencia de Marcus nunca pudo ser removida e Irina la reconocía por ser la misma que la de su hijo.

Veía en él al niño que supo ser.

Herbert cogió los rubíes. Marcus sonrió.

—Hace bien, milord. El negocio es en Sudáfrica y la paga será en diamantes.

—Perfecto.

—La contraparte que solicitamos es que un porcentaje de esa paga vaya a Prometheus con el fin de que podamos tomar ciertas decisiones directivas.

Russel cerró el puño en torno a los rubíes, como si temiese que se le escaparan de las manos.

—Vaya, empiezo a comprender por qué su padre dijo que no.

—¿Por qué?

—Porque no es tan sencillo, milord. El proyecto Prometheus es independiente, nosotros lo financiamos, pero no podemos tomar ninguna decisión. Antes... —Carraspeó. Marcus le pidió que siguiera con un gesto amable de la mano. Le sirvió otra copa de coñac para que se aclarara la garganta—. Antes hubo otro miembro, ¿sabe? Y como cuestionó al doctor Schwarz...ehem...bueno...Se suicidó.

—Qué peligrosa es la depresión —ironizó Marcus.

—Otra persona no me creería, milord, sin embargo, sé que usted lo hará, porque conoce en persona al doctor. —Se inclinó sobre el escritorio, su aliento olía a alcohol y estómago vacío—. Estoy seguro de que Schwarz lo indujo al suicidio. Tiene sus métodos, ¿sabe? —Se tocó la sien, trazó un

círculo con el índice, dando a entender que Viktor sabía jugar con la mente de las personas.

—Lo sé, tiene sus métodos. Con más razón, lord Herbert. ¿Qué mejor que *un poco de control* sobre el proyecto?

Russel se encogió de hombros y regresó la espalda a su silla.

—Es que justamente porque no quiere ningún control es que ha diseñado este método de financiación tan sofisticado. Nosotros invertimos en una empresa fantasma, nunca le vemos, y él retira el dinero de allí.

—¿Y qué sacan ustedes a cambio?

—¡Nada, joder! Al principio lo hicimos por la ciencia. Por un mundo mejor, pero el malnacido de Alfie pudo meter a uno de sus hijos al proyecto. ¡A usted! Sacó algún tipo de beneficio. Los demás ¿qué debemos esperar?, ¿a que ustedes cambien el mundo?

—No se ponga así, hombre, le he traído tres rubíes. ¿No?

Herbert sonrió.

—Es verdad. Y dígame, ese negocio con Cooper...

—Antes permítame estar seguro. ¿No tiene forma de llegar a Schwarz? —El vizconde negó con la cabeza—. ¿Y la empresa fantasma, cuál es su nombre?

—Oh, eso...vaya. Pues de eso se encarga otro de nosotros.

—¿Quién? —Marcus escondió su impaciencia.

—No lo sé. Es otro de esos métodos secretos...Vaya...no debería estar hablando de esto.

—¿Por qué no? —La sonrisa de Marcus no surtió efecto. Herbert extendió la mano hacia el cajón de su derecha, el hombre Prometheus supo lo que buscaba. Las puñeteras cajitas musicales que los sometían. Se puso de pie y rodeó el escritorio de un salto, cerró el cajón con la mano del lord dentro y le rompió la muñeca. Empujó un poco más hasta que el hueso fracturado atravesó la piel del vizconde. El grito del hombre quedó ahogado porque Marcus sacó el pañuelo que decoraba el bolsillo de su chaqueta y se lo metió en la boca—. Mala jugada, milord.

Un par de sonidos ahogados fueron la respuesta.

—Ahora le quitaré el pañuelo, pero solo si está dispuesto a cooperar. —Herbert asintió—. Buen chico.

Abrió el cajón y halló las tres cajitas, una con cada sonido condicionante. A él le había tocado Tchaikovsky, aunque lo sabía porque los demás Prometheus se lo habían dicho. Ellos no podían reconocer la canción, ni siquiera tararearla. Era una maldita desgracia, con lo que le gustaba el jodido compositor ruso. Lanzó las cajas lejos de la mano rota del hombre y se sentó en el escritorio. Le quitó el pañuelo.

—¿Cómo es el tema de las empresas fantasmas?

—Es que no lo sé, de verdad no lo sé.

Marcus le golpeó la cabeza contra la punta del escritorio, abriendo una profunda herida en su frente.

—Dime lo que sepas.

—Es por sorteo. Cada dos años uno de nosotros sale sorteado y debe fundar una empresa cualquiera. Una editorial, una agencia de institutrices, lo que sea que no requiera de demasiado dinero inicial y que sea fácil de montar y dismantelar. Allí invertimos todos y el dinero fluye a Prometheus.

—¿Y tú no eres el fundador de esta última? —El vizconde negó con la cabeza—. ¿Quién lo es?

—No lo sé, le juro que no lo sé. El que haya salido elegido no puede decir que es él, debe contratar un administrador y luego enviar la propuesta de inversión con el sello de una mariposa. Así sabemos que es para Prometheus. Cuando me tocó a mí, lo hice de esa manera también y nadie supo

que fui yo.

—Mierda. —Le volvió a golpear la cabeza contra el escritorio y luego la lanzó hacia atrás, la nuca le quedó contra el borde de la silla y el vizconde solo pudo mirar el techo.

Tenía los siete nombres, uno de ellos era el fundador de la empresa fantasma del momento.

—Cuando usted administró la empresa... —le preguntó, tirando la cabeza hacia atrás hasta una posición antinatural—, ¿tenía contacto con Prometheus?

—A medias. No con Schwarz, pero sí con su administrador.

Algo era algo, pensó.

—En tal caso, lord Herbert, lamento decirle que no podrá ser. No podremos hacer negocios. Supongo que otro de los inversores me será de mayor utilidad.

—No me mat... —intentó rogar, sabedor que los Prometheus se deshacen de los obstáculos. Pero era cierto, no tenía nada que ofrecer a cambio de su vida. El antebrazo de Marcus no tardó en apretarle la tráquea. Russel pataleó, se orinó encima y, por fin, soltó el último aliento.

Cavendish miró su pañuelo con asco, estaba lleno de saliva. Lo tiró al cesto. Recogió las cajitas musicales y las regresó al cajón, como único intento de cubrir su crimen. Viktor sabía que fue él, no era imbécil, pero quizá los otros inversores no. Le daría tiempo a ir a por el siguiente, que esperaba, fuera el número afortunado.

Cogió los rubíes y abandonó el despacho. Se detuvo ante el mayordomo y le extendió la bolsa de terciopelo negro.

—Para que declare que fue una deuda de juego.

—¿Qué pasa si no lo hago?

Marcus solo soltó una risotada divertida. Le palmeó el hombro tres veces.

—Le recomiendo la Joyería y Orfebrería *Waldorf's and Son's*, le pagarán un precio justo por las piedras.

Sin más, abandonó la casa.

Antes de salir de Londres hizo una última parada fuera de sus planes. Entró en una librería y le pidió al vendedor la mejor edición en inglés que tuviera de los cuentos de Andersen y de los de Perrault. No habían formado parte de su educación, pero, sinceramente, esperaba que fueran menos tétricos que los de los hermanos Grimm. Con el paquete envuelto en papel de seda rojo, emprendió el regreso junto a su esposa y su sobrino... o debía decir *hijastro*.

CAPÍTULO 9



—Vaya... gracias por el cambio —dijo Marcus al llegar a la casa de Franz. Cooper los recibió en la biblioteca, donde los sofás y sillones eran cómodos y mullidos. Tobías se recostó sin más en uno, dejando que sus piernas colgasen del apoyabrazos. Franz, fiel a su estilo, ocupaba un sillón de respaldo alto que lo hacía lucir como el mismísimo Hades en el trono del inframundo. Marcus decidió comportarse como un lord y no se sentó hasta que lo invitaran a hacerlo. Decidió que aprovecharía su andar por la sala para inspeccionar la biblioteca de su amigo.

A Irina le encantaban los libros, siempre la veía con uno en mano, pero la biblioteca Cavendish era aburrida como una carrera de caracoles. Tendría que llevar algunos ejemplares de su casa citadina a la del condado o, mejor, construir una nueva biblioteca en honor a su nueva esposa. Con libros desde el suelo al techo, miles de historias de ficción. Había notado que a Irina no le gustaban demasiado los ensayos y ni los libros científicos, prefería imaginar que habitar un segundo más ese mundo de insoportable realidad.

—Enhorabuena por tus nupcias —lo felicitó Franz—. Respecto al lugar de reunión, agradezcan a Georgiana. Tiene la extraña idea de que debo tratarlos como a hermanos.

—Ya se lo agradecí —dijo Tobías—, adiviné que esta deferencia no podía haber nacido de ti. ¿Tendremos que esperar la misma bondad de tu esposa, Little Lord?

—Lo dudo. Mi esposa sabe qué es Prometheus y, si los invitase a casa, lo más probable es que les envenenara la comida antes de correr el riesgo de que se acerquen a su hijo.

—¿Y a ti no te ha envenenado?

—Aún no. De momento recurre a mi presencia para protegerse de mi padre.

—Y tú no has perdido la oportunidad de echarle el guante... —comentó Franz. No había juicio en su voz, sino una mera aceptación. Aprovechar la situación y sacar provecho era algo aprendido a muy temprana edad. Marcus no expondría que detrás de su decisión no existía la lógica, sino un

impulso que aún no había logrado descifrar.

—El matrimonio tiene sus ventajas —mintió. Sus colegas no le creyeron, para Franz el matrimonio era una contradicción, su debilidad y fortaleza. Para Tobías era un imposible, hasta que no solucionara el pasado, el futuro le resultaba inimaginable—. Pero no estamos aquí para hablar de las bondades de la vida marital, ¿verdad?

—No. Estamos aquí porque has matado a un hombre —soltó Tobías.

—¡Hey!, has arruinado la sorpresa —se quejó Marcus. Franz clavó sus ojos furiosos en Cavendish.

—¿A quién cojones has matado?

—A uno de los contactos de Prometheus —se adelantó Krage.

—¿Cómo lo has sabido? El que maneja la información soy yo, entre fantasmas no nos pisamos las cadenas —recriminó con sarcasmo. Tobías negó con la cabeza.

—Porque el mayordomo fue a cambiar tres rubíes sangre de paloma a *Waldorf's and Son's*, ¿y quién es el que evalúa la pedrería? ¡Sí! Sheng Wei Lian... y ¿quién trajo a Sheng Wei Lian en un barco desde China? ¡Vaya!, ese soy yo... ¿Y a quién informa Sheng Wei Lian cuando alguien lleva una piedra del circuito Prometheus?

—Ese sería a mí, Tobías —interrumpió Franz.

—Cierto, pero yo justo estaba por la zona y sabes muy bien que nuestro amigo no sale de su refugio, así que me pidió que te informara.

—No lo hiciste.

—Lo estoy haciendo ahora. —Se encogió de hombros.

—Tenemos que mejorar la comunicación —determinó Cooper. Eran los tres alfas de sus grupos, habían vencido para no recibir órdenes de nadie más. Sin embargo, aceptaban cuando uno era mejor que el otro en un determinado área, y Franz era el mejor en administración.

—¿Qué propones?

—Que uses tus espías, Marcus, para informar lo importante. Ahora, explica por qué cojones has matado a uno de los que nos podían llevar a Viktor.

—¿La respuesta honesta o la confortable? —preguntó en tono juguetón.

—La honesta.

—Porque había tenido un mal día.

El silencio fue pesado. Sus colegas le creyeron y eso era un maldito problema. Si Marcus se dejaba llevar por las emociones estaban jodidos. Muy, muy jodidos.

—¿Un mal día? —Tobías se incorporó.

—Era de esperar. —Marcus pasó el índice por los lomos de los libros, se detuvo en Norte y sur de Elizabeth Gaskell, lucía como un libro que le gustaría a Irina. Tendría que hacer otra visita por la librería.

—Si sigues hablando a medias, aplicaré contigo mis métodos de tortura —amenazó Krage.

—Me refiero a que sabíamos que mi regreso a casa podía tener... mmm... cómo decirlo... un impacto negativo en mi desarrollo.

—¿Estás cayendo?

—De así serlo... no es asunto de ustedes, ¿verdad? —Sonrió—, sino problema de Viktor. Pero, tal vez, esté un poco irascible.

—Mierda —gruñeron los otros dos—. ¿Y la respuesta confortable cuál es, por qué has matado a Lord Herbert Russel?

—Porque no nos servía, caballeros. —Pasó a contarles sus pesquisas. Los siete elementos, las

cuentas fantasmas, lo esquivo de Viktor—. No importa lo que hagamos, el doctor Schwarz supo siempre que iríamos a por él. Nos puso el condicionante, pero no fue la única precaución que tomó. Subestimarlo sería un error.

—Pero si hallamos la empresa fantasma, hallamos al administrador. Y él sí tiene que saber algo—conjeturó Franz.

—Ese es el plan —coincidió Marcus—. Según mi lista, el siguiente es Lord George Butterfield.

—¿Y piensas matarlo también? —cuestionó Krage con una ceja en lo alto.

—Sí. Pretendo matarlos a todos. Pero les prometo algo, muchachos, en cuanto consiga el dato de la empresa fantasma, les haré llegar la información para que ustedes sigan con el plan. Yo me divertiré en mi caída.

Sus colegas lo observaron, el tono jovial y bromista escondía el convencimiento de Marcus de que estaba jodido. De que cargarse a los financistas de Prometheus era su último acto antes de partir, y nadie le niega un último deseo a un condenado, ¿verdad?

Tobías lo miró con pena. Franz se permitió un momento de suspicacia.

—Marcus, sé que suena absurdo lo que te voy a decir, pero no lo descartes. Sabes que no confío en el malnacido del doctor Amberg, no obstante... ¿y si perdido por perdido le permites hipnotizarte?

—¡No! —intervino Tobías—. Si estás jodido, Marcus, Serge te entregará.

—O te usará —especuló Cooper—. Te manipulará para que hagas lo que él quiera... pero en el mientras tanto, estarás vivo para hacer lo que nosotros queremos. Piénsalo como una negociación.

Marcus soltó una carcajada.

—Tú no quieres negociar, tú quieres saber por qué cojones el médico de Prometheus te ayudó. Necesitas dilucidar si estás obrando libremente o siguiendo su condenado plan.

Franz no se sonrojó por haber sido descubierto. Al fin de cuentas, por eso era bueno en los negocios.

—Sí, y eso es lo beneficioso de esto. Tú evitas que Viktor te mate, yo averiguo si Amberg me jodió y...

—Y nos abres el camino a Prometheus para que lo hagamos volar por los aires —completó Tobías.

—¿Puedo matar a los que quiera en el proceso? —preguntó como un niño divertido.

—Puedes. —Krage le dio el beneplácito.

—Entonces, acepto. Dejaré que Amberg se meta en mi cabecita. No lo envidio, es un lugar atroz —bromeó—. Ahora, si no les importa, caballeros, tengo que pasar por la librería antes de regresar a casa. Esto de vivir fuera de Londres es un verdadero engorro.

—Trata de ser más sutil la próxima vez, Little Lord —pidió Franz. Tobías rio, él hubiese sido mucho más sanguinario.

—¿Hoy no nos acompaña su padre, milord? —comentó con sorna Serge Amberg de camino a la biblioteca.

—No. Está un poco enfadado conmigo.

—¿Por qué has matado a su hijo? —Ingresaron a la biblioteca. Marcus cerró la puerta tras de él. Prefirió tener la sesión de nuevo allí, mantener lejos al doctor de Irina y Gunnar. Algunos mundos nunca debían tocarse.

—Ha muerto en un accidente de caza.

—Claro. Eso sucede cuando te conviertes en una presa de tu hermano. —De nada servía esconderse frente al médico, menos en esa sesión, una en la que Marcus pretendía hacer justo lo contrario—. ¿Qué tal la vida de casado?

—No sabría decirle, no somos un matrimonio convencional.

—Siendo un Prometheus, tal cosa sería inimaginable. De todas formas —dijo el doctor y tomó asiento en el mismo sillón que la vez anterior—, hay algo interesante para analizar aquí, Marcus. —Volvía al trato informal, solía hacer esos saltos para activar diversos mecanismos en el cerebro, dar la impresión de respeto y de control al paciente, o la de solo amigos que conversan.

—Ilumíname, Serge.

—Pues que te has casado porque necesitabas la parte contractual. Te has sometido a las leyes de la sociedad, estoy seguro de que no lo necesitabas para tener a tu cuñada, pero sí para clamarla como una propiedad.

—Un análisis lógico, pero equivocado, doctor.

Serge sonrió.

—Vaya, entonces, será tu turno de iluminarme. ¿Por qué has matado a tu hermano y te has casado con su viuda? En nuestra última sesión admitiste el deseo de follarla sobre los sesos de Oscar, unas semanas después, eso parece ser exactamente lo que ha sucedido.

—Usted lo ha dicho infinidad de veces, doctor, el inconsciente es un hijo de perra traicionero.

Serge apartó su cuaderno y su lápiz. Los dejó en la mesa auxiliar y se cruzó de piernas como solía hacerlo, con el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda. Se relajó y miró a su paciente.

—¿Qué sucede, Marcus?

—No conduces tus sesiones conmigo como con los demás. ¿Por qué?

—Porque cada paciente es singular, por supuesto. —Marcus lo miró fijo—. Y porque tú tienes algunas peculiaridades —completó.

—A mí no me hipnotizas.

—No llegamos a ese punto en nuestras sesiones.

—Estoy más rezagado que los demás, ¿verdad?

—No. —Serge lo dijo con certeza. Clavó sus ojos de hielo en el paciente. Marcus entrecerró los ojos, lo miró con suspicacia.

—¿Qué cojones quieres de mí?

—Aún nos falta una parte del trayecto para arribar a ese punto, Marcus.

—Lo siento, doctor. —Cavendish soltó el aire lentamente—. No llegaremos nunca, porque... porque soy un caso fallido.

El doctor intentó lucir sereno, aunque no lo estaba. Con los Prometheus no podían correrse riesgos. En un parpadeo, estabas muerto. Eso mismo le había pasado a su predecesor con Tobías.

Abrió su maletín. Sacó la cajita musical y la posó sobre el cuaderno de piel.

—Sabes que debo tenerla a mano, ¿verdad?

No hizo el intento de levantar la tapa, quería a Marcus consciente. Le parecía extraña esa confesión con tanta frialdad, mas no debía confiarse. Podía ser parte del plan para arrancarle la cabeza.

—Sí.

El médico sacó algo más: un revólver y lo martilló. Apuntó con él a Marcus.

—Y sabes que, si eres un caso fallido, debo matarte, ¿verdad?

El aire se cargó de estática. Hasta las moscas parecieron dejar de volar. ¿Llegaría el doctor a apretar el gatillo antes de que Marcus reaccionara?, ¿o preferiría hacer sonar la melodía del

compositor ruso y convertirlo en un mero títere?

—Esperaba que me dejaras terminar mi misión, pero sí, sé que debes matarme.

Serge apoyó los codos sobre sus rodillas y cogió el revólver con las dos manos. Si algo salía mal y fallaba el disparo, estaba muerto. Los dos hombres se miraron, se desafiaron.

—Te diré algo, Marcus —empezó Serge—, puse mis fichas en ti. No todas, por supuesto, pero de los tres, eras el que más posibilidades tenía.

—¿Por qué?

—Porque Viktor jamás puso esmero en ti. Esperaba que fallaras, lo ansiaba, y por eso te jodió menos la cabeza. Mira cómo ha dejado a Franz, su preferido. Apenas puede sentir una emoción, necesitó de la mujer más endemoniadamente dulce del mundo para compensar su oscuridad. El doctor Schwarz deseaba que llegara el día en que entregara tu cuerpo magullado a tu padre... Sorprendiste a todos en la prueba final, cuando Charles debía matarte a ti y tú le quitaste el cuchillo tras una batalla sangrienta y se lo clavaste en la vena femoral.

—Era él o yo.

—Como la liebre, ¿verdad? —Serge no dejó de apuntar a Marcus, trajo a colación el recuerdo de la liebre, de esa vez que Oscar casi lo mata. Ese era el maldito problema con Marcus, tenía un pasado antes de Prometheus. Breve, traumático, pero pasado en fin—. Él o yo, no es personal.

—Pero ahora lo es.

—Voy a correr un gran riesgo contigo. —Se puso de pie y rodeó a Marcus—. No te muevas o te vuelo los sesos.

—¿Tienes miedo, Serge? —se mofó Marcus.

—Por supuesto, ¿acaso he dado la impresión de ser imbécil en estos años?

Solo un idiota no temería a un Prometheus y un redomado imbécil, a un caso fallido. Si existía un ser más peligroso que un exitoso superhombre de Viktor, ese era un fracasado.

—No, solo de ser un maldito hijo de perra.

—Bien, temía que me hubieses malinterpretado. Ahora dime, Marcus. ¿Escuchas voces, voces que solo tú puedes oír?

—No.

—¿Tienes visiones, cosas que nadie más puede ver?

—No.

Serge corrió todas las cortinas. Apagó cada una de las lámparas y arrojó agua al fuego del hogar. La oscuridad era total.

—¿Qué ves en las sombras, Marcus? —La voz provino de un punto a sus espaldas. Ninguno de ellos podía verse, pero Cavendish estaba acostumbrado a luchar en la oscuridad, era una de las pruebas Prometheus, limitar los sentidos para que se desarrollaran los demás.

Si decidía atacar a Serge, el psicólogo sería hombre muerto.

—Solo sombras, doctor Amberg. Los hombres como yo le tememos a la luz.

Como si hubiese sido una señal, Serge volvió a correr las cortinas. La luz del día, aunque gris, se coló por ellas e iluminó la biblioteca. El doctor regresó a su lugar y, para sorpresa de Marcus, guardó el revólver.

—¡*Scheiße*! Me has dado un susto de cojones. No eres un maldito caso fallido. —Exhaló, sacó su pañuelo y largó una carcajada—. Pero si hasta estoy sudando, joder, hombre.

—¿Me hubieses matado?

—¡Pues claro!, ¿has visto alguna vez un caso fallido de Prometheus?

—He visto a Florence, a Karl, a Hanna.

—Esos no fueron casos fallidos, ellos solo fueron decepciones para Viktor. Tal vez Karl iba camino a convertirse en uno, pero lo mataron antes de que llegase a la edad adulta. Al menos eso vi en su reporte, porque fue antes de mi tiempo.

—¿De qué cojones hablas?

Serge dibujó una enigmática sonrisa en sus labios. Claro que Viktor les había escondido esa información, porque si no, cómo justificaba la cantidad de niños que asesinaba simplemente porque eran *humanos*. Los casos fallidos de Prometheus, los verdaderos, eran despojos humanos. Eran... Amberg se estremeció de pensarlo, decidió dar el asunto por zanjado y enfocarse en Marcus.

—Vayamos a lo importante ¿Por qué crees tú que eres un caso fallido?

—Porque tengo una debilidad y pierdo la cabeza por ella. Porque no soy como Franz, él pudo mantenerse bajo control. Georgiana le pidió que no perdiera su alma y él, simplemente, le hizo caso. Dominó la ira y mató a los desgraciados de dos simples disparos. Yo...en cambio...perdí la cabeza.

—¿Por Irina?

—Creo que no. Aunque hay algo en Irina que me fascina, que me impulsa a permanecer a su lado, con ella puedo dominarme. O eso creo.

—El niño, ¿verdad? —dedujo el psicólogo. En su tono se traslucía el alivio y, a la vez, la sensación de frustración. ¿Cómo no lo había visto venir? Claro que era el pequeño.

—Sí. Ahora es cuando intentas decirme que es normal y toda tu palabrería, ¿verdad?, cuando intentas convencerme de que no estoy jodido para que siga en juego y haga lo que sea que tú quieres que haga y me manipulas para ello.

—Veo que has hablado con Franz. Está un poco paranoico, uno esperaría más gratitud, dadas las circunstancias.

Fingió estar ofendido, como lo estaría un buen samaritano.

—¿Qué quieres de nosotros?

—Marcus... Marcus... a estas alturas creí que comprendías nuestra dinámica. No te contestaré esa pregunta, pero, a cambio, te responderé otra. Nunca te he hipnotizado porque tu trauma neurálgico no se dio en Prometheus, sino aquí, en esta casa. Tu detonante está aquí, de nada me sirve llevarte a los experimentos de Viktor, al momento de la camisa de fuerza y la melodía de fondo, porque no es allí donde está alojado el contrapunto. Sino en tus primeros años de infancia.

—¿Puedes sacarlo?

—No aún. —Cogió la cajita musical, Marcus sabía que la experiencia era horrible. Sentiría que estaba amarrado, tragando agua, imposibilitado de moverse, sin embargo, el doctor la guardó—. Hablemos de Gunnar e Irina.

—Es bastante evidente, ¿verdad? Irina es una excelente madre, no como la mía. Gunnar se me parece. Ergo, estoy viendo en él lo que alguna vez fui.

Serge rodó los ojos.

—Vaya, con tantos sabelotodos, ¿quién necesita el psicoanálisis? ¿Prefieres que indagemos juntos o pretendo escribir los libros que quiero que leas en mi cuaderno, simulo dejarlo a la vista sin querer, tú memorizas los títulos y los lees por tu cuenta?

—¿Sabes lo mal que me caes, no?

—Mira, Marcus, acabas de darme el susto de mi vida. No estamos para simpatías.

—Vale, dime de qué va el asunto y pásame la lista de lectura sin manipularme, por favor. Gracias.

—Concepción del tiempo, tanto cíclica como lineal. En la cíclica es hasta que se rompe el círculo, por tanto, tu inconsciente dice: Gunnar es el siguiente círculo, si logro romper el patrón, yo

mismo me libero. Lineal, religiones occidentales. La salvación se da en el tiempo, pero no somos eternos, sino mortales. Por tanto, la nueva generación salva a la anterior. Eva y Adán pecaron, todos los demás nacemos con el pecado, hasta que nace el libre de pecado para salvarnos a todos. Se da de generación en generación. Ese es el simbolismo de Gunnar. ¿Lecturas? —Cogió un papel y le anotó en ella un par de libros, se la extendió como un médico convencional extiende una receta. Entre ellas había una lectura particular, porque Serge Amberg también era un alacrán, su naturaleza era clavar el aguijón de la manipulación.

Se puso de pie, dispuesto a marcharse.

—Otra vez, no le dirás a Viktor que, al menos en sus términos, soy un caso fallido. Sigues necesitándome.

—Si quiere cuestionar mi diagnóstico, que venga en persona. —Arqueó las cejas, Marcus soltó una carcajada. El muy maldito sabía que iban a por el jefe de Prometheus. Serge se alejó, pero Cavendish lo detuvo antes de que cruzara el umbral:

—Si tú has llegado hace diez años y nunca has trabajado con los niños, ¿cómo sabes de los *verdaderos casos fallidos*? No me dan los tiempos.

—Tal vez sea más viejo de lo que aparento.

—O tal vez seas un maldito embustero.

—Hasta la próxima sesión, Marcus. Que disfrutes de tus lecturas. —Se marchó silbando una melodía de Tchaikovsky, Cavendish no pudo recordar ni una sola nota.

CAPÍTULO IO



Caía aguanieve. Los jardines se veían tétricos con sus ramas desnudas, las flores muertas por el frío y el lodo que le ganaba terreno al césped. Pese a ello, Irina empujaba la silla de ruedas de lady Teresa por el camino desigual hasta el invernadero, donde el cristal les brindaba cierta protección y podían recibir una bocanada de aire fresco.

Marcus no entendía por qué su esposa seguía afanándose en la tarea de salvar a su madre. No quedaba nada de lady Teresa, era un cascarón vacío, una mente sometida al opio en un cuerpo que había que alimentar a la fuerza. Irina llevaba Norte y Sur en sus manos, desde que Marcus se lo había entregado, sin emitir palabra, la mujer lo había leído dos veces. Esta tercera vez lo hacía en voz alta para la condesa.

Él se había dedicado a otra clase de lecturas. Le dolía la cabeza, Serge no había sido condescendiente con su *receta*. ¿Querías entender?, pues toma. Los libros eran complejos, nada de explicaciones superficiales. Al parecer, Marcus no era tan libre como creía, sino que estaba sujeto a los pensamientos de la modernidad occidental. En cuanto comenzó a explorar la existencia según el budismo, su mente empezó a rechazar los conceptos como un organismo vivo que se resiste al cambio de hábitat.

Era frustrante, pero empezaba a entender el dilema existencial. El problema era que la paciencia no se encontraba entre los atributos de Marcus Cavendish. Quería encontrar el sentido de todo ya, eso de *la vida es un proceso* no le funcionaba muy bien, en especial cuando estaba convencido de que Viktor lo mandaría a matar en cualquier momento.

Como fuera, entre todas esas lecturas, por supuesto, Serge Amberg había clavado su aguijón. Una de ellas era distinta a las demás y no tenía nada que ver con él. Se centraba en Gunnar.

El pequeño estaba en clases con su profesor, el señor Wiggins. El hombre le entregaba sus reportes a Marcus, pero también al conde. Gunnar era bueno para la física, principalmente, la

mecánica. Tenía una fascinación absoluta por Newton y ponía perfecta atención a los experimentos de laboratorio, mas detestaba el arte y le aburría un poco la historia. El problema con el arte era evidente, lo obligaba a explorar sus emociones, ¿quién querría ahondar en ese espacio tórrido? Y la historia. . bueno, no podía culparlo, se le enseñaba solo fechas al azar y nombres de batallas inconexas. Cuando Irina le relataba la historia como si fuese una novela épica, Gunnar ponía muchísima atención.

Marcus fue a la sala de estudio, esperaba asistir a una de esas lecciones y dejarle en claro al profesor Wiggins que al único que debía informar de los avances de Gunnar era a él. Al llegar, se encontró con la sala vacía. La lección había finalizado antes de tiempo. Hizo sonar la campanilla y, como desde que se había casado, solo dos miembros del personal atendían el llamado de esa planta: Raissa o Ernest. Fue el turno de Raissa.

—¿Dónde está el profesor Wiggins?

—Ha ido a reportar al conde, milord.

—Me encargaré de eso. —Temporal y definitivamente, agregó para sí—. ¿Y Gunnar?, ¿ha ido con Irina?

—No, está en la sala de juegos.

—Gracias. —Sus agradecimientos siempre tenían ese matiz de despedida, por lo que Raissa efectuó una leve reverencia y se marchó. Marcus tenía mil cosas en las que pensar, como en ir a por el segundo hombre de su lista o buscar una jodida mariposa entre los proyectos de inversión de su padre. No obstante, prefirió ir a ver a Gunnar, observar al pequeño y tratar de entender qué demonios sucedía con él.

Le parecía inadmisibles que su inconsciente considerara a un niño *su salvador*, pero eso pensaba Serge Amberg. Claro que nada era tan sencillo. Ni siquiera era capaz de responder a la pregunta de qué debía salvarlo su sobrino justamente. Al parecer era del nihilismo, el enemigo mismo de la existencia. Si fuese capaz de sentir pena, se lamentaría por el niño.

La puerta de la sala de juegos estaba entreabierta y Gunnar se hallaba en su interior. Tenía el ceño fruncido, la única vez que lo había visto reír fue cuando degustó los bombones. Llevaba en la mano una vara de sauce y señalaba con ella algo en la pizarra.

—¡No, mal! —respondió el niño al muñeco que tenía ante él y, sin más, le atravesó el rostro de porcelana con la vara de sauce—. No llores. Las lágrimas son para los debiluchos. ¿Eres débil? — Otro golpe.

Una extraña sensación le aprisionó las tripas a Marcus, una especie de fuego, mezcla de furia y ¿empatía? No podía ser, eso era propio de Irina que, como bien había dicho Ernest, tenía corazón. No de él. Marcus estaba forjado en otro material, en uno más resistente, ¿verdad?, en uno que le decía que solo debía buscar su beneficio personal y no preocuparse por los demás.

Se convenció, aunque sabía que era una mentira, de que su interés en Gunnar era porque podía tratarse de su medio para quitarse el condicionante. Nada más. No había sentimientos de por medio. ¡No quería al hijo de su maldito hermano!, ¡joder, no! No lo ataba ningún afecto a la sangre de Oscar. Jamás.

Sus pies avanzaron por la sala y se acercaron a Gunnar. El libro que Serge había escondido entre sus lecturas versaba de eso, del juego infantil. Al parecer existían dos tipos de juegos, los didácticos, con los que los niños aprendían o mejoraban sus habilidades: trepar, encastrar piezas, armar rompecabezas, conseguir melodías... y aquellos cuyo fin era controlar su mundo, consistían principalmente en juegos de roles: ser médico, ser padre y madre, ser maestro... De esa manera recreaban un suceso, pero estando ellos al mando. No eran el paciente, sino el doctor. No eran el hijo, sino el padre.

Claro que si esas relaciones eran traumáticas el juego se volvía un tanto extraño.

—Gunnar... —El niño escondió la vara de inmediato, se volvió hacia su tío, avergonzado de haber sido descubierto en su fantasía. Marcus se halló sonriendo en complicidad—. ¿Te apetece que hagamos una prueba?, no estoy seguro de que vaya a funcionar y...

—¿Me va a doler?

—No.

—¿Puedo negarme? —preguntó el pequeño. Marcus rio.

—Puedes.

El niño se sentó en su diminuta silla. Aunque le quedaba pequeña hasta a él, invitó a su tío a ocupar la otra, lo cual hacía la escena absolutamente extraña. Marcus accedió y agradeció su entrenamiento físico, porque la posición era antinatural e incómoda. Si no fuese por los músculos de su espalda y abdomen, no sería capaz de levantarse de allí jamás.

—Con usted hicieron experimentos, ¿verdad, tío? —Marcus asintió—. El conde siempre los mencionaba, decía que así te hicieron hombre.

Notó que se refería a su abuelo como *el conde*.

—Nacemos hombres, nadie nos hace así.

—Mamá es mujer.

—Me refiero a que nacemos seres humanos, la humanidad no es algo que otro ser humano nos da o nos puede quitar.

—Pero el hombre tiene que ser fuerte, tiene que poder defender el hogar, hacer valer su voluntad —repitió—. La mujer no, ella puede ser débil, dedicarse a cosas del corazón y leer novelas románticas.

—Déjame adivinar, eso te dijo el abuelo... —El niño asintió—. ¿Y tú qué piensas?

—¿Esa es la prueba?

Marcus se rascó la cabeza, frustrado. Gunnar era la criatura más recelosa del mundo, estaba entrenado para ser complaciente de modo de esquivar los castigos físicos. Dar su opinión podría ser una prueba de vida o muerte en la casa Cavendish.

—No, esa no es la prueba. Quiero que seas sincero, ¿qué piensas tú?

El niño se mordió los labios, hacía el esfuerzo de contener lo que sabía, sería una idea contraria a lo que se esperaba de él. Miró a Marcus con desconfianza, intentó descifrarlo, entender si podía confiar en él. Compartían apariencia, así que para Gunnar que su tío tuviese rostro de ángel no lo tranquilizaba en absoluto, sabía qué clase de monstruo se podía esconder tras esos ojos azules, porque vivía con sus propios demonios a su corta edad.

Cogió la vara y se la extendió a su tío, aceptando las consecuencias de lo que diría después:

—Mi madre es más fuerte de lo que era mi padre y de lo que es el conde. Por eso ella está viva y mi padre no. Y vivirá más que el conde también, porque puede recibir sus bofetadas, pero mi madre es fuerte aquí. —Se tocó la sien—. Y cuando yo sea fuerte aquí —se tocó el bíceps—, entre los dos seremos invencibles. —El silencio que siguió fue pesado—. ¿Me castigará?

—No. Ahora haremos la prueba, es un ejercicio raro, Gunnar, y no debes temer a las consecuencias. ¿Sí? —El nene asintió. Marcus le extendió la vara de sauce—. Elige un juego, yo jugaré contigo.

—¿Serás el maestro Wiggins?

—No, yo ocuparé ese papel. —Señaló el muñeco de porcelana—. En el juego que tú quieras, yo haré de él. —Lo que implicaba representar el rol de Gunnar. Porque eso era el muñeco, el ser impotente que no podía defenderse—. Esperemos que el maldito doctor Amberg tenga razón —

murmuró. No le gustaba la idea de someter a su sobrino a un experimento, le recordaba demasiado a su tiempo en Prometheus. Aunque claro, en Prometheus no podía golpear a los médicos, sino a otros niños, y esos *juegos* se volvían espectáculos sádicos de mentes enfermas para el estudio de científicos aún más enfermos.

—¿Cuáles serán las consecuencias?

—No habrá consecuencias, Gunnar. Solo hazlo, elige un juego.

El niño le hizo extender los dedos sobre la mesa de dibujo. Sostuvo la vara en sus manos y compuso un gesto severo. Cuando habló, Marcus supo que representaba al conde, a lord Alfie Cavendish.

—*Te dije que no debías jugar con mis armas, ¿quieres que te dispare con una?, ¿eso quieres?*

—Marcus apretó la mandíbula, se le dibujaron las venas del cuello. Justamente su ausencia de respuesta se ajustaba al rol de Gunnar, porque los dos eran jodidamente parecidos—. *¿Eres mudo?, ¿acaso no sabes hablar?* —continuó el pequeño en su recreación—. *Te enseñaré a no tocar mis cosas.* — La vara silbó al cortar el aire y el sonido que hizo al impactar sobre los dedos de Marcus fue desgarrador.

A ese sonido le acompañó otro, el de un gemido ahogado. ¿Hacía cuánto que Irina estaba allí?, ¿en el umbral?, atestiguando el intercambio. Marcus clavó en ella sus ojos zafiros, una orden muda pero inquebrantable de que no se le ocurriera intervenir. Irina acató, no porque estuviera de acuerdo, sino porque era incapaz de procesar lo que veía.

Los dedos de Marcus sangraban, había manchado la vara.

—Entrégame la vara, Gunnar —le pidió. El niño lo hizo y esperó la represalia que no llegó. Cavendish la quebró a la mitad usando su rodilla—. Ya no hay más vara, no hay más castigo. ¿Lo ves?

—Ahora le toca a usted ser el conde, tío —dijo el niño, confundido. Ahora le tocaba a él sufrir el dolor que acababa de infringir.

—No. Volverás a ser el conde, Gunnar, solo que ahora no aplicarás un castigo físico.

El acto se repitió casi igual, con los insultos, y el niño lo finalizó enviando a su tío a la despensa, a estar el día entero encerrado sin luz, ni agua, ni comida.

—De nuevo, Gunnar. Sin despensa.

La escena se repitió. Irina entró en la sala de juego, pero se mantuvo en un rincón, observando todo sin poder creer lo que atestiguaba. Gunnar lo castigó haciéndole escribir mil veces «no debo tocar las armas del condado».

—Otra vez —insistió Marcus.

Otra...otra...otra...

Hasta que al fin el juego tomó otro matiz.

—Las armas son peligrosas —dijo Gunnar—, podrías haberte disparado sin querer. Por eso no debes tocarlas, si lo que quieres es aprender a disparar, me lo dices, yo te enseñaré a hacerlo.

La sonrisa de Marcus fue amplia, sincera. ¡Joder!, esa mierda funcionaba. Sus ojos brillaron cuando se fijaron en los de su esposa. Irina se tapaba la boca y sus iris estaban cristalizados, claros como un manantial congelado de sus tierras suecas.

—Bien. Has pasado la prueba, Gunnar. —El pequeño había olvidado que se trataba de eso, lo miró estupefacto—. Y conociéndote, sé cómo puedo premiarte. Ven...

Lo condujo fuera de la sala de juegos, el niño intentó seguirle el paso hasta que llegaron a su despacho. Marcus abrió una caja de trufas de chocolate.

—Solo una y no te la metas entera en la boca, que así no lograrás disfrutarla. —Seguía siendo un maldito aguafiestas cerebral, después de todo.

Gunnar dio un pequeño mordisco. Su tío asintió. Pero ni bien se marchó y lo dejó a solas, no pudo con la tentación y se llevó el resto a su boca.

Viktor juraba que hacía de ellos mejores personas cuando les mutilaba las emociones, cuando les impedía sentir. La pena, el amor, la culpa eran sentimientos que limitaban el obrar. De modo que, siendo apenas niños, encontró los mecanismos que despertaban estas emociones y, como si fuesen puentes o tuberías, los bloqueó con sus experimentos.

Ahora Marcus volvía a sentir, pero con esos canales dañados. Estaba familiarizado con la ira, porque, como bien había dicho el doctor Amberg, él sí tenía un pasado antes de Prometheus. Franz, no. A él la ira lo había tomado por sorpresa junto a la obsesión por Georgiana. En Tobías, en cambio, la ira era tan intensa que la misma fuerza de la naturaleza había desbloqueado ese canal. Era lo único que podía sentir. En Marcus, en cambio, el enojo era tan natural, forjado en su tierna infancia, que no sabía sentir otra cosa.

Pero Irina lo empujaba más allá, a experimentar sentimientos distintos, variados, complejos, que no podían separarse el uno del otro. Por ejemplo, la pena que le despertaba saberla presa de los Cavendish se mezclaba con el orgullo de que hubiese conseguido sobrevivir. O el enfado de que no se rindiera con lady Teresa con la admiración de que fuera capaz de mantener la esperanza. O el deseo abrumador de follar con ella con... ¿qué demonios era ese fuego en sus entrañas? Estaba casi seguro de que se trataban de celos hacia su difunto hermano.

¿Cómo podía un hombre que nunca había sentido nada más que enfado experimentar todo eso junto? Decir que era abrumador era quedarse corto. Y como si eso no bastara, Irina no estaba más en la sala de juego, y se sumaba un irracional miedo de haberla perdido. Era absurdo, claro que aún estaba en la casa, no se iría sin Gunnar, entonces ¿por qué las emociones habían dejado de oír al cerebro? ¿Qué demonios le sucedía?

Serge podía decir que no era un caso fallido porque no tenía alucinaciones, pero sin dudas estaba al borde del precipicio. Pasó de largo la sala de juegos y empezó a abrir todas las habitaciones de la planta alta. Una tras otra, como un poseso.

Vacío.

Vacío.

Vacío.

Se asemejaba demasiado a una pesadilla, esas en las que los corredores se hacen eternos y por más que corras nunca alcanzas el final. Maldición, estaba por tener un puñetero ataque de pánico. Abrió una puerta más.

Irina.

Estaba en la sala de música, entre pianos y violonchelos. La plateada claridad del día nublado la iluminaba en el medio de la habitación.

Volvió a respirar. Cogió una enorme bocanada de aire y llenó sus pulmones. Obligó a su corazón a serenarse, a latir a ritmo normal. Ella alzó sus ojos celestes y los fijó en él. Los tenía enrojecidos por el llanto, también la nariz y la boca inflamada de pasarse el pañuelo. Sus hombros se sacudían espasmódicos. Intentó hablar, mas solo le salieron hipidos.

Verla llorar ayudó a Marcus. Puso todo en su sitio, porque el sentimiento que volvió a apoderarse de él fue su vieja amiga la ira. Su esposa estaba sentada sobre la alfombra, con su vestido negro formando un círculo a su alrededor. Parecía una exótica orquídea negra, con su cabello rubio como el centro y su falda de luto formando pétalos a su alrededor.

—¿Por qué lloras? —siseó la pregunta. Esperaba que le dijera que el conde había vuelto a

amenazarla, que le diera la excusa de saltarse el plan y matar al desgraciado de una buena vez. Liberarlos a los dos de su yugo, aunque implicara que no lo necesitaran más a él.

—Porque puedo —respondió en cambio. Varias lágrimas volvieron a salir de sus ojos—. Porque al fin puedo llorar.

El sonido de su llanto era desgarrador. No sé trataba de un par de lágrimas, de algo comedido. Sino de todo un espectáculo de dolor al desnudo.

—Deja de hacerlo —le ordenó, su voz resonó firme, como la que empleaba cuando esperaba que se acataran sus comandos sin chistar. Pero ella siguió, sin miedo a represalias, soltando las lágrimas acumuladas por ocho años—. Deja de llorar.

—¿Por qué?

—Porque tus lágrimas me hacen mal —respondió, confundido. ¿Qué cojones le sucedía? Era cierto, verla llorar le provocaba una sensación lacerante en el pecho.

Irina detuvo el llanto, lo miró y se echó a reír a carcajadas. Marcus no podía quitarle los ojos de encima, tendría que irse, dejarla en paz. No era capaz, se acercó a ella. La observó retorcerse en el piso entre risas y llantos. Los iba alternando.

—No te encerraré en un manicomio, pero si estás histérica, debes decírmelo —pidió Marcus y desató otra ola de risas y llantos. Casi sin aire, enrojecida por el esfuerzo, Irina se sentó sobre su trasero y extendió la mano hacia él. Al ver que Marcus no respondía, enredó sus dedos en los de él y tiró hasta que el hombre accedió a arrodillarse a su lado.

—¿Nunca has llorado hasta la risa y reído hasta el llanto?

—No.

—Yo llevaba mucho tiempo sin hacerlo. —Sonrió—. Lo siento, te he asustado.

—No exactamente. Aunque reconozco que pensé que habías perdido la cabeza. —La miró de lado—. ¿Es normal?

—¿Qué?, ¿reír y llorar a la vez? —Marcus asintió—. Supongo. Yo no hago experimentos —aludió a Prometheus, a lo que sabía de esa panda de científicos dementes—, *mi grupo de control* es mi reducida familia sueca y a todos nos ha pasado. Por ejemplo, al recibir una buena noticia, como la llegada de un bebé. O cuando uno se asusta porque ha oído de un accidente y luego se entera de que no ha habido heridos.

—¿Y funciona? Me refiero a llorar. ¿No es un desperdicio de fuerzas?

Irina se encogió de hombros. Aún le sonreía.

—No lo sé. Tal vez, pero siempre me siento mejor luego de llorar. Es como soltar todo, te sientes más liviano después y el mundo luce menos agobiante. Quizá no sirva de nada, no solucione nada, pero ¿por qué debería tener una utilidad? —Sin proponérselo, tocó justo uno de los mecanismos Prometheus: todo debe hacerse por una razón utilitaria. No hay lugar para el placer hedonista, incluso el goce, como el sexo, tiene una finalidad. Liberar tensión, procrear, dominar mediante el acto sexual... —. Estaba llorando por ti, Marcus —le dijo—, *gracias a ti*, por lo que hiciste por Gunnar.

—Lo siento —se disculpó. Era la segunda vez que se disculpaba con ella y no lo hacía por razones políticas, porque había observado que eso se esperaba de él en las relaciones sociales.

Irina no mentía, de verdad experimentaba una sensación de liviandad tras el llanto. Más aún, tras ver a Gunnar comportarse sin violencia. ¡Había ansiado tanto eso! Y Marcus, Marcus se lo había dado. Estaba tan agradecida que empezaba a olvidar quién era en realidad, cómo era que se había convertido en su marido y reemplazado al anterior.

—No, no... era llanto de felicidad. Ven... —Se puso de pie y tiró de él. Marcus aún lucía confundido, aunque un poco más relajado. Al parecer no le había hecho daño a Irina y eso le generó un

inexplicable alivio. Y, en segundo lugar, descubría que tener dos emociones contradictorias a la vez era algo *normal*, que también le sucedía a la gente que no estaba rota.

—¿Adónde vamos?

—A enseñarte a llorar. —Marcus clavó los talones en la alfombra, pero Irina se volvió a él. Enredó los dedos en los del hombre—. No te haré daño, grandulón. Mis experimentos son menos científicos que los tuyos y los de esos médicos dementes que te educaron. ¿Confías en mí?

Marcus frunció el ceño. La confianza era una palabra que no estaba en su vocabulario. Pero Irina sonrió más, sus ojos celestes aún estaban enrojecidos y, debajo de ellos, unas tenues aureolas violáceas recordaban su dolor. No había llorado por la muerte de Oscar, ni por los golpes del conde. No obstante, sí había llorado por él. Marcus se sintió como el monstruo de Frankenstein: «Si no he de inspirar amor, inspiraré temor» y se preguntó si debía conformarse con el hecho de no ser nunca receptor de amor, pero al menos no morir en la indiferencia.

Sus pies se movieron detrás de los de su esposa y fue conducido por ella a la cocina.

—Milady... Milord... —Al verlo, el silencio de la cocina fue total.

—Déjennos a solas —ordenó la futura condesa. Sus órdenes no fueron acatadas, recordando que allí no tenía voz de mando. El conde aún regía. Y había dejado en claro que la futura condesa no era más que un adorno, una propiedad más de esas tierras que debía ser atendido como los caballos o las ovejas.

Ya no más. Ahora era más que la futura condesa de Salisbury, era la esposa de un Prometheus.

La palma de Marcus impactó en la mesa de trabajo, las ollas resonaron, algunos cucharones cayeron al piso.

—Han oído a lady Irina y quien ose desatender una orden suya se irá a la calle sin contemplaciones —dijo con voz firme, fría. Raissa fue la única en sonreír, los demás salieron despavoridos del lugar.

—¿Era necesario el espectáculo? —le preguntó Irina.

—Sí. —Enredó los dedos con más fuerza entre los suyos—. Joder, mujer, tanto tiempo en el infierno y aún no sabes cómo tratar con demonios.

—Tengo que confiar en que la bondad vence al odio. —Selló sus palabras alzando las manos enlazadas y depositando un suave beso en los nudillos de Marcus.

Él tiró de ella hasta acercarla a su cuerpo. Había puesto a prueba su capacidad de control con Irina, podía resistir, pero empezaba a hallar en vano el intento. Ansiaba rendirse, apagar esa voz de su cabeza que le recordaba con crueldad que era la viuda de su hermano. Sin importar cuántos papeles le hiciera firmar, cuántos anillos colocara en su anular, Irina siempre sería una parte de Oscar.

—Es una mirada idealista, utópica e ingenua —la reprendió.

—Lo contrario sería derrotista, deprimente y cínico. Prefiero seguir creyendo que puedo moldear mi realidad con mis actos. El destino sellado, cual tragedia griega, no funciona en mí. —Le soltó las manos y Marcus sintió que, sin su contacto, era arrojado al ártico.

—Demonios, si alguien más me habla de destino y salvación me volaré los sesos —gruñó. Tenía suficiente con las sesiones de Serge, como para que Irina también le viniese con eso. Claro que, si se ponía analítico, entendería que justamente aquel era el motivo por el que el tema seguía saliendo a flote. Debía romper con lo que Viktor le había enseñado, de que su destino era dominar el mundo, y abrazar, en cambio, la idea de que la existencia era libre y el objetivo se lo otorgábamos nosotros.

Irina se agachó debajo de la mesa de trabajo, elevando su trasero sin polisón a la vista de Marcus. La tela negra, sin tanto ornamento, remarcaba las curvas reales de la mujer. El hombre olvidó

toda diatriba filosófica y solo pudo pensar en el deseo de volver a verla semidesnuda. O completamente desnuda. O...

—Lo tengo.

—¿Qué? —preguntó con voz ronca.

—Cebollas. —Se dio la vuelta y buscó derredor, se notaba que la cocina no era un espacio habitual para lady Irina. En la biblioteca podía encontrar un ejemplar con los ojos cerrados, allí no hallaría una res ni aunque la tuviese ante su nariz.

—¿Qué necesitas?

—Un cuchillo.

—¿Al fin has decidido matarme?

Irina emitió una risotada.

—No, claro que no. Aún te necesito. —Bromeaba, pero a Marcus la respuesta le generó malestar. ¿Acaso le importaba que Irina estuviese con él solo por necesidad?, si justamente acababa de pensar en que todas sus relaciones se daban en términos utilitarios. Esa mujer lo volvería loco. O tal vez ya estaba loco y su esposa pretendía volverlo cuerdo. No sabía que era más aterrador.

Rebuscó en su chaleco hasta dar con su cuchillo personal.

—No preguntaré por qué llevas un cuchillo a todas partes, pero nos servirá —observó la dama. Marcus se lo extendió, dispuesto a ser apuñalado—. Es para ti, tú cortarás cebolla. —Fue el turno de buscar una tabla.

—Aquí, Irina. Esto es una tabla de cortar.

—Ah, vale. Pensé que estaba para no quemar la mesa. —Se encogió de hombros.

—La mesa es de madera por esa misma razón.

—Bueno, bueno... El tono de su voz, milord —lo reprendió. Marcus notó cómo las comisuras de sus labios se extendían en una sonrisa involuntaria. Arrastró el saco de cebollas, él se adelantó y la reemplazó con la labor.

—¿Dónde?

—A tu lado. Ahora, ponte a cortar.

—¿De verdad? —Ella asintió—. No sería un llanto real. Se debería al ácido de la cebolla.

—Por algo se empieza —respondió enigmática.

Marcus rodó los ojos, pero aceptó el ejercicio. Sí, Viktor tenía razón, el remordimiento era un sentimiento limitante. Él hacía eso porque sentía culpa de haberla hecho llorar y más aún, por haber sometido a Gunnar a un experimento científico. Aunque bien intencionado, o eso creía, le había hecho a su sobrino lo mismo que él había padecido. Y si le preguntabas al doctor Schwarz, él diría que también su proyecto tenía buenas intenciones. El camino al infierno estaba plagado de ellas.

Irina observó la destreza de su nuevo esposo con el cuchillo. Ese hombre no pelaba cebollas, les decapitaba la raíz, les despellejaba la piel y las cortaba en finas láminas para enviar cada una de ellas a sus familiares. ¡Qué demonios! Y lo hacía tan rápido que necesitaron de cuatro cebollas hasta que el ácido surtiera efecto y los ojos de Marcus se cristalizaran.

Si habitualmente tenían el color de los zafiros, en esos momentos, con el brillo de las lágrimas, parecían dos piedras preciosas incrustadas en su rostro.

—Gunnar tampoco llora —le confesó. Se mantenía a cierta distancia, aun así, el efecto de la cebolla la alcanzó también—. O, al menos, no lo hace en público. El conde le dijo que llorar era de débiles.

Marcus ralentizó sus cortes, empezaron a ser más precisos y letales. Eso aumentó el contacto con el ácido. Irina lo miraba, ella no reprendía sus sentimientos. ¿Para qué?, llevaba años de ese

ejercicio y ahora al fin era libre. Su nuevo esposo la había liberado. Entendía que el método empleado debía aterrarla, que era la prueba de que el hombre Prometheus era mil veces peor que su anterior marido; no obstante, no lo hacía. Porque pese al horror de ese maldito proyecto, porque aunque la embargara la impotencia de saber que a la edad de Gunnar, Marcus fue sometido a infinidad de torturas, lo cierto era que en él, la violencia era un medio, no un fin. La crueldad de Oscar y de Alfie eran su esencia; en su actual esposo, el poder era su esencia. El dominio. Aunque luego fuese como esos perros que perseguían las ruedas de los carruajes y no sabían qué hacer si se detenían. Porque, ¿para qué queremos tener poder?, ¿qué buscamos conquistar?

Ella era una mujer sencilla, si le preguntaban, su respuesta sería tan simple y compleja como lo era la vida: ser feliz. No quería una casa inmensa, sino un techo que la guarneciera. No quería herederos, sino hijos a los que amar y la amaran. No quería dinero, sino comida saludable. Ni deseaba vestidos caros, sino abrigados en invierno y ligeros en verano. Ni criados que atendieran todas sus necesidades, sino la división de tareas para que todos pudieran descansar y reponer fuerzas.

Su simple anhelo era un imposible en el mundo real; allí, sin ser cínica, sino realista, admitía que prevalecían los Marcus. Los Prometheus. En tal caso, no le quedaba más que aliarse con el vencedor y adaptarse.

Pero lo cierto era que, desde que conocía a Marcus, primero como cuñado y ahora como esposo, un deseo más empezaba a crecer dentro suyo. Un anhelo nuevo que componía ese simple cuadro de *ser feliz*. Y era la pasión. Él despertaba en ella un anhelo que apenas había vislumbrado en sus años de soltera, cuando soñaba con caballeros y bodas pomposas. Cuando Marcus la miraba de ese modo, como si tuviera que recurrir a todas las fuerzas de su ser para contener el impulso de besarla, la hacía sentir hermosa. Viva. Mujer. Llevaba tanto tiempo queriendo generar lo opuesto, buscando granjearse la indiferencia de un esposo, que había empezado a detestar la imagen que le devolvía el espejo.

No más. Poco a poco recuperaba el deseo de verse bonita, de perfumarse, de realizarse peinados que la favorecieran. De tentar al demonio.

¿Era eso vanidad?, ¿o simplemente pasión? Porque no quería la atención de cualquiera, no le importaba si le era indiferente al resto del mundo, mientras los ojos zafiros de Marcus se posaran en ella.

—Cuando Gunnar necesita soltar esas lágrimas de ira que lo embargan, espera a la hora del baño. Sumerge su rostro y esconde el agua de su dolor en el agua de la tina. —Percibió la respiración profunda del hombre, el pecho abrirse para llenar los pulmones de aire—. Yo le permito que crea que me ha engañado, temo decirle que he descubierto su secreto y que ni siquiera pueda llorar allí.

—Eso es mentir.

—Eso es imaginar. A veces necesitamos escapar de la realidad. Por eso le leo tantos cuentos, me aseguro de que, al menos en su mente, siempre tenga refugio.

Marcus tragó saliva, su nuez de adán danzó con el esfuerzo.

—¿Y qué pasa si no puedes huir de tu mente?, la alienación es el camino a la locura. —Él estuvo a punto de perderse en su fantasía, en esa en la que lady Teresa lo rescataba, lo abrazaba como una madre debe abrazar a un hijo y le prometía que a partir de entonces estarían bien.

—¿Estás seguro? Cuando el mundo está loco, imaginar es el último bastión de la cordura.

Se acercó a él. Había pelado y picado tres kilos de cebolla, esperaba que a la cocinera se le ocurriera una receta en la cual emplearlas. Le quitó el cuchillo de las manos y lo dejó a un lado. Con el pulgar secó una lágrima que se deslizaba por la mejilla de Marcus, se la llevó a la boca. ¿Era real o producto del ácido?

—Este es mi humilde agradecimiento. Gracias, Marcus, por lo que hiciste por Gunnar. —Se puso de puntitas de pie y le dio un beso en la mejilla. Luego se marchó.

CAPÍTULO II



La astucia de Raissa podía ser considerada digna de un agente de Scotland Yard, por desgracia, las fuerzas policiales británicas solían reclutar a los especímenes menos calificados para el trabajo. Situación ventajosa para los Prometheus, que hallaban piedras preciosas sin pulir en los lugares más inesperados y recónditos de Londres. Gracias eso, los reclutados podían adentrarse en lugares en los que la nobleza y la clase alta no podían hacerlo sin parecer gallos en el gallinero equivocado. En otras circunstancias, Marcus no dudaría de ofrecerle a la mujer un plan de trabajo acorde a sus habilidades; la hubiese sumado al equipo que conformaban Ernest y May. No fue necesario, la mujer se colocó sola en el tablero de juego. Al principio consideró su actitud sospechosa, creyó que la raíz de su comportamiento se hallaba en una traición secreta, que trabajaba para el conde, puesto que actuaba y compartía información sin el consentimiento de su señora. La observación de Ernest y la información que May logró recopilar sobre ella puso en claro que sus intereses siempre tenían como raíz verdadera el bienestar de lady Irina, pues este, se traducía a su propio bienestar. Sin duda, una mujer criteriosa, pensó Marcus. Cuando su señora no encontraba la forma de expresar su preocupación y desconcierto, Raissa, sin autorización mediante, utilizaba su propia forma y se la informaba a Ernest. Cuando su señora deseaba trasladar cierta información sin quedar en evidencia, Raissa, con su común disimulo, la hacía llegar al destino correspondiente. Y cuando, Raissa, luego de un análisis mental y personal, creía conveniente brindar cierta sugerencia, opinión o recordatorio, sin pelos en la lengua, llamaba a la puerta del lord.

—Disculpe que lo interrumpa, milord, pero vengo a informarle sobre lo que me solicitó —le habló desde la puerta, como quien pretende lanzar una piedra y huir. Se reservó el resto de la información que albergaba en la punta de la lengua porque el lord estaba en compañía de su secretaria. Fue esta quien alzó la vista hacia ella con una cordial sonrisa. El lord no se tomó tal molestia.

—Pues infórmame, entonces —dijo con el ceño ligeramente fruncido, no recordaba con exactitud qué le había solicitado. Menos aún en esos momentos, en los que su mente estaba sumergida en el mar de posibles empresas fantasmas conformadas en el último año. May había recopilado datos de la bolsa de valores y de movimientos bancarios que podían brindarles las pistas necesarias.

—El señor Wiggins ha retomado sus lecciones con lord Gunnar...

Tras la muerte de Oscar, Marcus, consideró la posibilidad de cambiar al profesor del niño, ya que estaba contaminado por las formas del condado. Era tiempo de abrirle la puerta a un tutor más joven y mejor preparado. El conde alzó lo que le quedaba de voz para manifestarse en contra de la decisión, como un general que lucha por los últimos soldados que quedan en pie en su frente de batalla. Alfie creyó que había ganado ese enfrentamiento contra Marcus porque este no emitió una misiva de despidio. Error, no la envió porque el señor Wiggins enfermó y debió tomarse un par de días de descanso. Quizás el hombre no sobrevivía ese invierno y le ahorraría el trabajo. Pero no, como toda hierba mala, encontraba la forma de desplegar su brote en medio de la lluvia y la nevada.

—Gracias, Raissa, me ocuparé de él después —dijo sin apartar su atención de las hojas en las que tomaba notas en base al análisis de los datos que leía en los informes de May. Es más, fue esta la que agradeció el mensaje brindado con un movimiento de cabeza. Uno que también la invitaba a marcharse.

Raissa carraspeó, no se marcharía hasta que su *mensaje* fuese interpretado correctamente. Y así fue. Su carraspeo bastó para que el lord le dedicara su atención. Alzó la cabeza y la observó.

—El señor Wiggins ha retomado sus... *lecciones*. —La pausa forzada, el énfasis en la última palabra, y la mirada con destello de ira en Raissa dibujó un paisaje en la cabeza de Marcus.

Se incorporó con tanta brusquedad que hizo que la silla tambaleara al punto de caerse hacia atrás. El respaldo resonó contra la alfombra, el piso vibró, ni May ni Raissa mostraron reacción alguna ante el comportamiento intempestivo del lord. Como quien escucha un trueno en medio de una tormenta. Al fin de cuentas, es lo que se espera de una buena tormenta, rayos y truenos.

—May, continúa sin mí —dijo y abandonó el despacho a la velocidad de un rayo.

—Con gusto lo haré —murmuró para sí. Sonrió, había hecho averiguaciones sobre el señor Wiggins, el hombre era un maldito desgraciado y, lo peor de todo, tenía un pésimo currículum académico, casi arcaico. Continuó con el análisis de datos a la espera de oír el trueno... pues también es lo que se espera después de ver el relampagueo de un rayo, ¿no?

La nueva sala de estudio se encontraba en el otro extremo de la segunda planta, hacia allí se dirigió Marcus. Raissa tomó el camino opuesto, como buena agente encubierta con múltiples propósitos, se encaminó a la habitación de su señora, interrumpiría su momento de lectura para hacerla partícipe del que, daba por seguro, sería un espectáculo digno de ver. La doncella detestaba a Wiggins, en más de una ocasión el desgraciado había intentado propasarse con ella.

—Parece que lo que te he enseñado te entró por un oído y te ha salido por el otro durante mi ausencia...

Los primeros atisbos de la reprimenda de Wiggins entraron por los oídos de Marcus. Luego fueron directo a su cabeza, una vez allí, dieron origen a lo que sucedería. Para que no quedara duda al respecto, y que las emociones descontroladas se cocinaran en tiempo y forma, Marcus optó por tomarse unos segundos para conocer el desenlace de la conversación.

—No me he equivocado... —Gunnar se defendió. Hasta su voz sonó desafiante, algo que hizo sonreír a su tío.

—Te has equivocado desde el momento en que has decidido corregir mi error ;Tienes que aprender a conocer tu lugar, pequeño! —Wiggins alzó la voz. Marcus cerró los puños, respiró profundo. Comenzaba a hervir por dentro, pero todavía no había alcanzado su punto de ebullición. Cerró los ojos. Esperó—. Súbete al taburete...

—No, no lo haré. —La resistencia comenzaba a ser una nueva estrategia en Gunnar. Antes aceptaba sin emitir opinión porque contradecir era sinónimo de castigo. Por lo visto, para dejar ese concepto enterrado junto a la tumba de su padre, solo requirió de la enseñanza adecuada. Una que le hiciera comprender que permanecer fiel a uno mismo es lo único capaz de mantenernos a salvo. La resistencia nace de la necesidad de supervivencia más profunda, no física, sino mental. El cuerpo tolera hasta el límite que la mente le imponga. En consecuencia, entrenar a nuestra mente es lo que nos hace fuertes y competentes, en especial, en los momentos en los que tenemos que decir...*no...basta...fin*.

—¡Te he dicho que subas al taburete!

La orden de Wiggins resonó en el corredor. Peor aún, hizo eco en la cabeza de Marcus. Estaba satisfecho con el resultado del aprendizaje de su sobrino, de las lecciones que él, desde su humilde manera, le proporcionaba. Las de Wiggins... bueno, esas estaban a punto de terminar. Se quitó la chaqueta y la arrojó sobre la mesa auxiliar que decoraba el corredor. El jarrón con flores fue víctima del embiste y tuvo como destino final la alfombra. Marcus se recordó quién era... un Prometheus que nunca debió de serlo. Sí, se sabía todas las lecciones, pero no podía cargar con el peso académico de estas, y tomaba en cuenta solo aquellas que le beneficiaban. Dominaba su cuerpo, pero su mente, día a día vagaba solitaria y descontrolada por los corredores de la casa Cavendish. Perecería, era cuestión de tiempo, y cuando lo hiciera, la haría satisfecho con las decisiones tomadas. Aunque fuesen estas la que lo hicieran colapsar...

Fue silencioso, abrió la puerta y contempló la obra teatral que se estaba llevando a cabo ante sus ojos. Una obra muda, pues las palabras dichas, las quejas, los gemidos que emitían no tenían sonido alguno para Marcus. Solo podía oír la melodía de su sangre, la ebullición, el burbujeo. Wiggins forzaba a Gunnar a subirse al taburete, este se resistía. El hombre, debido a la intransigencia del pequeño, buscó otra alternativa de escarmiento, lo cogió por los hombros con la intención de obligarlo a arrodillarse. La entereza de Gunnar seguía poniendo en jaque al tutor, el crío no se rendía, lo que hizo que recurriera a una violencia inapropiada, lo empujó. Gunnar cayó de rodillas y evitó el resto del impacto porque se sostuvo con las palmas. Hacia estas se dirigió Wiggins, si no podía golpear sus nudillos con la vara o una pizarra, lo haría con su condenado pie. Sí, los pisaría, así aprendería, las manos de Gunnar conocerían la suela de su zapato.

Pero lo único que tuvo un encuentro cercano con una suela de un zapato fue el rostro de Wiggins. Y no con cualquiera, nada más y nada menos que los de Lord Marcus Cavendish. Una vez que desestabilizó el cuerpo del hombre y estuvo de rodillas en el piso, lo cogió del corbatín y lo elevó con el único propósito de arrastrarlo hasta la salida más cercana.

Tenía que detenerse, lo sabía. Intentó tararear una melodía de Wagner, una de Mozart, pasó por todos los compositores que se le ocurrieron. No funcionó, no podía autoinducirse el condicionante ¡Al demonio todo! Abrió la ventana y asomó casi la mitad del cuerpo de Wiggins por esta. El tutor pendía, la altura no era mucha, pero había un cerco de hierro puntiagudo que lo atravesaría, era una sentencia de muerte segura y rápida. El hombre suplicó con lágrimas desesperadas en los ojos; para Marcus, sus labios se movían como si se tratara de una pantomima. Pensó en todos los Wiggins del mundo. ¿Podría matarlos a todos?

Nada, ni melodías, ni gritos desesperados lograban que abandonara el ensimismamiento en el que estaba sumergido. La anécdota de ese día sería narrada como una historia sobrenatural, un lord

poseído. Y no estarían equivocados, lo estaba. Poseído por un dolor profundo, el del abandono, el desarraigo, la destrucción absoluta de lo que pudo ser y nunca sería. Nunca sería capaz de sentir, de amar... de perdonar. Nunca sería... ¿humano?

En medio del silencio abrumador de su mente, una voz se abrió camino. Suave, lejana, igual de fantasmal que sus recuerdos, que sus anhelos. Como si el pasado viniera a susurrarle algo al oído en el preciso instante en el que estaba dispuesto a acabar con una vida más... una más del montón.

Nada de varas... ¿recuerdas?

La voz fue acompañada de un gesto que no estaba acostumbrado a recibir... ¿caricia? Sí, un gesto auténtico, nacido de un afecto verdadero y sincero: la mano de Gunnar sobre la suya. Una que pretendía detener al demonio y despertar al hombre que habitaba en él.

—Nada de varas —volvió a susurrar Gunnar con una voz tan angelical y armoniosa que, de escucharlo, todos los compositores del mundo le tendrían envidia.

—Nada de varas... —repitió Marcus.

Y el silencio en su mente dejó de ser silencio. La sangre dejó de hervir. El canto de los pájaros del jardín resonó en sus oídos, al igual que el llanto desesperado del hombre que pendía del marco de la ventana. Miró a su sobrino. Miró a Wiggins, este merecía la muerte. Una que, sin duda, le otorgaría el Creador. No él. No ese día. No ante los ojos de Gunnar. Menos que menos, como consecuencia del descontrol que tenía sobre sí mismo. Retrajo al hombre, este quedó ovillado sobre la alfombra, sabedor de que gracias al pequeño viviría un día más. Con uno le bastaba. ¡Vaya forma de aprender sobre el agradecimiento! Desde ese día en adelante, al abrir los ojos cada mañana, les agradecería a los cielos. ¡Gracias por un día más!

Irina, que había llegado en el momento crítico, segundos antes de que colgara a Wiggins de la ventana, se mantuvo como espectadora una vez más. El recuerdo de la ejecución de Oscar a manos de Marcus también la arrojó a un estado mental similar al de él, ensimismada, paralizada, incapaz de encontrar una lógica a su brutal reacción y, a la vez, imposibilitada de hallar una justificación que lo detuviera. Sabía que lo que él estaba por hacer era un acto atroz y violento, un acto que ella llevaría a cabo sin siquiera pestañear si Gunnar estaba en peligro o era perjudicado. Quizás por eso, cuando vio que su hijo se encomendaba a la labor de rescatista, no temió por él. Porque él era la razón secreta y perenne en los comportamientos de ambos. A su manera, tanto Irina como Marcus, velaban por el bienestar de Gunnar. Con las herramientas que poseían, aunque estas no fuesen las más adecuadas ante los ojos de la mayoría. Pero allí, en el infierno Cavendish, eran las únicas posibles.

—Vamos a por unas trufas de chocolate —le dijo el pequeño cogiéndolo de la mano, juntos se encaminaron fuera de la sala en dirección al despacho de Marcus, allí estaba el tesoro deseado.

Cuando Marcus pasó junto a Irina, la miró con una disculpa implícita en el rostro y le obsequió unas palabras que ella también consideró como un tesoro ganado. No necesitaba de trufas de chocolate, con lo oído le fue suficiente.

—Despídelo en mi nombre, dile que si vuelve a poner un pie en esta casa, habrá otro jodido accidente de caza.

No omitió ni cambió palabras. Aunque esto pusiese en manifiesto que la muerte de Oscar no fue accidental, se lo dijo. Wiggins le contaría lo sucedido al conde y, por supuesto, repetiría la condena en su nombre emitida por lord Marcus Cavendish. Sería un mensaje para Alfie, uno directo y claro, aléjate de Gunnar si no quieres ser el siguiente. Irina sonrió.

CAPÍTULO 12



—Dime que tienes buenas noticias, May —rogó Marcus al entrar a su despacho.

—Las tengo, milord. —Cavendish fue al aparador y abrió su caja de bombones, necesitaba algo que le mejorara el humor. Soltó una risotada al ver los agujeros vacíos. *Gunnar*, pensó y arrojó la caja al cesto—. Y también tengo scones dulces...

—Tú sabías de esto. —Entornó los ojos.

—Lo siento, milord. Pero su hijo es más encantador que usted.

Marcus se quedó de piedra. Se volvió hacia su secretaria-espía y clavó su mirada en ella. Arqueó las cejas, le costó articular las palabras:

—Sobrino —corrigió.

—Hijastro —intervino Ernest.

Al demonio el buen humor. Fue a por un vaso de coñac. Los scones dulces no bastarían para domar a la fiera. Joder, cada vez le era más difícil mantener las emociones a raya. Desde hacía un par de noches que, además de ejercitar hasta la extenuación, le dedicaba una hora a la meditación. Y lo único que conseguía con ello era tener las pesadillas habituales, esas en las que lo sumergían en agua o lo amarraban a estacas o le impedían dormir por días. Bebió un sorbo e intentó que el alcohol le brindara algo de paz.

—Lo que sea...

—Lo que sea, no. Es legalmente su hijastro y usted es su tutor.

—Ya, Ernest —lo detuvo May.

—No. Es justamente para lo que nos paga, ¿verdad?, para que seamos sus ojos donde usted no puede ver. Al parecer eso es delante de sus narices.

—Ernest...—insistió la mujer.

—Haz caso a May, te ha cogido cariño y no quiere que mueras, ¿verdad? —replicó Marcus, sin

emoción.

Ernest miró a May, claro que habían desarrollado cariño, aunque no fuese de índole romántica. Los dos habían visto lo más oscuro de la humanidad y habían accedido a trabajar con el demonio porque hasta el inframundo necesitaba un poco de orden.

—La muerte estaba estipulada en el contrato, la condescendencia no, milord.

—May, empieza a hablar tú o callaré a Ernest por otros métodos. —La mujer miró a su compañero de trabajo y asintió con la cabeza.

—Bien. Lord George Butterfield sospecha de la muerte de Lord Herbert Russel, solo que no piensa que el autor sea usted, milord. Al parecer, todos asumen que esas cosas son obra de Tobías Krage o, en su defecto, del renacido Franz Cooper.

—Nadie sospecha del *Little lord*. Jodido Viktor y sus teorías acertadas. —La ventaja estética funcionaba siempre, por eso, además, las mejores espías eran las mujeres. Bastaba una belleza como la de Irina para que un simple mortal se pusiera a cantar como un pajarito.

—De todos modos, al no haber recibido un ataque, se tranquilizó y delató su lugar de alojamiento, milord. Y tiene suerte, es en Slough.

—Oh, alabado sea el Señor que escucha mis súplicas, no tengo que pisar las calles de Londres —expresó con exageración.

—La mala noticia es que va a estar más preparado que Russel. En cuanto lo vea, sospechará.

—Haremos que no me vea. Ernest...tu turno.

—¿Está seguro, milord, o amenazará con arrancarme la cabeza?

—La amenaza siempre está, Ernest, tendrás que arriesgarte —ironizó.

—Al menos recupera parte de su buen humor.

—Es fingido. —Sonrió.

—Como todo en usted, no vaya a ser cosa que lo abrume una emoción real.

—Te estás pasando de la línea.

—¿Yo?, ¿yo me estoy pasando de la línea? —Era extraño ver a Ernest furioso, porque su ojo estrábico era el que se fijaba con más fuerza en la razón de su enojo. En esa ocasión, en Marcus Cavendish debía reconocer que se había encariñado con su ayudante de cámara, todo lo que un Prometheus era capaz. O, al menos, lo que hasta entonces había creído que era capaz. Porque si le daban a elegir entre matar a su fiel servidor o a Irina, el pobre de Ernest perdería la pulseada antes de parpadear. Y justo sobre esa línea de pensamientos era que el hombre quería ahondar—. Tal vez usted borró cualquier sendero marcado, milord, y yo solo camino por donde puedo.

—Lamento complicarte el trabajo, Ernest.

—No me estoy quejando, milord. De hecho, hace unas semanas esto era demasiado aburrido. Le delegué mi trabajo a Raissa, cobra poco y es eficiente.

—Raissa es leal a Irina, no a mí. Ese es el motivo por el cual no la contraté.

—¿Y la lealtad de Irina y la suya no coinciden, milord?, ¿no fue por ello por lo que le obsequió rosas blancas el día de la boda?

Marcus exhaló, agotado. No volvió a beber coñac, necesitaba chocolate. Pero al parecer Gunnar también y había acabado con sus reservas. Además, May tenía razón, si hablaban de *ventaja estética* perdía por amplia diferencia ante su sobrino. El pequeño no solo se le parecía en lo bueno, como en los ojos o en los rizos, sino que le había sumado la belleza materna en la piel blanca marmórea y en la capacidad de sonreír genuinamente.

Competencia desleal. Debía dar por perdidos sus bombones.

—Coinciden de momento, llegará el día en el que descubra que estará mejor sin mí y me

pondrá una bala entre ceja y ceja.

—En tal caso, empiezo a ahorrar para mi retiro.

—Ja-ja. Suelta lo que debes decir.

—Hizo mal en atentar contra la vida del señor Wiggins. Ha llamado la atención de su padre.

—Ya tenía la atención de mi padre.

—No así. Hasta ahora, lord Alfie pensaba que usted era frío, calculador y violento. Que estaba de acuerdo con los maltratos físicos a Gunnar y que se...

—¿Sí? —Hizo un ademán con la mano para que continuara.

—Que se tirara a su esposa a la fuerza.

—Vaya...nunca deja de sorprenderme el romanticismo Cavendish.

—Su *exabrupto* —dijo Ernest, resaltando la palabra— ha descubierto que usted no es el monstruo que pretende aparentar.

—¿No soy un monstruo? ¡Oh, Ernest, me ofendes!, arruinas mi apariencia. —Se mesó el cabello y ajustó la corbata. Era bueno que lo subestimaran, que creyeran que era inofensivo. De hecho, Lord George Butterfield se llevaría una grata sorpresa al verlo.

—El problema es lo que pueda intentar el conde, milord. Será un león viejo, pero aún tiene garras.

—Por eso tú estarás alerta y me harás saber su próximo movimiento. —Se puso de pie, no quería perder el tiempo, debía ir a Slough antes de que cayera la noche. Pese a mofarse de la *preocupación* de Ernest, era consciente de que se estaba quedando sin tiempo. Lord Alfie estaba al tanto de que su hijo tenía sentimientos, no importaba cuáles fueran estos, se suponía que un Prometheus no debía sentir nada. En breve, no le alcanzaría con Serge Amberg para esconder su secreto, y Viktor se enteraría. Sin importar la perspectiva del psicoanalista del proyecto, para Schwarz, cualquier debilidad era indicio de caso fallido. No solo las visiones, las voces y la paranoia, el simple hecho de priorizar algo a alguien por encima de uno mismo era razón suficiente para descartar el caso. Eliminar el fallo.

Antes de que eso sucediera, Marcus se llevaría a un par de esos malnacidos con él al infierno.

—Yo me encargo —dijo Irina al entrar en la habitación de Gunnar. El pequeño estaba en la tina, su ayudante de cámara era un hombre severo, elegido por el conde para esa función. El criado dudó al ver a la futura condesa, pero lo asaltó el recuerdo de Marcus golpeando la mesa de la cocina y no dudó en acatar. Que lord Alfie ajustara cuentas con su hijo, él sin dudas no se interpondría en el camino del Prometheus.

Además, admitió el ayudante al abandonar la habitación, empezaba a sentir empatía por el hijo pródigo del conde. Todos los criados salvo el mayordomo lo hacían. Comenzaban a aceptar la nueva dinámica y la consideraban mejor que la anterior. Lord Marcus no perseguía criadas, no torturaba lacayos, no tenía pedidos extravagantes y castigaba a quienes no pudieran cumplirlos. Sabían, claro, que el hombre Prometheus no aceptaría la traición y que posiblemente los matara si sospechaba que le eran desleales, pero el resto del tiempo se mostraba cerebral. Se agradecía el cambio.

Y en el cambio venía incluida lady Irina. Los empleados murmuraban sobre el hecho que la lady y el lord todavía no compartían alcoba. Sin embargo, era evidente que Marcus le otorgaba a su esposa el lugar de señora de la casa que lady Teresa no ocupaba y exigía respeto absoluto hacia ella. El

ayudante de cámara de su hijo no sería quien contradijera ese mandato, y aunque el conde le seguía pidiendo reportes diarios del desempeño del niño, se limitaba a lo superficial. Por ejemplo, jamás le diría a lord Alfie que esa tarde abandonó la habitación y dejó que la madre bañara al niño como si fuera una mujer de clase baja.

Irina se arrodilló junto a la tina. Envolvió el pan de jabón en una bolsa de gasa e hizo un poco de espuma antes de pasársela a su hijo por la espalda. Le revisó las heridas, todas eran viejas, de antes de que muriera Oscar y Marcus se hiciera cargo de la situación. Desde entonces, el conde no aleccionaba a su nieto y ella...ella volvía a respirar.

Otro detalle le llamó la atención en el cuerpo de su pequeño. Debido a la cantidad de veces que lo enviaban a la cama sin comer, Gunnar era un niño delgado en extremo. Ya no. Había ganado peso y empezaba a formársele una dulce barriguita. Irina le hizo cosquillas y el niño chilló. La salpicó con el agua de la tina.

—¿Sigues robándole bombones a tu tío?

—Tal vez —respondió Gunnar, con picardía.

—Gunnar... —lo reprendió—, no solo te hará mal comer tantos dulces, sino que...

—¿Qué? —preguntó el pequeño. Irina cogió un recipiente, lo llenó de agua y le pidió a su hijo que echara la cabeza hacia atrás. Le mojó el cabello y observó como los rizos se resistían a ser deshechos. Tenía el mismo cabello que Marcus y que lady Teresa. Espeso y rizado, no liso y escaso como el de los demás Cavendish.

—Me preocupa que te excedas con tu tío, Gunnar. Que lo hagas enfadar.

El niño se encogió de hombros. Irina hizo más espuma en sus manos y la llevó a los cabellos de su hijo. Empezó a masajear con cuidado, y el pequeño cerró los ojos, aceptando la caricia materna. Desde el *experimento* de Marcus, Gunnar estaba más receptivo, dejaba de tener vergüenza de mostrarse como un niño de verdad. Buscaba, con cautela, por supuesto, las muestras de cariño de su madre. Se atrevía a reír. Empleaba más tiempo en juegos didácticos que en juegos de roles. Y... sí... medía los límites de su tío. Parecía querer saber hasta dónde podía llegar, probar la paciencia de Marcus y conocer las consecuencias. Pero desafiaba los límites con cosas normales, propias de su edad. No solo le comía los chocolates, también había probado entrar a Spencer a su habitación, había roto un jarrón por correr por los pasillos y había manchado con jugo de mora una camisa blanca.

Hasta ahora sin consecuencias graves. Marcus le había permitido tener al perro a cambio de que Gunnar en persona se encargara de alimentarlo, le había hecho juntar el estropicio del jarrón y lavado la camisa él mismo. Ni un golpe. Y respecto a los bombones, algo aún más extraño había sucedido, al menos en el mundo de Irina Cavendish. Marcus le había dicho: repréndelo como te parezca, si es que te parece. Y se encogió de hombros.

¿Le había dado el control de la situación a su mujer?, ¿un hombre Cavendish? Aquello era anormal incluso en familias típicas, los hombres mandaban y las mujeres y los niños acataban.

Nunca sabría a qué atenerse con Marcus. Ella también se sentía tentada de probar los límites de su paciencia. Y si le decía de ser ella quien eligiese al próximo profesor de Gunnar, ¿accedería?, y si proponía cambiarle la rutina para que tuviese más tiempo libre, ¿lo permitiría?

Volvió a llenar el recipiente con agua y comenzó a aclarar el cabello de su hijo.

—El tío Marcus no me hará daño, mamá —declaró el pequeño. Cogió un paño y comenzó a limpiarse con esmero entre los dedos de los pies.

—Gunnar... —Irina se mordió el labio—. Gunnar, no podemos correr riesgos. Sé que no lo hemos hablado porque fue algo... algo duro y los dos prometimos guardar silencio... —Le era difícil hallar las palabras.

—¿Te refieres a que mató a mi padre?

Al demonio con la franqueza de los niños.

—Y casi lanza a tu profesor por la ventana. Puede que tu tío Marcus no sea...no sea como el abuelo y como tu padre, pero sigue siendo un hombre peligroso.

—Más peligroso —declaró Gunnar. En su voz no se traslucía el miedo, sino el orgullo.

—Exacto, más peligroso. No creo que te haga daño por un par de chocolates, pero ¿por qué desafiarlo?

A Gunnar la idea le causó gracia, rio. Salió de la tina, aferrándose a la mano de su madre como sostén.

—¿Me secas, mamá? —pidió. Irina lo cubrió con la toalla, desde la cabeza. Movi6 la tela sobre sus rizos y estos volvieron a formarse con rapidez—. Tío Marcus no me hará daño, porque 6l solo se enfurece con quienes me hieren a mí. —Se encogió de hombros—. Si me lastimase, se tendría que golpear a sí mismo, ¿verdad? —La idea lo hizo carcajear.

—Entiendo que pienses así por lo que pasó con el profesor Wiggins, pero tu padre...

—Mató a mi padre porque me hizo daño, mamá.

Hasta entonces, Irina pensaba que Marcus había eliminado a Oscar por los rencores del pasado, incluso por hacerse con su lugar. Nunca había imaginado que la razón fuera Gunnar... su Gunnar...

—¿Qué sucedió?

—Padre quería que matase a Spencer, tú siempre has dicho que los Cavendish deseaban quitarme la humanidad, hacerme malo. Matar a Spencer me hubiese hecho malo. Tío Marcus dice que nadie te puede quitar ni dar la humanidad, que ya nacemos con ella. —Irina abrazó a su hijo, lo estrechó contra su pecho—. Yo no quería matar a Spencer, no quería convertirme en un monstruo.

—No lo hiciste, Gunnar. —La voz le dañó las cuerdas vocales, sentía en su garganta una garra de fuego. Más aún, sentía la mano de Marcus allí, aprisionándola con sus dedos, mientras la conducía a la locura de desearlo y odiarlo en partes iguales—. No eres un monstruo ni lo serás. Tío Marcus tiene razón, la humanidad no se da ni se quita.

—Yo no quiero que tío Marcus sea mi tío —confesó el niño. Se terminó de secar solo, porque su madre parecía incapaz de seguir con la tarea. Cada vez que lo tocaba, prefería abrazarlo que terminar con el secado.

—Entiendo... Es aterrador y...

Gunnar negó con la cabeza.

—Quiero que sea mi papá. 6l se parece más a mí que mi padre y yo me quiero parecer más a 6l que a Oscar. ¿No puede ser mi papá? Ya se ha casado contigo.

Irina dejó que su trasero cayera sobre el suelo, no le importó que su falda se mojara con el agua rebalsada de la tina.

—Nuestro matrimonio es... es distinto, Gunnar. Estamos juntos porque así podemos cuidarte...

No quería cargarle el peso del mundo en sus hombros, pero tampoco podía jugar con sus ilusiones.

—Podrían intentar que fuera de verdad, ¿no? O yo podría pedirle que fuera mi padre de ahora en más. Pero no sé cómo se hace eso. ¿Se le da un anillo como a las esposas?

A Irina se le escapó una carcajada. Se incorporó y ayudó a su hijo a ponerse la ropa de dormir.

—No sé cómo se le pide a alguien que sea un padre. No obstante, luego de lo que me has

contado, me queda claro que lord Marcus te aprecia y se preocupa por ti y por tu educación, ¿verdad?, y eso es lo que hace un padre. Además, te brinda un techo, comida, ropa... que es la función de un padre. Y te protege de todo mal. Tal vez uno no le pide a alguien que se convierta en un padre, simplemente las acciones lo convierten en uno.

Gunnar se metió en la cama. Cogió uno de los libros de cuentos que Marcus le había obsequiado.

—Y está casado con mi madre, eso también es lo que hacen los padres.

Vaya perro de caza estaba hecho su hijo, no soltaba la presa.

—También. Eso también hacen los padres.

—Tal vez si hablas con él y le dices que pueden ser un matrimonio normal, yo no le tenga que pedir que sea mi padre, se convertiría de inmediato en él.

—Es hora de dormir, Gunnar.

—¿Me lees un cuento antes? No tengo sueño. —Podía leerlo él mismo, al fin de cuentas, en su formación académica leía cosas más complejas, pero le gustaba compartir ese momento con ella.

—¿Cuál quieres? —preguntó solo por costumbre, porque abrió el libro y fue directo al que siempre era el elegido.

—El patito feo.

—Era verano, y la región tenía su aspecto más amable del año. El trigo estaba dorado ya, la avena verde todavía.

CAPÍTULO 13



La luna era llena. Pese a las nubes, conseguía que su luz plateada se abriera camino a modo de resplandor. El aliento de Marcus formaba vapor a su alrededor. Los cascos del caballo resonaban en el silencio, como una marcha fúnebre.

El camino a Slouhg no era largo, llegaría allí pasada la hora de la cena. Esperaba hallar a Lord George Butterfield fuera de la cama, porque le gustaría conversar con él como hombres de negocios. Sonrío.

Claro que no podía llamar a la puerta y esperar un gran recibimiento, en cuanto lo anunciaran, el viejo financista ataría cabos y supondría que iba a por él. Tenía que cogerlo por sorpresa. Amarró a Percy en la arboleda cercana y lo cubrió con una manta para que el frío helado de la noche no llegara hasta sus huesos

—Prometo no tardar. —Le acarició el hocico y siguió a pie. Estaba vestido para la ocasión, nada de traje de tres piezas negro y elegante, sino uno de tweed, con botas altas marrones y su rifle a las espaldas. Un caballero llevaba siempre sombrero y por eso, pese a la noche, una boina cubría sus rizos rubios. La casa de campo de Lord George se alzaba elegante, aunque algo deteriorada, en el medio del prado. Gritaba a todo lo alto que los Butterfield provenían de viejas familias nobles, de esas de limpia estirpe que habían reinado Inglaterra por siglos—. Todo llega a su fin, viejo amigo.

La casa estaba vallada como una declaración de principios. Era una simple valla de madera, pero que señalaba el cambio de época; a diferencia de antaño, en esos nuevos tiempos, los nobles tenían un límite. Las tierras lindantes pertenecían a un burgués que se las había comprado a la corona. Las saltó sin problema, cogiéndose de una madera y elevando ambas piernas a la vez.

—Vaya, pues sí se ha ido a la cama —lamentó al ver las luces apagadas. Apenas una lámpara de aceite consumía sus últimos recursos en la cocina y el resplandor de un fuego a medio apagar brillaba en el hogar principal de la casa—. Lo entiendo, milord, la vida de campo es aburrida. ¿Por qué

no la hacemos un poco más divertida?

May, eficiente como siempre, le había otorgado un informe de la casa del lord. La distribución de las habitaciones, la cantidad de criados, los horarios en que solían estar de pie... Lady Butterfield dormía separada de su esposo hacía años, apenas se soportaban, pero mantenían las apariencias para la sociedad. Por eso mismo se hallaba en el ala oeste. Si bien Marcus no era dado a las normas sociales, le pareció una canallada, dada la distribución de la casa. El ala oeste daba en realidad al noroeste, lo que implicaba que a esa altura del año las horas de sol se limitaban a...¿tres? ¿y con viento del ártico?

—Tengo más deferencia yo por mi padre que usted por su esposa, milord. —Gruñó mientras cogía la estructura de madera en la que, en primavera, una hermosa planta trepadora debía decorar las paredes de piedra. Clavó su bota en uno de esos rombos y se impulsó hacia arriba. En menos de medio minuto, alcanzó la ventana de lord George. Extrajo de su chaleco el cuchillo, lo introdujo en la hendidura entre los dos paneles de la ventana y, sin esfuerzo, corrió el pestillo. La abrió y giró sobre su trasero hasta que los pies estuvieron dentro de la habitación. No se preocupó en cerrar los cristales, el frío le vendría bien al hombre para despertarse.

En cuanto la brisa helada le tocó el rostro, el hombre balbuceó un juramento.

—Maldito e inútil Tony... —Giró sobre la cama decidido a levantarse para cerrarla, al hacerlo, se encontró con la figura de lord Marcus en las sombras. Su imagen era aterradora, Marcus utilizaba muy bien su rostro angelical para generar confianza, como así también, para despertar pavor. Una sonrisa suya podía ser una condena al infierno.

Se la brindó encantado a lord George. Los dientes blancos brillaron bajo la plateada luz de la luna, sus ojos, todo pupilas, parecían las de una fiera en la noche. Y, como el mismísimo Satán, traía el frío en la piel. El lord empezó a temblar, intentó hacer sonar la campanilla. Marcus avanzó por la habitación. Chasqueó la lengua, en un sonido de reprobación, y cortó la sogla que unía la campanilla con la cocina.

—Buenas noches, milord.

—Tú...

—Vaya, usted sí que es observador. ¡Pero si tiene razón!, soy yo... —ironizó, pretendió que se observaba sorprendido, como si el lord hubiese revelado una verdad invaluable—. Ahora es cuando intenta coger la cajita musical. No me haga perder el tiempo, es tarde y, después de todo, soy un hombre recién casado. Mi lugar es junto a mi mujer.

—¿Mataste a tu hermano, verdad? —Los ojos del hombre sondearon la habitación, evaluaron si tenía alguna posibilidad de escape. Su conversación tenía como fin ganar tiempo.

—La duda ofende. —Se sentó en el borde de la cama, flexionó la pierna para acercarse más a su víctima. Se inclinó sobre ella como un ángel de muerte. Su Parca personal—. ¿Dónde están las cajitas?

—En mi despacho.

Marcus cogió una almohada, lord George empezó a temblar. Se la colocó debajo de la cabeza, con gran delicadeza. Le palmeó la mejilla dos veces. Luego le dio una bofetada a mano abierta. Un golpe humillante, porque así era como Butterfield aleccionaba a su mujer. Los golpes de puño eran cosas de caballeros, los dados con palma abierta, para aleccionar féminas en el mundo del lord.

—Las cajitas, milord.

—Me matarás.

—¡Vaya!, pero si has resultado ser adivino. Además de las cajitas, tendrás que decirme dónde escondes la bola de cristal.

—Vete a la mierda, no te diré nada.

—Qué pena. Todo poder tiene su limitación, al parecer, has fallado en la siguiente premonición. —Le aprisionó la garganta hasta ponerlo rojo—. Me dirás todo lo que quiero saber. Lo único que está bajo tu control es cuánto sufrirás antes. ¿Empezamos?

En su mano libre tenía el cuchillo que había usado antes. Se puso de pie, quitó las mantas que cubrían al lord y le cogió el pie. Clavó la punta en su planta. El hombre intentó extender su mano hacia la izquierda, allí tenía un mueble con bebidas espirituosas y el repuesto de velas. Marcus le soltó el pie y fue hacia allí.

—Gracias. ¿Ha visto qué bien predispone el dolor a la gente? —Abrió y encontró las tres cajitas. Le causó gracia que la primera fuera la de Tobías Krage, una dulce melodía de Beethoven. La segunda era la de Franz Cooper, Mozart. La tercera, la del menos esperado, Marcus Cavendish y Tchaikovsky. Las alejó de su víctima y regresó a su lado—. Bueno, ya puedes despedirte de tu plan A. ¿Tienes un plan B?, ¿no?

Pretendió estar decepcionado.

—¡Viktor te matará!

—Claro que lo hará. Pero no a tiempo de salvarte. Sin embargo, milord, no tengo intenciones de asesinarlo porque sí. En realidad, antes alardeaba un poco. —Cogió la toalla que usaba el hombre tras el rasurado y le vendó el pie ensangrentado. Le dio una palmada en el empeine—. Tal vez no lo mate, si me dice lo que quiero saber, puede que lo deje con vida. Precisaba hacer todo esto para que supiera que hablaba en serio. —Limpió el cuchillo en la misma toalla.

—¿Qué demonios quieres saber? —escupió lord George—. Si tú sabes más que yo de esa mierda de Prometheus. Nosotros no sabemos nada, joder. Tu maldito padre nos metió en esto, él y su idea de que los nobles estamos perdiendo el poder porque somos débiles. Que necesitábamos líderes fuertes y que la ciencia nos los iba a dar, y que, cuando al fin rigieran el mundo, nos compensarían con creces por la inversión.

—¿Cree que lo han logrado?, ¿le embarga alguna sensación de éxito al verme, milord? —Se paró junto a la cama. Lord Butterfield tembló.

—Sí y no —respondió en un balbuceo—. Claramente pueden regir el mundo, pero no nos darán las gracias, verdad.

Marcus le obsequió una sonrisa exageradamente fingida.

—¿Las gracias?, ¿sabe la mierda que nos hacían en Prometheus?, ¿imagina a lo que nos han sometido? Y el barón quiere las puñeteras gracias —rio—. Le cuento un secreto. —Se acercó a su oído, le clavó el cuchillo en el hombro y le tapó la boca para ahogar su grito—. Viktor no ha creado superhombres, ha creado demonios. Jodidos demonios, con jodidas mentes, que se van a joder en todo. Y usted, milord, ha pagado por eso. —Movié el cuchillo en la herida—. Por esto. Ahora dígame lo que quiero saber. La empresa fantasma, esa que hoy lleva el dinero a Prometheus, ¿la ha creado usted?

Lord George negó con la cabeza. Marcus le quitó la mano de la boca.

—No. Esta vez no fui yo. La empresa se llama Miss Victoria. Verá que en su sello tiene la mariposa, esa es la señal de que debemos invertir allí. Pero no sabemos quién salió sorteado esta vez y...

—Y el dinero no se puede seguir desde esa empresa hasta Prometheus. Me lo ha dicho Russel. Necesito encontrar al *elemento* correcto y que me diga a quién demonios le da el dinero. Lo sé, lo sé...

—¿Me dejará vivir?

—Claro, pero no se la haré fácil. Una compensación me hará sentir bien, por tanto sufrimiento.

—No sabíamos lo que le hacían allí, lo juro.

Marcus lo ayudó a ponerse de pie, el hombre cojeaba por el corte en su planta. Lo llevó de camino a la ventana por donde había entrado.

—Le creo, pero ¿sabe cuál es el problema? Baje —le ordenó. El barón quiso decir que no podía, pero supo que era eso o ser lanzado a la fuerza, así que se aferró a la madera de la enredadera y lo intentó de todos modos. A mitad de camino, sus fuerzas fallaron y cayó de unos dos metros. Se fracturó la pierna sana. Marcus bajó tras él con gran agilidad y cayó a su lado como un gato—. Le decía, ¿sabe cuál es el problema, milord? No solo no sabían... no les importaba. ¡Les importaba tres cojones lo que sucedía en Prometheus! Cientos de niños mutilados para que ustedes jugaran a ser Dios.

—Lo siento. Yo no estuve de acuerdo con tu padre cuando lo ingresó... —Marcus negó con la cabeza, no creía en las patrañas de un hombre asustado. Lo arrastró a pie hasta el caballo, el hombre apenas podía pisar, avanzaba entre cojeras y, por momentos, de rodillas. Como un suplicante—. Los experimentos debían hacerse con niños que nadie echara de menos antes de implementarse con los nuestros.

—¿Esa es su defensa?, ¿usar huérfanos como carne de cañón?

—Cooper y Krage deberían estar agradecidos, ni siquiera nombre tenían cuando ingresaron. Ahora son poderosos. Tú, en cambio...

Marcus se agotó. Volvió a coger el cuchillo y le cortó la lengua. No hablaría más. Lord George se desmayó y debió cargarlo al hombro. Lo hizo hasta llegar junto a Percy.

—Lo siento, muchacho, sé que estás viejo para cargar con tanto peso, pero te prometo que será un viaje breve. —Puso al barón cruzado sobre la silla y se montó detrás. Hizo al caballo ir hasta la rivera del Támesis que cruzaba Slough, apenas unos diez minutos. Por el camino, la sangre de lord George dejó un reguero, si empleaban perros para ir en su búsqueda lo hallarían rápido.

Era probable que no lo hicieran. Lady Butterfield perdería el tiempo, deseosa de haber alcanzado la ansiada viudez.

—Al parecer, me convertiré en el héroe de las viudas. —Aunque piense solo en una, completó su mente.

Una vez junto al Támesis, sin más, arrojó el cuerpo mutilado pero vivo de lord George Butterfield. El frío, la falta de sangre y la corriente harían lo suyo. Por la mañana, su cuerpo aparecería hinchado en Londres y la escena del crimen...

Se encogió de hombros. Con suerte, la viuda mandaría a limpiar la evidencia. Río.

—Siembra vientos, milord, y cosechará tempestades.

Volvió a montar a Percy y regresó a casa.

Marcus había llegado tarde en la noche. Irina se preguntó dónde había estado sin estar segura de querer conocer la respuesta. Se decía que la actitud de Gunnar con respecto a su tío era lo que la predisponía a darle una oportunidad al hombre y a aceptar que esa fuera su vida de ahora en adelante.

Se mentía.

El motivo por el que había aguardado en duermeverla hasta su regreso era pura fascinación personal. Su esposo era un enigma para ella y no justamente uno que le fuese indiferente. Le atraía pensarlo como un hombre complejo, porque empezaba a detestar la simpleza de los demás Cavendish. Odiaba la ambición del conde, la cobardía de la condesa, la crueldad desmedida de Oscar... Aunque con ellos supiese a qué atenerse. Lord Alfie haría lo que fuera por conservar el poder y, por lo tanto, sus acciones no guardaban misterio alguno. Lady Teresa haría lo necesario para evitarse el dolor, tampoco escondía secretos. Oscar... que el infierno lo mantuviera cautivo en su fuego eterno, pero tampoco

había sido un reto para Irina. Buscaba provocar dolor por placer y eso era todo.

Marcus era distinto, tenía aristas. Aún no había descifrado por qué era bueno con Gunnar, ni por qué, pese a desearla, no había mantenido relaciones sexuales con ella más allá de aquel encuentro que la atormentaba en sueños. Tampoco comprendía los motivos que lo habían hecho regresar a su hogar familiar, puesto que no venía por el título.

Prestarle tanta atención no era bueno para su serenidad, ni para evitar caer en su embrujo. Porque observarlo implicaba embeberse de él. De su imagen de ángel vengador, con su altura que superaba la media, su cabello rubio oscuro, rizado, sus ojos de zafiro, su boca sensual, la mandíbula definida, los pómulos altos, la espalda ancha, la cintura estrecha, la piel dorada...

¡Maldición!

Si a eso le sumaba sus hábitos, el conjunto se tornaba hipnótico. Era bastante obsesivo con la higiene, era un defensor de la teoría de los virus y las bacterias. También de la independencia, ya no era un secreto para ella que Ernest no lo ayudaba, sino que se dedicaba a espiar a los criados. Llevaba a cabo entrenamientos físicos regulares. No era adepto al alcohol, bebía solo si la ocasión lo ameritaba. Leía, mas no novelas, siempre algún ensayo extraño en su lengua original. Hablaba, que ella supiera, seis idiomas, pero era posible que conociera algunos más. Le gustaba cabalgar. No era cruel con los animales, lo cual era extraño, dada su educación violenta. No castigaba a Gunnar ni a ella, pese a su evidente capacidad de matar a sangre fría. Y, lo más tentador de todo para Irina, lord Marcus presentaba una variedad de personalidades al mundo sin que ninguna fuera la verdadera.

Ella había vislumbrado parte del Marcus real. Cuando perdió los estribos frente a Gunnar y los chocolates y, en especial, cuando la cogió en brazos esa noche y se dispuso a darle placer sin conseguir nada a cambio. En esos instantes, algo genuino había aflorado en el hombre, una parte de su esencia que el adoctrinamiento mantenía a raya.

No diría que había bondad en él, esa sería una actitud demasiado crédula de su parte. Tampoco existía en Marcus una crueldad gratuita, algo lo motivaba a actuar de determinada manera y, pese a sus engaños, a su rol de Prometheus y su lema de voluntad de poder, a su obrar no lo comandaba el libre albedrío. Era preso de Viktor Schwarz aún, del pasado, y buscaba desesperado escapar de esos barrotes.

Pero estaba atrapado.

Irina reconoció que, además de fascinación, sentía un poco de pena. Un deseo ardiente de ayudarlo a romper los candados de su celda mental, aunque eso implicara liberar a un demonio.

Su vestido negro de lana apenas hacía ruido, desde que lucía el luto prescindía de agregar polisón a su atuendo. Marcus ya estaba despierto y se hallaba con May *trabajando*. Irina desconocía qué hacía su esposo, cuál era su labor, pero esta le demandaba mucho tiempo y siempre estaba rodeado de informes ilegibles.

Siguió unos pasos más y llegó a la sala de estudio. Gunnar estaba con su nuevo profesor, un hombre un tanto excedido de peso, que parecía conocer todos los secretos del mundo. Había conseguido que su hijo se interesara por algo más que la física y no implementaba métodos violentos para aleccionar al niño. Al contrario, su primer reporte fue favorable: lord Gunnar Cavendish se comportaba bien, lograba mantener la concentración por bastante tiempo, superando a la media, y salvo en el arte, que seguía siendo reacio, había mejorado en todas las áreas.

Lo que empujaba a Irina a un problema existencial. ¿Qué hacer ahora que no tenía miedo y le sobraba tiempo? Había leído todas las novelas de la biblioteca, incluso se atrevió a incursionar en un texto de Nietzsche por deferencia a su nuevo esposo. Bordó más cojines de los que podía usar y el luto le impedía retomar las actividades sociales. Actividades que, huelga decir, no ocupaba antes porque

Oscar no la dejaba salir.

—Echaré raíces y hongos —se quejó y fue a por la única actividad que le restaba, la de mantener la esperanza de que un mundo posible era mejor. Descendió las escaleras y llamó a la puerta de su suegra. Rose le abrió y, una vez más, el olor dulzón del opio le revolvió el estómago—. ¿Cree que a lady Teresa le apetezca un paseo?

—Tal vez...

La mujer estaba sentada en la silla de ruedas, junto a la ventana. No necesitaba de ella para andar, las piernas le funcionaban, pero la morfina la mareaba tanto que apenas podía dar dos pasos sin tropezar. Además, rara vez comía, y estaba piel y hueso.

—¿Le apetece salir, milady? —Se acercó Irina—, podemos ir al invernadero de nuevo. Tomar un té.

La mujer clavó en ella sus orbes desenfocados.

—¿Lord Marcus?

—Trabajando, milady, ¿quiere que lo invite?

La mujer negó con la cabeza, no antes de dejar entrever el pánico que le provocaba su propio hijo. O tal vez era otro el sentimiento, quizá no le temía a Marcus, sino a lo que representaba. Dicen que las llamas del infierno se alimentan de nuestras culpas, y las de lady Teresa lo tenían a su hijo como combustible del remordimiento.

—Solo usted y yo, milady. Gunnar está con su nuevo profesor, el señor Venn. Es muy bueno, sabe mucho y, además, sabe explicar. —Cubrió a la mujer con una manta y empujó la silla. Le hizo señas a Rose de que ella se encargaría—. Ayer fingí supervisar la clase de Gunnar solo para escuchar su explicación sobre literatura griega. Están leyendo la *Iliada*. ¿Puede creerlo, milady? Su nieto lee la *Iliada*.

Ingresaron al invernadero, los cristales conseguían mantener cierto calor, mas no demasiado. Apenas se veía el exterior por la escarcha en ellos y la condensación del interior. Pero a Irina le encantaba, era su porción de primavera en pleno invierno. Afuera el césped se veía blanquecino por el hielo, pronto caería la primera nevada. El té no tardó en llegar, lo sirvió mientras parloteaba sin más.

—¿Cómo haces para sonreír, Irina? —preguntó la condesa—. Antes podía ver que el gesto era forzado, pero ahora parece real.

—La situación ha mejorado, milady. Pude quedarme junto a Gunnar.

—Pero no salvarlo, será un Cavendish el día de mañana —dijo con derrotismo.

—No puedo evitar que lo sea, milady. Cometí el error de dejarme engañar por Oscar, por su encanto social... así que he de pagar las consecuencias.

—Y vuelves a cometer el mismo error al dejarte engañar por Marcus —siseó la condesa.

A Irina las palabras le dolieron, ¿se dejaba engañar? No. No era eso. *Aceptaba* a Marcus, aceptaba lo que habían hecho de él.

—No lo hago, sé quién es... de lo que es capaz.

—Entonces sabes que nunca te amará y nunca lo amarás, ¿verdad?

—Milady... —La voz le raspó las cuerdas vocales.

—No tiene corazón, Irina. Se lo arrancaron cuando era un niño. —Probó beber el té, no pudo. Levantar la taza requería de un esfuerzo imposible de soportar para su cuerpo débil—. Yo intenté quererlo, a los dos. Los abracé de bebés, les di el pecho... No son humanos.

—Si lo intentó, si realmente piensa que sus hijos no son humanos, ¿por qué la consume el remordimiento? —rebatió—. ¿Por qué se aliena con opio?

Lady Teresa apartó la mirada. A Irina le resultaba cada vez más difícil mantener el

optimismo, y mientras más se ahogaba en la cruda verdad, más entendía a Marcus. Más cerca se sentía de él, de esa ira que lo consumía. A veces, derrotada por las noches, miraba el techo y en lugar de rezar a Dios, le rezaba a su marido: termina con esto. Haz arder todo hasta las cenizas. No hay posibilidad de paraíso aquí, así que, arrástranos al infierno.

Iba a dar por terminado su funesto paseo, cuando lord Alfie entró. Su esposa se estremeció y comenzó a temblar. En parte de terror, en parte de abstinencia. Soportaba la presencia de su esposo solo a base de morfina.

—Lady Irina, ¿ha oído los rumores del mercado? —preguntó el conde.

—No se me permite ir al mercado aún, guardo duelo.

—Oh, cierto. Por eso tampoco te has puesto a trabajar en otro heredero... —Así que el hombre sabía que no compartía alcoba con Marcus, pensó—. Bueno, quizá Raissa te había comentado al respecto.

—Salvo el hecho de que finalizó la temporada de moras, no, no me ha dicho nada.

—Pues encontraron un cadáver en el Támesis. Le faltaba la lengua, tenía fracturada una pierna y un corte casi quirúrgico en el otro pie.

Irina palideció.

—Una noticia horrible.

—Lo es, más aún si tengo en cuenta que, desde que Marcus se mudó aquí, es mi segundo socio financiero en morir —dejó que la sospecha se colara en Irina.

Ella se irguió en la silla, sintió la mirada de soslayo de lady Teresa, una que clamaba: te lo dije, no es humano, no puede amar ni ser amado. La impotencia le hizo responder:

—Al parecer, hacer negocios con usted trae mala suerte. —Lord Alfie alzó la mano, dispuesto a darle una bofetada. La sonrisa de Irina lo hizo vacilar y su última declaración, desistir de su misión aleccionadora—: Golpearme no creo que ayude a sus *negocios*.

Era evidente que Marcus no aceptaba que alguien tocara sus nuevas adquisiciones. Gunnar e Irina le pertenecían, su intercambio con el profesor Wiggins era prueba de ello.

—No, tú me ayudarás en mis negocios.

—¿Cómo es eso? —arqueó las cejas.

—Espiarás a Marcus por mí y encontrarás sus puntos débiles, me los informarás, y me encargaré de deshacerme de él. Volverás a ser viuda, enhorabuena.

Irina se estremeció. El encuentro con Marcus en su habitación cobró sentido. *Necesito saber si eres mi debilidad*. No lo era, y eso casi la hace carcajear. Pero lord Alfie pensaba lo contrario, creía que ella era su talón de Aquiles, que podía manipular a su hijo mediante su esposa.

—¿Por qué haría eso?

—Porque si me ayudas a eliminar a Marcus, te permitiré ir a Suecia con Gunnar.

Observó a su suegro con suspicacia. Ir a Suecia era la solución definitiva, no necesitaría elegir entre el mal menor, que, ahora estaba segura, era Marcus. No. Podría darle a Gunnar una vida normal.

—Deberías oírlo —murmuró lady Teresa—, salva a tu hijo de convertirse en el mío.

Irina se puso de pie, extendió la mano hacia lord Alfie.

—Si no cumple con su palabra, milord, lo mataré —dijo, y le estrechó la mano. El conde de Salisbury respondió al apretón.

—Trato hecho.

Dejó a su suegra a merced de su esposo, ¡al demonio con esa mujer!, la dosis de bondad se le había agotado a mitad del día.

CAPÍTULO 14



En ocasiones, uno no sabe que se halla en una encrucijada hasta que el tiempo la pone en perspectiva. Entonces, al contemplar el pasado, comprende que determinada decisión fue crucial en su vida. Un antes y un después.

La primera vez que Irina Eriksson estuvo en ese punto, no lo supo hasta años después. Fue en el momento en que, en un paseo con su tía en el Hyde Park, dio un rodeo para esquivar a sir Tucker y sonrió al dar de frente con lord Oscar Cavendish. Desde ese instante, Oscar no descansó hasta que ella aceptó el cortejo. Uno que fue el aviso de la verdadera esencia del hombre. Un día llegó a casa de su tía y la cantidad de flores que le había enviado le impedían el paso, otra vez amenazó con retar a duelo a un anciano que le había pedido un baile si ella accedía. Su comportamiento fue tan evidente en aquel entonces que ella se maldijo por no haber notado las señales a tiempo.

Ilusa. Ingenua. Tonta. Y varios apelativos más se le venían a la cabeza cuando analizaba el pasado. No era muy complaciente consigo misma, no se perdonaba por la edad —tenía solo dieciocho años— ni por la inocencia —jamás había sido cortejada en Suecia—. Lo único que podía pensar era en que la verdad estaba allí, en los ojos celestes pálidos de Oscar, en su sonrisa de tiburón, en sus gestos exagerados. Lord Oscar no sabía amar, no podía, era incapaz. Por un tiempo sintió una obsesión por Irina, y cuando esta fue saciada, el cordero volvió a vestir piel de lobo.

En ese presente, se encontraba de nuevo en ese punto, pero en esa ocasión, traía consigo una ventaja, era más sabia. La decisión que tomara marcaría su vida por completo. ¿Marcus o Alfie?, ¿malo conocido o *bueno* por conocer?

Había estrechado la mano de su suegro, le había prometido ayudarlo, mas no estaba decidida a cumplir su palabra. Y vaya sorpresa, no sentía remordimiento alguno por su engaño. Quizá terminara por acceder a ese pacto, tal vez no. Aún estaba de pie entre los dos caminos.

Pero con una leve inclinación.

Eligiera lo que eligiese, debía regresar a los brazos de Marcus. Para pactar o para engañar, necesitaba ir a su encuentro. De nada le servía convencerse de que no lo deseaba, de que no ansiaba acercarse a él como una polilla lo hace a la luz. Dadas sus vivencias, lo esperable sería que el próximo hombre que capturara su atención fuera bajo, delgado y bonachón, en lugar de aquel condenado diablo que era la encarnación de todos los pecados del mundo.

Se cubrió con el salto de cama y se ahorró el juego erótico. Igualmente, presentarse en la alcoba masculina vistiendo un camión blanco casi transparente resultaba bastante osado de su parte. Aguardó a que el reloj marcara la medianoche antes de abandonar la cama, necesitaba que los criados hablasen sobre lo sucedido, pero esperaba poder manejar el rumor en sus propios términos. Raissa sería su aliada, ni siquiera precisaba ponerla al tanto. Si por la mañana no la hallaba en su cama enviaría a la criada más cotilla del condado a atizar el fuego de lord Marcus.

La sabiduría que le daban los años la instó a que, antes de inclinar los platillos de la balanza, conociera bien en qué se metía. A Alfie lo conocía del derecho y del revés, no guardaba misterios, pero Marcus seguía siendo un enigma. Era hora de develarlo. Lo primero que hizo fue bajar las escaleras a oscuras y colarse en el despacho del conde. El hombre había hablado mucho del proyecto Prometheus, no aceptaba que a él también lo alcanzara el concepto de *secreto*. ¿De qué le valía invertir fortuna si no podía alardear?, esa era la lógica del viejo Cavendish. De modo que Irina había oído historias variadas de las torturas a las que sometieron a Marcus, más aún, había escuchado del condicionamiento. Rebuscó con cuidado de no hacer ruido hasta dar con las cajitas musicales, Alfie las había sacado de la caja fuerte y colocado al alcance de su mano desde que empezó a sospechar de su hijo. Eran pequeñas, del tamaño de la palma de su mano, de madera, a las que había que darles cuerda y levantar la tapa para que sonaran. Las guardó en el bolsillo de su salto de cama.

—¿Por qué no usas esto para deshacerte de tu hijo? —fue la pregunta que surgió y de la que necesitaba respuesta urgente. Marcus tenía que saber, por algo dormía tranquilo bajo ese techo. Lo siguiente que Irina hizo fue abandonar la casa e ir al invernadero. Tal como había predicho, empezaba a nevar. Eran apenas unos pequeños copos que al día siguiente se desvanecerían ante el primer rayo de sol, pero los disfrutó de todos modos. Extrañaba Estocolmo, sus calles, la forma en que los suecos se amigaban con el invierno.

Entró en el invernadero, cogió unas tijeras y cortó una rosa blanca. Con las cajitas y la rosa, regresó a la casa. Le costó entrar en calor, apenas le había llevado un par de minutos y ya tenía los labios morados. El reflejo en el espejo del vestíbulo le devolvió una imagen desesperanzadora. *Ya no soy bonita*, pensó, resignada y subió a la primera planta.

Llamó a la puerta de Marcus sin esperar respuesta, era tarde, ¿verdad? Pero la puerta se abrió casi de inmediato y, antes de que pudiera reaccionar, los brazos de su esposo la empujaron contra su pecho. Irina emitió un suspiro, un suspiro que se cortó ante la dura reprimenda del hombre.

—¡Has salido en salto de cama durante una nevada!, ¿acaso estás loca? —La arrastró junto al fuego. Depositó un leño más y fue a por una manta.

—¿Me has visto?

—¿Qué demonios necesitabas en el invernadero a esta hora?

Al menos, pensó ella, Marcus no fingía romanticismo. La idea le hizo reír. Romanticismo y su marido eran conceptos ajenos.

—Esto. —Expuso la rosa blanca—. Tenemos que hablar.

—¿No podía esperar a mañana?

—Sí, pero tenía insomnio —ironizó. Marcus vio las cajitas musicales que ella tenía en los bolsillos.

—¿Te envía mi padre?

—De algún modo. —Exhibió las cajitas, no sabía cuál era la que correspondía a él. Se alejó del fuego solo para depositarlas en el tocador, Marcus la regresó junto al hogar. Arrastró una silla hasta allí.

—Siéntate. —Ni bien ella apoyó el trasero en la butaca, su esposo pareció relajarse—. Pensé que sufrirías una hipotermia al verte afuera. Golpeaste a mi puerta justo cuando iba a buscarte.

—¿Y pensabas salir así? —Señaló. Marcus lucía solo ropa interior.

—Estoy acostumbrado. Puedo soportar varias horas a la intemperie antes de perecer de hipotermia.

—¿Cómo lo sab..? Mierda.

—Sí. Mierda. ¿Por qué te has expuesto tú?

—¿Por qué te importa a ti? —rebatió ella. No era una discusión, sino una pregunta real. Quería saber qué clase de hombre era Marcus en realidad. Detrás del sarcasmo que usaba en sociedad, de la ira que bullía en su interior, de su afán de control ante cualquier reacción de su cuerpo... si fuese libre y sincero con su sentir, ¿qué clase de hombre sería?

Él no respondió. No por hermetismo, sino porque no sabía la respuesta. O, quizá, era tan simple que lo abrumaba: *porque me importas tú*.

—¿Qué es eso que no puede esperar a mañana, Irina?

—Tu padre quiere que te traicione, cree que yo puedo ser una especie de debilidad. Supongo que espera que me quite el salto de cama y te haga perder el control. Pobre, no sabe que fracasé en esa empresa. —Sonrió.

—Sabe que puede que no falles en la próxima. —Marcus clavó sus ojos en ella, el deseo se transparentaba en sus iris azules. Irina se sonrojó, había algo adictivo en la forma en que él la miraba. Le hacía olvidar el pensamiento anterior, *ya no soy bonita*. Ante él volvía a sentirse bella y anhelada—. ¿Qué te ofrece a cambio?

—Una mentira. Dice que me dejará ir a Suecia con Gunnar. —Los dos asintieron—. Necesito saber, Marcus, si yo también tengo tu lealtad. —Le extendió la rosa blanca.

Al ver que no cogía la rosa, la dejó caer al suelo. Se puso de pie, derrotada. ¿Acaso no tenía salida? El hombre cogió la flor y la detuvo asíéndola de la muñeca. La llevó al tocador, donde estaban las cajas musicales.

—Cuando entraste aquí con esto, lo hiciste también con una decisión tomada, Irina. Era el único poder que mi padre tenía sobre mí y se lo has quitado.

—Supongo que sí, que eso he hecho.

Él la atrajo de nuevo a su pecho. Le alzó el mentón.

—Estás en peligro, Irina. ¿Lo entiendes?, ¿comprendes lo que significa que te desee? —Le pasó el pulgar por el labio—. Y no me refiero a este juego tonto, a la actuación delante de mi hermano. Anhelarte de verdad, a ti, a cada parte de ti. A tu cuerpo —dijo, ascendiendo con sus manos por la cintura—, a tu pensamiento, a tu alma... —La tomó desde la nuca, le alzó el rostro hasta clavar en ella sus ojos. Sondear en su interior, hacerle comprender hasta dónde llegaría su voluntad de poder.

—Lo dices como si fueras a hacerlo. Pero sé que es una amenaza vacía, Marcus. Te resistes a mí. —Se alejó de él. Cogió las cajitas musicales y las lanzó al fuego—. Ayúdame a entender, ¿por qué tu padre me pide a mí que te controle y no utiliza eso en tu contra?, ¿acaso te has quitado el condicionamiento?

Marcus rio.

—Ya quisiera. No. —Fue a la cama, necesitaba alejarse. Irina lo volvía loco, podía ser que no

fuese su *debilidad*, pero no significaba que resistirse le resultara sencillo. Desde que había llegado al condado, desde que puso sus ojos en ella, que no había estado con otra mujer. Se recostó sobre el colchón. Se apoyó contra el respaldo y colocó las manos tras su nuca. Observó a Irina recorrer la alcoba, era pequeña y aún conservaba algunos detalles de su infancia. Pocos, porque Marcus jamás tuvo una infancia—. ¿Por qué crees que no me ha matado aún, Irina? Si vas a quedarte en esta casa, lo siento, cariño, pero tendrás que pensar como un Cavendish. Adelantarte a sus movimientos.

Ella regresó a la silla, se sentó de lado, con las piernas colgando del apoyabrazos de modo de no perderse detalle de la imagen de Marcus semidesnudo, con su pecho amplio a la vista, en esa posición de falsa sumisión que le calentaba la sangre. Era mil veces más apuesto que Oscar. Era mil veces más guapo que cualquier hombre que jamás hubiese visto.

—Mmm... ¿Por qué no te mató? —Se mordió el labio. Sintió que Marcus se tensaba—. Ni bien llegaste, porque estaba harto de Oscar. Luego de que murió Oscar, porque le quedaba un único heredero y necesita más, por si Gunnar muere o, peor —exageró—, no cumple sus expectativas. —Recibió otro asentimiento—. Ahora te quiere fuera de juego, pero vivo. Tal vez de regreso a Prometheus, donde, llegado el caso, pueda usarte como un semental de cruz.

—Vaya, sí que has aprendido en estos años.

—Ocho malditos años llevo en esta casa, Marcus. Si no hubiese aprendido, estaría muerta. Esas cajas musicales... —Señaló las llamas que las consumían—, ¿cómo funcionan?, ¿por qué no podía usarlas y obligarte a encerrarte o algo así?

—Porque mi padre no es psicólogo. El sonido me paraliza, me hace revivir un trauma, un suceso doloroso del pasado que se apodera de mi mente tan hondamente que tiene consecuencias físicas. ¿Has oído de personas que se enferman solo de amor o de pena? —Irina asintió—. La mente tiene poder sobre el cuerpo, consigue que suframos síntomas, aunque no se trate de una enfermedad puntual. Los médicos de Prometheus han logrado dominar esa capacidad mental y condicionan nuestros cuerpos a sufrir una parálisis. Pero no dura mucho, apenas unos diez o quince minutos. Mi padre podría dispararme o apuñalarme, sin dudas, sin embargo, no sería capaz de inducirme a ningún comportamiento. Para eso se necesita la hipnosis. Viktor sabe inducir la hipnosis, Serge Amberg también. Solo ellos pueden aprovechar esos minutos para hacer danzar sus colgantes delante de mis ojos y convertirme en una maldita marioneta.

—¿A qué has venido?, ¿por qué corres el riesgo de estar bajo su techo? —lo interrogó sin piedad.

—A matar a mi padre, claro. —Esperó ver el horror en la expresión de Irina, en cambio, halló entendimiento.

—¿Por qué no lo has hecho ya? —Marcus sonrió, una vez más, la empujó a adelantarse a los hechos, a *adaptarse* o morir. Elaboró su propia conclusión—. Porque quieres algo de él. Hoy dio a entender que mataste a dos de sus socios, ¿es verdad?

—¿Realmente quieres saberlo?

—Esta es mi respuesta. —Irina se puso de pie, abandonó la silla y fue a la cama. No se acostó a su lado, sino a los pies, para quedar frente a frente.

—¿No me tienes miedo?, ¿no te preocupa estar casada con un monstruo?

—Sí te tengo miedo, Marcus. No soy tonta. Y ya estuve casada con un monstruo, ¿recuerdas? —Cogió una almohada y la puso detrás de su cabeza. De la larga trenza de su cabello habían escapado varios mechones que le enmarcaron el rostro cuando se recostó. Marcus la devoró con la mirada, luchaba por lucir impassible, pero su cuerpo comenzaba a despertar.

—Lo recuerdo cada puñetero día —masculló él.

—Pero una única cosa no temo de ti y es la que me permite estar aquí, haciendo un pacto con el demonio. —Estiró su pierna, su pie quedó a la altura del pectoral de Marcus. Sin pensar, el hombre posó la palma en su tobillo y ascendió con la caricia por la pantorrilla. Irina empezaba a surtir un efecto en él como el de los bombones, la necesidad apremiante de llevársela a la boca y deshacerla con la lengua. La oyó suspirar y apretó los dientes para no lanzarse sobre ella y dar por finalizada la conversación—. No matarás a Gunnar. A ti no te importa el condado, no quieres ese legado.

—Estás en lo cierto.

—La razón por la que deseas eliminar a tu padre es Prometheus, ¿verdad?, es por lo que te hicieron.

—Y lo que siguen haciendo —siseó.

—Jamás dejarías que le sucediera eso a mi hijo. —Marcus cerró la mano en torno a su pantorrilla, se controló justo antes de hacerle daño. Porque con ella siempre conseguía controlarse. Empezaba a pensar que no se trataba de dominio ante la tentación, sino de una pulsión irrefrenable de protegerla, incluso de él mismo—. Nunca permitirás que ese médico endemoniado le toque un pelo a Gunnar.

—Sobre mi cadáver —juró, con voz ronca. Esa promesa inquebrantable debilitó cualquier defensa de Irina. Era la respuesta ansiada, la razón por la que se quedaba junto al demonio.

—Gunnar es mi corazón y tú juras nunca permitir que alguien le haga daño. Pueden faltarte las flores y los cortejos, Marcus, pero esa es la única declaración que una mujer como yo ansía.

—¿Me crees romántico? —La idea le hizo soltar una amarga carcajada.

—Eres un romántico, pero no en el sentido de una novela de folletín. Tu estilo es el romanticismo alemán: oscuro, dramático y bastante tétrico. —Pegó los labios para evitar reír, fracasó. La risa de Marcus se sumó a la suya. El sonido le erizó la piel e Irina se retorció como una gatita en la cama. La carcajada de Cavendish se convirtió en gruñido animal. Tiró de su empeine hasta arrastrarla hacia él.

—Ya tienes tu pacto, ¿por qué insistes en seducirme?

—¿Eso hago?

Marcus fue rápido. En un segundo estaba apoyado contra el respaldo y al siguiente estaba sobre ella, sosteniendo su peso en los antebrazos, colocados a ambos lados de su cuerpo. Sus rostros estaban igualados y solo la fuerza física del hombre conseguía que sus pieles no se tocaran.

—Irina...—amenazó—, ¿qué más tramas?

—¿Acaso no puedo simplemente desearte?

—No. —Se giró, alejándose de ella. Se acostó a su lado, él mirando el techo, ella mirando su perfil.

—Esperaba que con tu apariencia fueras más vanidoso. —Marcus rodó los ojos.

—Cuando definen tu apariencia como *ventaja evolutiva o privilegio estético* dejas de pensar en términos de vanidad.

—Ay, Dios. Qué mal me caen esos malditos médicos.

—Qué pena, esposa. Porque a mí me caen fantástico, pensaba invitarlos en Navidad —ironizó. Ella rio.

—Pavo al cianuro con patatas al arsénico.

—Tras haberte visto en la cocina, con que prepares cualquier platillo nos bastará —se mofó Marcus. Irina cogió la almohada de debajo de su cabeza y se la lanzó. El juego inocente, ese intercambio *normal*, excitó al hombre más que el juego erótico de la vez anterior. Sintió cómo su entrepierna respondía al anhelo de hacer rodar el cuerpo de su esposa hasta colocarla debajo de él e

introducirse en esa posición, sin aspavientos, de manera tradicional, ¿aburrida?, común.

—Has cumplido con tu parte, yo te prometo la mía. Nadie hará daño a Gunnar. Vete.

—Marcus, ¿qué hice? —preguntó frustrada.

—¡Vete!

—No. —Se apoyó sobre su codo—. No me iré hasta que me digas qué ha cambiado. En un momento te ríes, al siguiente te enfadas. Me miras como si quisieras tenerme y luego me echas. ¿Qué sucede contigo?

—No confío en ti —mintió—, tal vez pretendes estar de mi lado, pero en realidad estás aliada con mi padre. —Ella se dio cuenta de que no decía la verdad. Extendió la mano, buscó acariciarle la mejilla. Él la detuvo, aferrándola de la muñeca—. Irina...

—¿Quieres la verdad? Bien. Pero mírame a los ojos, Marcus —le demandó—, porque ya no podrás engañarte tú tampoco. Lo cierto es que sí, te deseo. ¿Es lógico? No. ¿Es inteligente de mi parte? Definitivamente no. Sin embargo, lo hago. Y le he dado vueltas al asunto... —continuó. Se apoyó sobre el pecho masculino, disfrutando de la textura, de la dureza debajo de ella— y he llegado a la conclusión de que estoy cansada de sentirme fea.

Marcus se sentó de golpe, arrastrándola consigo.

—¿De qué demonios hablas? ¿Tú, fea? ¡Por favor, si apenas puedo contenerme! Cualquier hombre más débil que yo hubiese sucumbido y...

—Y eso me hace sentir bien —confesó—. Me casé con Oscar cuando tenía dieciocho años, en ese entonces, me sentía bonita. No tenía título ni una dote abultada, y, pese a ello, me granjeaba la atención de los hombres. —Cavendish apretó los dientes, invadido por unos irracionales celos—. Soñaba como toda muchacha de mi edad con una historia romántica. Luego, pasé a odiar mi apariencia porque había despertado la obsesión de tu hermano. Con esmero, conseguí convertirme en invisible para él, y lo hice a fuerza de apagar cualquier atractivo en mí. No solo físico, también intelectual. Dejé de arreglarme, dejé de reír, abandoné cualquier intento de conversación inteligente, alegre... Tengo veintiséis años, Marcus, para la sociedad soy vieja, y visto de negro por mi viudez. ¡Me estoy marchitando!

—No puedes hablar en serio.

—Pues sí lo hago. Me *estaba* marchitando. Hasta que un hombre guapo, o como tú dices, con *privilegio estético* posa sus ojos azules en mí y me dice que apenas puede resistirse a mi encanto. De pronto vuelvo a sentir que estoy viva, que soy joven, que puedo despertar la pasión de alguien. Tú mismo has dicho que te cuesta ser vanidoso cuando han definido ese atributo como *ventaja evolutiva*, te tendría que resultar más fácil entender cómo me siento.

—Lo que dices no tiene sentido —gruñó, pero sabía que tenía todo el sentido. Para evitar cualquier avance de Oscar, Irina había cerrado a cal y canto su sexualidad, sus anhelos. Llevaba años de represión y él, con su condenada resistencia, le otorgaba un lugar seguro donde explorar. Podía jugar a seducirlo, tentarlo con su belleza, conducirlo a la locura y sentirse la diosa vikinga que era sin correr riesgos, porque él, con tal de no asemejarse en nada a su hermano, sería incapaz de ultrajarla. De tomar algo que no le fuera brindado por propia voluntad.

—Bien —dijo ella, incorporándose y sin separar la vista de la de su esposo—. Entonces, si a ti no te importa, me buscaré un amante. Alguien que atienda estas necesidades que he descubie...

En menos de un parpadeo, volvió a estar inmovilizada sobre el colchón.

—¿Por qué insistes en volverme loco, Irina? No sabes lo cerca que estoy del abismo. —Pegó su frente a la de ella, cerró los ojos con fuerza.

—Sí, lo sé. —Forcejeó debajo de él, Marcus no le permitió zafarse. Si lo tocaba, estaría muerto.

Ella optó entonces por rodearlo con las piernas por la cintura, se pegó a él.

—No sucumbiré, Irina. No me convertiré en el segundo de mi hermano, quedándome con su esposa, con su hijo... con lo que él no supo conservar.

—¿Eso crees que es lo único que podemos brindarte Gunnar y yo? ¿Piensas que somos las sobras de Oscar? —Marcus tragó saliva, la ira regresaba a él y le aprisionaba la garganta—. Tenemos más para dar, Marcus.

—Pero no a mí. —La soltó, se sentó lejos de ella en el colchón.

—¿Por qué no a ti? —Ella lo imitó, quedaron enfrentados—. ¿Por qué no podemos *amarte* a ti?

Era a eso a lo que su esposo se refería e Irina lo había entendido tras la conversación con la condesa. Lady Teresa era de la misma idea, de que sus hijos no tenían corazón y, por tanto, no podían dar ni recibir amor. Marcus se creía incapaz de amar, y más aún, de ser amado. Por eso pensaba que su esposa se convertiría en, cuanto mucho, una compañera de alcoba y Gunnar, en un tutelado. Le era imposible contemplar otra alternativa.

—Tú sabes por qué.

—No, Marcus. Dímelo, ilumíname.

—¡Porque ni mi madre me quiere! ¿Estás contenta? —exclamó. Irina negó con la cabeza—. Tú pudiste seguir queriendo a Gunnar, sin importar si callaba por la ira o mutilaba muñecos como un demente. Porque Gunnar no es como yo, él no está roto. —Suspiró—. Hay algo mal en mí, Irina. Puedes desearme, y tal vez, si insistes, venzas mis barreras y le ganes a mi orgullo. Pero no habrá más, jamás me podrás dar...

—Lo que ansías. —Irina se acercó de nuevo a él, le cogió el rostro con las manos—. Ansías que te amen, Marcus, como todos en este maldito mundo. ¿Ahora entiendes lo que me sucede? Estoy aquí, ahora. Esta es mi vida. Tú eres parte de mi vida. Y yo quiero lo mismo que tú. No me rindo siquiera a intentarlo.

—Lo siento. —Apartó el rostro—. Lo lamento, de verdad. Solo puedo prometerte una cosa, Irina. Lo nuestro no durará, tendrás otra oportunidad de probar suerte cuando yo muera.

—¿De qué hablas..?

—Viktor me matará, no antes de que yo pueda eliminar a un par de los suyos, pero el resultado es invariable. Terminaré haciéndole compañía a Oscar y alimentando los mismos gusanos.

Un silencio pesado se apoderó de la alcoba tras su declaración. Irina reaccionó luego de lo que pareció una eternidad. Se lanzó contra él, furiosa por su declaración. Le golpeó el pecho con los puños, él se dejó golpear un par de veces, se alimentó de esa emoción que tanto se parecía a la ansiada. La apartó no por su bien, sino por el de ella. Se haría daño en las manos.

—Eres un maldito cobarde, Marcus. Pero ahora entiendo todo. —Se zafó del agarre y se secó las lágrimas que le brotaron sin control—. No nos alejas a Gunnar y a mí porque no nos quieras o por esa excusa estúpida de que somos las sobras de Oscar...

—Irina...

—¡Nos alejas porque podemos ser tu razón de vivir! —gritó—. Y estás decidido a morir, a morir por los mismos que te mataron en vida. ¡A sacrificar tu existencia por los que te robaron quince años de ella..!

Volvió a lanzarse sobre él. En esa ocasión, el forcejeo terminó en un abrazo y fue Marcus quien consoló a Irina. La acunó contra su pecho, hasta que las fuerzas de la mujer se agotaron.

—Lo siento, todavía estás a tiempo de traicionarme. Si le dices esto a mi padre... —*Tengo una enorme debilidad.*

—Lo ves, eres un romántico —le dijo ella, el cansancio hizo mella y sintió los párpados pesados. Quería dormir allí, con él, no solo por su plan, el de engañar al conde y hacerle creer que había accedido a manipular a Marcus, sino por el simple deseo de permanecer a su lado—, buscando una razón heroica por la cual morir. Pero Marcus... morir es fácil, solo tienes que dejarte llevar. Vivir, en cambio, vivir es de valientes.

—Tú tienes sangre vikinga, Irina.

—Y tú no eres cobarde, solo estás cansado, Marcus. Debe ser agotador sufrir tanto y por nada, lo entiendo. Demasiado dolor, odio. Cargar con ello largo tiempo... Es solo eso, Marcus, estás muy, muy cansado...—bostezó—, cuando descanses y te recuperes, vas a luchar. No somos tu debilidad...

—No, son mi fortaleza.

La ayudó a acomodarse en la cama y la abrazó por detrás. En esa posición los encontró Jasmin, la más cotilla de las criadas, cuando fue a cumplir la orden de Raissa de atizar el fuego.

CAPÍTULO 15



—¿Quiénes demonios son?, ¿qué hacen en mi condado? —Los gritos del conde hicieron a Irina salir de la sala que empleaba a modo de improvisada biblioteca. Al llegar al corredor, se encontró con el señor Venn y Gunnar que, también alertados, se hallaban allí.

Los insultos de Alfie coronaron un sonido peor, el de botas retumbando en el suelo. Los pasos eran rítmicos, conformaban una melodía fúnebre. Avanzaban sin detenerse ante el conde, dueño del lugar, ni ante los criados. Entre ellos, un único paso desentonaba. El de Ernest, cuya cojera le obligó a andar más lento.

Irina corrió a su encuentro. Esos mismos hombres que no dejaban pasar al conde le abrieron camino a ella, al menos hasta la escalera. Allí dos de ellos cruzaron los rifles, impidiéndole pasar.

—¿Ernest? —A sus espaldas, el conde intentaba detenerlo en vano. Aunque no cojeara como el ayudante de cámara de Marcus, sí estaba entrado en años. El hombre pasó por esa improvisada barricada y alejó a Irina de las armas—. Ernest, ¿qué es esto?

Gunnar hizo el intento de acercarse a ella, pero Irina lo detuvo con un gesto. El señor Venn hizo lo propio y le puso una mano en el hombro para impedirle avanzar. ¿Hombres armados en su casa?

—Lo siento, milady. —La condujo hasta el despacho de Marcus.

—¿Qué sientes?, ¿qué está pasando? —En la habitación se encontraba May. La mujer negó con la cabeza, hasta lucía compungida. Soltó algo críptico.

—No tendríamos que haberle permitido que fuera solo.

Irina miró a los dos, frustrada, pero con la inminente sensación de fatalidad.

—¿Qué sucede, quiénes son esos hombres? —Juntó coraje e hizo la última pregunta—. ¿Dónde está Marcus?

—Lo siento, milady.

—¡Eso ya lo has dicho antes! —Perdió los estribos.

—Estos hombres son de Tobías Krage, milady. Lo que sucede es que lord Marcus diseñó un plan en caso de que algo le pasara, un plan para que usted y el niño estuvieran bien.

Las piernas se le doblaron. May fue a su lado, la rodeó por los hombros.

—Lo que debe pensar ahora es que ustedes le importaban a lord Marcus, no les faltará nada. Cooper se encargará de la parte económica, Krage de su seguridad... Así lo ordenó su esposo. El conde no podrá tocarlos.

—No...no... —Los miró con pavor—. Hablan como si él... como si él estuviera muerto. —Los dos empleados cerraron los ojos, compungidos—. No se les ocurra decirme lo siento una vez más. ¿Dónde está Marcus? Él no... él no se rindió, él solo estaba cansado... —Y cayó de rodillas en el medio del despacho.

Antes, ese mismo día

Mantuvo los párpados pegados, fingiendo dormir. Irina había descubierto que Marcus se detenía si la creía despierta. Se obligó a respirar hondo, a no moverse. Tarea difícil.

Marcus la acariciaba suave, con el revés de la mano, apenas un roce. Buscaba los puntos en que su piel estaba desnuda: en el cuello y los hombros, a veces en las pantorrillas donde el camión se levantaba, en los antebrazos... y pasaba sus dedos con delicadeza, palpando su piel, como si no pudiera creer estar en contacto con algo tan suave, perfecto.

La mañana anterior Irina no pudo mantener la farsa cuando ese contacto se convirtió en beso. Cuando los labios masculinos se posaron en su hombro, un instante. La piel se le erizó y el suspiro salió de sus labios sin contención. Pero ni bien se sabía descubierto, Marcus se alejaba.

Notó los dedos peinarle los cabellos, apartarlos de su rostro, extenderlos en la almohada.

Aún se resistía a ella, a Gunnar. Mantenía la distancia emocional. Pero ya no blandía la excusa de que era porque le habían pertenecido a Oscar antes. Reconocía que Irina tenía razón, por ellos elegiría vivir. Por ellos abandonaría esa guerra suicida contra Viktor o buscaría una alternativa, una lucha más larga que no le robara el alma.

Sin embargo, ya era tarde para echarse atrás. Solo quedaba seguir hasta el momento de su caída.

Por eso, el motivo de su obstinación se revelaba aún más peligroso. No se negaba por él, ni por miedo, ni por debilidad... se negaba porque no quería que Irina sufriera al perderlo. Ponía el bienestar de otros por sobre el propio, elegía que Irina fuese feliz por sobre su propia dicha.

Ese era su triunfo y su derrota. Había vencido el adoctrinamiento de Viktor, había logrado ir más allá del individuo y aceptado que nadie se salva solo. ¿Para qué?, para que le durase un suspiro.

El mejor suspiro.

El último.

Bajó la boca y rozó la piel del hombro de Irina. Depositó un beso que apenas fue el aleteo de una mariposa.

—Eres tan perfecta, mi fuerte vikinga —supo que lo oyó por el leve estremecimiento que la recorrió. Dejó otro beso más, esta vez menos suave—. Descansa. —Y salió de la cama.

Desde que compartía alcoba con Irina que Ernest no atravesaba esa puerta. Habían pactado el cambio de dinámica para mantener al conde satisfecho, al menos ganarían tiempo antes de que este

descubriera que Irina lo había traicionado. La imagen de su esposa por las mañanas, con su cabello platinado revuelto, su piel sonrosada por el calor de la noche y sus ojos a media asta, con el celeste claro como el cielo despejado era el único tesoro que se atrevía a poseer de su esposa y no lo compartiría con nadie.

En el despacho, May tenía dispuesto café en lugar de té, lo que era señal de que el día tenía novedades. Además, había repuesto la reserva de galletas dulces de coco y vainilla.

—No es un desayuno muy nutritivo, milord —lo reprendió May, con tono maternal. Para ser una mujer capaz de matar sin miramientos, era bastante gentil y protectora con su jefe.

—Prometo tomar un desayuno completo luego. —Ernest lo miró—. Sí, cuando mi padre deje el salón comedor.

—Bien. Raissa ya sabe que debe informarnos cuando eso suceda.

—¿Y tú qué haces? —se mofó de su empleado.

—Yo le pago a ella para que trabaje por mí, claro. Esperaba que este empleo fuera más entretenido, la verdad.

—Lamento decepcionarte.

—En lo absoluto, milord. ¿A quién no le apetece ganar dinero sin hacer nada? Mi merecido descanso.

—May, por favor, haz que mi dinero valga o sentiré que me ven la cara de tonto. —Sonrío.

May no, y esa fue la primera señal. Después compuso un gesto alegre, pero ya no pudo ocultar el lapso de flaqueza.

—Claro, milord. El honorable señor David Haldane... —Extendió una carpeta cosida—. Fue difícil de hallar porque, al parecer, su hermano el barón le permite usar una de sus propiedades.

Marcus leyó el informe, no lucía alentador.

—El señor Haldane tiene más de cinco propiedades, ¿por qué utiliza una de la baronía?

Su secretaria lucía incómoda. Cruzaron miradas con Ernest, Marcusladeó la cabeza, recordándoles que al diablo no se le esconden los pecados.

—Por protección, milord. Y no de ustedes... —Marcus pidió que prosiguiera—. No conseguí información confirmada, solo rumores. Tal parece que el honorable señor David Haldane tiene algunos vicios de carácter. El título de su hermano lo protege de terminar en prisión y usando las casas de la baronía, las fuerzas de seguridad no lo visitan.

—¿Qué clase de vicios de carácter?

—No conseguí averiguar, milord. Parece... —balbuceó—, parece que son de índole sexual.

La duda en May, su tono críptico, le daba mala espina. Estaba seguro de que el señor Haldane no era simplemente homosexual; porque, aunque fuese ilegal, Marcus no encontraba problema alguno en esa orientación sexual. Entendería que el hermano de un barón tuviera que ser discreto, mas no May. Su secretaria podía ser franca con esos temas, no trataba con lores estirados y rígidos moralistas.

—¿Por qué no me lo dices, May, y ya?

—Porque no lo sé, milord. Lo siento, hice mal mi trabajo —se apresuró a disculparse y bajar la mirada. Ernest también mantenía esa postura.

—Saben que puedo matarlos por desafiarme de este modo, ¿verdad? Reconozco una sublevación cuando la veo. —Se puso de pie. Los dos temblaron, pero se mantuvieron en sus treces—. No sé por qué demonios no quieren decirme qué sucede con el honorable señor David Haldane —usó su nombre y título completo—, pero solo necesito saber si me mienten en una cosa... —Los dos elevaron la mirada, era eso o morir—. ¿Viktor los compró para que me traicionen?, ¿iré directo a una trampa?

—No, milord —soltaron a coro. Decían la verdad, May fue más hondo—. Por una vez intente pensar como si el mundo fuese el que imagina su esposa y no en el que usted habita... ¿Cuál sería la respuesta?

Le elevó el mentón a May, sondeó sus ojos bonachones, pero que habían visto miles de horrores. Esa mujer podía matar, porque sabía de qué eran capaces los hombres. Entendía el mundo igual que Marcus.

—No eres el doctor Amberg, May, tú no puedes hacer esos juegos.

—Lo entiendo, milord. Lo siento.

No obstante, la pregunta resonó en su cabeza y si pensaba en términos de Irina, la respuesta a la que arribaba era una sola: Ernest y May querían protegerlo, pero ¿de qué?

—Lo que sea que me ocultan lo descubriré, no sé para qué se exponen a mi enojo. No es que vaya a perdonarle la vida al señor Haldane, ¿verdad?

Los dos asintieron. Marcus cogió la carpeta y solo retuvo la dirección. Al demonio con lo demás, era evidente que May había eliminado la información importante. Se saltaría el desayuno, iría a por el malnacido y regresaría antes de la cena. Cerró la puerta de su despacho tras de sí y el resto de la conversación quedó ahogada.

—Hiciste lo correcto, May —dijo Ernest—. Tal vez tengamos suerte y no lo averigüe. Entre, mate al desgraciado y regrese. Yo me ocupo del resto con discreción.

—Pero...pero tal vez si le decía...si le decía iba preparado mentalmente. Ahora...Sabes lo que pasará si lo descubre in situ.

—Nadie puede prepararse mentalmente para eso.

Tras un largo silencio, May agregó:

—Ojalá fuéramos de los que rezan, Ernest. Ojalá tuviéramos fe, en este momento me vendría muy bien una dosis.

—Tendremos que valernos del coñac. —Se sirvieron dos copas, pese a ser temprano en la mañana, y se sentaron a beber.

La situación tenía mal aspecto. Marcus había aprendido a darse cuenta cuando le mentían, ese leve temblor, los gestos corporales, la forma en que las personas ruedan los ojos al pensar, al inventar una historia falsa... May y Ernest no lo traicionaron, aunque todo pareciera que sí. Le ocultaban información, mas no lo engañaban.

Igualmente, fue con cautela. La casa del señor Haldane, o la de su hermano el barón, se hallaba al sur de Londres, en la zona industrial. Aquella área llevaba años vaciada de lores y señores de buena cuna. El humo de las fábricas hacía el aire irrespirable y los deshechos ensuciaban las calles. Quienes conservaban sus viviendas no las mantenían por el esplendor de antaño, sino por especulación inmobiliaria. Tarde o temprano esos terrenos se revalorarían para hacer más fábricas o para construir viviendas para los infelices que trabajaban en ellas dieciséis horas siete días a la semana.

Que Haldane se escondiese allí podía ser una señal de su miedo, de saberse cazado por un Prometheus. Sin embargo, el hermetismo de May le decía que se trataba de algo más.

La casa de ladrillo rojo se alzaba algo destartalada entre dos farolas. En comparación al entorno, parecía lujosa. La puerta de madera era de doble panel y aún conservaba el llamador de bronce, las ventanas tenían cristales en lugar de estar tapadas por maderas clavadas y, por deferencia al dueño, la farola de la calle alumbraba su entrada.

Por lo demás, era tétrica. Los tres escalones que llevaron a Marcus a la entrada estaban

cascados, los marcos de las ventanas se mantenían cerrados no por candados, sino por la humedad de la madera y la nieve amarronada por la suciedad se acumulaba a los lados de la puerta. Una fina capa de hielo negro se había formado en el último escalón, por lo que el recién llegado debió hacer presión con sus zapatos elegantes para no resbalar.

No llamaría ni pretendería que estaba allí de visita. Esa carta se había agotado en su primera incursión. Solo le quedaba la violencia y cada vez le agradaba más. Lo motivaba esa emoción que ya estaba al límite, no le quedaba más remedio que lanzarse y ver si los demonios, como los ángeles, también volaban.

Se cogió de la barandilla para tomar impulso, alzó la pierna y dio una coz frontal. La madera crujió por la humedad y la cerradura cedió al segundo golpe. El olor a encierro le invadió las fosas nasales. Apenas había muebles y nadie se había ocupado de cubrirlos con sábanas para protegerlos del polvo. Al barón esa casa no le importaba en lo más mínimo, la conclusión lógica dada su escasa información fue que la mantenía justamente para que su hermano se escondiera.

¿Dónde, dentro de esa condenada, se refugiaba?, era lo que debía descubrir antes de que Tchaikovsky comenzara a sonar. La luz era escasa y faltaban velas. En esa época del año el sol se escondía a la hora del té y hasta que los mercadillos de navidad no le dieran vida al invierno, Londres se volvía un lugar oscuro y lúgubre.

Sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Consiguió ver algo, en especial el sendero de huellas en el polvo. Era raro que un hombre con dinero como el honorable señor David Haldane se alojara en una casa sin sirvientes ni recursos básicos. Marcus dejó que el instinto funcionara, mas no que se apoderara de sus funciones físicas. Era parte del entrenamiento, entender que el instinto en realidad son las alertas de la mente que comprenden y procesan cosas más allá de la razón.

Sí, aquella situación no se ajustaba a lo esperado, no obstante, de ser una trampa, ya tendrían que haber saltado sobre él. Un leve chasquido llamó su atención, siguió el origen del sonido. Subió las escaleras asegurándose de que las tablas no crujieran bajo sus pies. La alfombra estaba raída, pero cumplía su función y consiguió llegar a la planta alta con sigilo. Agudizó el oído hasta hallar el siguiente sonido. Provenía de una de las habitaciones. Pegó la espalda a la pared, para no ser blanco de un disparo a quemarropa y avanzó paso a paso. Silencioso como un gato. Se detuvo justo en la puerta. Cogió el revólver, aunque prefería no matarlo de un simple disparo, eligió su vida sobre la de él.

La imagen de Irina se cruzó en su cabeza. Más aún, su voz diciéndole que no era un cobarde, que solo estaba cansado. Y vaya si lo estaba, quería terminar con esos desgraciados de una buena vez y luego... ¿luego qué?, ¿esperar a Viktor? Sin embargo, en ese último momento, en el que debía elegir entre la venganza y su vida, había cogido el revólver, había optado por vivir.

Un día más junto a Irina y Gunnar. Una mañana más de apenas acariciarla y contentarse con eso. Una hora más... un minuto más... un segundo más... De eso se construía su futuro.

Asomó la cabeza con cautela y casi carcajea por sus pensamientos oscuros. Irina tenía razón, era un jodido romántico, siempre fatalista y extremo. Guardó el revólver y cogió el cuchillo de hoja curva. Sus pies ligeros no emitieron sonido, por lo que el honorable señor David Haldane al despertar, sintiendo el frío en sus cojones, lo primero que escuchó fue:

—Si te mueves, te castro.

Los dos se tomaron un instante para analizar el curso de los acontecimientos. El señor Haldane estaba desnudo, apenas cubierto por una manta y al calor de una simple salamandra. No estaba a la espera de Marcus Cavendish, lo cual lo convertía en un completo imbécil. ¿Acaso no había recibido el memorándum?, ¿no se había enterado de la suerte de sus socios? Preguntarse dónde había estado esos últimos días era una pérdida de tiempo, al parecer la respuesta era allí. En esa misma

habitación, sin ropa, follando vaya uno a saber con quién.

Lo que lo llevaba a la siguiente pregunta. Entonces, ¿qué temían May y Ernest?

El señor Haldane miró a su agresor, a la hoja presionando sus testículos y se mantuvo quieto.

—¿Qué demonios sucede?

—Realmente esto me dará pesadillas, y eso que viví en la institución Prometheus. Pero usted y esta cosa... —Le movió el pene con la punta del cuchillo— me generarán un trauma irreparable.

—¿Qué quiere de mí?

—Cada vez me lo hacen más fácil, ¡qué aburrido! ¿No quiere luchar un poco?, ¿fingir que tiene dignidad? Aunque solo sea para entretenerme.

—¡Está amenazando mi polla! No, no quiero entretenerlo, maldito hijo de...

Le clavó el cuchillo en un testículo.

—De ahora en adelante, se dirigirá a mí como Lord Marcus o milord. ¿Dónde han quedado los modales y el respeto a las normas? —Chasqueó la lengua—. Parece que viviéramos entre salvajes.

El hombre seguía gimoteando. Rogaba que le permitiera al menos frenar el sangrado de su testículo. Nada conmovía a Marcus. Limpió la hoja en la sábana, aunque ese pedazo de tela tenía más pestes que el Támesis.

—¿Qué quiere?, se lo daré...le juro que se lo daré —lloriqueó.

—La empresa fantasma con la que le llega el dinero a Viktor Schwarz. La de la mariposa. ¿Es usted el afortunado?

—Sí...sí, soy yo. —Exhaló, creyendo que eso lo salvaría de la muerte—. Se llama Miss Victoria, es una compañía de institutrices y damas de compañía. Le daré toda la información, lo juro.

—No tengo duda...

—El administrador se llama Philip Kilvington, él se encarga de todo, incluso de hacerle llegar el dinero al administrador de Schwarz. Es muy eficiente, le dirá lo que necesite. Lo juro. Yo no sé más, eso es parte del plan...

—Sí, sí. Viktor se mantiene en las sombras, ustedes financian sin saber qué se hace con el dinero, esperando convertirse en el Prometeo que roba el fuego sagrado del Olimpo. Escuché esa diatriba más de una vez...

—¿M—más de una vez?

—¿Hace cuánto que está aquí encerrado, señor Haldane? —Lo instó a ponerse de pie, en el colchón su sangre había dejado una enorme aureola roja.

—Algunas semanas.

—¿Por qué? —preguntó. Lo hizo con un tono de asco ante la suciedad del entorno y la evidente falta de servicio. Un tono que cambió de matiz y se convirtió en suspicacia al notar el recelo del hombre. Haldane no tenía problema en delatar los movimientos de Prometheus, con lo que eso implicaba, pero sí contar qué demonios hacía allí.

Algo de índole sexual. La bilis le subió por la garganta.

—¿Qué hará conmigo?

—Aprovechando que usted mismo desapareció por propia voluntad, pretendía mantenerlo así. Tenía intenciones de ir a por el próximo de mi lista sin que Viktor se interpusiera.

El hombre trastabilló. Entendió que desaparecido era sinónimo de muerto en el lenguaje Cavendish. Intentó zafarse, Marcus le clavó el cuchillo a un lado, asegurándose de provocar dolor sin tocar órganos vitales.

—¿A dónde me lleva?

—Si lo dejo aquí, su hermano lo encontrará, ¿verdad?, es él quien lo alimenta y se asegura la

discreción.

Enviaría una nota a Franz Cooper con la información socavada, ellos se encargarían del administrador —el tal Kilvington no sabía qué hacía en realidad— y completarían el plan de matar al maldito de Viktor.

Él... él tenía otros planes. Le restaban cuatro nombres y el tiempo jugaba en su contra. Schwarz, de seguro, planeaba su muerte, era cuestión de esperar a ver qué método empleaba. ¿Incendio? Mmmm, lo había utilizado una vez, Tobías lo sabía muy bien. ¿Explosivos?, demasiado llamativo. ¿Un ejército?, ese podía funcionarle. Era claro que a Irina no podían usarla en su contra, de modo que descartaba ese escenario... En fin, existían muchas formas de matar y si algo no le faltaba al doctor Schwarz era imaginación.

La nueva meta personal era vivir un día a la vez y matar a un desgraciado por vez también.

—¡Por favor! Por favor, le juro, yo no sabía lo que hacían en Prometheus. Se lo juro...

—¿No sabía?, ¿por qué habla en tiempo pasado? —Puso la hoja del cuchillo en su garganta—. ¿Acaso ahora sí lo sabe?

Haldane palideció, supo que había hablado de más. No obstante, no fue su lengua la que le dio la condena definitiva. Sino otra...

Un grito desgarrador rompió la noche. El ruido de cadenas. Un gruñido. Otro grito.

Provenía del subsuelo, de la despensa. Marcus tiró del hombre siguiendo el origen del clamor, el silencio había regresado, pero él parecía seguir escuchando el alarido casi animal. Su mente le traía recuerdos de cuando estaban en el hospicio. Empujó a Haldane escalera abajo, el hombre rodó hasta caer adolorido contra el suelo de tierra. Una puerta se encontraba ante ellos y la cantidad de cadenas que la sostenían eran signo de peligro. La llave se encontraba sobre el dintel. Marcus la alcanzó y abrió el candado.

—Aguarde... —Haldane dudó, luego prefirió callar. Quizá esperaba que aquello que escondía terminara con su agresor o le diera tiempo a huir. Marcus estaba más allá de la razón, sus emociones se mezclaban con la lógica. Era todo lo que Viktor odiaba: un ser sintiente. Un hombre capaz de llevar sus sentires al extremo de poner en riesgo la premisa fundamental de su adoctrinamiento. Estaba dispuesto a morir.

Si hubiese tenido tiempo, se hubiera echado a reír ante la epifanía. No solo quería destruir a Viktor físicamente, matar al desgraciado, sino que quería arrancárselo de sí. Todo ese tiempo, todo ese plan, tenía como finalidad rebelarse y la única rebeldía contra su creador era la destrucción de su creación. O sea, él. ¿Buscaba en su muerte real la muerte del símbolo?

No era un buen momento para psicoanalizarse a sí mismo y probablemente no lo sería jamás. Empujó la puerta de madera y el sonido de cadenas se intensificó. Duró menos de un segundo, Marcus ajustó su visión a la oscuridad, solo para ver una criatura correr a su encuentro y detenerse, justo a un centímetro de él, por la fuerza de la cadena.

Oyó el gruñido, el sonido de dientes al chocar unos con otros. La respiración trabajosa.

No era una bestia salvaje. O tal vez sí. Era una niña... y un simple vistazo le bastó para deducir que no cualquiera, era una niña Prometheus.

Haldane aprovechó la distracción para intentar huir, arrastrarse escalera arriba. Marcus se dio la vuelta, lo cogió del cuello, lo elevó y, valiéndose de sus cuchillos, el de punta curva y una navaja, clavó sus manos contra la puerta. Allí, como una burla al Jesús crucificado, observó el intercambio entre esos dos demonios creados por Viktor.

¿Es que acaso no has visto alguna vez un jodido caso fallido de Prometheus?, recordó las palabras de Serge Amberg en su sesión, cuando le dijo que él era un caso fallido. Estaba ante uno,

frente a una criatura a la que Viktor Schwarz y su «ciencia» habían roto. No era tiempo de preguntarse cómo demonios sabía el psicoanalista que así terminaban los niños, si él no estaba en los hospicios. Si su trabajo era con los casos *de éxito*.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, empleando un tono de voz neutro. Ni compasivo, ni aniñado, ni enfurecido.

—¿Aquí en la tierra? —La niña rio. Se retrajo hasta el rincón, como un perro apaleado, y se dispuso a murmurar cosas inteligibles. Hablaba con las voces en su cabeza. De pronto, volvió a ponerse de pie y a caminar hasta el largo máximo que le permitió la cadena. Estaba atada a su cuello como un collar. Alzó el dedo y señaló las sombras a espaldas de Marcus. Su expresión era tan genuina que lo hizo volverse, seguro de que hallaría al mismísimo satán en persona—. ¡Debes venir a la luz! —Tiró de él, Marcus no se movió. La niña no lo esperó y corrió hasta pararse en el único rayo de luna que atravesaba la despensa—. ¡Va a por ti! —y soltó una risa tétrica. La risa se volvió carcajada histérica. Puso sus ojos en Haldane, clavado en la pared—. El diablo vino por ti...—canturreó.

Marcus se volvió hacia el hombre, su mirada estaba enajenada. La niña podía tener visiones, estar desquiciada, pero tenía toda la jodida razón. El diablo había venido a por Haldane.

—Espera...—rogó—. Espera, no soy un monstruo. La niña ya estaba así, lo juro. Viktor iba a matarla, yo le pedí que me la diera. Gracias a mí vive, ¿verdad? Yo la mantengo con vida.

Marcus cerró las manos formando dos puños y volvió a abrirlas. Recuperó la movilidad de sus dedos. Arrancó los cuchillos que sostenían al hombre y lo dejó caer. El dolor le impedía intentar huir.

—Yo sé lo que haces con ella, maldito degenerado. Esa niña preferiría estar muerta, pero la muerte vino a por ti. Enseguida regreso —le dijo a la pequeña, que volvía a murmurar, respondiendo a voces que solo ella podía oír. Arrastró a Haldane escalera arriba hasta llegar al salón principal y lo lanzó con fuerza al piso.

Miró derredor, vio el hacha con el que cortaban la leña del hogar. Una muerte rápida no era justicia. Comprobó el filo contra un leño, apenas conseguía atravesar la madera.

—Perfecto. Desafilada. —Sonrió y fue a por Haldane.

—¿Qué haces? —Marcus le puso la mano sobre la mesa y volvió a clavarla con su cuchillo para asegurarla—. ¡Qué me harás! ¿Qué...? —Le cortó la mano. La reemplazó por la siguiente. Los gritos del hombre resonaron en la noche, pero nadie vendría a su ayuda. Estaban a solas, en esa casa olvidada por el mundo y por Dios. La había elegido para que nadie oyera a su víctima, ahora nadie lo escucharía a él.

Excepto el demonio.

—Es que tengo tendencia a los clásicos...—dijo en su defensa, cuando acomodó la cabeza del hombre sobre la mesa, la aseguró bajo su pie—. ¿No es así como se mata a los nobles? —y bajó el hacha.

CAPÍTULO 16



—No... no... —Los miró con pavor—. Hablan como si él... como si él estuviera muerto. —Los dos empleados cerraron los ojos, compungidos—. No se les ocurra decirme lo siento una vez más. ¿Dónde está Marcus? Él no... él no se rindió, él solo estaba cansado... —Y cayó de rodillas en el medio del despacho.

May se arrodilló a su lado, la contuvo con sus brazos. Ernest no sabía qué decir. Nadie se había esperado el dolor desgarrador de la viuda. ¿En qué momento había sucedido? Era como la rana en el caldero, el agua se había calentado tan paulatinamente que el animal no supo cuándo saltar a tiempo. Irina se había cocido en su propio fuego. Primero por el bien de Gunnar, después por su deseo físico insatisfecho, por la seguridad que le daba Marcus, por el dominio que tenía de sí al no tomarla, el despertar a su lado, las caricias vedadas, la lucha por su identidad, entre lo que era, lo que se esperaba de él y lo que le habían hecho de niño...

Sin notar que empezaba a arder, Irina se enamoró de Marcus. Ya no se quedaba a su lado por su fuerza al enfrentar al conde, ni porque Gunnar había construido en torno a su figura la imagen del padre que nunca tuvo... Permanecía hecha un ovillo en el despacho, porque allí era donde quería estar.

Había sido arrastrada a una vida de violencia sin elección. Engañada por el encanto fingido de Oscar. Sin embargo, a Marcus lo elegía a sabiendas. No solo su actual esposo no escondía su esencia demoníaca, sino que le advertía que se mantuviera lejos y él mismo se ponía cadenas figuradas para alejarse.

Incluso hasta la muerte él le había asegurado distancia, protección y todo lo que había deseado...

Deseado antes de él.

—Quiero verlo —pidió—, a él no lo velaremos con el féretro cerrado en una ceremonia discreta. Que todo el mundo sepa que hemos perdido a un jodido buen hombre. —Soltó más lágrimas,

el cuerpo empezó a convulsionar por el llanto. Fue entonces que notó que May y Ernest se hacían señas —. ¿Qué? Dios... No me digan... ¡Qué le han hecho!

—Milady...

—¡¿Qué?!

—No está muerto... —dijo May.

—Todavía —agregó Ernest.

Irina se incorporó de un salto. Cogió las solapas de Ernest y lo sacudió con todas sus fuerzas.

—¿De qué demonios hablas? ¿Dónde está Marcus?, ¿cómo que todavía?, ¿quién va a por él? ¡Responde!

—M-me e-está a-ahorcando con la c-corbata.

Irina lo liberó. Ernest tosió y May tomó la palabra.

—Lord Marcus ha caído, milady. Está enajenado, fuera de sí. Solo consiguió enviar una nota a Franz Cooper con la información que logró sonsacar antes de...

—Díselo, merece saberlo —acotó May. No tenía sentido decorar el relato con palabras suaves.

—Antes de descuartizar al señor Haldane.

—¿El señor Haldane era un buen hombre? —fue su única pregunta—. ¿Marcus mató a un inocente?

—Lo desmembró con un hacha.

—No es lo que pregunté.

—No, milady, no era un buen hombre —dijo May. Irina intentó respirar, estaba retorciendo su moral, una que trataba de justificar lo injustificable. No le importó, le permitía seguir de pie y eso era lo que le valía.

—¿Dónde está Marcus?

—Milady...

—¡¿Dónde está? —gritó—. Implementaremos esa lógica retorcida que tienen ustedes. Si dan a Marcus por muerto, no tienen por qué seguir sus órdenes, ¿verdad?, ya no tienen jefe. Si Marcus no está muerto, entonces este absurdo plan de acción diseñado en caso de fallecimiento no tiene sentido. Así que salgamos de este absurdo y díganme... dónde. Demonios. Está. Marcus.

—En su casa de Londres. Parapetado. Esperando a que Viktor vaya a por él y poder matar un par más de personas.

—Pasas de no decirme nada, Ernest, a hablar de más. Que Marcus quiera seguir matando era información que no solicité... —respondió, alzando el mentón con determinación.

—Pero debe saberlo, porque planea ir ahí, ¿verdad?

—Claro que sí y usted me llevará.

Salió del despacho, fue a por su abrigo y guantes, porque hacía un frío insoportable, y trató de cruzar la barricada de hombres que actuaban como custodia personal. El conde, contra su voluntad, se había resignado a la presencia... ¿militar?

—Gunnar, pórtate bien. Haz caso al señor Venn y a May, y quédate con estos hombres que al parecer responden a Marcus, ¿bien?

—¿Y tú?

Irina compuso una pobre sonrisa.

—Marcus ha tenido un inconveniente, se siente descompuesto. Iré a cuidarlo. —Le besó la frente. Gunnar la miró con escepticismo, pero aceptó la reconfortante mentira.

La vio marchar tras Ernest, el único capaz de dar una orden y que esos hombres terribles acataran.

—Sigo pensando que es una mala idea, milady —le dijo al subir al carruaje.

—No solo es una buena idea, Ernest, sino que es la única. Marcus cree que no puede ser amado porque cuando era un niño su madre no lo supo querer. Iré a demostrarle que, incluso siendo un demonio, es merecedor de amor.

—¿Y si falla?

—El resultado de mi error sería el mismo que el de mi inacción. —Se encogió de hombros—. Por eso, como siempre, elijo la esperanza.

El resto del viaje se dio en silencio.

La casa de Marcus la dejó sin palabras. Descendió del carruaje y caminó con el rostro alzado hasta la reja de entrada. Ernest abrió y el metal apenas chirrió. El sendero hasta la entrada estaba empedrado con rocas rugosas que impedían que se resbalara al caminar. La nieve allí parecía más blanca que en la acera. Todo lucía impoluto, perfecto. No era la casa más grande de la zona ni la más ostentosa, pero, sin lugar a duda, era la más hermosa. Las paredes blancas se alzaban en tres plantas. La puerta de doble panel era de madera clara con el llamador en bronce. Una farola eléctrica pendía de la puerta, iluminando el pequeño porche. Dos columnas de estilo griego lo sostenían y esa era toda la ornamentación. Las ventanas eran enormes, altas, dejaban pasar la poca luz londinense. El resto seguía líneas limpias, tan distintas a la moda victoriana.

Ernest abrió la puerta con su llave y la empujó para que ella pasara. El vestíbulo seguía la misma decoración clara, salvo por algunos objetos que resaltaban en el contraste. Un jarrón azul, un espejo de marco dorado... El piso era de madera clara y estaba tan pulido que uno podía reflejarse en él.

—De aquí en adelante, sigue sola, milady.

—¿Y usted?

—Al resguardo con los demás empleados, milady. —Se encogió de hombros. *Usted ha elegido venir, es su problema, nadie la ayudará una vez se adentre en la guarida del demonio.* Ella le respondió del mismo modo, con ese gesto mudo, y probó abrir la siguiente puerta.

Ernest puso una llave en la hendidura, la hizo girar, y luego cogió el pomo y lo movió de lado a lado, siguiendo un patrón. Así comprendió Irina que se trataba de una puerta de seguridad, recubierta en madera y discreta, pero no muy distinta a la de una bóveda de un banco.

—¡Vaya!, realmente crees que allí hay un monstruo...

—Oh, no, milady. No lo creo, lo sé. Pero la seguridad no es por el demonio...

Esta vez Ernest no avanzó y le tocó a Irina avanzar sola. Una vez dentro de ese nuevo recinto, pudo constatar el porqué de tanta seguridad.

—¡Esto es un museo! —Dio varias vueltas mirando derredor. La cúpula en el techo le permitía a la luz natural iluminar la habitación sin que el sol diera directo en las obras. Muchas estaban tras cristales, otras, tras cortinas de terciopelo negro. Una se alzaba como la obra principal. Saturno devorando a su hijo de Francisco de Goya, algo dijo a Irina que el desgraciado se había hecho con el original.

La colección era eclética, desde jarrones de la dinastía Ming, obras del imperio Otomano, una vasija griega, hasta puntas de herramientas de la edad de hierro y bronce. Le hubiera gustado detenerse a estudiar cada objeto, imaginó que así conseguiría que a Gunnar le gustara el arte, pero un vistazo de nuevo a la obra de Goya le hizo entender a la perfección cuál era el problema de su hijo con el arte. Era imposible que esa pintura no le removiera cada emoción, cada trauma.

Al final de la habitación se hallaba una escalera que dibujaba una espiral perfecta, siguiendo la secuencia de Fibonacci. La baranda era de madera clara, con un simple tallado a los lados, y los escalones, de mármol blanco, estaban recubiertos en el medio por una alfombra azul marino. Esta amortiguó sus pasos hasta llegar a la primera planta. Salió de la espiral y rodeó el piso, buscando a Marcus. No estaba, de nuevo en la escalera, ascendió otro círculo...

Algo le decía que estaba más cerca de ser Dante en la Divina comedia, transitando círculo por círculo del infierno. En la siguiente planta, lo vio y se paralizó un instante.

Marcus se hallaba sentado en el piso, con la espalda y la cabeza contra la pared. Tenía las piernas flexionadas y algo abiertas, apoyaba los antebrazos en las rodillas mientras sus manos jugueteaban con un cuchillo de hoja curva.

Vestía elegante. La chaqueta de su traje de tres piezas habitual se encontraba a un lado; el chaleco se ajustaba perfecto a su pecho, estaba bordado en hilos de seda negros, formando un entramado de rosas y hojas. Lo que completaba su *atuendo* era la sangre. Su camisa dejó de ser blanca, estaba teñida de roja. Su rostro tenía salpicaduras, en cambio sus manos estaban impolutas. Ese detalle convertía al cuadro en algo más alarmante, porque demostraba que Marcus no estaba en su eje. Se había lavado las jodidas manos como era habitual en él al llegar a casa, como si en lugar de haber matado a un hombre con un hacha hubiese llegado del mercado.

Irina sintió terror, pero la embargó más la tristeza.

—Marcus...

Él la miró. En sus ojos azules brillaba un vacío demencial. Se había perdido en el infierno de su mente. Irina, de un paso a la vez, se acercó a él. ¿La reconocería?

—Marcus...—insistió a su lado. Se acucilló. Cogió un pañuelo e intentó limpiarle la sangre del rostro, pero estaba seca. Al menos, pensó con alivio, no estaba herido. Darse cuenta de que le preocupaba más un corte en su esposo que la muerte de otro hombre le hizo reconocer cuán en la mierda estaba hundida. Ese era su mundo ahora. Ya había visto a la oscuridad, y cuando uno la contempla, una parte de ella se pega a nosotros para siempre—. ¿Qué haces aquí?, ¿por qué no tomas un baño?, te sentirás mejor.

Él siguió en silencio, jugando con el cuchillo en su mano. Irina se incorporó, miró derredor, buscando una señal de qué hacer o tratando de entender qué mantenía a Marcus anclado en ese sitio. A su lado había una puerta, la llave estaba puesta en la cerradura. Agudizó el oído, necesitó posarlo sobre la madera; estuvo segura de que se oían murmullos al otro lado. Dos voces. Una aguda, de una niña, y una grave...

Giró la llave, abrió la puerta y observó el interior. No había dos personas, sino una niña de unos once años tal vez. Ella sí estaba recién bañada y vestía una camisa de Marcus que la cubría casi hasta los tobillos. Tenía el cabello negro enmarañado.

Las dos voces provenían de ella. Se hablaba y respondía, las oraciones no tenían ningún sentido para Irina.

—Hola, pequeña...

La niña giró el rostro hacia ella a tal velocidad que Irina dio un brinco, pensó que se había roto el cuello. Antes de que pudiera reaccionar de otra manera, la pequeña se lanzó a la carrera en su dirección, como una posesa.

Irina gritó por el susto, y antes de que fuera cogida por la niña, el brazo de Marcus la rodeó por la cintura y la sacó de allí. El mundo dio vueltas a su alrededor, no sintió el suelo bajo sus pies, sino la puerta cerrada apoyada en su espalda y el cuerpo de Marcus impidiéndole caer.

—¿Q-qué ha sido eso?—logró inquirir. Cogió el rostro masculino entre sus manos, sondeó en

sus ojos y vio que había un destello ínfimo de vida—. Marcus, ¿quién es esa niña?, ¿qué ha sucedido?

Él la bajó hasta que sus pies tocaron el piso. Posó su frente en la de ella y respiró. Lo hizo hondo, como si hasta recién hubiera estado conteniendo el aliento.

—Es un caso fallido de Prometheus —articuló. Cerró los ojos y se alejó de ella. Cuando volvió a abrirlos, a más de un metro de distancia, Irina entendió que Marcus tenía miedo. Y no por él, por ella.

—Tú no eres un caso fallido, Marcus. ¿Recuerdas?, solo estás cansado. Y esa niña tampoco — agregó. Se acercó a él, Marcus retrocedió—. Esa niña tampoco es un caso *fallido*. Son todos casos de éxito, todos y cada uno de ustedes, porque esto es exactamente lo que le ocurre a un ser humano cuando es sometido a experimentos delirantes. Viktor Schwarz no sabe lo que hace, no tiene ni condenada idea, pero sí tiene la soberbia de catalogar a los seres humanos como servibles e inservibles. Él es quien falla, no ustedes.

—Irina, vete. Vete, por favor. Vete antes de que no te pueda dejar ir.

—¿No lo ves, Marcus? Es evidente que soy yo la que no te puede dejar ir, la que quiere permanecer a tu lado. Sí puedes ser querido, Marcus, podías ser querido de niño y puedes ser querido ahora, con todos tus fantasmas...

Él acortó la distancia. En su mirada seguía el brillo demencial, aún caminaba entre dos mundos, el de la cordura y el de la locura. La abrazó con desesperación, estrujando su cuerpo contra el de él, hasta apenas permitirle respirar. Irina no se quejó, tampoco lo hizo cuando Marcus se separó un par de centímetros y bajó la cabeza.

El contacto de bocas fue voraz. Él la devoraba con ansias, ella le devolvía el beso con anhelo. Las lenguas chocaron, el abrazo se convirtió en caricias bruscas, que buscaban, desesperadas, un poco de piel.

Marcus la hizo girar y apoyar las manos contra la baranda de la escalera. La espiral se abrió paso bajo sus ojos y, detrás de ella, un hombre fuerte que tomaba control de su cuerpo. La embargó el pánico, el recuerdo de Oscar y la intimidación forzada a su lado; Marcus rasgó la espalda del vestido, arrancando los botones.

Pero eso no fue lo que sucedió, cuando terminó de quitarle el traje, la hizo volverse, mirarlo a los ojos y volvió a besarla. Nunca sabría Marcus lo que había logrado con eso, le había quitado un miedo a Irina, la liberaba de un recuerdo que estaba marcado por el abuso de su exesposo, para demostrarle que el sexo era más que entregarse por el otro, era un intercambio.

Una vez en camisola, Marcus buscó la ropa interior femenina y la rasgó también. Ella le desabrochó el pantalón y liberó su miembro. Sin separar sus bocas, la instó a rodearlo con las piernas y la penetró. Irina soltó un grito ahogado, el placer fue tan hondo que la tomó por sorpresa y cerca estuvo de la cima. Él clavó sus ojos en los de ella, no le apartaba la mirada, y si Irina cerraba los párpados, Marcus le gruñía una orden:

—Mírame.

Quería que fuera consciente de con quién estaba, de a quién se entregaba. A ese hombre que llevaba sobre su piel la sangre de otro, a ese monstruo que siempre caminaría entre dos mundos. A un demonio vengativo que estaba a un paso de saltar al abismo.

—Mírame, Irina.

La posó sobre la baranda; tras de sí, la espiral perfecta y, delante, Marcus Cavendish. Su Marcus. Al que ella no podía dejar ir. Sintió vértigo, si el hombre la soltaba, caería al vacío, terminaría en el centro mismo de la exposición de arte como una obra más: la mujer que confió.

Marcus no le permitiría caer. Mientras embestía en su interior y la conducía al orgasmo, Irina

aflojó los dedos que la aferraban a los hombros masculinos y los que la asían de la baranda y se lanzó hacia atrás hasta pender del abismo. Solo las manos de su esposo la sostenían.

Él la cogía de la cintura al tiempo que empujaba en su interior.

—Marcus, no me sueltes... no me dejes... —le suplicó antes de liberarse en un devastador orgasmo. Él la acompañó, derramándose en su interior.

Tiró de ella hasta que volvió al lugar seguro sobre su pecho, aún con el trasero apoyado en la baranda, las piernas alrededor de su cintura y el miembro masculino en su interior. Irina lo besó, con hambre.

—Así será siempre, Marcus. Tú sosteniéndome ante el abismo real y yo, ante el de tu mente. Los dos hubiéramos caído, pero no lo hicimos, porque nos tenemos el uno al otro.

La alejó de la escalera y solo cuando comprendió lo que había sucedido, lo cerca que había estado de perderla, cayó de rodillas y la arrastró consigo.

—Perdiste tu oportunidad, Irina. Jamás te dejaré ir. He matado a Marcus Cavendish, a la creación de Viktor, para dejar nacer al hombre que has hecho de mí. Ruego que mi nueva diosa sea más magnánima con su creación.

—Entonces, ¿eliges vivir? —preguntó ella, rebosante de esperanza.

—Sí. —La cogió en brazos—. Tenías razón, no quería morir, solo estaba muy cansado. Gracias por ser mi remanso. —La besó suavemente.

CAPÍTULO 17



—¿Adónde vamos? —preguntó Irina. Marcus la conducía cogida de la mano escalera abajo. Lanzó una mirada hacia arriba, a la habitación donde la niña se encontraba. Él pareció leerle la mente.

—Estará bien. Tiene comida, agua, mantas y ningún objeto punzante al alcance. Quizás incluso consiga dormir. —Guardó un minuto de silencio antes de agregar—: Dormir le ayudará a no tener tantas alucinaciones.

—¿Alguna vez...tú..?

—Sí, cuando era pequeño. Me obligaba a soñar para escapar de la realidad, hasta que comencé a quedar atrapado en las fantasías y comprendí que tarde o temprano, si no controlas la psiquis, la psiquis te controla a ti. —Llegaron a la planta baja, Saturno les dio la bienvenida.

—¿No debería estar en el museo del Prado? —Se suponía que su anterior dueño, Émile d'Erlanger, lo había devuelto a España unos años atrás y ahora estaba expuesto en dicho museo.

—Aquí lo cuidaré mejor.

—Aquí no lo puede ver nadie.

—Allí lo ve gente que no sabe de arte. —Irina rodó los ojos, tras lo cual, soltó una carcajada—.

¿Qué?

—Prefiero esta versión de ti.

—¿La de amante del arte?

—La de engreído. ¡Por supuesto que la verán personas que conocen de arte! Además de otros, que quizá no sepan de técnica, pero puedan sentir la emoción que provoca la obra. Incluso algún iluso, que solo por aparentar visita el museo y descubre el poder del arte.

—¿Quieres que lo devuelva?

—¿Lo harías?

—Solo si tú me lo pides —respondió, incómodo por la promesa.

—Lo pensaré. Entonces, ¿la niña puede volver a controlar las visiones?

—No lo sé. —Llegaron a una puerta al final del corredor. Un sonido extraño provenía de detrás de los muros—. Serge Amberg parece conocer más de lo que dice, pero aún no confío en él como para consultarle. No puedo correr el riesgo de que la devuelva a Prometheus. —La puerta que esperaba a por ellos era de cristal vitreaux. La empujó y el frío la tomó por sorpresa. Estaba en camisola y enaguas, su vestido era un manojito roto en la tercera planta.

—¿Por qué, qué te ha dicho el doctor?

—Cuando le confesé que me creía un caso fallido, describió esos mismos síntomas. Pero él.. él no puede conocerlos...

—Pero si es un médico de Prometheus.

—Sí y no. El psicólogo que hizo experimentos con nosotros era el doctor Chamberland. Tobías lo mató hace años. El doctor Amberg era su asistente y era el único que, además de Viktor y del difunto, dominaban la técnica de la hipnosis. Por eso fue por lo que Serge, pese a no haber trabajado directamente en el proyecto, fue asignado a nosotros, los casos de éxito.

—Para poder usar esas condenadas cajitas... —Irina dejó de mirar a Marcus y cayó en cuenta de dónde se hallaban. El lujo la dejó sin habla. Mármol rosado con vetas doradas decoraban el lugar desde el piso hasta el techo. Era pequeño y tenía apenas una ventana a la altura de su cabeza. Lo que más le llamó la atención era el extraño grifo que salía de la pared más arriba de su cabeza.

—¿Dónde estamos, Marcus?

—En un baño turco. Debo reconocer que cuando estuve en Estambul entendí la fascinación de David Urquhart por esta forma de higiene que combina cuerpo con mente. Los ingleses no somos tan limpios como queremos hacerle creer al mundo.

—No seré yo quien lo niegue. En Suecia conocemos los baños finlandeses, pero nos limitamos a la madera, Marcus. Esto es... —Tocó el mármol, estaba tibio— es obscenamente lujoso.

—Y ahora lo haremos obscenamente lujurioso.

La atrajo hacia sí y comenzó a desatar los nudos de su corsé frontal. Ella se sumó a la actividad, evitando sentir repulsión por la cantidad de sangre que el traje negro de Marcus disimulaba. Cuando él se quitó el chaleco y la camisa blanca quedó al descubierto junto a los tiradores, notó que no había porción sin manchar. Cerró los ojos, él la tomó de la barbilla.

—Tarde, Irina. Te he dado muchas posibilidades de huir, ahora debes afrontar tu decisión. Soy esto.

—Lo acepto. Te acepto. —Se puso de puntas de pie y depositó un beso en su boca—. Este es mi verdadero voto matrimonial. Yo, Irina Eriksson acepto a Marcus... solo Marcus, como mi legítimo esposo. En la salud, en la enfermedad, en la pobreza, en la riqueza...

—En la cordura y la locura.

—En especial en la locura. —Le bajó los tiradores y le quitó la camisa. La sangre había atravesado la tela y manchaba su pecho, dándole una pátina cobriza a cada músculo y resaltando las heridas del pasado. Marcus abrió el grifo y el agua cayó sobre ellos en forma de lluvia. Irina chilló, estaba fría y, además, nunca había tomado un baño así—. ¿Cómo se llama eso?

—Algunos le dicen ducha; otros, regadera; otros, alcachofa...

La piel se le puso de gallina ante el contacto con el agua helada. Él se colocó debajo del chorro y su cuerpo comenzó a clarearse. Irina buscó derredor hasta dar con el jabón.

—Ve con cuidado, esto se pone resbaladizo.

Regresó a su lado y comenzó a enjabonarlo hasta quitar la sangre seca. El agua escurría hacia un desagüe en la esquina. Irina aprovechó la ocasión para estudiar a Marcus. Era tan condenadamente

perfecto. Las cicatrices del pasado no afectaban el resultado. Su cuerpo era digno de ser estudiado por Leonardo Da Vinci, cada parte de su anatomía se revelaba a simple vista. Los abdominales, la espalda, la forma de sus caderas... El vello era dorado y no muy abundante, salvo por esa delgada línea en su vientre que se ampliaba formando una flecha con un destino perfecto. Sin importar el frío ni que acababan de hacer el amor, su miembro estaba erecto, listo para un segundo asalto. Irina supo que su cuerpo también estaba preparado, dispuesto a recibirlo una vez más.

Y otra...

Y otra...

—¿Y ahora? —preguntó, con la voz ronca.

—Me vuelves a mirar así y no respondo de mí, Irina —la amenazó, pero ella no lo tomó como un riesgo, sino como una invitación.

—¿Qué me harás?

Él la atrajo bajo el agua, el frío la hizo estremecer. Sus pezones respondieron erizándose. Marcus se puso de rodillas ante ella, le abrió las piernas, colocándole una sobre su hombro y le susurró:

—Sostente...esto también se puede poner resbaladizo.

Con esa promesa, hundió su lengua en ella. Irina gimió. Llevó las manos a su cabeza, se apartó el cabello que cayó lacio y pesado hacia atrás. Marcus la observó así, su diosa vikinga, con los ojos cerrados, aceptando el frío del agua y el calor de su lengua. Buscó el botón femenino y trazó círculos en torno a él. Se detuvo antes de permitirle un orgasmo.

—Marcus...

—Empiezas a entender las bondades del baño turco, ¿verdad? Frío y calor para purificar el cuerpo y la mente. —Cerró el grifo y abrió la siguiente puerta.

El calor les dio de lleno. El sonido vibrante allí era un poco más fuerte, aunque no llegaba a molestar. Se trataba del hipocausto, un sistema de calefacción subterráneo, heredado en parte de los romanos y popularizado en el Imperio Otomano. Contaba de una caldera que calentaba el agua y un sistema de canales que la distribuía generando ese calor húmedo que la hizo pasar de los escalofríos al sonrojo.

—Bienvenida al tepidarium, Irina. —La besó con ardor.

La temperatura parecía tropical por la humedad, rondaba los cuarenta grados centígrados y no tardaron en sudar. Allí el mármol formaba unas bancas a los costados de la habitación, que seguía siendo pequeña. Había toallas blancas sobre ellas que les impedía resbalar por la humedad y el sudor. Marcus la condujo sobre una y retomó la tarea que había dejado pendiente. Se arrodilló delante de Irina, le abrió las piernas y se deleitó del sabor de su placer.

Marcus era un amante generoso, daba más de lo que tomaba. En cada acción de su vida se escondía un acto de rebeldía. Sus emociones exacerbadas eran una respuesta al dominio impuesto por Prometheus. Su generosidad, la contraparte a la voluntad de poder. Entregar placer, a la idea del individuo como un ser que se valía solo.

No con él. Irina no se *valdría* sola nunca más, en cada ocasión que quisiera un orgasmo, solo tendría que pedirselo y él se convertiría en su fiel servidor.

Hundió el dedo en su canal, lo movió buscando el punto perfecto y con su lengua la llevó a la cima. Recién cuando los espasmos remitieron, se permitió abandonar su posición de feligrés.

Volvió a besarla, Irina bebió de la boca de Marcus su propio placer. Lo instó a sentarse sobre la toalla y lo montó a horcajadas.

—¿Acaso nunca me saciaré de ti, Marcus? —le preguntó, pasando sus dedos por los rizos

masculinos—. Pensar que yo me creía incapaz de compartir el placer, mírame ahora, apenas soy capaz de detenerme. —Llevó su mano al miembro masculino y lo acarició. La expresión de goce de Marcus volvió a despertar su pasión; sus párpados a media asta, su boca entreabierta, la piel sonrojada por el calor del baño y deseo. Irina se elevó un par de centímetros solo para descender sobre él, empalándose lentamente.

Él la cogió desde el trasero y la ayudó a mantener el movimiento constante que les daría placer a ambos. Estaban perlados por el sudor, húmedos, perfectos. El roce era delicioso en cada punto de sus cuerpos. En los senos de ella que hacían fricción sobre sus pectorales, en sus labios que apenas se separaban para respirar, cada uno, el aire del otro. En sus manos que buscaban trazar mapas del cuerpo de sus amantes.

Marcus estaba extasiado, ella se volvía la fuente de su vitalidad. Había pasado de desear morir, a desear ser eterno.

Arremetió en el interior de su esposa.

—Mía... Mía... Jodidamente mía... —murmuró, deleitándose de la imagen de Irina al borde del placer.

La sintió estremecerse, alcanzar el orgasmo, y cada espasmo de ella lo condujo a su propia liberación. Juntos, a cada lado del abismo.

—Ahora necesitaremos otro baño —susurró ella, sin aliento, junto a su cuello. Él se rio.

—Esto no ha terminado, pero separarme de ti me parece un despropósito. Aférrate con fuerza, porque estamos pringosos.

Irina ahogó la risa sobre su piel y se dejó llevar. La siguiente habitación era el caldarium.

—Diantres, Marcus. Está bien que creas que eres un demonio, pero tampoco para que te tomes literal el tema del infierno.

Él carcajeó. Priorizó el bienestar de Irina y, luchando contra el egoísmo, se separó de ella. La depositó en otro de los bancos cubiertos con pulcras toallas. Él cogió agua y la lanzó a un platillo de cobre con brasas debajo. La humedad no tardó en hacer al espacio apenas visible. Repitió la tarea tres veces antes de ir a sentarse junto a su esposa. Allí el techo era abovedado, de modo de que la condensación no cayera sobre ellos.

—Aquí no podremos divertirnos, no nos quedará más que ser respetuosos con las culturas ancestrales y dedicarnos a purificar la mente. —La miró de soslayo—. Avisame si te sienta mal, ¿sí?

—Es extraño, agobiante, pero no se siente del todo mal.

—Irina... —dijo su nombre con un suspiro—, ¿por qué te quedaste? Hoy tuviste la posibilidad de huir, ya la has perdido. Ahora te iría a buscar hasta el mismo inframundo de ser necesario. Pero detesto pensar que te quedas engañada, que albergas la esperanza de que yo... de que deje de ser esto. Sé hace mucho que *esto* es lo más sano que puedo llegar a estar, que siempre me perseguirán las pesadillas, de que si vuelve a suceder lo de hoy, volveré a perder la cabeza.

—¿Qué ha sucedido hoy? ¿Fue la niña, te recordó a lo que sufriste?

—Me recordó que incluso en mi sufrimiento tuve suerte. Haldane —Apretó los puños— la violaba. Viktor se la entregó como un deshecho, iba a matarla y le dio lo mismo lo que fuera de ella. Yo estuve a punto de perder la cabeza en el pasado, no tenía que ser un caso de éxito. Mi compañero de grupo debía matarme en su prueba final, pero conseguí imponerme y lo maté yo... Desde entonces la amenaza de que Viktor tuviera razón pende sobre mi cabeza. La conciencia de que no debí vencer y que tarde o temprano la verdad de mi fracaso saldrá a la luz.

Irina se mantuvo en silencio por un minuto.

—Ahora entiendo por qué no hablan cuando se enfadan —dijo con esfuerzo, las palabras le

raspaban la garganta cerrada por la ira—. ¡Rayos!, se siente como si alguien te ahorcara. ¿Esto experimenta Gunnar cuando se enfada?

Marcus sonrió sin poder creer la reacción de Irina.

—Sí.

La furia se mezclaba con el calor intenso de esa habitación.

—No quiero que mueras por ir a por el doctor Schwarz, pero sí quiero que muera ese desgraciado. ¿Soy mala persona?

—Irina, tú no puedes ser mala persona ni aunque pongas todo de ti. Creo que sería la única empresa en la que tu determinación vikinga no prevalecería. Estás hecha para fracasar en el arte de ser cruel.

—No lo sé. Quizá sea esta habitación, pero no me parece mal que hayas matado a ese tal Haldane.

—Definitivamente es esta habitación. —Se puso de pie y la instó a hacer lo mismo—. Despacio, puedes marearte.

—Intenté comprender lo que buscaba ese desquiciado de Schwarz con su filosofía, leí algunos de los libros que tienes, y solo puedo decirte que o es tonto y no ha entendido ni jota o es simplemente un maldito desgraciado que busca justificar su maldad.

—Se puede ser ambas.

—En uno de ellos leí una idea interesante. *El que quiera tener un amigo tiene que luchar por él, y para luchar hay que «saber ser enemigo»*. Quien se mantiene impávido ante el sufrimiento del otro, el que no hace nada, ni bueno ni malo, no es mejor ni pacifista, es cómplice de la crueldad. Aunque, tal vez la próxima vez puedas ahorrarte el hacha, ¿sí?

Marcus abrió la última puerta y pasaron del calor del caldarium al frío del frigidarium. Le costó asimilar las palabras de Irina, la aceptación real que se escondía detrás de ellas. No solo aceptaba su pasado, también su futuro. Al hombre que fue, que era y que sería.

Lejos del calor agobiante, volvió a besarla.

—La próxima vez... —repitió esa vedada promesa de futuro. La certeza de que ya no se perdería en su mente, porque tenía un hogar al que regresar. No una casa, no un edificio lleno de obras de arte, sino un corazón que aguardaba a por él—. Sabes... —le dijo, separándose apenas—. El doctor Amberg dice que por eso tengo tanto apego a Gunnar...

—Vaya, ¿tiene una explicación? Juro que no entiendo esa conexión que tienen los dos, pero es real. Él quiere que tú seas su padre... —Marcus sintió que lo alcanzaba un rayo—. Hey, ¿qué sucede? Si te incomoda, hablaré con él, pero es que siente...

—No, no... —logró articular. Inhaló con fuerza y llenó los pulmones de aire—. Lo siento, no sé qué ha sido eso. Seguro Serge se hará un festín cuando se lo diga.

—¿Por qué?

—Al parecer yo veo en Gunnar la salvación. Algo sobre las generaciones futuras, la salvación histórica religiosa y todas esas cosas llenas de simbolismo que emplea el psicoanálisis. —Intentó restarle importancia—. Vayamos a lo nuestro... —La cogió en brazos y la llevó a la pequeña piscina de agua fría.

—¡*Skit!* —se le escapó en sueco. Marcus rio y entró tras ella. No era una piscina amplia, sino algo a medias entre una tina grande y una fuente—. ¿Esto debía relajarme?

—Reconoce que estás mejor...

—Prefiero un baño tradicional. Aunque los finlandeses también hacen esto, lanzándose a un lago helado. No estoy muy segura de qué prefiero. —Flotó hasta alcanzar a Marcus y lo rodeó con

brazos y piernas—. No escaparás —amenazó.

—No pretendía hacerlo.

—Sí, por eso has cambiado de tema. —Lo besó en los labios—. Gunnar te da esperanzas, ¿verdad?

—Es más complejo.

—No, no lo es, Marcus. A mí también, hace ocho años que vivo de la esperanza que me da Gunnar. De la fe de que podré hacer de él un hombre de bien, distinto a su abuelo y a su padre. —Lo besó—. Más parecido a su tío.

—Mejor que su tío, joder. —Gruñó. Delató su sentir.

—Mejor que su tío, pero con ayuda de él. Porque es eso lo que dice tu enigmático doctor Amberg, ¿verdad?, una generación por vez, siempre haciéndola mejor... así se alcanza el progreso. Y no con métodos científicos delirantes, con experimentos crueles, con torturas sin sentido.

—Irina...

—Y también salvaremos a esa niña. Ella también es el futuro. Tienes los medios.

—Esa niña no puede vivir en sociedad, Irina.

—Entonces la cuidaremos lejos de la sociedad, hasta que pueda regresar. —Clavó sus ojos celestes en los azules de él—. Marcus, ¿lo ves?, somos el uno para el otro. Yo imagino y tú concretas. Encontraremos una casa alejada y contrataremos solo criados amorosos, y doctores amables, y profesores sabios. Y la iremos a visitar, regresando siempre, cumpliendo nuestras promesas, para que sepa que allí afuera hay personas que la esperan y que la quieren ver bien. Le llevará un tiempo, pero mejorará, ¿verdad?

—Suená bonito. Utópico, ingenuo...pero bonito.

—Es mejor que cínico y desesperanzador, ¿recuerdas? —Volvió a besarlo. El beso se volvió hondo, profundo, anhelante—. Ahora huyamos de aquí, Marcus. La parte del sexo estuvo muy bien, pero tengo quejas sobre la del frío.

Él sonrió. La sacó de la piscina y la envolvió en una bata. Era hora de que su esposa conociera su verdadera alcoba antes de regresar a la casa Cavendish a poner punto final al pasado.

CAPÍTULO 18



Los soldados de Krage se marcharon, lo hicieron con ese mismo andar marcial con el que habían llegado. Lord Alfie no había sido dueño de sus tierras por tres días y dos noches. La idea de que eso pudiera repetirse le hacía doler el pecho y le provocaba una migraña insoportable. Tanto así que ni desquitársela con lady Teresa le daba resultados.

No. Necesitaba recuperar el poder. ¡Era el maldito conde de Salisbury! Su hijo acababa de demostrarle qué significaba ser un Prometheus, pisar cualquier cabeza que se interpusiera en su camino.

Apretó el puño y estrujó el papel. Esperaba ansioso la respuesta, pero el condenado de Viktor Schwarz se mantenía cauteloso en las sombras.

—Tú lo sabías, desgraciado. Tú sabías que mi hijo me comería vivo. Te di dinero para que hagas de él un hombre y has hecho de él un demonio —gruñó. Dio una vuelta más en el despacho y debió sentarse. Las sienes le latían.

Marcus había vaciado el condado de todo poder. Claro que él seguía siendo el conde y Gunnar su heredero, pero ¿cómo haría valer ese legado?, ¿enfrentando a los soldados de Krage?, ¿pagando más que Cooper? Incluso si vencía esos dos frentes, le quedaba el último, la cantidad de gente que lo traicionaría antes de que saliese a la luz la información política que lord Marcus guardaba de ellos.

Porque el traicionero había tejido hilos hasta después de su muerte.

Solo una persona sabía cómo eliminar a un Prometheus: su creador.

—Milord... —Thormund entró al despacho sin llamar. Aunque mejor era decir que se había escabullido.

—¡Qué!

—Tenemos respuestas.

Lord Alfie apretó los dientes, ya volvería a regir sobre su casa y le recordaría al desgraciado

que no debía usar el plural. Todos parecían haberlo traicionado, el ayudante de cámara de Gunnar no le informaba más, Rose lo mismo. Y solo Thormund intentaba que las cosas volvieran a ser como eran, porque también él había perdido influencia con los cambios. Raissa se pavoneaba como una reina, como la vencedora de las disputas de los criados.

—¿Qué dice? —Le quitó la nota. El sello de la mariposa era la señal correcta, indicaba que no se trataba de un engaño—. ¿Y esto?

—Es un lugar de encuentro, milord. Tiene que salir ya si quiere llegar a tiempo.

Alfie miró por la ventana. Caía nieve copiosamente, mas no con viento. Tendría que apresurarse no solo para llegar, sino también, para regresar a tiempo.

—Bien. No nos demoremos. —Cogió una botella de whisky y salió tras los pasos de su mayordomo. Raissa lo vio y supo que informaría el movimiento, pero no a tiempo de impedirlo.

—¿No tenías un sitio mejor? —gruñó Alfie al bajar de su carruaje. La nieve se hundía bajo sus pies y le entorpecía el andar. Viktor Schwarz no parecía afectado por ella.

Habían pasado los años y su presencia no había perdido imponencia. Cabello cano, barba espesa, cejas tupidas y perfectos trajes negros. Ese día le sumaba un abrigo con el cuello y los puños de piel y una *ushanka* en lugar de sombrero de copa. No se quitó los guantes para saludarlo.

—No, no lo tenía. —Señaló a sus espaldas. En el camino se encontraban otros cuatro carruajes. En todos ellos, soldados tan terribles como los de Krage acompañando a la carga, varios baúles llenos de ropas y libros.

—¿Huyes?

—Pues claro, milord. ¿O esperaba que me quedara a darle la bienvenida a su hijo?

—Esperaba que te deshicieras de él.

—Mindy Jones... —fue su críptica respuesta.

—¿Quién?

—Deberías conocer a tus empleados, Alfie, nunca sabes de dónde puede venir el ataque. Mindy Jones es quien te ayudará... —Extendió una caja pequeña—. Tú no has podido encontrar la debilidad de Marcus, la real, la que nos permitiría manipularlo. De modo que emplearemos este método.

—¿Qué método?

Viktor arqueó una de sus cejas.

—No pretendas que entiendes de ciencia, Alfie, tu función es solo financiarla. Entrégale esto a Mindy Jones y ella hará el resto. —El conde no pudo con su curiosidad, abrió la caja y vio su contenido—. Verás la respuesta en acción —agregó ante la confusión del conde.

—¿Y usted?

—No creerá que le diré... —Soltó una carcajada—. Marcus aún podrá sacarle información y usted lo único que le podrá decir es esto. Que nos encontramos en un páramo a mitad del camino y que he dejado mi última residencia. Sin su hijo de por medio, solo me deberé proteger de dos. A Franz lo conozco, me basta con amenazar a su bella esposa para dominarlo. A Krage... —Apretó la mandíbula y no dijo más—. Ponte en marcha, Alfie. O la tormenta te cogerá en el camino.

—Esperaba que esta inversión me diera mejores resultados —gruñó el conde.

—¿Mejores? Mis creaciones son perfectas. Si Marcus ha fallado fue por lo que tú le hiciste de pequeño, no por lo que yo intenté corregir por años. Tu hijo tiene una debilidad...

—¿Cuál?

Viktor se alejó a paso firme, dejando su huella en la nieve. Se subió al carruaje y golpeó con el bastón para que el cochero se pusiera en movimiento.

—Ni él la conoce y ¿pretendes que yo se la diga a un idiota? —Rodó los ojos, cogió el libro que había dejado a su lado y se dispuso a leer—. Hombres como lord Alfie hacen necesarios a los Prometheus, pero debo ajustar algunas cosas. No puedo tolerar más rebeldías. Será una pena deshacerme de ellos, pero crearé mejores —gruñó y volvió la atención a las páginas. Tenía un largo viaje hasta su nueva guarida.

CAPÍTULO 19



No podrían evitarlo, se considerarían responsables. Aunque tuviesen a los verdaderos culpables aprisionados bajo las suelas de sus zapatos, la culpa les correría por las venas a todos. Marcus, Irina, Ernest, May, Raissa. Ninguno podría liberarse del peso de la imprudencia, de la confianza. Una que les decía que tenían el triunfo asegurado pese a que todavía estaban en territorio enemigo. Tenían el control. Pues no... cuantas más certezas creemos tener, más equivocados estamos. A veces, olvidamos que, hasta el más imbécil de los imbéciles, cuando su vida pende de un hilo, prioriza su supervivencia sin medir las consecuencias.

Lord Alfie Cavendish estaba al tanto de su sentencia, la muerte de Oscar tuvo el efecto de un sueño premonitorio en él. Por un momento creyó que los motivos de su hijo eran algo tan simple como negocios. Pensó que su regreso formaba parte de un plan de retribución. Una forma de agradecimiento. Al fin de cuentas, fue él quien tomó la decisión de convertirlo en un hombre indestructible y poderoso. No se equivocó, existía un plan de retribución gestado en la mente de Marcus... y este incluía un lugar junto al cuerpo de su primogénito.

Cuando el conde, un hombre que solo abandonaba sus tierras cuando su presencia era requerida en la cámara de lores —situación que ocurría una o dos veces al año con una explícita convocatoria—, abandonó el condado para realizar un encargo personal en la ciudad, debieron suponerlo.

Aunque de suponerlo, ni todas las cabezas juntas hubiesen imaginado que el ataque se daría bajo esos términos. Lord Marcus no se andaba con vueltas, un disparo en la frente, quizás estrangulamiento, en su defecto, te arrojaba al Támesis. Muerte rápida y segura. Listo, asunto resuelto para dar paso al siguiente. El error de todos fue pensar que los oponentes jugarían de la misma manera. Si no hay reglas establecidas, no hay quejas. Pero sí sorpresas.

—Oh, vaya, ¡qué sorpresa! —exclamó May al ver que el rostro de Lord Gunnar se asomó por

la puerta entreabierta—. Adelante, milord —lo invitó a ingresar, la presencia del niño solía ser el momento de pausa para la mujer, uno que disfrutaba—, su visita es siempre bienvenida.

—¿El tío Marcus? —dijo un paso, luego otro. Lento. Mirando en derredor con picardía—. No lo he visto esta mañana.

La señora May se sonrojó. No le resultaba agradable mentirle al niño. Mejor dicho, omitir información y reemplazarla por otra. En fin, dadas las circunstancias:

—Aún no se ha levantado, creo que está muy cansado.

—¡Como mi madre! Raissa me ha dicho lo mismo, que todavía duerme. —Tras media docena de pasos, se detuvo frente al mueble aparador contiguo a la biblioteca—. Es raro en madre, suele despertarse ni bien el sol asoma... —Se alzó de puntas de pie y constató que la caja de bombones estuviese en el lugar de siempre. Lo estaba. Sonrió. Se volvió y enfrentó a la mujer—. Me ha dicho que le gusta ver el amanecer. Se ha perdido varios amaneceres estos días —pestañeó—. El tío Marcus también.

May se atragantó. Bebió un sorbo de su té, estaba frío. Tosió. Detestaba el té cuando no estaba en su punto justo.

—Supongo que ambos deben de estar muy cansados, en ocasiones, los adultos necesitan... —Apretó los labios. Mmmm, ¿qué decir?— necesitan cambiar de hábitos.

—¿Cómo por ejemplo? —cuestionó Gunnar con auténtico interés.

¡Rayos! La señora May cogió una de las carpetas y se abanicó.

—Quizás, en vez de ver el amanecer... —titubeó. Pensó. Exhaló—, prefiera ver el atardecer.

—Puede ver los dos.

—Tienes razón. —Sorbió el resto de té que le quedaba. Tragó con mucha lentitud ante la expectante atención del niño. Era mejor tener la boca ocupada, le daba tiempo a pensar antes de hablar—. Dígame, mi estimado lord Gunnar, ¿no tendría que estar usted en clase con el señor Venn?

—Así es, pero como recité un poema en latín sin error alguno, me ha concedido un descanso. —Llevó las manos a su espalda. Había ido hasta allí por algo y no se marcharía hasta conseguirlo.

—Oh, muy bien por ti. —Hizo palmas a modo de felicitación—. Y por el señor Venn, eso habla muy bien de él también. —Ella había hecho la selección preliminar de los posibles tutores, Marcus escogió entre ellos. Sin duda, el hombre fue la mejor opción para Gunnar.

—*Omnia sol temperat...* —Comenzó a recitar el poema sin que May se lo pidiera— *purus et subtilis, novo mundo reserat faciem Aprilis...*

—¡Vaya!, ¡maravilloso! —Hizo más palmas, le puso entusiasmo, como si estuviera en una obra de teatro—. Podría brindarme la traducción, milord, aquí, el experto en latín es su tío, no yo...

—Pues... —Torció los labios con una mueca—, he dicho que recité un poema en latín —se excusó, no recordaba ni un tercio de su traducción—, dice algo del sol y el mundo —intentó recordar lo que el profesor le había dicho—. Ah, y abril... ¡El sol y el mundo en abril!

—El sol y el mundo en abril, muy poético, me ha encantado. —La señora May se incorporó, premiaría al niño, lo merecía—. Creo que además del descanso que se te ha concedido, mereces algo más.

—Yo también lo creo. —Sonrió al ver la dirección que tomaban las piernas y las manos de la señora May: tercer estante del aparador. ¡Bombones!

—Aquí tienes —Cogió la caja de chocolates—, eso sí, solo uno, o tu tío se me enfadará... —bromeó. Cerró los ojos y abrió la caja—, a menos que yo no te haya visto, ¿verdad? —Lo dejó que tomara la cantidad de bombones que él quisiera, como mucho cogería tres, el pequeño conocía sus límites.

—No, no me ha visto. Ni yo la he visto a usted —se sumó a la broma de la mujer. Tal como presupuso ella, cogió solo tres. Los guardó en el bolsillo de su pantalón—, adiós, señora May —susurró convirtiendo lo sucedido en un secreto compartido. Luego, salió a la carrera del despacho.

La mujer sonrió, ese niño era su dosis de sol diaria, reconfortante, puro y delicado. Como el sol del poema. Porque sí, por supuesto que ella sabía latín. Regresó el estuche al mueble aparador y volvió a retomar sus actividades.

El vientre abultado del señor Venn tenía una razón de ser, le gustaba comer. Quizás, si le hubiesen ofrecido bombones, a diferencia de Gunnar, este se robaría la caja completa. Pero el hombre no se andaba con vueltas, considerando el buen desempeño de su alumno, establecía pausas de descanso, unas que él utilizaba para dar un paseo por la cocina. La cocinera de los Cavendish era una hacedora de magia. Así se expresaba, con palabras pintorescas, unas que conquistaron a la mujer desde que las oyó. En consecuencia, cada vez que Venn asomaba la nariz en ese templo culinario, ella lo recibía con manjares propios de un rey.

Hacia allí se dirigió Gunnar, de seguro, su tutor se tomaría su tiempo y permanecer solo y a la espera en la sala de estudio le resultaba muy aburrido. Como también una pérdida de tiempo libre. Era absurdo disfrutar de los momentos de ocio en el lugar destinado a lo opuesto, ¿no? Empezaba a sentir la necesidad de tener un amigo, aunque fuese un compañero de estudio. Caía en cuenta que, las únicas personas con las que tenía breves conversaciones eran con la señora May, la señora Holy y su nuevo tutor. También con su tío, pero a él lo considera una excepción, al igual que a su madre. Como fuese, ya había importunado a la señora May, le quedaba la señora Holy que estaba en la cocina dando las indicaciones para el almuerzo. Daba por hecho, hallaría al señor Venn.

De camino a la cocina, se le antojó comer un segundo bombón. Dejaría el último para después de la cena. Hurgó en su bolsillo y se dispuso a quitar el envoltorio que lo cubría. Era una nueva trufa, diferente a las que había probado antes, parecía de una chocolatería lujosa, lo que la hacía más apetitosa a la vista. Cuando la cobertura del chocolate estaba a milímetros de sus labios, una bofetada inesperada hizo que la golosina volara por los aires.

—¿Qué demonios haces, pequeño idiota? —El grito y el comportamiento fue reconocido de inmediato por Gunnar, no tuvo ni que alzar la vista: lord Alfie Cavendish. Sus mejillas y la mano del conde tenían una larga historia de encuentros. Por eso mismo fue que el niño no reconoció la intención real en la bofetada. La asumió como el común adoctrinamiento que su abuelo aplicaba. Y por eso mismo también fue que eligió ese momento, ese día, como el primero de su rebelión. El conde nunca le permitía comer dulces, menos cuando estos cumplían una función de gratificación y premio. ¡Al demonio con él! Se agachó, cogió el bombón del piso, y lo metió en su boca con provocación—. ¡Escúpelo, escúpelo! —Lo cogió por los hombros y lo sacudió con toda la fuerza que existía en su cuerpo, que no era mucha. Gunnar se resistió, masticó con exageración—. ¡Te he dicho que lo escupas, si no lo haces, te juro que partiré todas las varas del mundo en tu espalda, pequeño idiota!, ¡escupe ahora mismo!

Los gritos del conde recorrieron toda la planta baja en cuestión de segundos. Fue Ernest el que intervino, pese a su cojera y edad, se igualó en condiciones con el conde. Esa sí sería una pelea justa.

—¿Qué piensa que hace, milord? —dijo en cuanto tuvo al resguardo de su espalda a Gunnar. El espectáculo se hizo más concurrido. May, la señora Holy en compañía del señor Venn, y un par de doncellas más.

—¡Salvarle la vida a este condenado niño metiche, eso hago! Apártese... —intentó empujarlo. No lo logró, Ernest se mantuvo firme como un roble—. ¡Escupe ese maldito bombón! —reiteró fuera de sí.

La señora May que había abandonado su tarea ante el primer grito oído, lo recordó: ¡escúpelo, escúpelo! Vaya forma absurda de reprender al niño. ¿Escupir, qué? Una vez ante el escenario de la situación, la expresión desesperada del conde con el nuevo agregado en su reclamo, la puso en alerta. ¡Ese maldito bombón!, ¿bombón? ¡Qué demonios!

Se alzó la falda para subir la escalera tan rápido como sus piernas se lo permitieran. Fue hasta el despacho, abrió el cristal del mueble aparador, cogió la caja de chocolates y comprobó su interior. Sí, eran bombones, pero no los que ella había adquirido para lord Marcus. Estaban envueltos con un papel un tono más claro del habitual. Hasta la forma era diferente, más grandes. ¡Maldición!

—¡Lord Marcus! —gritó y fue en su búsqueda. Los amantes debían de despertar, la noche más oscura había llegado en un abrir y cerrar de ojos y los tomaba a todos desprevenidos.

Tuvieron que actuar a ciegas hasta que los síntomas comenzaron a manifestarse. El conde no tenía ni idea de la sustancia que los bombones contenían, ni lo que esta provocaría en Marcus cuando ingiriera de en pequeñas dosis diarias. Alucinaciones, delirios, desorientación, agitación psicomotriz y megalomanía. El propósito de la droga era arrastrarlo a la locura, hacerle creer mediante esos síntomas que era un auténtico caso fallido y, en una cuestión de semanas, esto lo empujaría al suicidio. Era la mejor forma deshacerse de él, recurrir a una muerte directa e inmediata pondría en alerta a Cooper y Krage, y estos no se detendrían hasta cobrarse la muerte de su hermano Prometheus. El problema era que esas pequeñas dosis eran para un cuerpo grande y robusto como el de Marcus. La misma dosis en el cuerpo de Gunnar tenía otras manifestaciones físicas, propias de una intoxicación severa. Ni bien estas aparecieron, luego de la evaluación médica, se supuso que la sustancia en sí era belladona. No existía un antídoto, la única metodología clínica posible para ese caso era intentar vaciar el estómago a como diera lugar, a la par, se debía de luchar contra la sintomatología. En Gunnar esta se manifestó, primero con rojez cutánea, seguido de sequedad de boca, sed intensa, y temperatura corporal que se elevaba minuto a minuto. Los temblores se hicieron presentes cuando el cuerpo del niño se transformó en un leño ardiente.

Llenaron la tina de baño, abrieron las ventanas de la habitación y de toda la condenada maldita planta alta. La corriente de aire frío recorrió toda la casa, solo así lograban que el agua en la que Gunnar estaba sumergido se mantuviera en temperatura baja para contrarrestar la de su cuerpo. Convulsionó. El doctor Bennet —médico amigo del señor Venn, era de su más entera confianza y conocía mucho sobre procesos de intoxicación— los preparó para todas las circunstancias posibles bajo la estricta premisa de no ceder ante una convulsión ni dejar que el niño se durmiera. Mantener su temperatura lo más baja que se pudiese —dadas las circunstancias—, hidratarlo y, a la vez, forzarlo a expulsar lo ingerido.

La fiebre estaba cediendo, Marcus lo cogió en brazos al tiempo en que Irina lo cubría con una toalla. Era probable que en cuestión de una hora la temperatura volviera a subir, llegada esa instancia, lo regresarían a la tina. De momento, la comodidad de la cama lo ayudaría a paliar el malestar físico. Pero la cama, para Gunnar, era sinónimo de otro malestar peor: su garganta atravesada por ese condenado palillo.

—Lo siento, cariño, tendremos que hacerlo de nuevo, ¿sí? —Irina luchaba con las lágrimas, tenía el rostro igual de enrojecido que su hijo, solo que ella no ardía en fiebre, era invadida por la

impotencia y la desesperación. Gunnar negó con leve movimiento de cabeza, el pobre niño no tenía más fuerza. Tenía los ojos vidriosos y su visión borrosa, por eso los mantenía entrecerrados. Se guiaba por las voces, los rostros, en la penumbra de la noche, le eran indistintos.

—Madre, déjame descansar... déjame dormir. —Su voz sonaba a ultratumba, parecía una súplica de un alma en pena que rogaba que le dieran el paso hacia el más allá. Irina ocultó su rostro en la almohada, ahogó allí el llanto, las ganas de gritar, mientras se aferraba a la mano de su hijo.

Si Marcus mantenía la calma, no era por un inesperado despliegue de control emocional. La soga del autocontrol atada a su cuello se había rasgado semanas atrás, continuaba siendo un animal hambriento e iracundo que estaba dispuesto a atacar a cuanta presa se le cruzara en el camino. Lo tranquilizaba pensar en lo que haría después, cuando Gunnar estuviese fuera de peligro. Cada uno de los responsables pagaría con sangre. Pensar en la sangre que haría correr en nombre del pequeño lo hacía alcanzar ese estado de necesaria armonía.

—No, Gunnar, no puedes dormir. Debes que quedarte despierto con nosotros, tú, tu madre y yo... ¡los tres! ¿No te parece una magnífica idea? —Con la misma escasa fuerza con la que negó segundos atrás, asintió—. Dime, ¿qué te gustaría hacer? —lo motivó. Acercó un vaso con agua y lo instó a beber.

Raissa se apersonó en la habitación, llamó a su señora aparte, tenía algo que decirle. Irina se incorporó, tardó en hacerlo, sus rodillas deseaban un descanso, llevaban horas en contacto con el piso, junto a la cama o la tina. Cuando estuvo junto a su doncella, esta la invitó a abandonar la habitación por unos segundos. Afuera se encontraba Rose, cargaba en brazos una bandeja con una tetera humeante y un pequeño cuenco de cerámica.

—Lady Teresa envía esto, milady. Dice que va a ayudar al niño a vaciar su estómago.

—¿Qué es? —Olió el vapor, no reconocía el aroma de la infusión. Dadas las circunstancias, no confiaba en nada ni en nadie. Menos en una infusión de sospechosa procedencia.

—Es una infusión que lady Teresa me hace preparar cuando... cuando —titubeó, le daba vergüenza exponer las costumbres secretas de la condesa—, bueno, cuando se excede en el consumo de sus medicinas. —Utilizar ese eufemismo le parecía más acertado que proclamar a viva voz: opio. Consumo excesivo y descontrolado de adormidera—. Está hecha a base de raíz de apu... —apretó los labios, intentó hacer memoria—, no, raíz de ipecu... —maldijo por lo bajo, no lo recordaba—. Como sea, el doctor de la condesa se la ha indicado hace tiempo, la infusión ayuda a depurar el estómago, provoca vómitos de manera natural. —Le entregó la bandeja.

—No lo sé, el doctor Bennet nos ha dicho que...

—Confíe en la condesa, milady, solo en esta ocasión confíe en ella. Está muy preocupada por su nieto, quiere lo mejor para él. Confíe. —Los ojos de Rose le obsequiaron un destello de seguridad propio de las personas que saben que están haciendo un bien y que temen no ser oídas.

Lo cierto era que Gunnar se negaba a los vómitos que le inducían por las molestias que le causaba el palillo de madera en la garganta. Pero debía de eliminar todo rastro de la toxina de su cuerpo por medio del vómito y la micción. Probar con la infusión no estaba de más, de hecho, tenía un aroma agradable, lo que la hacía fácil de tomar.

—Agradécele a lady Teresa de mi parte, por favor. —Cogió la bandeja y regresó al interior de la habitación. Al hacerlo, se encontró con un nuevo cuadro ante sus ojos. Uno tristemente hermoso. Marcus recostado en la cama junto a Gunnar, en sus manos tenía el libro de cuentos favorito del niño, se lo leía en voz baja. La cabeza de su hijo reposaba sobre el pecho de su tío, como si además de querer oír su relato, también quisiera oír su corazón.

—Me ha pedido que le lea —le dijo en cuanto vio que Irina se acomodaba al otro lado de la

cama—, a cambio de... —Hizo un gesto: La tortura del maldito palillo en su garganta.

—He traído algo para que bebas, Gunnar. —Sirvió la infusión en el cuenco. El recipiente era más cómodo que una taza, por lo menos, cuando intentas beber en posiciones horizontales. Lo acercó a los labios de su hijo. Marcus no pudo evitar reaccionar, alejó la bebida de la boca del niño. Dudó. No deseaba más sorpresas. Todavía no podían considerarlo a salvo.

—¿Debo de preguntar por su origen?

—No, porque es mejor que no lo sepas. Con confiar, al igual que yo, es suficiente.

—Huele bien, madre —musitó Gunnar. Marcus retiró su mano.

—Sí, huele bien —Acercó el cuenco a sus labios. Gunnar sorbió—, y seguro sabe igual de bien, bebe. —Bebió la totalidad de la infusión con gusto. Estaba endulzada con miel y esto le procuró alivio a su garganta irritada.

—¿Tío? —carraspeó.

—¿Qué?

—Los huevos... —dijo con una voz apenas casi audible. Irina le acercó el recipiente con otra medida de infusión. Él la aceptó con gusto.

—Oh, sí... —Marcus retomó con sus funciones: leer— los huevos empezaron a crujir suavemente. «Chui, Chui» dijeron. Toda la cría acababa de venir al mundo...

—¿Cómo dijeron? —preguntó Irina.

—«Chui, Chui»—repitió Marcus poniendo todas sus dotes interpretativas en juego. Gunnar sonrió, todavía no estaba en condiciones de reír. Aun así, ese fue el mejor pronóstico que recibieron.

Al cabo de un rato, vomitó. Lo hizo con total naturalidad, sin sentir mucha molestia. Y luego vomitó otra vez, y otra. La fiebre descendió y, para cuando el sol asomó en el firmamento... Marcus, pues, bueno, había memorizado el cuento de tanto leerlo y leerlo.

«Nunca imaginé semejante felicidad cuando yo era el patito feo».

CAPÍTULO 20



May conocía las consecuencias de los errores en el mundo regido por los Prometheus. El costo por pagar podría ser un despido indefinido... de la existencia misma. Un pasaje directo a las lejanas tierras del Creador. Pactó un contrato laboral con un demonio y, así como gozó de los privilegios por sus servicios, aceptaba también las cláusulas escritas en letra pequeña, aunque estas significaran entregar su cabeza en bandeja de plata.

—¿Quién ha sido? —Marcus sentía la abrumadora necesidad de poner las cuentas al día. El pronóstico de Gunnar era prometedor, la toxina había sido eliminada en su mayor parte, solo algunos rastros de esta perdurarían por unos días hasta que fuese excretada por completo. Como fuese, con la tranquilidad de su bienestar a cuestas, cogería pluma y tinta, para escribir el saldo deudor y negativo en el libro contable de los responsables.

—Mindy Jones, milord, la única doncella que ha tenido acceso a su despacho, se ocupa de la limpieza. —Ernest fue el encargado de dar el informe, May cargaba con el peso de su irresponsabilidad y esta le había atenazado la garganta, apenas podía hablar—. La orden provino de su padre.

—Supongo que esa indagación no fue necesaria —gruñó entre dientes. Apretó los puños, de no ser una mujer la autora del hecho, otra sería la consecuencia. Marcus llevaba la cuenta mental de cada uno de los vómitos a los que Gunnar fue sometido e inducido, cada uno de estos se convertiría en un hueso roto en el cuerpo del responsable. Tendría consideración por la muchacha, y en esa consideración no solo estaba una muerte rápida, sino el tiempo suficiente para un último adiós a sus familiares—, como tampoco las razones de la doncella. —La coacción del conde era la moneda habitual bajo el techo Cavendish, si alguien se resistía debía considerarse despedido—. ¿Tiene hijos a su cargo? —preguntó, tendría que evaluar otra resolución de así serlo.

—No, milord, huérfana a temprana edad, su único familiar cercano es un hermano... uno con el que no tiene relación desde la muerte de su madre.

—Perfecto, de momento, *déjenla marchar*. —La forma en que lo dijo tenía una orden implícita. *Déjenla marchar de cara a los demás, pero no le permitan ir muy lejos*. Se dirigió a May, antes de hablar se tomó unos segundos de silencio—, en cuanto a ti...

—Lo sé... —lo interrumpió con la cabeza gacha—, también soy responsable por lo ocurrido, y esta responsabilidad radica en mi irresponsabilidad de no haber contemplado la posibilidad de un atentado contra usted, milord.

—Me has interrumpido antes de finalizar —la reprendió, no ocultó la disconformidad en su voz.

—Lo siento. —Hizo una reverencia a modo de disculpa.

—Y lo vuelves a hacer. —Chasqueó la lengua. Exhaló, su fastidio no podía ser regulado, quizás porque su mente sabía lo que sucedería en breve y su cuerpo se preparaba para ello. Estaba inquieto, el taco de su bota repiqueteó en el piso—. No te he contratado como mi guardaespaldas, May... No está en tus funciones adelantarte a los movimientos de mis enemigos.

—Es verdad, milord, pero si está en mis funciones el abastecimiento continuo de los chocolates, unos que han cambiado, manipulado, y todo ante mis narices.

—Así es, ante tus narices y en las mías, por eso tienes una labor muy importante que llevar a cabo desde este preciso momento —Marcus cogió la caja de chocolates que estaba sobre el escritorio, evaluó una de las piezas. Bestialmente apetitosa. ¡Joder! No se hubiese resistido a comer solo uno de haber puesto sus manos en ellos antes que Gunnar.

—Lo que usted ordene, milord. —A su manera, la señora May también estaba ansiosa de venganza.

—Estas exquisiteces no fueron hechas por cualquiera, aquí hubo un experto que brindó sus conocimientos a sabiendas de lo que hacía. Averígualo... indaga en todo, si tiene familia viva, muerta... ¡Quiero todo su maldito árbol genealógico en mi poder! Y cuando tengas el informe de todos esos nombres, se los haces llegar a Tobías Krage para que él se ocupe. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, milord. Lo que sí —May titubeó al ver el estado de ira en Marcus, uno que crecía a un ritmo vertiginoso, de todas maneras, finalizó con la idea en mente—, me adelanto a la pregunta del señor Krage...

—¿Cuál?

—¿Qué espera que haga con los que ya han muerto?

—¡Que los desentierre y los vuelva a matar! —dijo a un paso de estallar de furia. Se quitó la chaqueta, se la lanzó a Ernest y luego se arremangó la camisa. Abrió el cajón de su escritorio y cogió el revólver familiar, ese con el que había disparado a Oscar. Esa maldita reliquia del condado—. A Krage le sobra creatividad para ello. —Retrajo el pestillo de seguridad del arma y abandonó el despacho.

Lord Alfie Cavendish, el amo y señor del condado de Salisbury, por primera vez en su vida sintió el peso del legado familiar en su nuca. Como si el filo de una espada imaginaria le rasgara la piel dispuesta a llevar a cabo la sentencia en su nombre. Estaba muerto. Respiraba todavía, había disfrutado de su última comida y su último trago de coñac, pero la lápida en su nombre había sido tallada el día en el que Marcus regresó a la casa.

—No, miento... el día que le entregué mi hijo a Viktor Schwarz, desde ese día, cavé mi tumba y tallé mi nombre en una maldita piedra —rio, el vaso de coñac que tenía en sus manos danzó entre sus dedos, brindó en nombre de su necedad pasada—. Viktor quiso jugar a ser dios, no, quiso jugar a ser el hacedor de dioses, y yo... ¡Yo quería ser el padre de un jodido dios! —Sorbió la medida de coñac

de un solo trago y estrelló el vaso vacío contra la mesa. El cristal se hizo trizas y estas se incrustaron en su palma. Disfrutó del dolor, quizás lo merecía, pensó. Marcus se encargaría de hacerle sentir todo el dolor necesario. Volvió a reír—. Sí, quería ser el padre de un jodido dios. ¿Qué obtuve a cambio?

—Un demonio, milord... un demonio traicionero. —Thormund completó la oración de su señor.

—No, te equivocas, obtuve la satisfacción de saber que no invertí mi dinero en vano. —Extrajo uno a uno los cristales incrustados en su palma. Vio como la sangre brotó de las heridas y le resultó placentero—. ¿Podemos considerarlo un demonio? Tal vez... ¿Traicionero? No, dalo por hecho que no. Al contrario, él es el verdugo de la traición. Y su concepto de traición se mide con una escala de valores muy diferente al nuestro. —Se limpió la sangre en su camisa, había dormido en su despacho, ni siquiera se acicaló en la mañana, no tuvo con qué, estaba confinado a ese espacio por orden de Marcus. Cuando tuvo ganas de orinar en la noche, joder, tuvo que abrir la ventana y orinar sobre los arbustos del jardín—. Si te soy completamente sincero, Thormund, en más de una ocasión tuve deseos de volar la cabeza de mi hijo. Oscar, además de ser una decepción, convertía en mierda todo lo que tocaba ¡Este condado, en sus manos, hubiese sido un gran campo de mierda! —carcajeó, alzó el rostro como quién le hace una súplica al cielo—. ¡Que en paz descanses, hijo! Tu hermano fue capaz de hacer lo que yo no pude, amén.

—Milord, todavía estamos a tiempo de...

—¿De qué? —lo interrumpió, su fiel mayordomo intentó convencerlo de huir durante la madrugada, cuando Marcus e Irina estaban al cuidado de Gunnar. Él se negó, sabía que no había un lugar en donde esconderse, ni en Londres ni en el continente. ¡Ni en todo el condenado mundo! Donde fuese, Marcus lo encontraría—. Te repito, he hecho una buena inversión, tan buena que hasta trae consigo la fecha límite de mi vida a modo de retribución.

—Me da gusto oír que eres consciente del trato que has hecho con el creador de demonios... — Marcus se sumó a la charla. Tomó asiento en la silla al otro lado del escritorio y colocó el revólver, esa reliquia familiar heredada, sobre la mesa, a la vista de Alfie. Se reclinó contra el respaldo, apoyó el tobillo derecho en la rodilla izquierda, y en esa posición relajada, lo contempló. Esa mañana sería la última en la que ambos estarían frente a frente. Merecían una correcta despedida.

—Tu nombre le sienta bien... el creador de demonios. En especial porque él se considera un creador de dioses —sacudió la cabeza y rio. ¡Vaya error de conceptos!

—¿Parezco un Dios?

—No, finalmente luces como un Cavendish.

Thormund recibió una mirada de reojo por parte de Marcus, su expresión lo invitaba a marcharse. El hombre ni se inmutó. Permanecía firme como un soldado a la espera de las indicaciones de su general.

—Si no te marchas, serás el primero en recibir un disparo entre ceja y ceja. ¿Tú decides, Thormund? —Prefería no mancharse las manos con la sangre de ese hombre no era de su agrado, aun así, no tenía una bala asignada con su nombre. Que fuese un soberbio lamebotas no lo hacía merecedor de una sentencia inmediata. A menos que...

No respetara la privacidad entre padre e hijo.

—Márchate de una vez, Thormund, no permitiré que me robes el privilegio de ser el primero. —Era un asunto de familia el que se estaba llevando a cabo en ese lugar, el mayordomo estaba de más. Con un gesto de cabeza lo instó a retirarse. La conversación entre ambos quedaría enterrada en el recuerdo de Marcus, no habría rumor siquiera. Alfie prefería una muerte sin espectáculo ni público. Cuando Thormund los dejó a solas, Marcus se vio en la obligación de corregir a su padre:

—No te adjudiques un privilegio que no tienes, padre, no eres el primero.

Una macabra curiosidad tomó posesión del conde. Miró a los ojos a su hijo, esos ojos azules que, de pequeño, refulgían como un cálido cielo de primavera se habían transformado en dos rocas de hielo. Si uno se atrevía a buscar una expresión en ellos, moriría de hipotermia por el frío que transmitían. Cogió la botella de coñac y bebió de ella.

—¿Cuándo fue tu primero? —preguntó dispuesto a morir congelado por sus palabras, por la historia que nunca se atrevió a oír. Los informes de Viktor solo narraban los logros conquistados, jamás los medios para obtenerlos. Esa información estaba vedada. El conde así lo prefirió también.

—A mis trece años... —dijo sin apartar la mirada de su padre—. Era él o yo. —Viajó al recuerdo. Sintió las mismas náuseas que en aquella oportunidad, el sabor metálico de la sangre pareció inundar su boca. Tragó saliva. El poder de los recuerdos es letal, si la mente se lo propone, puede hacernos experimentar un suceso del pasado como si se estuviera llevando a cabo en el presente. Le quitó la botella de coñac a su padre y bebió de ella—. La única muerte que me persigue como una jodida sombra es esa, la primera... una muerte innecesaria, absurda, sin sentido. Una muerte más dentro de un juego perverso creado por un hombre más perverso aún. Aunque reconozco que después de él, convertirme en un emisario de la muerte me resultó fácil.

—¿Cuántas muertes cargas en tu espalda? —preguntó con un deje de fascinación en la voz. La admiración comenzó a brillar como una estrella lejana en los ojos del conde.

—Solo la primera es una carga en mi espalda... lo demás —Se encogió de hombros—, lo demás lo considero un ajuste de cuentas para con el mundo. Muertes necesarias y con sentido. Una manera rápida de equilibrar la balanza de la naturaleza. —Por cortesía, le devolvió la botella, le otorgaba esa gracia, despedirse de la experiencia de la vida bebiendo su coñac favorito.

—Dicho de esa forma, hasta suena poético, ¡joder! —Capturó la botella, sorbió hasta dejarla vacía—. Supongo entonces que no seré el último, ¿verdad?

—Por supuesto que no, mientras siga vivo, siempre habrá uno más... —soltó con decepción—, la raza humana es realmente decepcionante. Uno pensaría que la evolución traería luz a nuestra existencia, pero contrario a esto, ha traído oscuridad... o, mejor dicho, ha permitido que el hombre la explore —Deshizo la posición de sus piernas y apoyó los codos sobre el escritorio. Utilizó sus manos como soporte para su barbilla—, y cuando te sumerges en tu propia oscuridad tienes dos alternativas, enfrentarte a tus demonios o convertirte en uno. Hay demasiados demonios sueltos en este mundo. Tú eres uno de ellos, tus amigos, los que han financiado el proyecto, lo son también.

—Tienes razón, todos lo son, pero dime... ¿en qué se diferencian de ti? —lo provocó a modo de despedida. Sí, quería morir intoxicado de fascinación. En realidad, su hijo era todo aquello que él hubiese deseado ser, lo que hubiese querido hacer. Así de perturbador era el pensamiento de Lord Alfie Cavendish, conde de Salisbury.

—En que no elegí serlo, ustedes sí. Cooper, Krage, los que perecieron en el camino, yo... no elegimos esto. Lo que sí elegimos... —Regresó a su postura anterior, en esa ocasión, no fue tan relajada, pues cogió el arma y la apuntó en dirección al pecho de Alfie. Culata sobre el escritorio— es imponer ciertas reglas, un infierno sin regentes es un jodido caos. Y a las pruebas me remito, casi matas a tu heredero —el tono de su voz mutó, gutural, profundo, condenatorio.

—El objetivo eras tú —confesó el conde como quien dice que se confundió de día y llegó a una reunión en la fecha equivocada.

—Y si el objetivo era yo. —Se incorporó, sus piernas fueron impulsadas por la ira. Golpeó el escritorio con la culata del revólver—. ¿Por qué demonios no me volaste los sesos como lo hice con tu hijo?!

—Porque Viktor no lo quiso así. —Alzó el mentón satisfecho por su respuesta, escondiendo la razón real por la cual corrió en busca de socorro, de la ayuda de Schwarz.

—No, respuesta equivocada. Porque no has tenido los cojones para apretar el gatillo. ¡Nunca los has tenido! —Volvió a golpear la madera con la culata. Alfie reaccionó al movimiento, se hizo a un lado por temor a que una bala saliera disparada por accidente—. ¡Demuestras tu poder solo con los débiles, al igual que todos los malditos demonios de pacotilla de este condenado mundo!

El conde se echó a reír. Disfrazó el terror que comenzó a atenazarle el cuerpo. Sabía que iba a morir, pero ahora que estaba frente a la Parca misma, no pudo evitar experimentar desesperación y espanto.

—Veo que, pese a ser un Prometheus, aun conservas la ingenuidad, hijo. Hay demasiados demonios en este mundo, ¿acaso piensas que vas a acabar con todos?

—No, solo con los que se crucen en mi camino, me resulta muy difícil hacer la vista a un lado. —Amartilló el revólver—. Lo que me recuerda que estoy aquí por algo más importante que una charla de despedida: Viktor. ¿Dime dónde encontrarlo?

—¿Qué te hace pensar que tengo esa información? —se burló—. Pareciera que no lo conoces, es un endemoniado topo... —rió con ganas. Esa risa, aunque el conde no lo supiera, sería la última.

—Te has encontrado con él, ¿dónde? —insistió a pasos de perder la paciencia. Le señaló la pluma apuntando el arma en dirección a esta, luego a unas hojas sobre el escritorio—. ¿Dónde? —reiteró.

Alfie cogió la pluma. Arrastró la hoja de papel hasta ubicarla frente a él.

—Fue un lugar de encuentro —Escribió la dirección con lentitud, la mano que sostenía la pluma era la rasgada por los cristales, sangraba. De hecho, un par de gotas decoraron el papel. Finalizó, deslizó el papel hacia Marcus—, nada significativo...

Marcus se apoderó de la información escrita y cuando Alfie alzó la vista hacia él, gatilló. Una bala le atravesó la cabeza en medio de las cejas y esta se desplomó sobre el escritorio.

—Te equivocas, padre, con Viktor todo es significativo. —Dejó el revólver sobre la mesa. ¡Al demonio con esa reliquia familiar! La enterraría con él.

CAPÍTULO 21



Utilizaría la carta de la culpa con May, pensó Irina luego de que Marcus se marchara dejando tras de él un sendero imaginario plagado de dudas, de especulaciones, de emociones contenidas y otras un tanto desbordadas. Gunnar estaba a salvo, y le agradecía por ello a los cielos y a los mortales que los habían asistido durante la noche. Ella y Marcus se mantuvieron en el frente de batalla, pero Raissa, la señora Holy, la doncella de lady Teresa y un par de empleadas más estuvieron al pie del cañón, brindando todas las atenciones necesarias. Una vez recibido el parte médico del día, con las indicaciones pertinentes y el pronóstico alentador, Marcus se encomendó a la piadosa labor de hacer que los involucrados en el incidente se hicieran responsables de lo ocurrido.

—Cariño, el conde ha fallecido... —le informó él.

Irina no se sorprendió, en cierta forma, lo esperaba. ¡Maldito desgraciado!

—Oh, vaya, ¿fue una muerte natural? —Alzó una ceja. Marcus lucía tranquilo, como si nadie hubiese perecido bajo el techo familiar.

—Sí, naturalmente y como era de esperar, pagó por su imprudencia con una bala en su cabeza.

Tras la triste noticia, Irina se ofreció a llevar a cabo los preparativos de su funeral. Él rechazó su amable ofrecimiento, Ernest se ocuparía de ello. No habría funeral, el entierro sería inmediato. Los empleados del servicio fúnebre local habían arribado a la casa dispuestos a hacer que el cuerpo y todo lo referido a su muerte fuera a parar seis metros bajo tierra. Llámese empleados del servicio fúnebre a la fuerza comando de limpieza especial de Tobías Krage. El más joven de los Prometheus tenía tendencia al desmadre, por eso mismo, sabedor de su bárbaro proceder, tenía su plan de contingencia: limpieza y desaparición de rastros. ¡Aquí no ha sucedido nada! Y allí, en el condado de Salisbury, nada había ocurrido. ¿El conde?, ¿cuál conde?, ¿lord Gunnar Cavendish? Ah, te refieres al anterior... Lord Alfie Cavendish, pereció.

Pero con el conde no era suficiente, ¿verdad? Existían otros. Marcus se negó a ampliar la información. Si alimentaba a la fiera contenida de Irina, la despertaría. Era preferible que continuara nadando en la ignorancia. Por lo menos de momento.

¡Al diablo todos! Debían adaptarse a la nueva versión de Irina: la esposa de un demonio. Ella pretendía que el matrimonio, forzado y apresurado en primera instancia, se encaminara a una relación recíproca de aceptación, fidelidad y compañerismo. En consecuencia, debía de caminar a la par de su sombra demoníaca. No podía quedarse atrás. Estaba dispuesta a limpiar la sangre de las manos de Marcus cada vez que fuese necesario. Aunque esto implicara mancharse las propias.

—Señora May, empiezo a considerar una falta de respeto que usted todavía piense que debe tener recaudos conmigo. —Marcus estaba en lo cierto, Irina estaba convertida en una fiera, despierta y muy hambrienta. Satisfaría su apetito voraz con la sangre de su enemigo—. Si había un rasgo de fragilidad en mi temple, este mismo se hizo añicos contra el suelo y se fundió con la tierra.

—Milady, si lo hago no es porque considere que no sea capaz de soportar el peso de la verdad, sino para evitar la frustración en usted.

—No, que te reserves información es lo que hace que mi frustración crezca. —Apoyó la espalda contra la puerta de despacho con una clara señal para la mujer: no te marcharás de aquí hasta que no consiga lo que vine a buscar—. Sé que el conde ha seguido las órdenes de ese maldito doctor de Prometheus, como también sé que alguien más debió haber seguido las órdenes del conde en esta casa. De hecho, ese alguien actuó delante de tus narices sin que te dieras cuenta —Hundió el dedo en la herida de la señora May, una que todavía estaba abierta—, ¿me equivoco? —La expresión en May indicaba que experimentaba una frustración similar a la de ella, Irina se valió de ella para idear el ataque perfecto—. Nada peor que ser traicionado por aquel a quién le dimos nuestra confianza.

—Yo no confío en nadie, milady, pero hacer evidente la desconfianza suele jugarlos en contra.

—Entonces, May, ¿cuál es tu excusa? —La provocó. Ni lord Marcus la había arrinconado tanto con sus indagaciones.

—No abrí mis malditos ojos —masculló entre dientes. Si tan solo hubiese abierto los ojos cuando abrió el estuche de bombones hubiera reconocido al instante que no eran los que ella había comprado. Irina no comprendió sus palabras, frunció el ceño. May no tenía deseos de confesar que su única culpa fue la de consentir al pequeño, de premiarlo con chocolates—. Como sea, milady, la responsable directa recibirá el pago por los servicios que nos ha brindado.

—Me agrada oírlo, siendo sincera, por eso estoy aquí. ¿Cómo se hará efectivo ese pago, lo sabes?

—Lord Marcus me indicó que la dejara ir, ocuparse de ella no era la prioridad en este momento...

—¿Qué?, ¿cómo que se ha marchado? —Avanzó hasta el escritorio en donde la mujer estaba transcribiendo información codificada. Golpeó el escritorio con ambas palmas—. ¡Es una prioridad, para mí es una jodida prioridad! —gritó. La frustración se transformó en furia. ¿Acaso Marcus estaba loco? ¡Desde cuando hacía uso de la piedad con personas que no la merecían!—. ¡Puso en riesgo la vida de mi hijo y le han permitido marcharse! —Echaba chispas por los ojos.

—Tranquila, milady... —May intentó detener sus manos, iban a golpear de nuevo la madera. Con fuerza, demasiada fuerza, se haría daño.

—¡¿Qué?! Bromeas, en verdad pretendes que me tranquilice cuando han permitido que una... una maldita... asesina se marche. —¡Vaya, la vara con la que media las acciones ajenas era muy baja! Cuando se trataba de las acciones que Marcus tomaba, esta vara en cuestión alcanzaba límites

extremadamente altos.

May cogió las manos de Irina antes de que las estrellara contra la madera.

—Milady, tranquila, escúcheme, la hemos dejado marchar... de la casa —le susurró la información—. Solo de la casa —reiteró. Irina procesó lo oído y su furia dio lugar a la satisfacción.

—¿Dónde está?

—Al resguardo y a la espera de la decisión de lord Marcus.

—No es lo que te pregunté, May. —Evitó los formalismos, quería respuestas claras, estaba hasta la coronilla de que todos decoraran las palabras para no herir su susceptibilidad o alarmarla. No era una maldita muñeca de cristal.

—En la casa de lord Bernays —dijo sin vueltas. No tenía sentido ocultarle más información, si se ponía en sus zapatos, ella haría lo mismo. Es más, estaba deseosa de acompañarla en la venganza si es que se lo pedía. Sin lugar a duda, la acompañaría, en cierta forma era su deber, parte de las funciones que cumplía para con Cavendish. Si él no estaba en la casa, ella debía velar por el bienestar de su esposa y su sobrino.

—¿Lord Bernays?, ¿nuestro vecino Gustav Bernays? —Eso sí que no se lo esperaba. May asintió—. Pero él no se encuentra en la propiedad, la casa está habitada por el mayordomo, ¿cómo...?

—El señor Salman, milady —interrumpió May—, hace años que trabaja como informante de lord Marcus. Él está custodiando a la señorita Jones.

—¿Jones?, ¿fue Mindy Jones la que cambió los bombones? —Esa muchacha llevaba años trabajando en la casa, nunca le había agradado, tenía una actitud extrañamente petulante por momentos. Actitud no habitual bajo el techo Cavendish, considerando que el conde y Oscar solían aplicar correctivos a los empleados que osaban contradecirlos o no cumplían con sus demandas. Ahora que lo pensaba, era una muchacha atractiva, el estilo de mujer que despertaba en Oscar su afán de posesión y dominación. Pese a ello, Mindy Jones se mantuvo muy lejos del radar de su difunto esposo. ¿Cómo había eludido las insinuaciones sin verse forzada a ceder a sus caprichos?

—Sí, milady, según la muchacha, por coacción del conde. Era eso o perder su trabajo...

—¡Patrañas! —exclamaron las dos a la par. Irina continuó—. Veo que no soy la única que sospecha que debajo de la alfombra «Mindy Jones» se oculta mucha suciedad.

—Creo que tiene más que suciedad debajo de la alfombra, milady. —Por no decir, muertos. Torció los labios con una mueca. Intentó hacer memoria, estaba segura de que había escuchado su nombre antes—. Creo que he leído su nombre en algunos de los informes pasados...

—¿Qué informes?

—Los que realizo a modo de perfil de todos aquellos que están vinculados, de manera directa o indirecta, con Prometheus. Esa es mi función principal. El problema es que no los recuerdo a todos, mi memoria no es la de antaño.

—Pues busca esos informes y despejemos la duda.

—Lo hubiese hecho de tenerlos conmigo, milady, aquí tengo perfiles actuales, los informes más viejos se encuentran archivados en la casa de Londres.

Irina tomó asiento en la butaca que Marcus solía ocupar. Miró a May, apoyó los codos en el escritorio, entrecruzó los dedos de sus manos e hizo que su barbilla descansara sobre estas.

—Analicemos la situación, señora May. No he dormido en toda la noche, tuve que estar al cuidado de mi hijo que terminó siendo la víctima colateral de una intoxicación que pudo haber terminado con su vida. A la vez, me dices que una de las involucradas en el asunto puede que sea algo más que lo que dice ser, ¿verdad? —May asintió, seguía con mucha atención el análisis expuesto por la lady. Intuía el punto final en este y, para qué negarlo, le agradaba—. Por desgracia, no tenemos los

informes pertinentes a mano para confirmarlo, lo que sí tenemos, es a la muchacha en cuestión, recluida en la casa de nuestro muy querido vecino, lord Bernays.

—Así es, milady, cada una de sus palabras han sido certeras y adecuadas. —En especial lo de «víctima colateral». Repitió en su mente May, hizo crujir sus nudillos. De tener la autorización de lord Marcus, ella se hubiese encargado de la muchacha.

—Entonces, ¿qué esperamos para ir y comprobarlo en persona?

—La decisión de lord Marcus, milady, eso es lo que he estado esperando.

—¿Te refieres a la decisión de mi esposo? —Irina se incorporó. Cruzó los brazos a la altura del pecho. May asintió con una sonrisa en los labios—. Respeto tu fidelidad para con él, pero a falta del lord, estás ante su lady. No me queda más alternativa que decidir en su nombre. ¿Qué opinas, May?

La mujer se levantó, hurgó dentro de su falda y extrajo una llave. Se dirigió al mueble aparador y en vez de abrir la puerta de cristal, introdujo la llave en la cerradura del tercer cajón. Allí estaba la caja con los bombones adulterados. Los extendió a lady Irina.

—Opino que estoy a sus órdenes, milady.

Abandonaron la casa con destino a la vivienda de lord Bernays. Era justo la hora del té, perfecto... Mindy Jones disfrutaría de su último refrigerio.

Un par de miradas fueron suficientes, la dinámica entre la señora May y Ferdinand Salman, el mayordomo de los vecinos del condado, erizó los pelos de la nuca de Irina. Parecía que se conocían de años, de otras vidas —si es que estas existen—, hasta llegó a conjeturar que podían ser hermanos. No sería de extrañar. Marcus reclutaba empleados con una estricta política de selección en tanto habilidades y vínculos.

Ni una palabra articularon. Caminaron a la par. Irina iba tras los pasos de ambos, se dejaba guiar por la silenciosa dinámica. Ferdinand les permitió el ingreso a la casa sin titubeos y las condujo por el lugar. Hall y corredor principal, sala de estar cuya puerta se comunicaba con el salón comedor que, a la vez, se comunicaba con la cocina. Una casa pequeña en comparación a la del condado, pero con una estructura arquitectónica que aprovechaba cada metro cuadrado. Le dio pena no poder ser espectadora del mobiliario y el arte en las paredes, todo estaba cubierto con telas blancas con el fin de mantener al polvillo ajeno a los muebles y el decorado. Ni bien se adentraron a la cocina, la señora May, se detuvo. Miró de soslayo a Ferdinand.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con el ceño fruncido.

Ferdinand se masajeó la barbilla antes de responder, se notaba que no se encontraba a gusto con los sucesos en cuestión.

—Tuve que tomar ciertos recaudos repentinos—confesó con la insatisfacción en la voz—, la señorita Jones demostró tener una destreza un tanto... —Chasqueó la lengua, volvió a masajear su barbilla—, como decirlo... inesperada.

—Sea más claro, señor Salman —lo instó May. Las sospechas que esta traía comenzaban a cocinarse. Pero hasta ese momento eran puras especulaciones.

—La había alojado en la que fue la biblioteca personal de lady Bernays, allí, además de tener la comodidad de los sillones, tendría la posibilidad de acceder a una lectura que hiciera que el tiempo no le fuera eterno.

—Muy considerado de su parte, Ferdinand —intervino Irina con un sarcasmo muy bien disimulado en la voz. Reconocía que, pese a su condición de prisionera, se debía de considerar el bienestar físico de la muchacha. Por lo menos hasta obtener la información que iban a buscar. Buena

decisión la del hombre, de haber sido por ella, la muy maldita hubiese pasado la noche colgada del álamo más alto.

—Considerado, no, milady... iluso. Jamás se me hubiese cruzado por la cabeza que la muchacha forzaría la cerradura para escapar. —Irina y May coincidieron en miradas y sospechas. No era habitual que una criada forzara cerraduras con tanta naturalidad—. Si no fuera por Betty, se habría marchado sin que yo me diera cuenta.

—¿Betty? —Irina intentó hacer memoria, el nombre no le resultaba familiar.

—Mi perra, milady, está vieja, casi ciega... uff, pero su oído no falla —dijo con una sonrisa de par en par. Se notaba que amaba a su compañera de cuatro patas. Solo él y Betty habitaban esa morada familiar—. Por eso me vi en la obligación de hallar un nuevo lugar... —Las guio hacia la despensa, dentro de esta había una segunda puerta con dos candados asegurando el pestillo de apertura.

—Supongo que de aquí no pudo escapar —masculó entre dientes Irina. Se vio tentada de decirle al hombre, déjela ahí hasta el fin de sus días. Déjela ahí hasta que el mundo se convierta en cenizas, hasta que...

—Una pregunta, señor Salman. —May quiso indagar un poco más en el suceso considerando el nuevo operativo de seguridad. ¡Había dos candados!—. ¿Qué tan compleja era la cerradura de la biblioteca?

—No sabría decirle con exactitud, lo único que sí puedo decirle es que, en una ocasión, una empleada quedó encerrada y tuvimos que ir en busca de un herrero para solucionar el inconveniente. Sin duda, la señorita Jones... —carraspeó, las miró a ambas con una mirada de complicidad. El hombre estaba al tanto de todo el entramado Prometheus de fondo, les susurró—: tiene habilidades poco frecuentes considerando que es una simple criada.

—De ser así, considerando su criterio y análisis, señor Salman, sería tan amable de facilitarme una soga... si es que tiene una, vale aclarar. —Alzó una ceja. Él hizo lo mismo. Sin decir nada más, el hombre fue a por lo pedido. May se dirigió a Irina cuando estuvieron a solas—. Milady, permítame ingresar primero, quiero asegurarle la comodidad perfecta y también preparar a la entrevistada —dijo torciendo los labios con una mueca. Irina interpretó el mensaje. Asintió. Por lo visto, May también tenía sus secretas habilidades. La dejaría ser, al fin de cuentas, ambas estaban ahí con un propósito compartido: información y venganza.

¡Vaya imagen para el recuerdo! Entre frascos de mermeladas en conserva, bolsas de patatas y carnes en proceso de salazón, maniatada y sentada con piernas en canastilla en el suelo. Cabeza gacha producto de un repentino agotamiento, y un hilo de sangre que chorreaba de su fosa nasal derecha, se encontraba Mindy Jones. A su lado, una sudorosa y despeinada señora May, de pie y con los brazos en jarra en torno a su cintura. Se la notaba falta de aire, de todas maneras, resopló con fuerza para que el mechón que le cubría el rostro regresara a su lugar.

—¿Se encuentra bien, señora May? —La pregunta fue hecha con un matiz de broma. Se la veía extraordinariamente bien, ¡vaya mujer! La duplicaba en edad y, pese a ello, tenía la fuerza de un toro embravecido. Envidiable. Desde ese día en adelante, se alimentaría a base de la dieta de la mujer.

—De maravillas, milady, acabo de comprobar que mi memoria continúa siendo muy buena —dijo mirando de reojo a Jones.

—¿Es la misma mujer de tus informes? —Se acercó a ellas, quedó a unos centímetros de distancia de la muchacha.

—Sí, y lleva años infiltrada en la casa como informante.

Irina bufó con fastidio. ¡Un infiltrado por años! Se cruzó de brazos y se acuclilló ante ella para estar a la altura de su rostro.

—¡Te he regalado una de mis mejores capas de invierno! —carcajeó al recordar la situación. La muchacha pidió unas repentinas vacaciones un par de inviernos atrás para ir a asistir a su padre enfermo de neumonía. Ella, como buena samaritana, con la intención de velar por el bienestar de la doncella y que no tomara frío durante su estadía, le obsequió uno de sus abrigos—. Es más, fui yo la que le rogó al conde que te dejara ir para cuidar de tu padre todo el tiempo que te fuese necesario...

May carraspeó una, dos veces. Cuando obtuvo la atención de Irina, habló:

—Sus padres murieron cuando era pequeña, milady —aclaró la garganta.

—¡Maldita mentirosa! —Le dio una bofetada, una tan fuerte que hasta May hizo el rostro a un lado—. No me quiero imaginar cuántas mentiras más nos has dicho a la cara durante años, ¿siquiera te llamas Mindy Jones? —Antes de que respondiera, May asintió. Era el nombre real.

—Como si eso hiciera la diferencia —rio Jones. La sangre de su nariz, a causa de la bofetada, llegó hasta sus labios. Se los lamió—. Con respecto a las mentiras, solo he dicho las necesarias para preservar mi verdadera función en la casa.

—¡Te refieres a espiarnos! —gritó con las manos cerradas en puño. Quería abofetearla de nuevo, arrancarle los cabellos... hacerle tragar la lengua con un puñetazo.

—Usted nunca ha sido tan importante, milady, el conde y lord Marcus han sido mis únicos objetivos —dijo como quien habla de la comida que le apetece comer y la que no.

La sangre de Irina alcanzó la temperatura de ebullición en cuestión de segundos. Fue en busca de la caja de bombones que había dejado en manos de Ferdinand. Ni bien estuvo de regreso, la sacudió ante el rostro de Jones.

—¡Desde el momento en qué cambiaste los malditos bombones soy importante para ti! —Abrió la caja, cogió uno de los chocolates— ¡Porque desde ese condenado momento tú también eres importante para mí! —Miró a la secretaria de su esposo—. Le cedo el honor, señora May.

—Gracias, milady, no esperaba menos de usted. —Esta cogió de la barbilla a la muchacha, hizo presión en su mandíbula y la forzó a abrir la boca.

—A mi hijo le resultaron deliciosos, ten... —Introdujo un bombón en su boca. May continuó con la labor de violenta manipulación. Jones tuvo dos alternativas, masticar y tragar por propia voluntad o morir atragantada—. Me imagino que estarás al tanto de los efectos y dosis de cada chocolate, uno no es verdaderamente nocivo para un cuerpo adulto como el tuyo, se requieren más... —Cogió otro y junto a May repitieron la misma dinámica—. Por suerte, eres una muchacha grande, corpulenta... no como mi Gunnar, con dos chocolates... solo con dos —los dientes le rechinaron de la presión que hicieron, la ira se esparcía por su cuerpo a una velocidad cien veces mayor que el efecto de la droga alucinógena de los bombones—, convulsionó y padeció toda la noche, todo porque para él la dosis de dos bombones fue similar a comer toda la maldita caja para ti.

—Milady, eso no lo sabemos. —La señora May consideró prudente aportar ese detalle. ¡Fundamental!

—Tienes razón, May... —Otro bombón. Otro apretón en la mandíbula. Los ojos de Jones comenzaban a lagrimear como consecuencia de la lucha interna y la desesperación—. Quedan once más, ¿crees que será suficiente?

—No lo sé, tendremos que preguntárselo a ella —Soltó su mandíbula. Jones tosió, intentó escupir parte del último chocolate. Tarde, se deslizaba por su esófago con destino inminente a su estómago—. Si crees que es suficiente, habla —le dijo con una voz tan gutural y profunda que, Irina, al

igual que Mindy, sintió escalofríos.

—No sé qué pretenden que les diga, por lo visto, saben muy bien quién soy...

—¡Sí, eres una informante y una maldita asesina! —espetó Irina con tanta furia que parte de su saliva impactó de lleno en el rostro de Jones.

—Pues no soy la única asesina bajo el techo Cavendish, ¿verdad? —dijo entre carcajadas nerviosas. La señora May detuvo sus risas haciendo presión en su mandíbula. Irina hizo su parte, introdujo otro bombón.

—¿A quién le informas?, ¿quién te hizo llegar las instrucciones del plan?

—¿En verdad esas son sus preguntas? —se burló en cuanto May le permitió hablar—. Vamos, milady, usted sola puede responderlas...

—¡Quiero oír las malditas respuestas de ti! —Cogió otro chocolate, lo acercó a su boca. Jones apretó los labios—. Es en vano lo que haces, aquí May hará que comas el maldito chocolate, aunque te resistas... Sabes, todavía estás a tiempo —Miró la caja, contó los chocolates que quedaban. Buscó complicidad en May—, ¿cuántos han sido hasta ahora?

—Cuatro, lady Irina.

—Oh, sí, todavía estás a tiempo... no descarto la posibilidad de alucinaciones y conductas disruptivas, pero sobrevivirás. ¡Y eso es mucho más de lo que en verdad mereces!

—De acuerdo, de acuerdo... —Mindy Jones brindaba sus servicios a Prometheus por la gran paga que recibía a cambio, la causa en sí le importaba tres pimientos. ¡Al demonio todos esos científicos con ínfulas de dioses!—. Los chocolates y las instrucciones me fueron dadas por el conde. ¡Y sí, trabajo para Prometheus! —exclamó resignada. Tenía deseos de vivir un par de años más, disfrutar del dinero obtenido en algún lugar muy lejano. Quizás en América—. Y no, no sé dónde demonios está el doctor Schwarz —finalizó adelantándose a la siguiente pregunta.

—Pero respondes a alguien, ¿verdad? Dime ese nombre.

—No sé de nombres, milady, solo conozco rostros y seudónimos.

—Lo que me dices no es suficiente —Irina volvió a acercar el chocolate a su boca—, menos aun cuando recuerdo lo que mi niño tuvo que sufrir anoche por ti y por todo ese séquito de malnacidos. —Con un gesto de cabeza instó a May a que hiciera lo suyo.

—Espere... —exhaló como si hubiese rezado su última plegaria—, puedo darle una locación, un punto de encuentro.

—¡Hasta que por fin nos entendemos, mi querida Mindy! —Cerró la caja de chocolates, la colocó bajo su brazo e hizo palmas al aire—. ¡Bravo, bien por ti! —Se acuchilló una vez más, acercó su oído derecho a su boca—, déjame oír esa hermosa melodía.

—Manchester... una fábrica textil en Manchester que de fábrica solo tiene la fachada —confesó sabedora de que esa era la información que podía otorgarle unos años más de vida. Tan solo unos pocos, hasta que Prometheus diera con su paradero y le hiciera pagar la traición.

La señora May aflojó la soga que la tenía maniata y luego extrajo del bolsillo de su falda una pequeña libreta y un lápiz de grafito, se los entregó a Jones.

—Anota ahí la dirección de la fábrica...

La muchacha se permitió un momento de calma, sin la presión de la soga sentía que respiraba mejor y que estaba a minutos de recibir una sentencia libre de castigo. Escribió lo solicitado con todos los detalles que le fue posible, hasta las calles lindantes. Le devolvió la libreta y el lápiz a May. Esta, en vez de quitar la soga en su totalidad, la ajustó. Lo hizo por orden de Irina, habían tenido una conversación muda mientras Jones ponía su atención en lo que escribía.

—¡Qué demonios hace! —exclamó con obvia desesperación al darse cuenta de que la

sentencia recibida era condenatoria.

—Lo que corresponde —gruñó May. Se colocó detrás de ella, tiró de sus cabellos obligándola a echar la cabeza hacia atrás. En esa posición, hizo la presión correspondiente en su mandíbula.

—Puede que no seas un verdadero eslabón en la cadena Prometheus, pero eres parte del maldito engranaje que hace que esta funcione —le susurró Irina al oído—. Señorita Mindy Jones, usted no está libre de pecados... y desde hoy, desde este momento, yo tampoco. —Abrió la caja de chocolates—. Este es por mi hijo... —Introdujo un bombón—. Este es por Marcus... —Otro bombón—. El resto... —Esperó a que tragara los anteriores y cuando lo hizo, los últimos cinco invadieron su boca—, bueno, el resto van por mí.

Cuanto más rápido comprendiera su nueva realidad, más rápido encontraría en esta la armonía. Marcus nunca dejaría de ser un Prometheus, en consecuencia, ella debía de estar a su altura. Él no era el verdadero monstruo de la historia, los que lo convirtieron en uno eran los verdaderos y auténticos seres macabros. Por desgracia, en una pelea, si quieres ganarle a tu oponente tienes que superarlo en fuerza y habilidad. Debes de convertirte en un monstruo más aterrador. Y nada más aterrador que un demonio disfrazado de ángel, ¿no? ¡Pues ella se convertiría en un jodido ángel vengativo! Les mostraría a todos esos científicos con aires de dios lo que una mujer es capaz de hacer en nombre de su familia. ¡Al diablo con esos experimentos mentales! Si le tocas un pelo a mi hijo, si le tocas un pelo a mi esposo... ¡pagarás!

CAPÍTULO 22



El sol había desaparecido por el horizonte cuando Marcus atravesó las puertas de *la fortaleza* Cooper. La presencia de Georgiana lo tomó por sorpresa, al igual que sus palabras:

—Me alegro de que Gunnar ya esté bien y de que usted esté de regreso, milord.

—¿De regreso? —intentó sonreír—. Nunca me fui. Fueron solo unas vacaciones, como bien dice mi esposa, no me he rendido, solo estaba muy cansado.

Georgiana le sonrió. Lo acompañó hasta la biblioteca, era ella la de la idea de que Franz reservara un espacio especial para sus *hermanos*.

—Espero conocer pronto a lady Irina, las mujeres como nosotras no podemos socializar en ámbitos normales. Si compartimos nuestros pesares en un grupo de bordado, saldrían todas espantadas.

Imaginar esa situación hizo a Marcus carcajear.

—Mal me temo que somos pésimos maridos, señora Cooper.

—No lo creo. Como dice Franz, lo normal no siempre es lo sano. Prefiero a mi esposo *distinto* que a los que se abanderan como los dueños del sentido común. —Se detuvo junto a la puerta de la biblioteca—. Hasta aquí lo acompaño, milord. —Antes de que Marcus se adentrara en el recinto, Georgiana le hizo una última petición—. Sé que deben ir, no soy ingenua, sé lo que harán...Solo...—Su sonrisa se desdibujó—, solo vuelvan a casa, ¿sí?

—¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta? —murmuró.

—Puede, quizá no la responda. Pero puede...

—¿Lo ama?, ¿ama a Franz Cooper...a un Prometheus?

—Sí. —Le posó la mano en el antebrazo—. Se puede amar a un Prometheus. Porque era esa su pregunta, ¿verdad?

—Si no te alejas de mi esposa ahora mismo, Marcus, te arrancaré los cojones y te los haré

comer.

—Es cierto, señora Cooper, ¿cómo no amarlo? Si es un romántico.

—Está en los detalles —rió Georgiana y, por el bien de todos, se marchó de esa habitación que rebosaba energía masculina y asesina.

—¿No te basta con tu esposa, Marcus? —gruñó Franz.

—Me basta y me sobra, tanto así que aquí estoy, dándole otra oportunidad a esta experiencia horrible que algunos llaman vida.

—Me alegro —dijo Tobías, jugueteaba con una bola de tela en la mano—. Para soportar la existencia debes tener una de dos, o un sentido o un objetivo. Aquí soy el único que resta con objetivos.

—¿El objetivo no sería lo mismo que el sentido? —Marcus le apartó las piernas a Tobías, que por supuesto, estaban sobre el tapizado. Ese hombre no tenía respeto por las formas.

—No te pongas filosófico, Little Lord. Que ahora necesitamos menos palabras y más acción.

—En eso coincidimos.

—Pero primero las palabras —pidió Franz.

—Viktor huyó. Se encontró con mi padre en mitad del camino, pero puede haberse bifurcado más adelante. Como siempre, sabe que vamos a por él y nos quiere poner a competir. Puede haber ido hacia Manchester, hacia Liverpool o hacia Dorset. Pretende que nos dividamos y vayamos de a uno...

—Lo que implica que no podrá con nosotros si vamos juntos —dedujo Cooper con atino.

—Exacto. Lo que nos lleva a que el maldito de Viktor escape una vez más —agregó Tobías y apretó la bola de tela.

—¿Qué es eso?

—El último ejercicio estúpido de Amberg, según él, parece que tengo problemas de control de la ira. ¿Pueden creerlo?

—¡NO! —contestaron al unísono, conteniendo la risa. Tobías sonrió también.

—Yo no tengo problemas con el control de mi ira, el único problema aquí es que Serge quiere que la contenga, y yo prefiero dirigirla. Ambas tareas implican *manejo* de la ira. ¿Verdad?

—Luego el de la retórica soy yo —bromeó Marcus—. Lo importante es hacia dónde la conducirás ahora. Procedo... —Se acomodó la corbata—. Haldane era el administrador. La empresa se llama Miss Victoria. El administrador Philip Kilvington. —Rebuscó bajo su chaqueta, extrajo unas páginas escritas a máquina que él había doblado para que le entraran en el bolsillo interior. Las lanzó a Cooper—. Kilvington es inocente, hace lo que le pidieron hacer, desviar dinero.

—Entonces, tan inocente no es.

—No seré yo quien juzgue lo que uno hace para sobrevivir. Como sea, no sabe nada de Prometheus, pero...

—Sí sabe el nombre del otro administrador y ese sí sabe de Prometheus —completó Franz.

—Eso es todo de momento. Viktor huye, tenemos al administrador, de momento lo dejamos sin fondos. Algún movimiento hará que lo delate. Y... —La intención de Marcus de agregar suspenso fue arruinada por Tobías.

—Y los otros tres financistas que restan no nos sirven para nada.

—Aguafiestas. Me arruinaste la diversión. Iba a decir, que, dado que no nos sirven para nada, podemos eliminarlos del planeta. —Los demás estaban de acuerdo, pero no se les pasaba por alto la realidad: primero, que Marcus no estaba del todo repuesto. Volvía a bromear, mas era solo una fachada; el intento de envenenamiento que terminó amenazando la vida de Gunnar lo tenía furioso. Realmente furioso. Lo de antes había sido un simple juego de niños en comparación al enfado que cargaba consigo. Segundo, Marcus y Tobías tenían aún el condicionante y los tres financistas sabían

que irían a por ellos. Franz podría cargarse a uno, quizá, con suerte, a dos. Sin embargo, les daría tiempo de esconderse y volver a huir como hizo Viktor. Si atacaban, debían hacerlo de inmediato y en paralelo. Con el riesgo que eso implicaba para los dos Prometheus que aún podían ser sometidos con una melodía.

—Los tres sabemos, Franz —dijo Tobías antes de que Cooper expusiera su opinión—, no es necesario que nos des una lección de deducciones lógicas. El riesgo es alto, pero... —Lanzó la bola una vez más— yo estoy dispuesto a correr el riesgo. No solo porque esos desgraciados se lo merecen, sino porque nos vendrá bien la práctica. Tenemos que aprender cómo acercarnos a las personas que saben cómo dominarnos y este es el nivel principiante. El hospicio Prometheus con todos sus médicos será el nivel intermedio...

—Viktor el nivel experto —finalizó Marcus—. Por mi parte, de más está decir que los iba a matar de todos modos. Si lo hacemos ahora, será rápido, eficiente.

—Y podrás volver junto a tu esposa e hijo, a ver si te arreglan un poco —gruñó Franz, con fastidio. Marcus apretó la mandíbula al oír que se referían a Gunnar como a su hijo. Contuvo la respuesta hasta sentirse en su eje.

—Ellos no tienen por qué arreglar lo que otros han roto, Cooper —siseó—. No soy su puñetera responsabilidad.

—Casi parece que te preocupas por ellos, Little Lord... —lo provocó Tobías—. Que el bienestar de alguien te importa más que el tuyo. ¿Qué diría Schwarz al respecto? «*Schwäche*» —utilizó la palabra debilidad en alemán, como la empleaba Viktor y Amberg.

—Tu pronunciación apesta, ¿sabías? —evadió responder—. ¿Y bien?, ¿daremos el golpe o estoy solo en esta?

—Daremos el golpe —contestaron Franz y Tobías a coro. Marcus extrajo otro papel de su bolsillo, uno muy pequeño.

Lord Herbert Russel.

Lord George Butterfield.

El honorable señor David Haldane.

Lord Philip Toulmin.

Sir Roger Copleston.

Lord Colin Wrinch.

Lord Alfie Cavendish.

Lanzó una moneda. Cara o cruz elegiría. Ganó Tobías y optó por Lord Philip Toulmin. Una vez más lanzó, venció Franz y eligió a Lord Colin Wrinch.

—Bueno, muchachos. Me marchó, al parecer tengo cita con Sir Roger Copleston. —Hizo una reverencia y se marchó. No regresaría al condado esa noche, pasaría por su casa de Londres, cogería lo necesario y terminaría con esa maldita tarea.

Lord Colin Wrinch fue afortunado. Las puertas del infierno lo esperaban abiertas de par en par y ansiosas. Franz Cooper le hizo el amor a su esposa casi como un ritual de purificación. Tras lo cual, solo para sentir que ella lo acompañaba, roció un pañuelo con su fragancia de grosellas negras y se marchó.

No le llevó más de quince minutos reunir al noble con su Creador. Llamó a la puerta, se presentó y les solicitó a los criados que, si tenían un gramo de seso, se mantuvieran apartados. Todos parecieron en uso de sus capacidades mentales, porque nadie se interpuso en su camino. El hombre

aguardaba atrincherado con un rifle de caza. Mala elección, solo cargaban dos cartuchos. Al segundo disparo Franz le dio caza.

Lord Colin intentó con la cajita musical de igual modo, pero la melodía de Mozart que en el pasado condicionaba a Cooper no surtió mayor efecto que una leve migraña y el recuerdo latente de lady Georgiana recibiendo los latigazos de un caballo. El experimento ya no lo paralizaba, sino que lo cabreaba. Wrinch intentó huir. Los Prometheus no se guiaban por códigos de caballeros, lo que debía hacerse se hacía, por lo que Franz disparó por la espalda. Su presa cayó, Cooper se acercó, le dio la vuelta con la punta de su lustroso zapato hasta quedar frente a frente. Amartilló y, sin medir palabra, le puso una bala entre ceja y ceja.

Con la misma eficiencia, desanduvo el camino, se subió a su carruaje y regresó junto a Georgiana. Miró la hora en su reloj. Perfecto, se había perdido la cena, pero llegaba para un aperitivo nocturno y quizá, para una sesión de caricias en brazos de su esposa.

Sí, lord Colin Wrinch fue afortunado. Franz Cooper como su verdugo personal fue un lujo obtenido por puro azar. Cooper deseaba regresar a su casa, junto a su esposa, a la mayor brevedad posible. Y si lograba hacerlo sin una mancha de sangre en su atuendo, mejor aún.

Lord Philip Toulmin, sin duda, no solo estaba en la lista negra de los Prometheus, también ocupaba un lugar de distinción en la lista de la malaventura. Tobías Krage era la peor suerte que podía tocarle. Si él golpeaba a tu puerta debías de considerarte un objeto de odio muy profundo para el destino. Definitivamente no había ningún ser que velara por ti o tuviese misericordia.

Un soldado convertido en el general de un regimiento que blandía la bandera de la muerte como estandarte. Un regimiento muy ruidoso, que confiaba tanto en las propias destrezas que no les importaba perder el factor sorpresa. Al contrario, ellos mismos se encargaban de hacer notoria su presencia. Les gustaba poner a prueba sus habilidades, permitirle al adversario una correcta preparación, incluso, le obsequiaban el primer ataque. Así se perfeccionaban en contraataque y estrategia. Cinco carruajes, un total de veinticinco hombres y, entre estos, su rey. Uno que solía vivir en las sombras de Londres porque así lo deseaba. Uno que cuando debía recorrer las calles de la ciudad lo hacía vestido para la ocasión. ¡No deseaba prestarse a las habladurías ni al cotilleo! Pretendía pasar desapercibido... Botas y pantalón de milicia, camisas de seda, y su chaqueta favorita que le llegaba hasta la mitad de las pantorrillas, confeccionada con piel de oso pardo. La ostentaba en honor a los osos que perecieron en la caza sangrienta e indiscriminada que, años atrás, organizaron unos malditos lores ociosos. Krage le enseñó a cada uno de ellos que, si lo que quieres es vanagloriarte de tu masculinidad, tienes que enfrentarte a tu oponente en igualdad de condiciones. Cuerpo a cuerpo, no esconderse tras un rifle y trampas camufladas. Tus ínfulas te llevarán a enfrentarte con un par para ti... otro ser superior. Un jodido Prometheus. Como vestir la piel de sus enemigos hubiera sido excesivo hasta para él, optó las de sus víctimas.

Cuando descendió del carruaje, sus botas zapatearon ansiosas en el pavimento. Desabrochó su chaqueta y colocó sus manos a ambos lados de su cadera. En su cintura no había armas de fuego ni cuchillas. Con Toulmin optó por otro protocolo armamentístico dado el pasatiempo preferido del hombre, viajaba a África dos veces al año para cazar elefantes de diente blanco. Por unos segundos, evaluó la fachada de la mansión. Un desperdicio de arquitectura. En medio de la jungla mal llamada civilización, las molduras de las ventanas y puertas estilo tudor desentonaba. Muy pasado de moda. Fachada oscura, con ladrillos que albergaban más historia que la de todos los habitantes de la mansión.

—Tenías razón, Wolf, hubiese sido mejor utilizar dinamita —Sacudió la cabeza— y contribuir a la reestructuración citadina.

—Lo digo y lo mantengo, esta ciudad necesita un cambio estructural. —Wolf, la mano derecha de Tobías, apenas unos años mayor que este, era un fanático de los explosivos, todo lo solucionaba de esa manera. Su sueño era dinamitar media ciudad. Detestaba Londres y su falsa apariencia de sociedad noble y moral. Dentro de esas casas lujosas siempre olía a podrido—. Pero no, justo hoy se te dio por jugar a los simbolismos —dijo cogiendo la ballesta que sostenía otro de los hombres de su equipo.

—Wolf, en honor a nuestra amistad, te prometo lo siguiente: si vivimos lo suficiente, te permitiré dinamitar parte de la ciudad.

—¿A mí elección? —Tenía una ciudad en mente. Había mucha escoria en ese lugar.

—Sí, previa evacuación de sus habitantes. —No todos eran responsables de la decadencia de la raza humana, algunos se limitaban a vivir sus vidas como podían y lo hacían sin perjudicar a otros. El otro era el límite y los que respetaban esa regla eran merecedores de la misericordia del Creador. En su defecto, a falta de la inacción de este, recibían la de Tobías Krage.

—¡No tienes ni que mencionarlo! —Le extendió la ballesta—. ¡Joder!, ¿con qué clase de hombre me confundes? —Se persignó con fastidio.

—La clase de hombre que se compromete tanto con su trabajo que olvida los límites. —Hurgó dentro de los bolsillos de la chaqueta hasta dar con su última adquisición, unas diminutas piezas maleables hechas a base de cera y un extraño derivado del petróleo. Las apretujo, les dio calor con su palma hasta que estas adquirieron la forma adecuada. Luego las introdujo en sus oídos.

—Creo que te refieres a ti, no a mí... —Wolf dio señales a los hombres que estaban a la espera de indicaciones. Les marcó el camino a la casa, era tiempo de irrumpir y abrir paso. Dar un mensaje claro, quién quiera mantenerse al margen de la situación, tenía la libertad de abandonar el lugar sin sufrir ningún daño colateral.

—¿Qué? —preguntó Tobías. No lo había oído bien, los tapones parecían cumplir con su función.

—¡Que el que olvida los límites eres tú! —gritó.

Krage sonrió y asintió. Cogió la ballesta y una vez que el personal de servicio que no estaba dispuesto a pagar por los pecados de su dueño abandonó la casa, él se adentró a esta en compañía de dos hombres muy particulares. Unos que, además de tener una gran destreza con los cuchillos, poseían una faceta artística. Al igual que Tobías, convertían las emociones más profundas y rabiosas en... melodías, música. Trevor James, con flauta travesa en mano. Roy Clark con violín también en mano. Y Krage... bueno, él afinó la garganta.

Avanzaron por la ruta previamente establecida por sus hombres. Toulmin se hallaba refugiado en su salón personal, allí solía recibir a amistades para beber, fumar y gozar del entretenimiento de las féminas. El muy maldito tenía una habitación destinada a ser su propio burdel personal.

Tobías chasqueó los dedos. Trevor y Roy dieron por iniciada la melodía. Él se dejó llevar por la música. Pese a los tapones, la oía... o quizás la rumiaba en su mente. Carraspeó, entonó... y a la melodía se le sumó su canto:

*La donna è mobile
qual piuma al vento
muta d'accento
e di pensiero.*

Pateó la puerta doble panel. Sus músicos personales se mantuvieron al resguardo de los

paneles de roble, continuaron tocando sus instrumentos como si le estuvieran brindando un concierto a la reina en persona. Un rápido vistazo al interior del salón hizo que Krage se lanzara al suelo, por supuesto, lo hizo sin interrumpir la interpretación fervorosa de su aria.

Sempre un amabile

leggiadro viso,

Una saeta puntiaguda se incrustó en el lomo de un libro de la biblioteca. Tobías giró su cuerpo sobre el piso...

in pianto o in riso

è menzognero.

Se arrodilló, volvió a girar, esta vez utilizando sus rodillas...

La donna è mobile

qual piuma al vento

Y una vez enfrentado al lord, apuntó su ballesta y, en cuanto este asomó su cabeza por encima del respaldo de su sillón, le atravesó el cuello con su saeta.

muta d'accento

e di pensier

Caminó hasta la mesa central del salón, en esta, dos cajitas musicales estaban abiertas y haciendo sonar su música. El desgraciado de Toulmin no sabía cuál de todos los Prometheus iba a por él, y se tomó la precaución de tener ambas cajas musicales, la de Marcus y la de él. Para que la música hiciera efecto en su mente, primero tenía que llegar a esta. Imposible en esa circunstancia, su canto, el violín, la flauta, y los tapones de cera actuaron como barrera.

e di pensier

e di pensier !

Apoyó la ballesta en la mesa, cogió las cajitas musicales y las hizo arrojó contra el suelo. Como detalle final, las hizo añicos con sus botas. Se quitó los tapones de cera de los oídos, miró en derredor e hizo una reverencia a cada una de las cabezas de elefantes que decoraban el recinto. Tres en total.

—Ojo por ojo... diente por diente... y ballesta por ballesta —recitó a modo de despedida. Giró sobre sus talones. Chasqueó los dedos. Trevor y Roy dieron por finalizada la melodía—. ¡Bravo, muchachos, bravo! —Hizo palmas al aire. Zapateó. Danzó—. Damas y caballeros, el espectáculo ha terminado.

Una última reverencia a un público imaginario y....adiós.

Marcus hizo una breve parada en su casa de Londres para abastecerse y cambiarse de ropa. Se puso su traje de cazador, de tres piezas de tweed y botas altas de cuero. Sabía que Sir Roger Copleston estaría esperando a por él con su condenada cajita musical y debía estar preparado para evitar el asalto. Atacar por sorpresa no parecía una opción, solo se le ocurría una alternativa.

—Lo siento, muchacho, tú no me acompañas en esta andanza —le dijo a Percy, su viejo caballo. Lo cierto es que estaba poniéndose sentimental y no quería que el animal sufriera las consecuencias de actos ajenos. Esa horrible misión le tocaba a Elisa, una yegua veloz digna del hipódromo. En la alforja cargó lo necesario y no tardó en montarla camino a su destino.

No había querido decirle a Irina que era probable que no volviera. Justo ahora que ella le había hecho apreciar la vida, llegaba el punto cúlmine, el fin. Esperaba que el enfado le ayudara a

afrontar el duelo si la misión salía mal. Reconocía que su esposa había encendido una llama en su interior, eso que los poetas denominan esperanza. Tenía la fe de que, si Sir Roger Copleston usaba la maldita caja musical, un recuerdo de Irina bastara para despertarlo, como le funcionaba a Cooper.

Era un pensamiento mágico. Para desgracia personal, había leído esos malditos libros de Serge Amberg y estaba al tanto de que la psicología no funcionaba así. Pero a los condenados a muerte se les permite soñar, ¿verdad?

Sir Roger Copleston había elegido su casa de campo como fuerte, a unas tres horas de Londres a caballo. El frío mantenía su cabeza despejada y le impedía seguir ahondando en las ironías de la vida. En haber recorrido el mundo para hallar a Irina justo en el punto de partida, delante de sus narices; en que hubiese sido su puñetero hermano el que la reconoció como el diamante que era; en que justo cuando estaba dispuesto a morir ella le hiciera apreciar la vida; en que el conjunto viniese acompañado de un niño que se le parecía tanto que él sintiese que al salvar a Gunnar se salvaba a sí mismo...

—Ya casi llegamos, Elisa —animó al animal, aunque parecía ajeno a las inclemencias del tiempo. Se detuvo en las inmediaciones de la casa de Copleston y bajó de la montura. Siguió a pie, seguro de que hallaría trampas de caza en el camino. Fue palpando con un bastón y halló tres, que se cerraron veloces ante el más mínimo toque. Una vez despejada el área, ató a Elisa a un árbol. Sacó el morral, lo subió a sus espaldas y con una manta cubrió a la yegua—. Sé buena chica y espera por mí. — Le dio algo de agua de su cantimplora y se alejó de ella con sigilo.

En esa parte, los árboles no solo lo mantenían a resguardo, sino que además impedían que la nieve obstruyera el paso. La parte mala era que apenas se veía el camino, en el resto del paisaje, la luna reflejaba con la blancura de la nieve y generaba una luz azulada que te permitía ver. Entre los árboles, en cambio, todo eran sombras tétricas.

El silencio le advirtió que Sir Roger Copleston estaba a la espera, que había hecho incluso a sus criados cerrar las bocas y aguardar el ataque. Cogió sus binoculares y observó la residencia. Las luces estaban apagadas, llegó a ver el resplandor de una vela como única iluminación. La nieve crujiría bajo su peso por mucho cuidado que pusiera, pero necesitaba acercarse e intentar su estrategia. De lo contrario, sería ir a una muerte segura.

Cerca de la casa había un roble que proyectaba su sombra. Midió la distancia y la posibilidad de llegar sin ser visto ni alcanzado por una bala. ¿Habría contratado Copleston a un ejército de mercenarios?, lo dudaba, May se hubiese enterado de semejante movida. Ni hablar Tobías, que estaba al tanto de casi todas las contrataciones independientes. Eso no implicaba que no pudiera haber obligado a los criados a coger armas y disponerse a matar. No trataba con un hombre bueno y de códigos morales, sino un bastardo capaz de financiar experimentos con niños.

Se movió entre los árboles un par de metros, buscando el punto ciego que generaba el roble. Y desde allí corrió en diagonal hasta quedar cubierto por el grueso tronco. Abrió el morral y sacó lo que buscaba: dinamita. Desde allí podría lanzarla hasta la entrada de la casa y, aunque el daño no sería enorme, desorientaría a los del interior a la vez que...

Sí, haría una locura, en lugar de alejarse de la explosión, se acercaría... y esta lo ensordecería. Era consciente de que el daño en sus tímpanos podía ser permanente, pero mejor sordo que muerto, ¿verdad? Lanzó la dinamita cuya mecha le otorgaba unos cinco metros de distancia, era como las que utilizaban en las minas. Una vez estuviera por explotar, correría directo a la entrada y empezaría el espectáculo.

Cerilla en mano, lanzó el paquete con explosivos. Encendió la cerilla y...

—Mierda.

Un niño avanzó hasta el porche de la casa. Temblaba.

—Niño, sal de ahí —le dijo, era evidente que sabían de su llegada.

—No lo hará —respondió Copleston—, porque si se mueve le disparo yo.

—Cobarde.

—¿Cobarde?, ¿de verdad, lord Marcus? La valentía o la cobardía es una construcción de la sociedad, me extraña que te dejes influenciar por esos conceptos. Yo no me pienso cobarde, sino listo.

—No me hagas reír, que no estoy de humor —gritó desde las sombras—, esto no se te ocurrió a ti.

—No. Todos recibimos un telegrama del doctor Schwarz. —Se aclaró la garganta—. M. Debilidad. Niños.

—Mierda —masculló. No solo por haber sido descubierto, eso era lo de menos, sino porque sabía que Viktor había llegado a esa conclusión porque él salvó a la niña. De seguro el desgraciado la buscaba para eliminarla, como Prometheus eliminaba a cada uno de sus casos fallidos. No se trataba solo de esconder el error, sino de no dejar testigos. La pequeña tenía momentos de lucidez, en especial tras dormir y comer bien. En esos momentos sabía dónde estaba y quién le había hecho tanto daño como para ver demonios en las sombras.

Pues los demonios no estaban en las sombras. Estaban en guerra. Los creados por Viktor contra los que habían trabajado para el creador.

—Tal parece que es su fin, milord. ¿Escucha el silencio de la noche?, apenas hay brisa. Eso hará que disfrutemos mejor de una buena melodía de Tchaikovsky.

Marcus se dio a la carrera, intentó alejarse del lugar. Sus pisadas resonaron a coro con la cuerda de la cajita musical y, en cuanto empezó a sonar la melodía de «el lago de los cisnes», cayó de rodillas. Ni siquiera fue capaz de taparse las orejas, aunque era en vano, la más ínfima nota bastaba para arrastrarlo al pasado.

Allí estaba él, anclado en la nieve, mientras su mente se sumergía a la experiencia de estar con camisa de fuerza, sumergido en el agua, con los pulmones ardiendo por el intento de respirar, a la vez que oía la voz de Viktor repetirle: *terminará cuando dejes de luchar, permanece quieto y te sacaremos*.

Pero no luchar mientras te ahogan parece imposible. Hasta que por fin alcanzas ese momento y logras mantenerte impávido, aunque el agua llene tus pulmones, aunque tu corazón bombee furioso, aunque tus ojos vean con horror el rostro de tu torturador y su voz te llegue amortiguada por el líquido. Aunque sepas que un par de segundos más y ya no conseguirás despertar.

Esa parálisis se apoderó de Marcus en el presente, generada por su mente ante un simple detonante. Sin embargo, no quería decir que no supiese donde estaba. Sentía la risa burlona de Sir Roger Copleston, su voz tarareando Tchaikovsky con mala entonación, sus pisadas en la nieve mientras se acercaban. Marcus no podía siquiera alzar la cabeza, solo vio la punta de los zapatos negros y lustrosos del hombre.

Entonces, cuando estuvo seguro de que la muerte lo alcanzaría, ante sus ojos danzó un colgante púrpura.

De lado...a lado...de lado...a lado...

No era Copleston, el sir se había detenido un instante y luego a la mente de Marcus regresaron los sonidos de sus pasos. Pero junto con otra voz, la del doctor Serge Amberg.

—Mata a Sir Roger Copleston, hazlo sin detener tus impulsos. Deja todo salir, Marcus, en tu mente eres libre.

De lado...a lado...de lado...a lado...

—¡Demonios, Amberg! ¿Qué haces aquí?, ¿acaso Viktor no confía en que pueda eliminar a su proyecto fallido?

Serge le brindó una de sus sonrisas de psicólogo.

—¿Quién dijo que me ha enviado Viktor? —y se dio la media vuelta. Copleston permaneció confuso un segundo, tras el cual sacudió su cabeza y regresó su atención a Marcus. Tenía que ser veloz, sabía que eso de las cajitas duraba apenas diez minutos. Una bala y...

Y Marcus se puso de pie. En sus ojos no había vida. Apenas respiraba. Pero...joder, se movía.

Copleston amartilló su arma con el pulso tembloroso. Cavendish le pateó la mano y el revólver salió volando por los aires. Cuerpo a cuerpo. El cazador se convirtió en presa y no había negociación que valiese, porque Marcus no estaba actuando libremente. Intentó correr, la mano del Prometheus lo cogió del cuello y lo hizo volverse con una facilidad pasmosa.

—Despierta, condenado demonio. ¡Al menos mátame tú! —gritó en vano. Marcus lo lanzó al suelo, se montó sobre él. Copleston pataleó, convencido de que sería ahorcado. Pero los dedos de su muerte encarnada tenían otros planes, se hundieron en sus globos oculares hasta llegar a su maldito cerebro.

—Esto se siente que estén dentro de tu mente... —murmuró Marcus mientras se hundía más y más en el cráneo del maldito desgraciado—. Esto se siente que juegan con tu cabeza.

Cogiendo el cráneo desde los ojos, lo alzó y golpeó contra el suelo al son de la melodía de Tchaikovsky y del péndulo. De lado... a lado... de lado... a lado... Tal y como Serge ordenó, *hazlo sin detener tus impulsos. Deja todo salir, Marcus.*

El cráneo terminó de fragmentarse como un melón lanzado desde un tejado y solo entonces Marcus se alejó. Caminó por el bosque, desorientado, silbando una melodía que nunca conseguía retener cuando estaba consciente.

Le llevó una hora de deambular despertar de la maldita hipnosis, porque si bien la parálisis generada por el condicionante duraba apenas unos diez a quince minutos, la hipnosis se prologaba hasta que o bien el médico te despertaba o tu mente soltaba la concentración de manera natural. Cuando Marcus volvió en sí, estaba a seis millas de su caballo.

Parpadeó varias veces, se vio las manos con sangre y supo que no había sido un sueño. Observó el paisaje e intentó orientarse.

—Joder, Serge, ¿no podías quedarte a despertarme, maldito médico del demonio? ¿Dónde coño estoy? —Miró las estrellas hasta ubicarse y emprendió el camino de regreso. Tenía que hallar a Elisa y volver a casa. Ya se enteraría al alba si sus *hermanos* habían conseguido su cometido. Él por su parte lo había hecho y, a su vez, había conseguido una revelación: Serge Amberg era el primer error que había cometido Viktor Schwarz.

CAPÍTULO 23



En cuanto Franz Cooper y Tobías Krage se presentaron en la casa del condado, Irina supo que algo había salido muy mal. El estómago le dio un vuelco y miró a esos hombres que eran lo más parecido a un hermano real para su marido. No hubo tiempo para presentaciones formales, May y Ernest la acompañaron al improvisado despacho de Marcus junto a los *invitados*.

—Marcus... —fue lo único que consiguió articular. Se volvió hacia ellos, era imposible decir que en sus facciones se trasluciera el pesar o la pena. El rostro de Cooper era inescrutable; el de Tobías, tan exótico a ojos de Irina, dejaba entrever una dosis de latente ira.

—No ha vuelto, ¿verdad? —quien habló fue Franz. Ernest negó con la cabeza. Tobías sacó un papel de su bolsillo, lo extendió. Lo cogió Irina antes de que cualquiera se atreviera a apartarla en esa situación. Era un telegrama: *M. Debilidad. Niños*.

—Suponemos que lo han recibido todos, nadie sabía a por quién iba cada uno —expuso Krage. Irina negó con la cabeza incapaz de aceptar su muerte. La última vez que le dijeron que había perecido, no sucedió. Ella podía encontrarlo donde fuera que estuviera y traerlo de regreso. Ella podía...

Se dobló por la cintura del dolor. May la acompañó a un sillón.

—Él regresará. Eligió vivir —susurró—. Él regresará.

Que sus invitados le disculparan la falta de cortesía, podían sentarse si querían, tomarse todo el coñac de Marcus y darle órdenes a la cocinera. Ella... Ella solo tenía fuerzas para respirar. En cada inhalación, la idea de que su esposo no estaba muerto crecía. Se convertía en certeza, porque podía sentirlo en su corazón. Allí donde inesperadamente Marcus se alojaba.

M. Debilidad. Niños. Volvió a leer. Sí, el maldito de Schwarz consideraba eso una debilidad. No Irina. Que Marcus pudiera poner un límite ético a su obrar era su mayor triunfo por sobre el creador de demonios. Probaba que era humano, que algo de él quedaba intacto. Había un punto esencial que el médico no había alterado.

Ella lo sabía muy bien. Cada noche en vela sufriendo por Gunnar, por su alma, porque no se convirtiera en un Cavendish... Marcus fue tan fuerte como su hijo. Consiguió vencer. ¡Esa era la verdadera voluntad de poder! No dominar, conquistar tierras, manejar el mundo como si fuese un escenario de marionetas. La verdadera voluntad era ser fiel a uno mismo y ese se alzaba como el gran triunfo de Marcus Cavendish.

De modo que no. ¡No podía estar muerto! Estaba vivo, allí fuera, bajo la nieve, regresando a casa.

—Tal vez esté herido —dijo poniéndose de pie de repente. El mundo giró bajo ella.

—Ya he ordenado que mis hombres rastrillen el lugar. Me informarán en breve —dijo Tobías.

—Iré en persona. ¿Tienes la dirección, May?

—Milady...

Irina clavó en ella sus ojos. Al demonio con todos, ya había vivido demasiados años bajo el yugo de los demás, ahora nadie le diría que debía o no hacer. Ni siquiera Marcus, que estaba vivo en algún sitio. Él la había liberado, no solo de su exesposo y suegro, no solo de las cadenas del condado, sino de los miedos, de los prejuicios, de las opiniones ajenas...

Ella también vencía a su modo, se mantenía fiel a sí misma. Sí, amaba a un hombre capaz de matar, pero no mataba niños, joder. Amaba a su excuñado, al hermano del hombre que la hizo la mujer más desdichada del mundo, pese a que compartieran sangre. Amaba a un hombre herido, con cicatrices en el cuerpo y en la mente, que siempre hablaría el lenguaje de la violencia y el poder. Pero también amaba a un hombre que había salvado a Gunnar de perderse en el rencor, que le había enseñado sobre el placer y, en especial, acerca de la lealtad. Que llevaba esa lucha no por él, porque cuando empezó no lo hizo decidido a morir por la causa, sino por otros. Por los niños que aún estaban en Prometheus, por el niño que fue y que fueron esos dos hombres ante ella, y por los que todavía lo eran. Que protegía a una pequeña de quien no sabían siquiera el nombre.

En él batallaban la luz y la oscuridad, y aunque la oscuridad era más fuerte, prevalecía... la luz era ese brillo que no se rendía y que se manifestaba en ese límite que no podía atravesar.

—La dirección, May —repitió, tajante. La mujer fue a por ella y Franz Cooper la sorprendió con una pregunta.

—¿Caminarías sobre vidrio por Marcus?

A Irina la pregunta la tomó desprevenida, se volvió hacia el hombre que ni siquiera se había sentado. Parecía anclado en el medio del despacho, dispuesto a pasar a la acción.

—¿Literal o figuradamente? —Lució confundida, tras lo cual, le restó importancia—. Da igual, lo haría de ambos modos.

—¿Y él lo sabe?

—¿Qué cosa? —Y ella pensaba que Marcus era sibilino. Si no fuese por algunos gestos en particular, Cooper podía definirse como maquinal.

—Que lo ama.

Irina lo observó pasmada, ¿cómo lo sabía él si ella...?

—Nunca se lo dije con palabras, pero es inteligente...

Tobías fue quien la interrumpió con su carcajada.

—No somos inteligentes en esa materia en particular —agregó—. Igual parece ser tarde —murmuró el resto, dando a Cavendish por muerto. Era ya la madrugada, tendría que haber regresado horas atrás. Ellos habían tenido tiempo de ejecutar a los hombres, regresar a sus casas, cambiarse de atuendo y llegar a las tierras del condado. Entre el telegrama y la ausencia de Marcus, la conclusión lógica brillaba con tanta fuerza como la esperanza de Irina en los milagros.

—No pretendo inmiscuirme, milady, solo que esos principios emocionales suelen ser muy funcionales para librar parte del adoctrinamiento de Prometheus.

Sí, ya veía. Funcionalidad, eficacia, practicidad... Ella se moría de amor y dolor y Franz Cooper pensaba en cómo sacarle provecho a esa *sensibilidad*.

—Si algún día tengo a Viktor Schwarz delante de mí, lo mato con mis propias manos —gruñó Irina al ver reducido su mundo emocional a una pieza de ajedrez. No podía culpar a Cooper ni a Krage de ello, eran las víctimas, así que dirigiría su ira al origen del problema.

—Ya somos varios —masculló Krage, he hizo sonar sus dedos.

May le entregó la dirección de Sir Roger Copleston, Irina dejó de ahondar en esa extraña conversación. De hablar con alguien sobre lo que implicaba amar a un Prometheus, lo haría con lady Georgiana. Su esposo parecía hablar otro idioma.

—Iré a por mi abrigo y algunas cosas... —Dejó a sus *invitados* allí y fue al viejo despacho del conde. Habían limpiado la sangre y cambiado la silla, pero la muerte parecía rondar la habitación. Buscó en la vitrina hasta encontrar un arma que le pareciera fácil de disparar, no sabía qué hallaría en el lugar. Un movimiento en su campo visual la hizo detenerse, miró por la ventana, segura de que era algún animal que, por el invierno y la falta de alimentos, se atrevía a acercarse a la casa.

La figura que asomó entre la arboleda no era un animal... o tal vez sí, una fiera salvaje que conducía a su caballo desde las riendas.

—Marcus... ¡Sabía que regresarías! Sabía que elegirías vivir... Eres leal a tu palabra.

Una rosa blanca, ese fue el ramo que él eligió. Una rosa y un laurel. Lealtad y victoria. Y todo eso se manifestaba en esa presencia de hombre y caballo regresando a su lado, a donde pertenecía: a su corazón.

Corrió por el pasillo y se detuvo antes de virar hacia el vestíbulo. Sonrió. Él no entraría por allí, porque... iría directo a lavarse las manos y como de seguro regresaba cubierto de sangre, lo haría lejos de donde Gunnar pudiera verlo. Porque incluso de eso lo protegía.

¿Cómo no iba a amarlo?! Gunnar era su corazón, su vida, su razón de vivir y luchar. Y él lo protegía, lo resguardaba de todo mal. Cada vez que Marcus quería a Gunnar, la quería a ella. Tal vez nunca recibiera una declaración de amor de sus labios, pero su forma de amar era cuidando a quienes le importaban y se basaba en actos, no en palabras.

Dio la vuelta y se dirigió a la cocina, justo en el instante en que Marcus abría la puerta de servicio. Corrió a sus brazos y él la recibió ansioso. Lo besó, sin importarle que esas manos con sangre la cogieran de la cintura. Sin molestarse porque estuviera sudado pese al frío. Inhaló su perfume, no había mentido en aquella ocasión. Le gustaba su aroma, su sabor... era un reconocimiento físico y primitivo, de lo que su alma necesitaba. No eran un amor platónico, sino metafísico, de unión cuerpo y alma.

Una vez que sació su desesperación con su boca, una vez que lo supo vivo y de regreso, se separó y le dio un duro golpe en el pecho.

—Hey... —se quejó Marcus.

—Nunca vuelvas a hacer eso. Cuando te fuiste, no imaginé que se trataba de una misión tan peligrosa. ¡Podías enviar a alguien más!

—No, no podía, Irina. —Ella volvió a golpearlo.

—¡No me mientas!

—Bien. No quería. Me apetecía matarlo con mis manos, con estas que te tocan a ti y te dan placer. Con estas manos que regresan a casa llenas de sangre y ensucian lo sagrado. Soy esto, lo sabes. Soy lo que aceptaste cuando decidiste quedarte.

Ella le intentó propinar un último golpe; Marcus la cogió de las muñecas, la hizo girar, enredándola con sus propios brazos y pegándola a su pecho.

—Sí, y acepto mi contradicción, Marcus. Pero debes entender que algo ha cambiado...

—Nada ha cambiado. Aún si te arrepientes de tu decisión, no te dejaré ir. Es el único deseo que te negaré. —Descendió con su boca hasta darle un beso en el cuello, ansioso de más.

Ella rio.

—Como si pudiera irme, como si fuera capaz de dejarte, Marcus. Lo que ha cambiado es que te amo. —Él se tensó a sus espaldas—. Te amo y cuando te pones en peligro, me haces daño. He pasado las horas más agónicas de mi vida.

—No pasó nada, Irina —mintió—, solo me demoré más de lo previsto porque la casa de Sir Roger Copleston se hallaba lejos de aquí.

—Vuelves a mentirme y te apuñalo —amenazó. Él deshizo el agarre, cuando la tuvo de frente la besó con desesperación.

—¿Por qué crees que miento?

—Por nosotros —intervino otra voz, una masculina, que acompañó su intromisión con un carraspeo. Era Cooper, detrás de él, estaba Krage—. Y por este telegrama.

—Vaya, qué falta de confianza en mis habilidades —intentó ironizar, componer la figura de Little Lord, el hombre de política que siempre sonreía, aunque su mundo se desmoronara.

Irina lo amaba, se lo había dicho. Le costaba creerlo, aceptarlo. A él, que ni su madre lo había amado, la mujer más hermosa del mundo lo hacía digno de ese sentimiento. Ella que conocía de monstruos como nadie, se atrevía a querer a uno y sin afán de domarlo. Era pura aceptación. La atrajo hacia él, la rodeó con sus manos aún llenas de la sangre de sus enemigos, y ella no se apartó asqueada.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Tobías. Al tener aún su condicionante, le interesaban todos los métodos posibles para sortearlo. Él tenía el suyo, pero siempre se podía mejorar.

Marcus debió dejar caer la máscara y ser honesto con su debilidad.

—No lo conseguí...

—¿Sir Roger Copleston está vivo? —preguntó Franz.

—No. Lo que no conseguí fue sortear la maldita cajita musical. —Irina giró en sus brazos, clavó sus ojos celestes en los azules de él, y Marcus entendió la magnitud de ese amor. Pudo jurar que su corazón respondía, que latía tan fuerte que le rompería las costillas solo para poder salir y abrazar el de ella, que latía con la misma intensidad.

Cuando te pones en peligro, me haces daño. Sentía un irrefrenable deseo de meterse en una puñetera jaula para ser solo de ella y que jamás nada la apenara. Sin embargo, el fuego en su interior le impedía hacerlo. Necesitaba hacer arder Prometheus hasta los cimientos y ello conllevaría más riesgo, más dolor para Irina. Tenía que encontrar el modo de vivir, de congeniar la luz de ella con la oscuridad de él.

—Marcus... —Sondeó en sus ojos, él se olvidó de los demás y se confesó solo con ella.

—Serge Amberg estaba allí. Ya no hay dudas, está traicionado a Viktor. Me hipnotizó para que cumpliera la misión y luego se marchó...

—¿Te dejó hipnotizado? —preguntó Tobías.

—Sí.

—¿Cuántas horas? —intervino Franz. Las preguntas no tenían el matiz de preocupación, sino de ciencia, de saber sobre la experiencia de los demás y aprender de ella.

—Más de una hora.

Irina miró a los otros dos, casi parecían orgullosos de esa respuesta. Como si se contuvieran

para no acercarse a Marcus y palmearle la espalda, felicitarlo por un logro increíble.

—¿Por qué?, ¿cuánto dura la hipnosis?

—Nadie sabe muy bien, es una técnica muy nueva —explicó Krage—. La primera vez que el maldito de Chamberland la implementó en mí, estuve doce horas en trance.

—Eras un niño...—agregó Marcus y los otros dos clavaron en él sus ojos.

—Entonces es verdad —dijo Franz—, el telegrama de Viktor.

—Por eso están aquí, lo recibieron todos, ¿verdad? —Los demás asintieron—. Al parecer, sí, es un limitante. Viktor debe saber que tengo a la niña bajo mi protección.

—Tenemos que ponerle un nombre —dijo Irina. Detestaba decirle *la niña*. Pero los otros dos respondieron tajantes:

—No.

—¿Por qué no?

—Porque a nosotros nos nombró Viktor. El único que tiene nombre fuera de Prometheus es Marcus...

—Me nombró mi padre...—Sonrió. Irina pudo jurar que los otros dos se rieron del sarcasmo, aunque no tenía aún su respuesta—. Lo que intenta explicar Cooper es que el que nombra tiene poder sobre lo nombrado, debo esperar a que ella elija su propio nombre, de modo de entregarle el poder sobre sí misma.

Irina aceptó la explicación con humildad, entendiendo que debía mantener su mente abierta para comprender todo lo que Viktor Schwarz había hecho. Muchas cosas eran inconmensurables para cualquier persona que no estuviera demente.

—Lo importante —interrumpió Krage—. Serge no está con Viktor, bien. Pero nos maneja como marionetas y no sabemos con qué fin.

—Sin embargo, los enemigos de mi enemigo son mis amigos. Debemos mantenerlo cerca. Además, debe saber más de los movimientos de Viktor que nosotros.

—Sobre eso...—Interrumpió Irina. Se sonrojó—. Ya está al tanto May, pero...

—¿Qué? —Fue el turno de Marcus de experimentar la desesperación al pensarla en peligro.

—Maté a Mindy Jones...—soltó. Cavendish tardó en reaccionar, solo podía pensar en una cosa, ese era el jodido balance entre luz y oscuridad. Para que él dejara entrar su luz, ella había tenido que abrirse a las sombras. No pudo analizar la parte práctica, fue Cooper quien lo puso en palabras.

—Necesitábamos descubrir qué sabía...—gruñó, aunque sin real enfado. Georgiana estaba embarazada y era consciente de que si alguien se atrevía a tocar a su hijo nonato le arrancaría la cabeza.

—Antes le pregunté —dijo ella, y contó lo sucedido.

—Manchester —respondieron los tres a coro. Por fin una pista sólida. Entre la empresa fantasma, el encuentro de Viktor con el conde y ahora el interrogatorio de Irina, tendían al fin un cerco en torno al doctor y Prometheus.

—Ahora, si no les importa, necesito hablar a solas con mi esposa. —Por no decir, necesito hundirme en su cuerpo, conducirla al placer tantas veces como sea posible y arrancarle otra confesión de amor. Podía tener una debilidad, pero ya no había dudas, Irina era su faro en la noche, su guía...su fortaleza.

Los invitados se marcharon, pero Gunnar se levantó y demandó la atención de Marcus. Estaba ansioso porque se acercaba navidad y era la primera vez que se lo veía contento por esa fecha. En su fuero

íntimo, sabía que en esa ocasión recibiría obsequios.

Irina los observaba desde un rincón, sin romper la armonía que conformaban tío y sobrino. ¿O debía decir padre e hijo? Le llenaban el corazón y, por primera vez en la vida, admitía que era plenamente feliz. Marcus no se desatendía de Gunnar, incluso cuando en cada ocasión que levantaba sus ojos zafiros y los posaba en ella, lo hacía con la promesa de que en cuanto estuvieran a solas la follaría hasta que olvidaran qué día vivían.

Y esa promesa la hacía arder. Jugó un poco con la antelación, probó los límites de Marcus. Gunnar era inocente aún para detectar la energía que lo rodeaba. Irina se recostó en el sillón con un libro, pero se aseguró de quitarse algunas horquillas y de que su falda se alzara más de lo debido. Fingió estar inmersa en las páginas, mientras Marcus la comía con la mirada.

Gunnar estaba de espaldas a ella. Irina flexionó más la pierna izquierda, que quedaba a la vista, y la falda descendió por su muslo hasta revelar el inicio de sus ligas.

—No me estás poniendo atención —se quejó el pequeño.

—Sí lo hago. Quieres un caballo para Navidad y pretendes esconder el pedido en una conversación banal sobre las bondades de tener una montura propia —rio Marcus. Pero su risa sonó ronca. Irina se cubrió la pierna antes de que su hijo la viera y simuló recato.

—Entonces, ¿tendré un caballo?

—Lo tendrás.

De la emoción, Gunnar corrió en busca de May y Ernest para contarles lo que recibiría para navidad. A diferencia de otros niños que creían en los milagros y en la magia en esas fechas, él sabía de dónde provenían los obsequios. Sin embargo, por ese año, eso no empañaría su alegría.

Una vez a solas, Marcus articuló:

—¿Te gusta volverme loco?

—Sí. —Se acercó a él, se sentó en su regazo—. Si este mundo, así como está, es cuerdo. Entonces, abracemos la locura... —Aproximó su boca a la oreja de él antes de soltar—: mi amor. —Cogió el lóbulo con los dientes y percibió la dureza masculina presionar sobre su muslo.

—Joder. —La cogió en brazos y la sacó de allí. Gunnar podría regresar en cualquier momento. La desesperación no les permitió llegar a la alcoba en la primera planta y, ansiosos, se valieron del armario de la ropa de cama.

Irina lo besó desesperada, mientras las manos de Marcus se deshacían de las barreras de telas que les impedían consumir. Ella lo instó a posarse contra los estantes y se puso de rodillas ante él, en ese limitado espacio.

—Irina, joder, te has tomado demasiado en serio eso de desquiciarme —gruñó cuando la rosada boca de su esposa le rodeó el pene. Era inexperta, solo sabía que eso era posible, pero desconocía de técnica. Marcus, no obstante, no tuvo quejas. El placer lo desbordaba y estaba al límite de hacer el ridículo. Él, un Prometheus, al borde de perder el dominio de sí. La idea lo hizo sonreír, se sumó al juego del placer. Le gustaba saber que ella podía hacer con él lo que quisiera, porque lo que le gustaba era saber que ella existía en el mundo. Personas como Irina Eriksson de Cavendish eran el verdadero progreso, eran la dirección que la humanidad debía tomar. Y era suya...suya...suya...

—Devolveré el maldito cuadro al museo del Prado.

—¿Qué? Dios, ¿a dónde va tu mente?

—A ti, siempre a ti. —La hizo ponerse de pie, la besó con ardor—. A que si te tengo a ti no necesito nada más. Tú eres mi tesoro más valioso, mi obra de arte. —Coló su mano debajo de las faldas hasta alcanzar su centro. La hizo gemir, estaba tan húmeda que resistirse un minuto más era crueldad. Le alzó la pierna, clamó que la rodeara con ellas por la cintura.

—Marcus...—rogó ella—, tómate desde detrás.

En la oscuridad de ese armario pudo sentir la mirada encendida de Marcus. Su entendimiento. Necesitaba olvidar el pasado y entregar sus miedos a su marido. Él jamás la dañaría, él era un demonio que cogía los de ella y los domaba a su voluntad.

La hizo volverse, apoyar las manos sobre los estantes y le levantó la falda. Irina soltó el aire, mezcla de miedo y expectación. Marcus la ayudó a valerse del último estante para igualar las alturas y la sostuvo con su brazo. Se inclinó sobre ella, apoyando su pecho en su espalda hasta alcanzar su cuello. Irina sintió la dureza de Marcus contra su trasero, el beso suave de sus labios en el cuello y su promesa inquebrantable:

—Todo está bien, cariño. Soy yo... siempre seré yo...—Él condujo su miembro a la entrada femenina y comenzó a deslizarse en su interior—. Nunca, nadie, volverá a tocarte sin que tú lo quieras. Ni siquiera yo. Así que dime, Irina, ¿lo quieres?

—Sí...

Empujó un poco más.

—¿Segura?

—Sí...—gimió.

Se hundió en ella, un grito de goce escapó de su garganta. No les importó que alguien pudiera oírlos, que los criados supieran lo que allí sucedía. Las estocadas se aceleraron, los sonidos que hacía Irina cerca del orgasmo tenían más poder en él que la maldita melodía de Tchaikovsky, podía someterlo por completo. Más cuando hacia el final soltaba su nombre:

—Marcus... Marcus...—Y se dejaba caer por la espiral del placer, sabedora de que los brazos de su esposo aguardaban por ella.

Él se derramó en su interior, con los últimos espasmos de su placer. Abandonó su canal a desgano. La hizo volverse, la sostuvo contra su cuerpo, deleitándose de esa hermosa debilidad que la embargaba tras el placer. Ese letargo ensoñador que le dilataba las pupilas y le hacía sonreír.

—¿Crees que nos habrán oído?

—Mientras no haya sido Gunnar, los demás que se vayan al demonio —respondió él. Ella rio.

—Te amo, Marcus. —Él apoyó su frente en la de ella—. Sé que lo sabes, sé que sientes el amor que te profeso, pero debes dejar de pensar que no lo mereces. Que soy una especie de milagro, un error de la ciencia, *un caso fallido* —Marcus apretó los dientes al oírla— por quererte. Lo hago porque eres digno de ese sentimiento, porque te lo has ganado. El amor tiene una dosis de suerte, de destino, si quieres decirle así, pero más tiene de dedicación, de merecimiento. De no rendirse en la adversidad, de elegir luchar... de lealtad. En nuestro ramo lo dejaste claro, lealtad y victoria. Pero no son dos conceptos aislados, la lealtad conduce a la victoria. Y la victoria, para ti, es haber conseguido eso que siempre pensaste no ser capaz de lograr. Te amo...—Marcus cerró los ojos, su corazón bombeaba en su pecho fuera de control—. Y Gunnar también.

—Irina...—Abrió los párpados para poder sondear en la mirada de ella, hallar ahí la veracidad de su declaración.

—Sé que mataste a Oscar. Lo vi, Marcus. Y Gunnar lo sabe también. No es el nuestro un amor ingenuo, sabemos a quién le entregamos nuestro corazón.

—¿Sabías que maté a Oscar y aun así te quedaste? Eso fue antes de los demás, esa fue una muerte que no perseguía un fin, fui yo...solo yo...

—Lo hiciste por ti, sí, y también por Gunnar. Tal vez prefiera que le obsequies un caballo para demostrarle que lo quieres —sonrió—, pero como dije, te aceptamos tal cual eres. —Él se alejó de ella un paso, lo máximo que le permitía el armario—. Marcus, no tienes que devolvernos el sentimiento. No

todo es una transacción. Igual nos quedaremos, aun si no nos amas...

—Sí los amo. —La voz fue ronca, la emoción le aprisionaba las cuerdas vocales—. Sí lo hago. Irina lo abrazó, aunque él parecía incapaz de responder a ese gesto.

—Marcus...

—Supongo que uno tiene que romperse para que pueda emanar lo que tiene dentro. No quería amarte, ni a Gunnar, solo tenían que ser piezas en mi venganza...

—Lo sé. Yo tampoco tenía que amarte, debías ser la puerta de salida del infierno.

—Y ahora has quedado atrapado en él, junto a un demonio.

—¿Es el infierno un infierno si nos gusta el fuego?, o si te gusta el demonio... —bromeó.

—Viktor cree que los niños son mi debilidad. Así, en general. Pero no es verdad, ustedes dos lo son.

—No pienses en términos de debilidades, ese es Viktor hablando por ti. —Lo rodeó por el cuello y se pegó a él—. Los niños, así, en general, son tu acto de rebeldía. Entender que los límites no son condicionantes de la libertad, arrasar con todo y todos no te hace más libre. Eso que él llama una flaqueza es en realidad vencer sobre su adoctrinamiento, es una fortaleza. Y nosotros, Gunnar y yo, seremos siempre tu refugio, el lugar al cual llegar cuando estés muy cansado... porque recuerda, tú no te habías rendido, solo necesitabas descansar. Solo nos necesitabas a nosotros.

—Si necesitar a otros no es vulnerabilidad, ¿qué es?

—Sabes la respuesta.

Sí, era amor. Porque su necesidad de ellos no era práctica, funcional, útil. Era imperiosa, era lo que le obligaba a salir de la lucha individual para entender que nadie se salva solo.

—Lo siento, Irina. Porque cuando uno ama, quiere aparecer ante el otro como perfecto, no por vanidad, sino por no hacer sufrir al que ama. Y yo te haré sufrir como hoy me has confesado, volveré a estar en peligro, aún lo estoy. La violencia forma parte de lo que soy. Sé que jamás podré ser un dios perfecto ante tus ojos, sino que siempre seré un demonio.

—Bien. Porque no quiero un dios. El doctor Schwarz jugó a ser eso, y no justamente al Dios que es amor y perdón, sino al vengativo. El que creó un infierno para lanzar allí a los que le fallan. —Se puso de puntitas de pie, le dio un beso suave en los labios—. Yo prefiero al demonio que hace del infierno un paraíso.

Se fundieron en un beso, del que se debieron separar al oír la voz de Gunnar.

—¡Es que no sé dónde se han metido! —Se acercaba al armario. Contuvieron las risas. May lo detuvo justo antes de que abriera la puerta.

—Lo bueno de que hayan desaparecido es que, ¿quién echará de menos un par de chocolates? Con la promesa de dulces, lo alejó del lugar del crimen.

—Ya tienes tu respuesta, Irina. Los criados saben. —Ella ardió de vergüenza—. ¿Te dije cuánto me gustas cuando te sonrojas?

—Marcus... No... —chilló, pero era un inmenso sí. Un mundo que se avergonzaba del amor y no de la guerra no merecía que se lo tuviera en cuenta. Que se sonrojaran los demás. Entre los dos tenían muchas sombras, pero su amor era luz, lo único que merecía brillar sin ser opacado.

Lady Teresa observaba la nieve caer con la vista perdida cuando Rose ingresó a la habitación como un vendaval.

—Debemos empacar, ya quisiera que me hubiesen informado con más tiempo. —Lady Teresa

asintió, era la condena esperada. Gunnar era el nuevo conde de Salisbury, pero Marcus era quien mandaba. No solo era el tutor del niño, sino que su sobrino lo consideraba una autoridad natural. Jamás blandiría contra él su palabra de lord. Tampoco era que ella se mereciera tal deferencia.

—¿A dónde partimos?, ¿un asilo?, ¿un convento?, ¿la calle?

—Vamos a Londres, con su hijo. Rayos... —maldijo la criada—, usted no tiene vestidos para Londres. No sé para qué nos molestamos en empacar, le tendrá que pedir un guardarropa nuevo a lord Marcus.

La idea le resultó tan absurda que le hizo carcajear.

—Rose, soy yo quien tiene una adicción a los opioides, pero creo que hoy tú has abusado de mis medicinas. Ni iremos a Londres ni lord Marcus me comprará un guardarropa. Me sorprende que no me haya dejado tirada aquí, donde los recuerdos conforman mi infierno personal. Ve a averiguar a dónde vamos en verdad... o mejor no, aceptemos el destino. Aunque lamento arrastrarte a él.

La criada puso las manos en jarra.

—No escuché mal, milady. ¿Quiere el cotilleo completo? —Cuando Teresa asintió, Rose sonrió. La condesa viuda salía de su letargo, aunque solo fuera para cotillear—. Pues lady Irina le pidió a su esposo que la llevaran con ellos y ya sabe...

—¿Qué debo saber?

—¡Pues que lord Marcus no le puede negar nada a su esposa! Si hasta ordenó al jardinero que, cuando sea la temporada, reemplace todos los rosales por blancos porque son los preferidos de ella. Le obsequió un carruaje nuevo sin el escudo Cavendish, porque a ella no le gustaba. ¡Un carruaje nuevo! Y dicen...

—¿Quién dice?

—Dicen... milady, los criados...

—¡Vaya fuente!

—Pues dicen que él devolvió un cuadro valiosísimo solo porque ella se lo pidió. Y ya ni le cuento lo que malcría al niño...

—¿Y me lleva con él porque lady Irina se lo pidió? —sonaba escéptica—, me cuesta creerlo.

—Hágalo, porque yo debo armar las maletas y baúles.

—Ni siquiera he sido gentil con ella —agregó la condesa viuda—. La última vez que mantuvimos una conversación más allá de lo cordial, yo... —*Yo le dije que Marcus era imposible de amar*—. Creo que necesitaré mis medicinas —solicitó.

No era dolor físico. Era culpa. El remordimiento le carcomía las entrañas y no escapaba de él con los opioides, como muchos creían, sino que se castigaba con ellos. Se mataba día a día, porque el suicidio era una salida fácil, una que no merecía.

Le correspondía sufrir.

—Milady, el alboroto la ha alterado. ¿Por qué mejor no salimos un rato?, si aún se siente mal...

Lady Teresa accedió. Esa noche necesitaría morfina porque la abstinencia sí era dolorosa. Era el castigo merecido, por eso aceptó postergar la ingesta. Ya no tenía medios para otra clase de tortura.

Rose la ayudó a ponerse de pie. Sin morfina podía caminar con la ayuda de un bastón. Las piernas le flaqueaban por la falta de ejercicio e ingestas nutritivas. La condesa viuda pidió ir al invernadero, porque allí la llevaba siempre Irina. Era el único lugar de la casa que no estaba plagado de recuerdos malos.

El camino estaba algo resbaladizo, a los costados se apiñaba la nieve que los criados habían desplazado con las palas. El frío la revitalizó, pero le hizo temblar. La falta de músculos la hacía

vulnerable a esas temperaturas. Una vez al resguardo de los cristales, recorrió un par de pasos más entre las flores. Las rosas estaban en flor, eran fuertes al invierno. Al ser blancas, se escondían en la nieve, como un tesoro que solo los dignos podían hallar.

Dentro del invernadero, se hallaban las flores delicadas... y ella. Vieja, quebradiza, con una maleta llena de rencores y culpas.

Sus ojos se posaron en una orquídea negra. Era dueña de una belleza que cortaba el aliento. No se atrevió siquiera a tocarla por miedo a dañarla. La voz de lord Marcus la sobresaltó, no lo había oído llegar. Mucho menos pararse a sus espaldas.

—Entiendo esa emoción, milady —El trato formal era más frío que el invierno en el exterior—. La de no sentirnos dignos de acariciar la belleza siendo nosotros tan monstruosos.

La mujer se dio la vuelta, apoyó su poco peso en el bastón.

—Dice Rose que me llevas contigo a Londres. ¿Por qué?

—Porque Irina me lo ha pedido. —Dio un paso al frente, la mujer se encogió de miedo. Marcus no sintió pena, su madre no le despertaba el mismo sentimiento que Irina, la necesidad de tranquilizarla o, incluso, disculparse. Se acercó a la orquídea, él sí tocó los pétalos—. Conseguí esta flor porque me recuerda a mi esposa, al día en que la vi llorar. ¿Sabes lo que me dijo? —Lady Teresa negó con la cabeza—. Que lloraba porque al fin podía hacerlo. Los Cavendish le habían quitado hasta las lágrimas.

—Eso hacen, sí.

—Irina quiere que la perdone... madre... —La palabra costó en salir.

—No merezco tu perdón, lo sé más que nadie. Por eso no te someto a la tortura de mi disculpa. —Las fuerzas no la acompañaban, caminó hasta el banco cercano y se sentó soltando un suspiro adolorido—. No hay nada más cruel que haber dañado a una persona y, no conforme, clamarle que no nos guarde rencor. Incluso si el arrepentimiento es genuino, lanzarlo, soltarlo, es como decirle al otro que si no nos absuelve es tan injusto como lo fuimos nosotros. Así que no, Marcus, no te pediré perdón, no te pediré nada, no tengo derecho.

—Es verdad, no lo tienes. Además, Irina sabe que no puedo hacerlo, sabe que le fallaré en este pedido, aunque lo intento y eso le basta.

—¿Entonces?

—Es de la idea de que debo perdonarla por mí y no por usted. A usted le alcanza con su odio a sí misma, no necesita del mío para alimentar su infierno.

—Siempre fue una mujer lista. Una mujer que cometió un único error en la vida, creerle a Oscar.

Marcus cerró los dedos formando puños al costado de su cuerpo. Sabía que su madre decía la verdad, pero sin Oscar ella nunca hubiese sido suya, sus caminos no se hubiesen cruzado. Incluso Gunnar no existiría. Era la maldita contradicción de la vida, le debía a quien odiaba lo que más amaba en el mundo. Lo único que amaba en el mundo.

—Pero ella intentó remediar su error, madre. Ella luchó por Gunnar, jamás se rindió. No como usted.

—Ya dije, no te pediré perdón ni tampoco comprensión. Si te digo esto, es porque quizá te ayude. —Juntó valor para abrir la herida del pasado—: Cuando lord Alfie habló de Prometheus, pensé que era un internado común. Tal vez más elitista, especial... Jamás imaginé que fuera...

—Un hospicio de tortura... un experimento científico...

—¿Acaso lo cree hoy la gente? Prometheus es una leyenda urbana, algo que unos pocos murmuran entre fascinados e incrédulos. ¿Cómo podía concebir una cosa así? Pensé, lo juro, Marcus,

pensé que estarías mejor lejos de tu padre... hasta que supe la verdad. Hasta que lord Alfie comenzó a alardear de que habías vencido en una lucha cuerpo a cuerpo contra tres, hasta que mencionó que habías sanado dos costillas rotas sin ayuda de calmantes ni haciendo reposo... Luego sus *anécdotas* sobre tus logros empiezan a diluirse...

—Porque allí empezó con la morfina. —La mujer asintió—. ¿No pensó en sacarme de allí?

—¿Cómo?, ¿qué herramientas tiene una mujer?

—¿Qué herramientas tenía Irina? —La enfrentó, la condesa se sonrojó y apartó la mirada. Pero Marcus se acercó, la cogió de la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos—. No se atreva siquiera a juzgar lo que hizo Irina, cree que ella se rebajó, ¿verdad? —Soltó el aire que tenía atrapado en los pulmones—. Sí, madre, Irina entró a mi habitación a seducirme a cambio de la vida de Gunnar y fue en ese maldito momento donde supe que la amaría. Tuvo el coraje de hacer lo que usted no. —La condesa cerró los ojos—. ¡Ábralos! ¡Míreme! Sí, soy un monstruo. Ha traído al mundo a un monstruo y, al igual que Viktor, no es capaz de hacerse cargo de su creación.

—Lo sé —lloró ella—. Lo sé, y lo siento. Siento no haberte amado lo suficiente —reconoció—, lamento no haber sido capaz. Es mejor que me dejes aquí o donde tú quieras, acepto mi destino.

—Este es tu destino, porque Irina lo quiere así. Y fingirá que en esta conversación me ha pedido perdón y que yo le dije que lo haría, que eventualmente la perdonaría. Frente a ella no mostrará ningún indicio de que entre nosotros perdura el rencor. ¿Fui claro? —Teresa asintió—. Bien.. Rose me ha dicho que necesita un nuevo guardarropa... madre —siseó—, tendrá su mensualidad y su cuenta abierta en una modista de lujo en Londres. No escatime en gastos.

—Marcus... —Lo detuvo antes de que él atravesara la puerta acristalada del invernadero—. Esto es mentir.

—Esto es imaginar —corrigió, usando las palabras que empleó Irina el día que le enseñó a llorar—. Es el pacto que tenemos mi esposa y yo: ella imagina, yo materializo.

Sin más, se alejó de su madre. Entendía la trampa de Irina, se prestaba a ella porque no podía negarle nada. Empleaba con él el mismo juego que él utilizó con Gunnar para afrontar la violencia. Un juego de rol, de actuación. *Pretende que la perdonas, hasta que el perdón sea real.*

Mientras iba a su encuentro, se sintió liviano. A cada paso, la carga en su pecho se desvanecía. Comprendió que había surtido efecto el experimento de su esposa, había perdonado a su madre. De verdad lo hacía, porque Irina le había enseñado algo que nadie más podía transmitirle. Que no haber sido amado no era el problema, porque eso dependía de los demás, la verdadera desgracia era ser uno incapaz de amar. Lady Teresa padecía eso, aquella era su enfermedad. Él no, ya había roto esas cadenas.

La halló sonriente, empacando sus libros. Su tesoro personal de mundos imaginarios.

—¿Has hablado con ella? —le preguntó. Él asintió, ella le dio un beso rápido, como el aleteo de una mariposa y regresó a la tarea de preparar sus libros para el viaje.

—¿Cómo sabías que la perdonaría? Porque lo sabías, vikinga taimada. —La abrazó y alejó de sus libros. Ella chilló y pateó, divertida. Se llevó su tomo de Norte y Sur al pecho, para evitar que cayera en la contienda. ¡Nada podía pasarles a sus libros!

—No lo sabía —dijo, él la lanzó sobre el sillón y le hizo cosquillas para sonsacarle la verdad—. En serio —soltó sin aliento por las carcajadas—. No estaba segura, solo... solo tenía esperanzas de que lo hicieras.

—¿Esperanzas?

—Sí, Marcus. —Dejó el libro a un lado y le rodeó el cuello con los brazos. Le dio otro beso, esta vez más duradero—. La esperanza no es mera ilusión y tampoco aún realidad. Es una lucecita lejana

que nos dice que, aunque no haya un camino marcado, en esa dirección debemos ir y dejar que el sendero se haga solo bajo nuestros pasos. Sabía que lo conseguirías, solo tenía que señalar la luz y tú te pondrías a andar.

Los libros podían esperar. Marcus no. Aún quedaban rincones de esa casa sin santificar antes de que él la hiciera arder. Porque sí, era un demonio, él no creaba, él corregía los errores del creador, para eso se había hecho el infierno. Entendía que, a veces, era necesario destruir para que de las cenizas surgiera lo nuevo. Esa casa perecería y, sobre su ladera limpia, forjaría Gunnar su propio condado. Lo mismo pasaría con Prometheus y Viktor, él los sometería al fuego, para que ese mundo nuevo fuera digno de quienes viniesen después. De esa *esperanza* que marcaba la dirección y lo obligaba a hacer el camino andando. ¿Existía alguien más apto que un demonio para prender la cerilla? Pues sí, un demonio y una dama que aprendió a danzar en las llamas.

EPÍLOGO



Podía sentir los ojos de Irina y Gunnar en las sombras. Sonrió, les había ganado la curiosidad y, por qué no admitirlo, el deseo de protegerlo. Le parecía aún difícil de asimilar que dos personas en el mundo se preocuparan por él, y también abrumador. Porque saberlos tan cerca le erizaba el pelo de la nuca y le inundaba un miedo atroz a que estuvieran en peligro. Había contratado hombres de Tobías Krage para que protegieran a su familia cuando él debía dedicarse a sus asuntos, no quería tenerlos en una prisión de cristal, ya demasiado tiempo habían pasado en una. Era hora de que fueran libres, o todo lo libres que podían ser teniendo en cuenta que Viktor Schwarz era una amenaza en las sombras.

Por eso y solo por eso había accedido a ese encuentro.

—Gracias por venir, Serge. Últimamente eres difícil de hallar.

—Por supuesto, no hay problema. ¿Cómo negarme a una invitación tan cordial? —Sacó la nota de su bolsillo: *Necesitamos hablar, prometo no matarte, lord Marcus Cavendish*—. Respecto a mi paradero... pues tengo bastante aprecio a mi vida y entereza física.

—Viktor va a por ti.

El doctor Amberg solo sonrió. Sus sonrisas eran irritables, jamás alcanzaban sus ojos de hielo. No había que ser un gran conocedor de la naturaleza humana para adivinar que detrás de su apariencia pulcra, ese hombre había cometido atrocidades. Los tres Prometheus siempre pensaron que se trataban de los experimentos de Viktor. Ya no. Los secretos de Serge eran insondables y conjeturar sobre ellos era un error que podía costar caro.

—Acompáñame, al fin tengo de regreso mi despacho —dijo Marcus y emprendió camino al centro desde el que controlaba su porción de mundo. El despacho de su casa londinense nada tenía que ver con el improvisado en el condado. Allí los estantes con libros cubrían las paredes, el escritorio era amplio, casi del tamaño de una mesa de comer; las butacas eran variadas, el lugar tenía un estilo ecléctico que demostraba que Marcus era un hombre de mundo. Decoración hindú, árabe, europea,

africana, americana se mezclaban en equilibrio, nadie allí tenía supremacía, la capacidad creadora de la humanidad en su plenitud equilibrada en un simple decorado—. Por favor, toma asiento —lo invitó. Serge lo hizo en una de esas sillas de piel, aunque estaba seguro de que no era piel de vaca, y quedó justo debajo de un arma de caza de los pueblos del sur que decoraba la pared. Sacó de su maleta la cajita musical y la puso a un lado, no expresó disculpa ni explicación al respecto. No era necesario. Marcus entendía que la relación *profesional* entre ambos había cambiado y que la *confianza*, algo que en realidad nunca compartieron, debía reconstruirse—. ¿Puedo preguntar por qué me has ayudado en casa de Sir Roger Copleston?

—¿Eso he hecho? —preguntó el doctor.

Marcus no se prestó al juego de interpretaciones, fue al grano.

—Sí, eso ha hecho. Aunque lo hiciera por su bien o un fin que desconozco, aunque busque un provecho personal, lo cierto es que me ha ayudado. Iba a morir.

—En tal caso, de nada, Marcus. Me alegro de haber sido útil.

—¿No me dirá los motivos?

—Soy médico, ayudo gente.

—Vete a la mierda. —En vano era seguir, Serge no delataría sus intenciones—. Entonces, haré otra pregunta. ¿Volvería a ayudarme? Digo, ya que es médico.

—Sí.

—Quiero que me quite el condicionante. Sé que puede...

—Si me otorgas la herramienta, sí. Mientras sigas cerrado a ver, nada puedo aportar, Marcus.

Lo sabes.

—Claro. Y la herramienta es Irina. Sé que la amo, estoy seguro. No tengo dudas. Eso ha ayudado a Franz, ¿verdad? Pues bien, haga lo mismo conmigo. ¿Qué necesita? —Fue hacia su escritorio, abrió los cajones—. Tengo su perfume, su joya preferida, su libro preferido... ¿Qué objeto funcionará?

Serge soltó una carcajada, negó con la cabeza, resignado.

—No, Marcus. No funciona así...

—¿Y cómo demonios funciona? —indagó, frustrado—. ¡Dígame que debo hacer, joder!

—Tu debilidad...

—Los niños, o eso piensa Viktor —agregó en un siseo.

—¿Y tú, qué piensas?

—Lo mismo. No puedo hacerle daño a un niño...

—Entonces, ¿por qué agregaste «o eso piensa Viktor»? Recuerda que en terapia el inconsciente se revela por las palabras, por algo dices lo que dices.

—Irina piensa que no son mi debilidad, sino mi rebeldía ante el adoctrinamiento de Prometheus.

—¿Lo ves?, siempre es más fácil desde afuera. No podemos analizarnos solos, Marcus. Tu esposa tiene razón, ¿por qué crees que te rebelas?, ¿ante qué crees que te rebelas?

—Ante lo que nos hicieron.

—Si sigues así de cerrado, no podré ayudarte. Siéntate, Marcus. Deja de andar por el despacho como león enjaulado. —El hombre lo hizo, ocupó una silla delante del doctor—. ¿Leíste los libros que te recomendé? —Marcus asintió—. ¿Qué simbolismo tienen los niños?

—Religiosamente, la salvación en la historia.

—Religiosamente... pero tú no eres un hombre religioso, ¿verdad?, tú crees que Dios ha muerto —citó a Nietzsche. Cavendish asintió—. Pero eso no te hace un hombre sin fe. Ahora, vuelve a

pensar la pregunta: ¿ante qué crees que te rebelas cuando marcas un límite con los niños?

—Al futuro que piensa Viktor...—dijo con un matiz de duda en su voz.

—Exacto. Salvar a los niños de Viktor es salvar al futuro, pero eso en general...—Se reclinó sobre la silla—. Todos los niños, toda la humanidad. Cada niño, cada hombre. Sin embargo, el condicionamiento funciona en lo personal, en lo interno... en tu inconsciente. Hay un niño para un Marcus. Los *niños* no son tu debilidad que se convierte en fortaleza, no son ellos los que te salvan a ti, tú los salvas a ellos...

—Dices que no tengo arreglo...

—Prometiste no matarme, espero que seas un hombre de palabra. —Serge cogió la cajita musical y le dio cuerda. Marcus cogió aire, pero era en vano, sabía que una vez entrara en trance no sería capaz de respirar bien—. ¿Listo..?

—No.

Serge volvió a sonreír.

—Sí, Marcus. Ya lo estás. —Levantó la tapa. El lago de los cisnes comenzó a sonar con ese resabio metálico que le otorgaba la caja musical. Cavendish comenzó a ahogarse, sus músculos se agarrotaron y su mirada perdió el control entre presente y pasado. Su despacho se veía junto al hospicio, el rostro de Serge junto al de Viktor.

El doctor Amberg se puso de pie, Marcus temió que lo traicionara, que se hubiera equivocado con él y aún trabajara con Schwarz; que hubiesen jugado con él al oficial bueno y al malo. Serge fue hacia la puerta. Llamó a Gunnar, lo sabía en las sombras del corredor. Irina no lo dejó acercarse solo al médico. Cavendish intentó moverse con todas sus fuerzas. ¡Gunnar no!, ¡lejos de él! Si tocaba al niño, Marcus perdería la cabeza. Caería en la espiral de locura de la que se había salvado por los pelos.

Serge se acucilló junto al pequeño y le susurró al oído algo. Ni Irina ni él pudieron oírlo. Tras lo cual, simplemente se fue, dejándolo allí, en este estado torturado de trance.

Gunnar corrió hacia Marcus, en sus ojos azules, tan parecidos a los de su tío, brillaba la desesperación. Irina también lo hizo, lo abrazó y le murmuró:

—Estoy aquí, Marcus. Estoy aquí, regresa a nosotros...

Pero no funcionaba. No en él. Quería decirle que la amaba, que lo sabía; los labios eran incapaces de moverse.

Gunnar lo sacudía de las solapas, desesperado.

—Despierta... Despierta... por favor, despierta. —Era el único capricho que no le podía cumplir. Sus ojos se le cristalizaron, una lágrima que atravesaba tiempo, espacio y sufrimiento. Lloraba por el Marcus que fue y por el Gunnar que intentaba salvarlo.

Y cuando pensó que nada podría sacarlo del infierno...

—Despierta, papá, por favor —dijo Gunnar—. Por favor...

Ni siquiera fue consciente de su despertar, sus brazos se movieron antes que el resto, solo para abrazar a... a su hijo. Lo estrechó contra su pecho. Irina los rodeó a los dos con su cuerpo de guerrera, formando una trinidad perfecta.

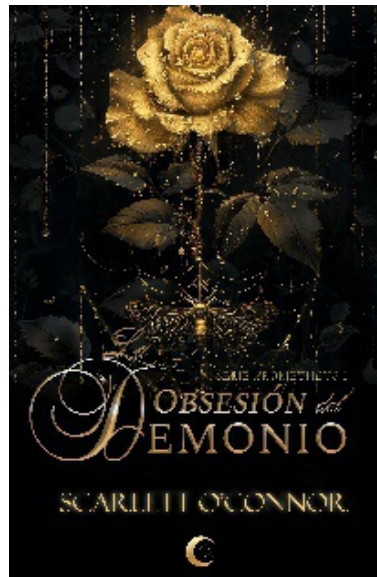
Hay un niño para un Marcus, y ese era Gunnar. Su hijo, su futuro, su salvación. Había aceptado amar a Irina como si no tuviera una historia anterior con los Cavendish, pero tenía que aceptar lo mismo con su pequeño. Gunnar no era más su sobrino, al demonio con el pasado, ¡era *suyo*! Su hijo. Su construcción rebelde de un futuro. Debilidad y fortaleza.

Pero él no venía separado de su madre, eran uno que se hacían tres y tres que se hacían uno. Su propia religión.

Soltó una carcajada de dicha y emoción.

—Siempre fuiste tú, Gunnar. Tú eres el corazón de Irina, la debilidad del demonio.

SERIE PROMETHEUS



SÍGUENOS EN LAS REDES SOCIALES

CUENTA OFICIAL DE SCARLETT O'CONNOR



[/scarlettoconnors](https://www.instagram.com/scarlettoconnors)

CUENTAS DE LUNE NOIR



[/lune.noir.libros](https://www.instagram.com/lune.noir.libros)



<https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial>



[/LuneNoir7](https://twitter.com/LuneNoir7)



Icons made by: flaticon

<https://www.flaticon.es/autores/freepik>

www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.

<https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir>

OTRAS OBRAS DE SCARLETT O'CONNOR

SERIE SEÑORITAS DE SHAKESPEARE



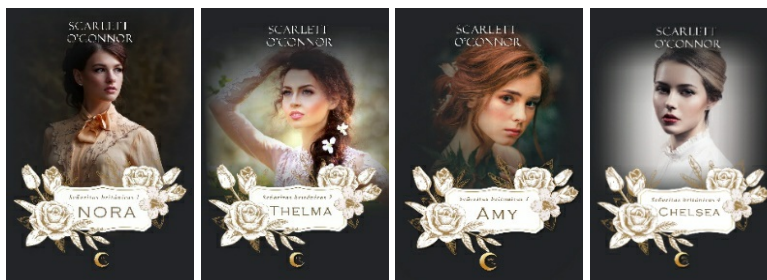
TÚ, MI DEUDA PENDIENTE



SERIE SEÑORITAS AMERICANAS



SERIE SEÑORITAS BRITÁNICAS



SERIE FAMILIA EVANS



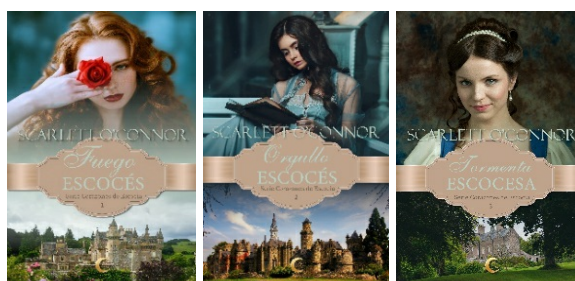
SERIE FLOREROS Y CANALLAS



SERIE CABALLEROS DESDEÑADOS



SERIE CORAZONES DE ESCOCIA

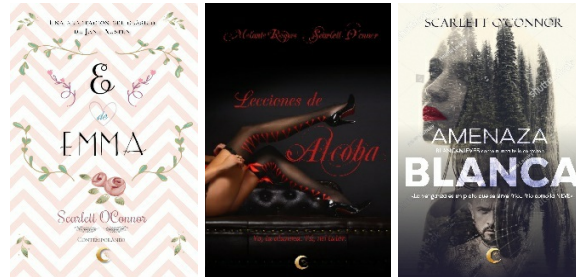


CONTEMPORÁNEO

SERIE SHELL ISLAND



CONTEMPORÁNEO



OTRAS OBRAS DE LA EDITORIAL LUNE NOIR

